LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ

ALEJANDRO DUMAS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Índice

PRÓLOGO.—La ciudad de Aviñón.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.—La mesa redonda.
CAP. II.—Un refrán italiano.
CAP. III.—El inglés.
CAP. IV.—El duelo.
CAP. V.—Roland.

SEGUNDA PARTE.

CAP. I.—Morgan.
CAP. II.—La Cartuja de Seillon.
CAP. III.—Para qué servía el dinero del Directorio.
CAP. IV.—Romeo y Julieta.
CAP. V.—La familia de Roland.
CAP. VI.—El castillo de Fuentes Negras.
CAP. VII.—Los placeres de provincia.
CAP. VIII.—Siguen los placeres de provincia.
CAP. IX.—Las diversiones de provincia.
CAP. X.—Siguen los placeres de provincia.

TERCERA PARTE.

CAP. I.—El fantasma.
CAP. II.—Las diversiones de provincia.
CAP. III.—El juicio.
CAP. IV.—La casita de la calle de la Victoria.

CUARTA PARTE.

CAP. I.—Una comunicación importante.
CAP. II.—El baile de las víctimas.
CAP. III.—Guyon, Amiet y Leprêtre
CAP. IV.—En familia.

CAP. V.—La diligencia de Génova.
CAP. VI.—El ciudadano Fouché se encuentra comprometido.
CAP. VII.—La diplomacia de Jorge Cadoudal.

CAP. VIII.—Proposiciones de boda.
CAP. IX.—El embajador.
CAP. X.—Las dos señales.

QUINTA PARTE.

CAP. I.—La gruta de Ceyzériat.
CAP. II.—Matorral hondo.
CAP. III.—La casa de postas.
CAP. IV.—El correo de Chambery.
CAP. V.—La respuesta de lord Greenville.
CAP. VI.—La pista.
CAP. VII.—Una inspiración.
CAP. VIII.—Donde se ven realizados los presentimientos de Morgan.
CAP. IX.—Cadoudal en las Tullerías.
CAP. X.—El ejército de reserva.
CAP. XI.—Donde Amelia cumple la promesa hecha a Morgan.
CAP. XII.—Donde Amelia cumple su promesa.
CAP. XIII.—La confesión.
CAP. XIV.—Por bien fundadas que fuesen las esperanzas de Roland, salen también frustradas esta vez.

CUATRO PALABRAS.

PRÓLOGO

Yo no sé si es muy útil el prólogo que vamos a poner bajo los ojos del lector, y sin embargo no podemos resistirnos al deseo de hacer de él, no el primer capítulo, sino el prefacio de este libro.

Cuanto más adelantamos en la vida, cuanto más progresamos en el arte, tanto más convencidos quedamos de que no hay nada fortuito ni aislado; de que la naturaleza y la sociedad evolucionan por derivación y no por accidente, y de que el suceso, flor alegre o triste, perfumada o fétida, risueña o fatal, que se abre hoy bajo nuestros ojos, tenía su botón en el pasado y sus raíces en días tal vez anteriores a los nuestros, como tendrá su fruto en el porvenir. Joven el hombre, toma el tiempo como viene, enamorado de la víspera, descuidado del día presente, e inquietándose poco por el que viene. La juventud es la primavera con sus frescas auroras y sus hermosas tardes; la tormenta, que alguna vez se esparce por el cielo, estalla, ruge y se desvanece, dejando el firmamento más azul, la atmósfera más pura, y la naturaleza más risueña que antes.

¿De qué sirve reflexionar sobre las causas de esta tormenta que pasa rápida como un capricho, efímera como una fantasía? Antes de que tengamos la respuesta al enigma meteorológico, la tempestad habrá desaparecido.

Pero no sucede lo mismo con esos fenómenos terribles que hacia el fin del verano amenazan nuestras cosechas y en medio del otoño sitian nuestras vendimias; el hombre se pregunta adónde van, se inquieta por saber de dónde vienen, y busca el medio de precaverlos.

Para el pensador, para el historiador, para el poeta, merecen muy distinta consideración las revoluciones, esas tempestades de la atmósfera social que cubren la tierra de sangre y acaban con toda una generación de hombres, que las tormentas del cielo que inundan una cosecha o apedriscan una vendimia, es decir, la esperanza de un año solamente, y que causan un daño que puede reparar cobrándoselo al año siguiente, a menos que el Señor esté en sus días de cólera. Así, en otro tiempo, sea por olvido, por descuido, por ignorancia tal vez, ¡feliz el que ignora! ¡desgraciado del que sabe!, en otro tiempo, si yo hubiera tenido que contar la historia que voy a referir hoy, sin detenerme en el lugar donde pasa la primera escena de mi libro, la habría escrito con indiferencia; habría atravesado el Mediodía como cualquier otra provincia; habría nombrado Aviñón como cualquier otra ciudad.

Pero el día de hoy es otra cosa: no me encuentro ya bajo las borrascas de la primavera, sino en las tormentas del verano y los huracanes del otoño. Hoy, cuando nombro Aviñón evoco un espectro, y así como Antonio, levantando la mortaja de César, decía: «mirad la abertura que ha hecho el puñal de Casca; ved la que ha causado la cuchilla de Casio; he aquí la que ha producido la espada de Bruto», digo yo, al contemplar el sudario sangriento de la ciudad papal: he aquí la sangre de los albigenses; he aquí la sangre de los cevenolas;

he aquí la sangre de los republicanos; he aquí la sangre de los realistas; he aquí la sangre de Lescuyer; he aquí la sangre del mariscal Brune.

Y embargado entonces por una profunda tristeza me pongo a escribir, aunque desde las primeras líneas echo de ver que sin que yo lo sospechase, el buril del historiador ha tomado entre mis dedos el lugar de la pluma del novelista.

—Pues bien, seamos uno y otro; concede ¡oh lector! las diez, las quince, las veinte primeras páginas al historiador; el novelista se quedará con el resto.

Digamos, pues, cuatro palabras de Aviñón, lugar donde va a abrirse la primera escena del nuevo libro que entregamos al público.

Antes de leer lo que diremos de esta ciudad, bueno será tal vez echar una mirada sobre lo que de la misma dice su historiador nacional François Nouguier.

«Aviñón, dice, ciudad noble por su antigüedad, agradable por su posición, soberbia por sus murallas, risueña por la fertilidad de su suelo, encantadora por la dulzura de sus habitantes, magnífica por su palacio, bella por sus espaciosas calles, maravillosa por la estructura de su puente, rica por su comercio, y conocida por toda la tierra.»

Perdónenos la sombra de François Nouguier, si no vemos del todo su ciudad natal con los mismos ojos que él.

Los que conocen Aviñón, dirán quién la ha visto mejor que el historiador o el novelista.

Justo es establecer ante todo que Aviñón es una ciudad aparte, es decir, la ciudad de las pasiones extremas. La época de las disensiones religiosas, que le han acarreado odios políticos, remonta al siglo XII; los valles del monte Ventoux ampararon, después de su fuga de Lyon, a Pedro de Valdo y a sus vaudeses, los antepasados de aquellos protestantes que bajo el nombre de albigenses costaron a los condes de Tolosa y valieron al papado los siete castillos que Raimundo VI poseía en el Languedoc.

Poderosa república gobernada por magistrados, Aviñón rehusó someterse al rey de Francia. Una mañana Luis VIII, que consideraba más sencillo cruzarse contra Aviñón, como había hecho Simón de Monfort, que por Jerusalén, como Felipe Augusto; una mañana, decimos, Luis VIII se presentó a las puertas de Aviñón, pidiendo la entrada, con la lanza en ristre, el casco en la cabeza, las banderas desplegadas y las trompetas sonando.

Los moradores rehusaron; ofrecieron al rey de Francia, como última concesión, su entrada pacífica con la cabeza descubierta, la lanza alta y desplegada solamente la bandera real. El rey comenzó el bloqueo, que duró tres meses, durante los cuales, dice el cronista, los ciudadanos de Aviñón devolvieron a los soldados franceses flechas por flechas, heridas por heridas, muerte por muerte.

La ciudad capituló al fin. Luis VIII conocía en su ejército al cardenal Román de Saint-Ange; éste fue quien dictó las condiciones.

Los aviñoneses fueron condenados a demoler sus muros, a cegar sus fosos, a derribar trescientas torres, a entregar sus naves, a quemar sus ingenios y sus máquinas de guerra. Debieron además pagar una contribución enorme, abjurar de la herejía vaudesa y mantener en Palestina treinta hombres de armas perfectamente armados y equipados para concurrir a libertar el sepulcro de Jesucristo. En fin, para vigilar el cumplimiento de estas condiciones, cuya bula existe todavía en los archivos de la ciudad, fue fundada una cofradía de penitentes que atravesando más de seis siglos se ha perpetuado hasta nuestros días.

En oposición a éstos, a los que llaman Penitentes Blancos, se fundó la orden de los Penitentes Negros, impregnados del espíritu de oposición de Raimundo de Tolosa.

A partir de este día los odios religiosos pasaron a ser odios políticos.

No era bastante para Aviñón ser la tierra de la herejía; tenía que ser el teatro del cisma.

Permítasenos a propósito de la Roma francesa una corta digresión histórica que en rigor no sería de ningún modo necesaria al asunto que tratamos, y quizás haríamos mejor entrando de lleno en el drama, pero esperamos que se nos perdonará. Escribimos sobre todo para aquellos que en una novela gustan de encontrar algunas veces otras cosas aparte de novela.

En 1285 Felipe el Hermoso subió al trono (1).

1285 es una gran fecha histórica. El papado que en la persona de Gregorio VII hizo frente al emperador de Alemania, el papado que vencido materialmente por Enrique IV fue vencido moralmente, es abofeteado por un simple caballero sabino, y la manopla de hierro de Colonna enrojeció el rostro de Bonifacio VIII.

Pero ¿al rey de Francia, por cuya mano había sido realmente dado el bofetón, qué iba a pasarle con el sucesor de Bonifacio VIII?

Este sucesor era Benito XI, hombre de baja esfera, pero que habría sido un hombre de genio tal vez si se le hubiese dado el tiempo para ello.

Demasiado débil para chocar cara a cara con Felipe el Hermoso, encontró un medio que le habría envidiado doscientos años más tarde el fundador de una orden célebre. Perdonó alta y públicamente a Colonna.

Perdonar a Colonna era declarar a Colonna culpable: sólo los culpables tienen necesidad de perdón.

Si Colonna era culpable, el rey de Francia era cuando menos su cómplice.

Algún peligro había en sostener semejante argumento; así fue que Benito XI sólo fue papa durante diez meses.

Un día una mujer tapada que pasaba por conversa de Santa Petronila, fue, cuando el papa estaba a la mesa, a presentarle un cesto de higos.

¿Había oculto un áspid en aquel cesto como en el de Creopatra? El hecho es que al día siguiente la Santa Silla estaba vacante.

Entonces se le ocurrió a Felipe el Hermoso una idea singular, tan grande, que debió de parecerle al principio una alucinación.

Consistía en sacar al papado de Roma, llevarlo a Francia, meterlo en la cárcel, y hacerlo moneda de cambio en su provecho.

El reinado de Felipe el Hermoso es el advenimiento del oro. El oro era el solo y único dios de este rey que había abofeteado a un papa. San Luis había tenido por ministro a un sacerdote, el digno abate Suger; Felipe el Hermoso tuvo por ministros a dos banqueros, los dos florentinos Biscio y Musciato.

¿Esperas, querido lector, que caigamos en ese lugar común de la filosofía que consiste en anatematizar el oro? Pues te engañas.

En el siglo XIII el oro es un progreso.

Antes no se conocía más que la tierra.

El oro era la tierra amonedada, la tierra móvil, cambiable, transportable, divisible, subtilizada, espiritualizada, por decirlo así.

En tanto que la tierra no había tenido su representación en el oro, el hombre, como el dios Termo, linde de los campos, tenía los pies atrapados en la tierra. Antes la tierra se llevaba al hombre; ahora es el hombre quien se lleva la tierra.

Pero el oro era preciso sacarlo de donde estaba; y donde estaba era en sitios bien diferentes de las minas de Chile o de Méjico.

El oro estaba en poder de los judíos y en las iglesias.

Para sacarlo de esta doble mina se necesitaba más que un rey, se necesitaba a un papa.

Por eso Felipe el Hermoso, el gran explotador de oro, resolvió tener un papa para sí.

Muerto Benito XI había cónclave en Perusa; los cardenales franceses formaban mayoría.

Felipe el Hermoso echó la vista sobre el arzobispo de Burdeos, Bertrán de Gol, y le dio cita en un bosque cerca de San Juan de Angeli.

Bertrán de Got no eludió la cita.

Allí oyeron misa y, en el momento de la elevación, sobre aquel Dios a quien se glorificaba, se juraron un secreto absoluto.

Bertrán de Got no sabía aún de qué se trataba.

Oída la misa:

—Arzobispo, le dijo Felipe el Hermoso, en mi poder está el hacerte papa.

Bertrán de Got, sin escuchar más, se echó a los pies del rey.

—¿Qué hace falta para eso? preguntó.

—Hacerme seis mercedes que te pediré, respondió Felipe el Hermoso.

—A ti te toca mandar, a mí obedecer, dijo el futuro papa.

Y le prestó juramento de servidumbre.

El rey se levantó, le dio un beso en la boca y le dijo:

—Las seis mercedes que te pido son las siguientes: la primera, que me reconcilies perfectamente con la Iglesia, y que me hagas perdonar el crimen que cometí con Bonifacio VIII. La segunda, que me devuelvas a mí y a los míos la comunión que la corte de Roma me ha quitado. La tercera, que me concedas los diezmos del clero en mi reino por cinco años, a fin de cubrir los gastos de la guerra de Flandes. La cuarta que destruyas y anules la memoria del papa Bonifacio VIII. La quinta que vuelvas la dignidad de cardenal a Jacobo y a Pedro de Colonna. En cuanto a la sexta merced y promesa, me reservo hablarte de ella a su tiempo y lugar.

Bertrán de Got juró por las promesas y mercedes conocidas y por la promesa y merced desconocida. Esta última, que el rey no se había atrevido a exponer a continuación de las otras, era la destrucción de los Templarios.

Además de la promesa y juramento hechos sobre el corpus Domini, Bertrán de Got dio por rehenes a su hermano y dos sobrinos.

El rey juró por su parte que le haría elegir papa.

Esta escena, que se daba en la encrucijada de un bosque, en medio de las tinieblas, se parecía más al pacto de un brujo con el diablo que a una alianza entre un rey y un papa. Así fue que la coronación del rey, que tuvo lugar algún tiempo después en Lyon, y con la que empezaba el cautiverio de la Iglesia, le pareció poco agradable a Dios.

En el momento en que pasaba el acompañamiento real, se desplomó un muro cargado de espectadores, hirió al rey y mató al duque de Bretaña.

El papa cayó lastimado y la tiara rodó por el lodo.

Bertrán de Got fue elegido papa bajo el nombre de Clemente V.

Clemente V pagó todo lo que había prometido Bertrán de Got.

Felipe fue declarado inocente: se le devolvió la comunión a él y a los suyos, la púrpura volvió a aparecer sobre los hombros de los Colonnas, la Iglesia se vio obligada a pagar las guerras de Flandes y la cruzada de Felipe de Valois contra el imperio griego. La memoria del papa Bonifacio VIII fue, si no destruida y anulada, al menos infamada; las murallas del Temple fueron demolidas, y los Templarios quemados en el terraplén del Pont Neuf.

Todos estos edictos, que ya no se llamaban bulas en tanto que el poder temporal era el que los dictaba, estaban fechados en Aviñón.

Felipe el Hermoso fue el más rico de los reyes de la monarquía francesa; tenía un tesoro inagotable que era su papa. Le había comprado y se servía de él, le ponía en prensa, y como de la prensa surten la sidra y el vino, de ese papa comprimido fluía el oro.

La silla pontificia abofeteada por Colonna en la persona de Bonifacio VIII abdicaba el imperio del mundo en la de Clemente V.

Ya hemos dicho cómo habían llegado el rey de la sangre y el papa del oro.

También se sabe cómo se fueron.

Santiago de Molay, desde lo alto de su hoguera, los había emplazado a ambos para comparecer ante Dios al cabo de un año. It ho géron sibyllia, dice Aristófanes: los moribundos canos tienen el espíritu de la sibila.

Clemente V partió el primero; había visto en sueños su palacio incendiado.

A partir de este momento, dice Baluze, se puso triste y no vivió mucho tiempo.

Siete meses después le tocó el turno a Felipe. Unos le hacen morir en una cacería derribado por un jabalí. Dante se cuenta entre ellos. «Aquel, dice, que ha sido visto cerca del Sena falsificando monedas, morirá mordido por un jabalí.» Pero Guillermo de Nangis da al rey monedero falso una muerte muy diferente, providencial.

«Minado por una enfermedad desconocida para los médicos, Felipe se extinguió, dice, con gran asombro de todo el mundo, sin que su pulso ni su orina revelasen ni la causa de su enfermedad ni la inminencia del peligro.»

El rey desorden, el rey trastorno, Luis X, llamado el Hutin (2), sucede a su padre Felipe el Hermoso; Juan XXII a Clemente V.

Aviñón pasó entonces a ser verdaderamente una segunda Roma. Juan XXII y Clemente VI la consagraron reina del lujo. Las costumbres de la época hicieron de ella la reina de la disolución y de la molicie. En lugar de sus torres demolidas por Román de Saint-Ange, Hernández de Heredi, gran maestre de la orden de San Juan de Jerusalén, ciñó alrededor de su talle un cinturón de murallas. Eso duró hasta que el rey Carlos V, que era un príncipe sabio y religioso, resolvió poner fin a algunos escándalos enviando al mariscal de Bucicaut para expulsar de Aviñón al antipapa Benito XIII; pero a la vista de los soldados del rey de Francia, éste recordó que antes que papa bajo el nombre de Benito XIII había sido capitán bajo el de Pedro de Luna. Durante cinco meses se defendió encarando por sí mismo desde lo alto de las murallas del castillo sus máquinas de guerra, mucho más mortíferas que sus rayos pontificios. Viéndose forzado a escaparse, salió de la ciudad por un portillo, después de haber arruinado cien casas y muerto a cuatro mil aviñoneses, y se refugió en España, donde el rey de Aragón le ofreció asilo. Allí todas las mañanas, desde lo alto de una torre, asistido por dos sacerdotes con quienes había formado un sacro colegio, bendecía al mundo, que no por eso andaba mejor, y excomulgaba a sus enemigos, que tampoco lo pasaban peor. En fin, sintiendo que se acercaba la muerte y temiendo que el cisma muriese con él, nombró cardenales a sus dos vicarios bajo la condición de que después de su fallecimiento uno de los dos elegiría papa al otro. La elección tuvo lugar. El nuevo papa persiguió temporalmente el cisma sostenido por el cardenal que lo había proclamado. Por último, entraron los dos en negociación con Roma, hicieron enmienda pública y volvieron a entrar en el gremio de la Santa Iglesia, el uno con el título de arzobispo de Sevilla, y el otro con el de arzobispo de Toledo.

A partir de ese momento hasta 1790, la ciudad de Aviñón, viuda de sus papas, había sido gobernada por legados y vice-legados; había tenido siete soberanos pontífices, residentes dentro sus muros durante setenta años; contaba con siete hospitales, siete cofradías de penitentes, siete conventos de hombres, otros tantos de mujeres, siete parroquias y siete cementerios.

Se comprende bien que estas dos cofradías de penitentes, que representaban una la herejía y la otra la ortodoxia, una el partido francés, la otra el partido romano, una el partido monárquico-absoluto, la otra el partido constitucional-progresivo, no eran elementos de paz y de seguridad para la antigua población pontificia; se comprende bien, decimos, que en el momento en que estalló la revolución en París, y en que esta revolución se manifestó por la toma de la Bastilla, los dos partidos, calientes todavía por las guerras de religión de Luis XIV, no quedaron inertes en faz uno del otro.

Para los que conocían Aviñón, había en aquella época, y hay aún en el día, dos ciudades dentro la ciudad; la ciudad romana y la ciudad de los comerciantes, es decir, la ciudad francesa.

La ciudad romana, con su palacio de los papas, sus cien iglesias, sus campanas innumerables, prontas siempre a tocar a fuego y a muertos en los incendios y sediciones.

La ciudad de los comerciantes, con su Ródano, sus fábricas de sedería y sus calles, cruzantes del Norte al Sur, del Oeste al Este, de Lyon a Marsella, de Nîmes a Turín.

La ciudad francesa era la ciudad condenada, envidiosa de tener un rey, celosa de obtener libertades, y que se estremecía al sentirse tierra esclava.

El clero, no el clero tal cual ha existido de todos tiempos en la Iglesia romana, ni cual nosotros lo conocemos hoy en día, piadoso, tolerante, austero en el deber y en la caridad, viviendo en el mundo para consolarlo y vivificarlo, sin mezclarse en sus placeres ni en sus pasiones, sino el clero tal cual lo habían hecho la intriga, la ambición y la codicia, es decir, los abates de corte, rivales de los abates romanos.

¿Queréis un ejemplo? Lo tenéis en el abate Maury. Orgulloso como un duque, insolente como un lacayo, hijo de un zapatero, más aristócrata que un hijo de Gran Señor.

Hemos dicho Aviñón ciudad esclava, añadamos ciudad de odios.

Así fue que al primer grito de libertad que arrojó Francia, la ciudad francesa se levantó llena de júbilo y de esperanza; había llegado para ella el momento de contestar en voz alta a la concesión hecha por una joven reina menor, para alcanzar el perdón de sus pecados, de una ciudad, de una provincia, y con ella de un medio millón de almas. ¿Y con qué derecho esas almas habían sido vendidas in aeternum al más duro, al más exigente de todos los señores? Francia iba a unirse en el Campo de Marte, en el abrazo fraternal de la Federación. ¿No era ésta Francia? Se nombraron diputados; estos diputados se dirigieron a la casa del legado y le suplicaron respetuosamente que se marchase.

Se le daban veinticuatro horas para salir de la ciudad.

Durante la noche los papistas se divirtieron colgando de una horca un monigote con escarapela tricolor.

Se dirige el Ródano, se canaliza el Durance, se ponen diques a los escabrosos torrentes, que al momento de derretirse las nieves se precipitan en aludes líquidos desde las cumbres del monte Ventoux. Pero esas oleadas terribles, esas oleadas vivientes, ese torrente humano que brinca por la rápida pendiente de las calles de Aviñón, una vez soltado, Dios mismo no ha intentado todavía detenerlo.

A la vista del monigote con colores nacionales, balanceándose al cabo de una cuerda, la ciudad francesa se levantó de sus cimientos lanzando gritos de rabia. Cuatro papistas sospechosos del sacrilegio, dos marqueses, un plebeyo, un artesano, fueron arrancados de sus casas y ahorcados en el lugar donde pendía el monigote. Era el 11 de junio de 1790.

La ciudad francesa toda entera escribió a la Asamblea Nacional que se entregaba a Francia, y con ella su Ródano, su comercio, el Mediodía y la mitad de la Provenza.

La Asamblea Nacional estaba en uno de sus días de reacción; no quería enmarañarse con el papa y contemporizaba al rey; aplazó pues el asunto. En consecuencia, el movimiento de la ciudad pasaba a ser considerado una revuelta, y el papa podía hacer de Aviñón lo que la corte habría hecho de París después de la toma de la Bastilla, si la Asamblea hubiese aplazado la proclamación de los derechos del hombre.

El papa mandó anular todo lo que se había hecho en el condado venesino, restableció los privilegios de los nobles y el clero, y volvió a implantar la inquisición en todo su rigor.

Se colgaron los decretos pontificios.

Un hombre, uno solo, en pleno día, a la vista de todo el mundo, se atrevió a dirigirse derecho a la pared donde estaba colgado el decreto y a arrancarlo.

Se llamaba Lescuyer.

No era ningún joven, ni actuaba, por consiguiente, arrebatado por la pasión: era casi un viejo que ni siquiera había nacido en el país; era francés, pícaro, ardiente y reflexivo a la vez, antiguo notario establecido desde mucho tiempo atrás en Aviñón.

Éste fue un crimen del que toda la parte romana de la ciudad se acordó.

Al mismo tiempo, se corrió un rumor que alteró por completo los ánimos: se transportaba por la ciudad un gran cofre bien cerrado que despertaba la curiosidad de los aviñoneses: ¿qué podía contener?

Dos horas después no se trataba ya de un cofre sino de dieciocho maletas que se habían visto conducir al Ródano.

En cuanto a los objetos que contenían, un mozo de cordel lo había revelado: eran los efectos del montepío que el partido francés se llevaba consigo al emigrar de Aviñón.

Los efectos del montepío, es decir, el despojo de los pobres.

Cuanto más miserable es una ciudad, tanto más rico es un montepío. Pocos montepíos podían alabarse de ser tan ricos como el de Aviñón.

No era ya una cuestión de opiniones: era un robo, y un robo infame. Blancos y colorados corrieron a la iglesia de San Francisco gritando que que la municipalidad les tenía que dar cuenta.

Lescuyer era el secretario de la municipalidad.

Su nombre fue arrojado al gentío, no como el de quien había arrancado los dos decretos pontificios, pues entonces habrían surgido defensores, sino como quien había firmado la orden para que el tesorero del montepío dejase sacar los efectos.

Se destinaron cuatro hombres para prender a Lescuyer y conducirle a la iglesia. Le encontraron en la calle, dirigiéndose a la casa municipal; se arrojaron sobre él y le arrastraron con gritos feroces hacia la iglesia.

Al llegar allí Lescuyer comprendió, por los ojos incendiados que se fijaban sobre él, los puños extendidos que le amenazaban, los gritos que pedían su muerte, que, en lugar de estar en la casa del Señor, se hallaba en uno de los corros del infierno olvidados por Dante.

La única idea que le vino a la mente fue que aquel odio levantado contra él tenía su origen en la mutilación de los edictos pontificios; subió a la tribuna, y con la voz de un hombre que no solamente no se echa nada en cara, sino que aun está dispuesto a volver a empezar:

—Hermanos míos, dijo, he creído necesaria la revolución, y por consiguiente he hecho cuanto ha estado en mi poder...

Los fanáticos comprendieron que si Lescuyer hablaba, estaba salvado.

No era eso lo que les convenía. Se arrojaron sobre él, le arrancaron de la tribuna, y le empujaron en medio de aquellos perros rabiosos, que lo arrastraron hacia el altar lanzando aquella especie de grito terrible, entre el silvido de una serpiente y del rugido de un tigre, aquel mortífero zu zu peculiar del populacho aviñonés.

Lescuyer conocía ese grito fatal y trató de refugiarse al pie del altar.

No se refugió, sino que cayó sobre él.

Un mozo colchonero, armado con un palo, acababa de descargar un golpe tan rudo sobre su cabeza que el palo se partió en dos trozos.

Entonces se precipitaron sobre el pobre cuerpo y, con aquella mezcla de ferocidad y de algazara peculiar de los pueblos del Mediodía, se pusieron los hombres a bailar sobre su vientre, mientras las mujeres, a fin de que expiase las blasfemias que había pronunciado contra el papa, le cortaban, o por mejor decir, le festoneaban los labios con sus tijeras.

Y de todo aquel grupo espantoso salía un grito o más bien un resuello que decía:

—¡En nombre del cielo! ¡En nombre de la Virgen! ¡En nombre de la humanidad! Matadme de un solo golpe.

El resuello fue oído; de común acuerdo los asistentes se alejaron dejando que el desgraciado, sangriento, desfigurado, aplastado, saborease su agonía.

Esto duró cinco horas, durante las cuales, en medio de las carcajadas, de los insultos, de los escarnios del populacho, aquel pobre cuerpo palpitaba.

Otra cosa todavía.

A un hombre del partido francés se le ocurrió la idea de ir a informarse al montepío.

Todo estaba en orden: no había salido de allí ni un solo cubierto de plata.

No fue pues como cómplice de un robo que fue asesinado Lescuyer: fue como patriota.

Había en aquel entonces en Aviñón un hombre que disponía del populacho.

Todos esos terribles jefes rebeldes del Mediodía han conquistado tan cruel celebridad, que basta nombrarlos para que les conozca hasta la gente más idiota.

Ese hombre era Jordán.

Blasonador y embustero, había hecho creer a la gentuza que él era quien había cortado el cuello al gobernador de la Bastilla. Por eso le llamaban Jordán Cortacabezas.

No era éste su nombre: se llamaba Mateo Jouve. No era provenzal; era del Puy en Velay. Al principio había sido muletero en aquellas ásperas alturas que rodean su ciudad natal; después soldado sin guerra —la guerra le habría vuelto más humano—; luego tabernero en París.

En Aviñón era mercader de rubia.

Reunió trescientos hombres, se apoderó de las puertas de la ciudad, dejó allí a la mitad de su gente, y con el resto marchó hacia la iglesia de los franciscanos precedido por dos cañones.

Los puso en batería delante la iglesia, y disparó sin puntería.

Los asesinos se dispersaron como un vuelo de pájaros espantados, dejando algunos muertos en los peldaños de la iglesia.

Jordán y su turba pasaron a grandes zancadas por encima de los cadáveres y entraron en el santo lugar.

No quedaba más que el desgraciado Lescuyer, respirando todavía.

Jordán y sus compinches se guardaron bien de acabar con Lescuyer; su agonía era una medio perfecto de agitación.

Tomaron aquel resto de viviente, aquellas tres cuartas partes de cadáver, y se lo llevaron sangriento, jadeando, resollando.

Todo el mundo huyó de aquel espectáculo cerrando puertas y ventanas.

Al cabo de una hora Jordán y sus trescientos hombres eran dueños de la ciudad.

Lescuyer había muerto, pero poco importaba: su agonía ya no era necesaria.

Jordán se aprovechó del terror que inspiraba y arrestó o hizo arrestar a unas ochenta personas, asesinos o supuestos asesinos de Lescuyer.

De los cuales treinta quizás no habían ni siquiera puesto el pie en la iglesia, pero cuando uno encuentra una buena ocasión para deshacerse de sus enemigos, es preciso aprovecharla: las buenas ocasiones son raras.

Estas ochenta personas fueron amontonadas en la torre Trouillas. Se la ha llamado históricamente la torre de la Nevera. ¿Para qué cambiar el nombre de torre Trouillas? Es inmundo y casa bien con la inmunda acción que allí debía pasar.

Era el teatro de la tortura inquisitorial.

Todavía hoy se ve a lo largo de las paredes el craso hollín que subía con el humo de la hoguera donde se consumían las carnes humanas; todavía hoy se muestra el aparato de la tortura preciosamente conservado; la caldera, el horno, los caballetes, las cadenas, los calabozos y hasta las antiguas osamentas, no falta nada.

En esta torre, levantada por Clemente V, fue donde metieron a los ochenta presos.

Encerrados ya éstos en la torre Trouillas, se encontraron los aprehensores con un dilema notable.

¿Por quién hacerlos juzgar?

No había más tribunales legalmente constituidos que los del papa.

¿Hacer matar a esos desgraciados como ellos habían muerto a Lescuyer?

Ya hemos dicho que la tercera parte, o la mitad quizás, no solamente no habían tomado parte en el asesinato sino que tal vez ni siquiera habían puesto el pie en la iglesia. ¿Hacerlos matar? Esas muertes aparecerían en la cuenta de las represalias.

Y además, para matar a estas ochenta personas hacía falta un cierto número de verdugos.

Se instaló una especie de tribunal improvisado por Jordán en una de las salas del palacio; había un escribano llamado Rafael, un presidente mitad italiano mitad francés, orador en patuá popular, llamado Savournin de la Rúa; después tres o cuatro pobres diablos, un hornero, un tocinero..., los nombres se pierden en la intimidad de las condiciones.

Esta gentuza era la que gritaba:

—Hay que matarlos a todos; si se salvase a uno, serviría de testigo.

Pero ya lo hemos dicho: faltaban los matadores.

Apenas podía disponer el consejo de unos veinte hombres, pertenecientes todos al pequeño pueblo de Aviñón: un peluquero, un zapatero de mujer, un remendón, un albañil, un molinero, todos ellos armados de cualquier modo: uno con un sable, el otro con una bayoneta, éste con un barrote de hierro, aquél con un palo endurecido al fuego.

Y toda esta gente entibiada por una fina lluvia de octubre.

Era difícil hacer de ella unos asesinos. Pero nada hay difícil para el diablo.

En esa clase de sucesos siempre hay un momento en que parece que Dios abandona la partida.

Entonces le toca su turno al demonio.

El demonio entró en persona en aquel tribunal frío y cenagoso. Se había revestido de la apariencia, forma y figura de un boticario del país llamado Mendes; puso una mesa iluminada por dos faroles, sobre la cual colocó vasos, cántaros y botellas.

¿Cuál sería el brebaje infernal que contenían aquellos misteriosos recipientes de formas estrañas? No se sabe, y sin embargo el efecto es bien conocido.

Todos cuantos bebieron de aquel licor diabólico se sintieron súbitamente arrebatados por una fiebre rabiosa, una necesidad de asesinato y de sangre.

Desde ese instante no hubo más que enseñarles la puerta y se precipitaron al calabozo.

La masacre duró toda la noche; toda la noche se oyeron gritos, quejas, ahullidos de muerte, que salían de aquellas tinieblas.

Se mató todo, se degolló todo, hombres y mujeres. Fue muy lento; los matadores, como hemos dicho, estaban borrachos y mal armados.

Sin embargo lo llevaron a cabo.

Entre los matadores destacaba un muchacho por su crueldad bestial, por su sed insaciable de sangre.

Era el hijo de Lescuyer.

No se cansaba nunca, y después se vanaglorió de haber muerto por sí solo, con su mano infantil, a diez hombres y cuatro mujeres.

—Bueno, yo puedo matar tanto como quiera, decía él; todavía no tengo quince años, y no me harán nada.

A medida que iban matando, echaban muertos y heridos, cadáveres y vivientes al patio Trouillas, donde caían desde una altura de sesenta pies; los hombres fueron arrojados primero, y después las mujeres...

A las nueve de la mañana, tras doce horas de carnicería, una voz gritaba aún desde el fondo de aquel sepulcro:

—Por favor venid a acabar conmigo; no puedo morir.

Un hombre, el armero Bouffier se inclinó y miró hacia abajo; los otros no se atrevían.

—¿Quién grita? preguntaron estos.

—Es Lami, respondió Bouffier.

Después, cuando volvió:

—Y bien, ¿qué has visto allá en el fondo? le preguntaron.

—Una confusa mermelada, dijo, de hombres, mujeres y niños, que es para reventar de risa.

Decididamente es un mal bicho el hombre, decía el conde de Montecristo a Mr. de Villefort...

Pues en esta ciudad sangrienta, caliente todavía, conmovida aún por estos últimos asesinatos, es donde vamos a introducir a los dos principales personajes de nuestra historia.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I
LA MESA REDONDA

El 9 de octubre del año 1799, hermoso día de ese otoño meridional que en los dos extremos de la Provenza madura las naranjas de Hiere y las uvas de Saint-Peray, una calesa tirada por tres caballos de posta atravesaba el puente del Durance entre Cavailhon y Chateau-Renards, dirigiéndose a Aviñón, la antigua ciudad papal, que un decreto del 25 de mayo de 1791 había ocho años antes vuelto a unir a Francia, reunión aprobada por el convenio firmado en 1797 en Tolentino entre el general Bonaparte y el papa Pío VI.

El carruaje entró por la parte de Aix, atravesó en toda su longitud y sin aflojar su carrera la ciudad de las calles tortuosas, levantada a la vez contra el viento y contra el sol, y fue a parar a cincuenta pasos de la puerta de Oulle en la posada Palacio-Igualdad, que poco

a poco empezaba ya a volverse a llamar la posada del Palacio-Real, nombre que había llevado antes y que aún conserva hoy.

Estas pocas palabras casi insignificantes sobre el título de la posada, ante la cual se detenía la silla de posta en que tenemos fijos los ojos, indican bastante bien el estado en que se encontraba Francia bajo aquel gobierno de reacción termidoriana que se llamaba el Directorio.

Después de la lucha revolucionaria que había tenido lugar desde el 14 de julio de 1789 al 9 de termidor de 1794; después de las jornadas del 5 y 6 de octubre, del 21 de junio, del 10 de agosto, del 21 de junio, del 31 de mayo y del 5 de abril; después de haber visto caer la cabeza del rey y de sus jueces, de la reina y de su acusador, de los girondinos y de los franciscanos, de los moderados y de los jacobinos, Francia había pasado la más espantosa y nauseabunda de todas las lasitudes, ¡la lasitud de la sangre!

Había pues retrocedido, si no a la necesidad del gobierno monárquico, por lo menos al deseo de un gobierno fuerte, en el cual pudiese depositar su confianza, en el que lograra apoyarse, que obrase por ella, y que le permitiese algún tiempo de descanso mientras lo hacía.

En lugar de ese gobierno tan ansiado, tenía al débil e irresoluto Directorio, compuesto en aquel entonces por el voluptuoso Barras, el intrigante Sièyes, el valiente Monuins, el insignificante Rogerio Ducos y el honrado pero demasiado sencillo Gohier.

Resultaba de aquí una dignidad mediana en el exterior, y una tranquilidad muy contestable por dentro.

Es verdad que en el momento al que hemos llegado, nuestros ejércitos, tan gloriosos durante las campañas épicas del 96 y 97, rechazados por un instante hacia Francia por la incapacidad de Scherer en Verona y Casano, y por la derrota y muerte de Jouvert en Novi, empezaban a volver a la ofensiva. Moreau en Basiñana había batido a Souvaroy, Brune al duque de York y al general Hermann en Bergen; Masena acababa de derrotar a los austro-rusos en Zurich: Korsakoff se había salvado con mucho trabajo, y el austríaco Hotz, junto a otros tres generales, fueron muertos, y cinco hechos prisioneros.

Masena salvó a Francia en Zurich, como noventa años antes la salvó Villars en Denain.

Pero en el interior no estaban los negocios en tan buen estado, y el gobierno directorial tenía, preciso es decirlo, serios problemas entre la guerra de la Vendée y los salteadores del Mediodía, respecto a los cuales la población aviñonesa estaba, según su costumbre, lejos de permanecer estraña.

Sin duda que los dos viajeros que bajaron de la silla de posta, parada a la puerta de la posada del Palacio-Real, podían tener alguna razón para temer el estado de ánimo en que se encontraba la población siempre agitada de la ciudad papal, porque un poco más arriba de Orgón, en el paraje donde se ofrecenn tres caminos distintos a los viajeros, uno de los

cuales conduce a Nîmes, otro a Carpentras, y el tercero a Aviñón, el conductor había detenido sus caballos y preguntado:

—¿Los ciudadanos quieren pasar por Aviñón o por Carpentras?

—¿Cuál de los dos caminos es más corto? había contestado con voz breve y estridente el mayor de los dos viajeros que, aunque visiblemente lo era por pocos años, apenas contaba los treinta.

—¡Oh! el camino de Aviñón, ciudadano, una legua y media cuando menos.

—Entonces, respondió, sigamos el camino de Aviñón.

Y el carruaje había vuelto a tomar un galope que anunciaba que los ciudadanos viajeros, como les llamaba el postillón aunque la calificación de monsieur volvía a usarse otra vez en las conversaciones, daban cuando menos treinta sueldos de agujetas.

Este mismo deseo de no perder tiempo se manifestó al entrar en la posada.

Siempre fue el mayor de los dos viajeros quien allí, al igual que en el camino, tomó la palabra. Preguntó si se podía comer pronto, y la forma en que había formulado la pregunta indicaba que no ponía reparo en pasarse de varias exigencias gastronómicas, con tal que la comida fuese servida con prontitud.

—Ciudadanos, respondió el mesonero, que al ruido del carruaje había acudido con la servilleta en la mano a recibir a los viajeros, seréis rápida y convenientemente servidos en vuestro aposento; pero si me atreviese a daros un consejo...

Y se detuvo.

—¡Oh! ¡dadlo, dadlo! dijo el más joven de los dos viajeros, tomando la palabra por la primera vez.

—Pues bien, quería deciros que comieseis sencillamente en mesa redonda, como hace en este momento el viajero a quien espera este carruaje listo para partir; la comida es excelente y bien servida.

El mesonero señalaba al mismo tiempo un carruaje dispuesto del modo más confortable, con un tiro de dos caballos que pateaban mientras el postillón hacía tiempo vaciando al borde de la ventana una botella de vino de Cahors.

El primer movimiento de aquél a quien se había hecho la oferta fue negativo; pero, sin embargo, tras reflexionar un segundo, el mayor de los dos transeúntes, como si hubiese vuelto a adoptar su primera resolución, hizo un signo de interrogación a su compañero.

Éste respondió con una mirada que significaba:

—Ya sabéis que estoy a vuestras órdenes.

—Pues bien, sea así, dijo el que parecía encargado de tomar la iniciativa; comeremos en mesa redonda.

Volviéndose después hacia el postillón, que sombrero en mano estaba aguardando sus órdenes:

—Que dentro de media hora a más tardar, dijo, estén los caballos en el carruaje.

Y a una señal del mesonero entraron los dos en el comedor; el mayor pasaba delante, el otro le seguía.

Ya se sabe la impresión que producen en general dos recién llegados a una mesa redonda. Todas las miradas se volvieron hacia ellos; la conversación, que parecía bastante animada, quedó interrumpida.

La concurrencia se componía: de sujetos acostumbrados a comer en el mesón, del viajero cuyo carruaje aguardaba a la puerta, de un comerciante de vino de Burdeos que momentáneamente se hallaba en Aviñón por los motivos que diremos después, y de cierto número de pasajeros que iban de Marsella a Lyon en la diligencia.

Los recién llegados saludaron a la sociedad con un ligero movimiento de cabeza y se colocaron al extremo de la mesa, aislándose de los demás concurrentes por un intervalo de tres o cuatro cubiertos.

Esta especie de reserva aristocrática avivó la curiosidad de que eran objeto; saltaba a la vista, además, que estaban ante personas de incontestable distinción, aunque su traje fuese de la mayor sencillez.

Los dos llevaban la bola doblada sobre el calzón corto, casaca de largas faldas, sobretodo de viaje y sombrero de ancho ribete, aproximadamente como todos los jóvenes de la época; pero lo que les distinguía de los elegantes de París y aun de provincias eran sus cabellos largos y lisos y su corbata negra militarmente apretada alrededor del cuello.

Los muscadinos —este era el nombre que se daba entonces a los jóvenes de moda— llevaban el pelo abollado sobre las dos sienes, recogido detrás, y una corbata inmensa con largos cabos flotantes, en la cual se engolfaba la barbilla.

Algunos llegaban al extremo de hacerla invisible.

El retrato de aquellos dos jóvenes ofrecía dos tipos completamente opuestos.

El mayor, el que varias veces, como hemos dicho ya, había tomado la iniciativa, y cuya voz aun en sus expresiones más familiares denotaba el hábito del mando, era, como hemos referido, un sujeto de unos treinta años, de cabellos negros partidos en medio de la frente, lisos y caídos a lo largo de las sienes hasta los hombros; tenía la tez morena del hombre que

ha viajado por los países meridionales, los labios delgados, la nariz recta, los dientes blancos y aquellos ojos de halcón que Dante da a César; su estatura era más bien baja que alta, su mano delicada, su pie fino y elegante; descubría en sus actitudes una cierta incomodidad que indicaba que vestía en aquel momento un traje al que no estaba acostumbrado, y cuando hablaba, si sus interlocutores se hubiesen encontrado a orillas del Loira, en vez de las del Ródano, habrían podido observar que tenía en la pronunciación un cierto acento italiano.

Su compañero parecía tener tres o cuatro años menos que él.

Era un arrogante joven de tez rosada, cabellos rubios, ojos azules, nariz recta y afilada, barbilla pronunciada pero casi sin un pelo. Podía tener dos pulgadas más que su amigo, y aunque de una estatura algo más que mediana, parecía tan regular en todo su conjunto, tan libre en todos sus movimientos, que fácilmente podía adivinarse que debía ser si no de una fuerza, al menos de una agilidad y destreza poco comunes.

Aunque llevaba el mismo atuendo y se presentaba en pie de igualdad, parecía mostrar hacia el joven moreno una notable deferencia que, no pudiendo atribuirse a los años, se debería sin duda a una inferior condición social.

Además él le llamaba ciudadano, mientras que su compañero le llamaba simplemente Roland.

Estas observaciones que anotamos para iniciar más profundamente al lector en nuestra historia, no debieron de hacerlas en la misma medida los concurrentes a la mesa redonda, porque después de algunos segundos de atención a los recién llegados cesaron las miradas y la conversación, por un instante interrumpida, volvió a tomar su curso.

Hemos de admitir que versaba sobre un asunto de lo más interesante para unos viajeros: hablaban de la detención de una diligencia cargada con una suma de sesenta mil francos, pertenecientes al gobierno. Esta detención había tenido lugar el día anterior en el camino de Marsella a Aviñón, entre Lambesc y Pont-Royal.

A las primeras palabras que se repitieron sobre este lance, los dos jóvenes aplicaron el oído con verdadero interés.

El caso se había producido en el mismo camino que ellos acababan de seguir, y el que lo refería era uno de los principales actores de esta escena de camino real.

Era el comerciante de vino de Burdeos.

Los que parecían más interesados en los detalles eran los pasajeros de la diligencia que acababa de llegar, y que iba a continuar su camino.

Los demás concurrentes, es decir, los que pertenecían a la población, parecían estar bastante al corriente de esta clase de catástrofes para dar pormenores por sí mismos en vez de recibirlos.

—¿Conque es verdad, ciudadano, decía un grueso monsieur cuyo cuerpo estrujaba aterrorizada una mujer alta, seca y flaca, que el robo se ha perpetrado en el mismo camino por donde acabamos de pasar?...

—Sí, ciudadano, entre Lambesc y Pont-Royal, ¿no habéis reparado en un paraje donde el camino sube y se estrecha entre dos montecillos? Allí hay multitud de peñascos.

—Sí, sí, amigo mío, dijo la mujer agarrándose al brazo de su marido, acuérdate: ¡Y qué mal sitio es ése! Dios me libre de pasarlo de noche.

—¡Oh! señora, dijo un joven cuya voz afectaba el hablar tartamudo de la época, y que en momentos ordinarios parecía ejercer en la mesa redonda la soberanía de la conversación, ya sabéis que para los señores compañeros de Jehú no hay día ni noche.

—¡Cómo! ciudadano, preguntó la señora, todavía más horrorizada; ¿habéis sido detenidos de día?

—En pleno día, ciudadana, a las diez de la mañana.

—¿Y cuántos eran? preguntó el grueso monsieur.

—Cuatro, ciudadano.

—¿Emboscados en el camino real?

—No, llegaron a caballo, armados hasta los dientes y enmascarados.

—Ésa es su costumbre, dijo el joven habituado a la mesa redonda; ¿no es verdad que han dicho: «No opongáis resistencia, que no se os hará ningún mal: nosotros no queremos más que el dinero del gobierno?»

—Palabra por palabra, ciudadano.

—Después, continuó el que parecía tan bien informado, dos de ellos se han apeado, han alargado la brida de sus caballos a sus compañeros y han intimado al conductor a que les entregase el dinero.

—Ciudadano, dijo el hombre grueso admirado, lo contáis como si lo hubieseis visto.

—El señor estaba tal vez con ellos, dijo uno de los pasajeros medio en broma, medio en serio.

—Yo no sé, ciudadano, si he de tomar vuestras palabras por una descortesía, respondió con indolencia el joven que tan complaciente acudía en ayuda del narrador; pero mis opiniones políticas hacen que no considere vuestra sospecha un insulto. Si yo hubiese tenido la desgracia de contarme entre los acometidos o el honor de pertenecer al de los

acometedores, lo diría francamente, tanto en un caso como en otro; pero ayer por la mañana a las diez, en el momento justo en que era detenida la diligencia a cuatro leguas de aquí, yo almorzaba con toda la calma del mundo en ese mismo sitio y precisamente con los dos ciudadanos que me hacen ahora el honor de estar sentados a mi derecha e izquierda.

—¿Y cuántos hombres ibais en la diligencia? preguntó aquél de los dos viajeros recién llegados que acababan de tomar asiento a la mesa al que su compañero designaba con el nombre de Roland.

—Esperad; yo creo que éramos... sí, sí, éramos siete hombres y tres mujeres.

—¿Siete hombres sin contar al conductor? repitió Roland.

—Por supuesto.

—¿Y siete hombres os dejasteis desvalijar por cuatro bandidos? Vamos, os doy la enhorabuena, caballeros.

—Es que sabíamos con quién teníamos que habérnoslas, respondió el mercader de vino, y no pensábamos en defendernos.

—¡Cómo! replicó el joven, ¿y con quién teníais que habéroslas? Me parece que era con ladrones y bandidos.

—Nada de eso, ellos mismos se nombraron.

—Sin duda.

—¡Cómo! ¿Se nombraron?

—Dijeron así: «Señores, es inútil que os defendáis; señoras, no tengáis temor de nada; nosotros no somos salteadores, somos compañeros de Jehú.»

—Sí, dijo el joven de la mesa redonda, ellos lo dicen para que no les tomen por otra cosa; es su costumbre.

—¡Ah! ya, dijo Roland, ¿y quién es pues ese Jehú que tiene unos compañeros tan corteses? ¿Es él su capitán?

—Caballero —dijo un hombre cuyo traje le daba aire de sacerdote secularizado, y que parecía no solamente estar acostumbrado a la mesa redonda sino también iniciado en los misterios de la honrosa corporación, cuyos méritos se hallaba en situación de discutir—, si vos estuvieseis más versado de lo que parecéis en la lectura de las santas escrituras, sabríais que hace como unos dos mil seiscientos años que ese Jehú murió, y que por consiguiente no puede a estas horas detener las diligencias en los caminos reales.

—Señor abate, respondió Roland que había reconocido al hombre de iglesia, como a pesar del tono agrio con que habláis parecéis estar muy instruido, permitidle a un pobre ignorante que os pida algunos detalles sobre ese Jehú, muerto hace dos mil seiscientos años, y que sin embargo tiene el honor de tener compañeros que llevan su nombre.

—Jehú, respondió el hombre de iglesia con el mismo tono amostazado, fue un rey de Israel, consagrado por Eliseo bajo la condición de castigar los crímenes de la casa de Achab y de Jezabel y hacer dar muerte a todos los sacerdotes de Baal.

—Señor abate, replicó riendo el joven, os doy las gracias por la explicación; no dudo que será muy exacta y sobre todo muy juiciosa, solamente os confieso que no me instruye mucho.

—¿Cómo, ciudadano, dijo el que estaba acostumbrado a la mesa redonda, no comprendéis que Jehú es S. M. Luis XVIII, consagrado bajo la condición de castigar los crímenes de la revolución y de hacer dar muerte a los sacerdotes de Baal, es decir, a todos aquellos que tomaron una parte cualquiera en este abominable estado de cosas que de siete años a esta parte llaman la República?

—Ah, sí, dijo el joven, ya entiendo. Pero entre aquéllos que los compañeros de Jehú están encargados de combatir contáis vos a los valientes soldados que han rechazado al extranjero en las fronteras de Francia y a los ilustres generales que han mandado los ejércitos de Tirol, de Sambre-el-Meure y de Italia.

—Sí por cierto, a ésos sobre todo.

Los ojos del joven lanzaron un relámpago, su nariz se dilató, sus labios se contrajeron, se levantó de su silla; pero su compañero le tiró de la casaca y le hizo volver a sentarse, mientras con un solo gesto le imponía silencio.

Después, el que acababa de dar esta prueba de su poder, tomando la palabra por primera vez:

—Ciudadano, dijo dirigiéndose al joven de la mesa redonda, perdonad a dos viajeros que llegan del cabo del mundo, como quien dijese de América o de la India, que faltan de Francia hace dos años, que ignoran completamente lo que por aquí pasa, y que están deseosos de instruirse.

—¿Qué es lo que decís? respondió aquél a quien iban dirigidas esas palabras, eso es muy justo, ciudadano; preguntad y se os responderá.

—Pues bien, continuó el joven moreno de ojo de águila, de cabellos negros y lisos y de tez granosa, ahora que sé quién es Jehú y con qué objeto fue instituida su compañía, quisiera me dijeseis qué hacen sus compañeros con el dinero que toman.

—La cosa más simple, ciudadano: ya sabéis que se trata muy enérgicamente de restaurar la monarquía borbónica.

—Yo no sé nada, respondió el joven moreno con un tono que quería inútilmente aparentar sencillo; yo llego, como os he dicho, del cabo del mundo.

—¡Cómo! ¿no sabíais eso? Pues bien, dentro seis meses veréis el resultado.

—¿De veras?

—Así es, como tengo el honor de decíroslo, ciudadano.

Los dos jóvenes cambiaron militarmente entre si una mirada y una sonrisa, aunque el rubio parecía oprimido por el peso de una viva impaciencia.

Su interlocutor continuó:

—Lyon es el cuartel general de la conspiración, si es que puede llamarse tal a un complot que se organice para el gran día; le convendría más el nombre de gobierno provisional.

—Pues bien, ciudadano, dijo el joven moreno con disimulada burla, digamos gobierno provisional.

—Este gobierno provisional tiene su estado mayor y sus ejércitos.

—¡Bah! Su estado mayor pase..., pero ejércitos...

—Sus ejércitos, repito.

—¿Y dónde están?

—Hay uno que se organiza en las montañas de Auvernia a las órdenes de Mr. de Chardon; otro en las montañas del Jura a las órdenes de Mr. de Teyssonnet, y en fin, otro tercero que funciona muy activamente a estas horas en la Vendée a las órdenes de Escarboville, de Aquiles Leblond y de Cadoudal.

—En verdad, ciudadano, que me prestáis un verdadero servicio dándome semejantes noticias. Yo creía a los Borbones completamente resignados con su destierro, y la policía hecha de manera que no existiese ni comité provisional-realista en las grandes ciudades, ni bandoleros en los caminos reales. Creía también que la Vendée estaba completamente pacificada por el general Hoche.

El joven a quien se dirigía esta respuesta prorrumpió en una carcajada.

—¡Pero de dónde venís! exclamó, ¡de dónde venís!

—Ya os lo he dicho, ciudadano; del cabo del mundo.

—Bien se conoce.

Y continuando después:

—Pues amigo, vos no dejaréis de comprender, dijo, que los Borbones no son ricos; que los emigrados, cuyos bienes se han vendido, están arruinados, y que es imposible organizar dos ejércitos y mantener otro sin dinero. La situación estaba complicada, pues, y no quedaba más que la república para sufragar a sus enemigos. No era muy probable que se decidiese a hacerlo por voluntad propia, por lo que, sin intentar recurrir a negociaciones imposibles, se creyó más efectivo tomar el dinero que pedírselo.

—¡Ah! por fin lo comprendo.

—Me alegro mucho.

—Los compañeros de Jehú son los intermediarios entre la república y la contrarevolución; son los perceptores de los generales realistas.

—En efecto; esto no es un robo, sino una operación militar, un hecho de armas como otro cualquiera.

—Justamente, ciudadanos, ya estáis enterados, y sobre este punto ya sabéis tanto como nosotros.

—Pero, repuso tímidamente el comerciante de vino de Burdeos, si los señores compañeros de Jehú, cuidado que no digo de ellos ningún mal, si los señores compañeros de Jehú no tienen más ganas que al dinero del gobierno....

—Al dinero del gobierno y no a otro ninguno; no hay ejemplo de que hayan desvalijado a un particular.

—¿Decís que no hay ejemplo?

—Lo repito.

—¿Cómo es, pues, que ayer con el dinero del gobierno se llevaron un saquito de doscientos luises que me pertenece?

—Mi querido señor, respondió el joven de la mesa redonda, ya os he dicho que aquí había algún error y que tan de fijo como yo me llamo Alfredo Barjols, esta partida os será devuelta de hoy a mañana.

El mercader de vino exhaló un suspiro y sacudió la cabeza como quien, pese a la seguridad que se le da, alberga todavía algunas dudas. Pero en aquel momento, como si el empeño tomado por el joven noble que acababa de revelar su condición social descubriendo su nombre hubiese despertado la delicadeza de aquellos por quienes se mostraba fiador, un

caballo se detuvo en el umbral de la casa, sonaron pasos en el corredor, se abrió la puerta, y un hombre enmascarado y armado hasta los dientes se presentó en la sala.

—Caballeros, dijo en medio del más profundo silencio, provocado por su aparición, ¿hay entre vosotros un viajero llamado Juan Picot que se encontraba ayer en la diligencia que fue detenida entre Lambesc y Pont-Royal?

—Sí, dijo admirado el mercader de vino.

—¿Sois vos? preguntó el enmascarado.

—Yo soy.

—¿No se os quitó nada?

—Sí, un saquito con doscientos luises que había confiado al conductor.

—Y yo debo decir, añadió el joven noble, que en este mismo instante estaba hablando de ello, y lo consideraba perdido.

—El señor pensaba mal, dijo el enmascarado: nosotros hacemos la guerra al gobierno y no a los particulares; somos partidarios, no somos ladrones. Aquí están vuestros doscientos luises, caballero, y si semejante error volviese a suceder, reclamad y recomendaos con el nombre de Morgan.

Dichas estas palabras el hombre enmascarado dejó un saquito de oro a la derecha del mercader de vino, saludó cortésmente a los comensales de la mesa redonda, y se marchó dejando a los unos aterrorizados y a los otros atónitos ante semejante atrevimiento.

CAPÍTULO II
UN REFRÁN ITALIANO

Aunque los dos sentimientos que acabamos de indicar hubiesen sido los dominantes, no se manifestaban en todos los asistentes con el mismo grado. Los matices se graduaron según el sexo, según la edad, según el carácter, y casi diremos según la posición social de los oyentes.

El mercader de vino, Juan Picot, principal interesado en el suceso que acababa de tener lugar, reconociendo desde la primera vista en su traje, armas y máscara, a uno de los hombres con quienes había tenido que habérselas el día anterior, se había azorado al principio de su aparición; pero poco a poco, reconociendo el motivo de la visita que le hiciera el misterioso bandido, pasó del estupor al júbilo, atravesando todos los matices intermedios que separan los dos sentimientos. Su saquito de oro estaba a su lado y parecía que no se atreviera a tocarlo, temeroso tal vez de que en cuanto le echase la mano lo vería

desvanecerse, como el oro que uno cree encontrar en sueños, que desaparece aun antes de que vuelva a abrir los ojos, durante ese período de lucidez progresiva que separa el sueño profundo del despertar completo.

El obeso señor de la diligencia, así como su mujer y los otros viajeros que formaban parte de la misma comitiva, se manifestaron poseídos del más franco y completo terror. Sentado a la izquierda de Juan Picot, cuando vio que el bandido se acercaba al mercader de vino, con la esperanza ilusoria de mantener una honesta distancia entre él y el compañero de Jehú echó atrás su silla sobre la de su mujer, que cediendo a la presión trató de hacer lo propio con la suya. Pero como la otra silla que seguía luego era la del ciudadano Alfredo de Barjols, quien no tenía ningún motivo para temer a unos hombres sobre quienes acababa de manifestar tan alta y ventajosa opinión, la silla de la mujer del grueso caballero encontró un obstáculo en la inmovilidad de la del joven noble, de suerte que al igual que sucedió en Marengo ocho o nueve meses más tarde, cuando el general en jefe juzgó que era tiempo de volver a tomar la ofensiva, el movimiento retrógrado se había detenido.

En cuanto al ciudadano Alfredo de Barjols, su aspecto, como el del abate que había dado la explicacion bíblica sobre el rey de Israel Jehú y la misión que había recibido de Eliseo, era el de un hombre que no solamente no experimenta temor alguno, sino que aguarda con curiosidad el desenlace de la escena por inesperado que sea. Había seguido con los ojos y con una sonrisa en los labios al hombre enmascarado, y si los demás comensales no hubiesen estado demasiado absortos en los dos actores principales de la escena que se representaba, habrían podido observar una señal casi imperceptible intercambiada entre los ojos del bandido y los del joven noble, señal que al instante se había reproducido entre éste y el abate.

Por su parte, los dos viajeros a los que hemos presentado en el comedor, y que como hemos dicho estaban bastante aislados al extremo de la mesa, habían conservado la actitud propia de sus diferentes caracteres: el más joven de los dos llevó instintivamente la mano a su costado, como para buscar una arma ausente, y se levantó cual movido por un resorte para abalanzarse a la garganta del hombre enmascarado, lo que no habría dejado de llevar a cabo si se hubiese encontrado solo; pero el de más edad, el que parecía tener no sólo la costumbre, sino aun el derecho de darle órdenes, se contentó con tirarle de la casaca como había hecho ya otra vez, diciéndole con un tono imperativo y hasta casi duro:

—Sentaos, Roland.

Y el joven se sentó.

Pero el que había permanecido, en apariencia por lo menos, más impasible durante toda la escena que acababa de tener lugar, era un hombre de treinta y tres a treinta y cuatro años, de cabellos rubios, barba roja, bello rostro, grandes ojos azules, cutis blanco, labios inteligentes y finos, estatura alta y, por lo que podía juzgarse a partir de las pocas palabras que se le habían escapado, un acento extranjero que indicaba que había nacido en el seno de aquella isla cuyo gobierno nos hacía a aquellas horas tan cruda guerra. Hablaba el francés, a pesar de ese acento, con toda corrección. A la primera palabra que pronunció, reconociendo el acento de Ultra-Mancha, se estremeció el mayor de los dos viajeros, y volviéndose hacia

su compañero, acostumbrado a leer el pensamiento en su mirada, pareció preguntarle cómo era posible que un inglés se encontrase en Francia cuando la guerra encarnizada que había entre las dos naciones desterraba naturalmente a los ingleses de Francia, igual que a los franceses de Inglaterra.

Al parecer Roland no pudo tampoco encontrarle una explicación, porque respondió con un movimiento de ojos y hombros que significaba:

—Tan extraordinario me parece eso a mí como a vos; pero si no os lo explicáis vos, el matemático por excelencia, a mí no me preguntéis nada.

—Lo más que sabían los dos jóvenes era que el hombre rubio, de acento anglosajón, era el viajero cuya confortable calesa aguardaba con los caballos puestos a la puerta de la posada, y que este viajero era de Londres o cuando menos de alguno de los condados o ducados de la Gran Bretaña.

En cuanto a las palabras que había pronunciado, ya hemos dicho que eran raras, y tan raras que más bien eran exclamaciones que palabras; sin embargo, a cada explicación que había pedido y se le había dado sobre el estado de Francia, el inglés sacaba ostensiblemente un cuadernillo de su bolsillo, y suplicando, ora al mercader de vino, ora al abate, ora al joven noble, que le repitiesen la explicación —lo que hacían todos con una complacencia igual a la finura que presidía la pregunta—, tomaba nota de lo más importante, más extraordinario y más pintoresco sobre la detención de la diligencia, el estado de la Vendée y los compañeros de Jehú, dando gracias cada vez de palabra y gesto y con esa tirantez particular de nuestros vecinos de Ultramar, y volviendo siempre a meter en el bolsillo del costado de su levita su cuaderno enriquecido con una nueva nota.

En fin, espectador alegre por el inesperado desenlace, emitió un grito de satisfacción al ver a un hombre enmascarado, escuchó con oídos atentos y miró con los ojos abiertos de par en par; no le perdió de vista hasta que la puerta se hubo cerrado de nuevo tras él, y entonces, sacando con viveza el cuaderno de su bolsillo:

—¡Oh! caballero, dijo a su vecino, que no era otro que el abate, ¿seríais tan amable, en caso de que yo no me acordase, de repetirme palabra por palabra lo que ha dicho el gentleman que acaba de salir de aquí?

Inmediatamente se puso a escribir, y ayudándose de la la memoria del abate tuvo la satisfacción de transcribir íntegra la frase del compañero de Jehú al ciudadano Juan Picot.

Después, con un acento que añadía a sus palabras un extraño sello de originalidad, exclamó:

—¡Oh! solamente en Francia suceden cosas semejantes; Francia es el país más curioso del mundo. Yo quedo encantado, señores, de viajar por Francia y conocer a los franceses.

La última frase había sido pronunciada con tanta cortesía que ya no quedaba otra cosa, después de haberla oído salir de aquella boca escasa de palabras, que dar las gracias al que

la había emitido, aun cuando fuese descendiente de los vencedores de Crécy, Poitiers y Azincourt.

El más joven de los dos viajeros fue quien respondió a aquella cortesía con el tono de indolente causticidad que parecía serle natural.

—A fe mía que yo soy exactamente como vos, milord; digo milord porque presumo que sois inglés.

—Sí, señor, respondió el gentleman, tengo ese honor.

—Pues bien, como os decía, continuó el joven, estoy encantado de viajar por Francia y de ver lo que he visto. Hay que vivir bajo el gobierno de los ciudadanos Gahier-Moulins, Roger-Dacos, Sièyes y Barras para presenciar semejantes travesuras; y cuando de aquí a cincuenta años se cuente que dentro de una ciudad de cincuenta mil almas, en pleno día, un ladrón de camino real fue con el antifaz en la cara, dos pistolas y un sable en la cintura, a devolver a un honrado negociante que se desesperaba por haberlos perdido, los doscientos luises que le había quitado el día anterior; cuando se añada que eso pasó en una mesa redonda, a la que estaban sentadas veinte o veinticinco personas, y que ese bandido modelo se retiró sin que ninguna de las dichas veinte o veinticinco personas se le echase al pescuezo, apuesto cualquier cosa a que se tratará de impostor al que tenga la audacia de referir esta anécdota.

Y el joven, dejándose casi caer de su silla, reventaba de risa, pero de una risa tan nerviosa y tan estridente que todos le miraron con asombro, mientras que su compañero fijaba los ojos en él con una inquietud casi paternal.

—Caballero, dijo el ciudadano Alfredo de Barjols, que al igual que los otros parecía estar impresionado por aquella extraña modulación, más bien dolorosa que alegre, y que antes de responder había dejado extinguirse hasta el último estertor; caballero, permitidme que os haga observar que el hombre al que acabáis de ver no es ningún ladrón de camino real.

—¡Bah! francamente, ¿qué es entonces?

—Probablemente un joven de tan buena familia como vos y como yo.

—El conde de Horn, a quien el regente hizo enrodar en la plaza de Grève, también era un joven de buena familia, y la prueba es que toda la nobleza de París envió carruajes a su ejecución.

—El conde de Horn había, si mal no recuerdo, asesinado a un judío para robarle una letra de cambio que no se hallaba en situación de pagarle, y nadie se atreverá a decir que un compañero de Jehú haya tocado un pelo de la cabeza de un niño.

—Y bien, sea así, admitamos que la institución haya sido fundada bajo el punto de vista filantrópico para restablecer la balanza entre las fortunas, corregir los caprichos del

destino, reformar los abusos de la sociedad, para ser un ladrón a lo Harl-Moor. Vuestro amigo Morgan... ¿no ha dicho que se llamaba Morgan aquel honrado ciudadano?

—Sí, dijo el inglés.

—Pues bien, vuestro amigo Morgan no deja de ser un ladrón.

El ciudadano Alfredo de Barjols se puso muy pálido.

—El ciudadano Morgan no es amigo mío, respondió el joven aristócrata, y si lo fuese me honraría con su amistad.

—Sin duda, respondió Roland reventando de risa; como dice el señor de Voltaire: «La amistad de un gran hombre es un beneficio de los dioses.»

—¡Roland, Roland! le dijo en voz baja su compañero.

—¡Oh, general, respondió éste dejando escapar, expresamente tal vez, el título que era debido a su camarada, dejadme por favor continuar con el caballero una discusión que me interesa sumamente!

Éste levantó los hombros.

—Ciudadano, continuó el joven con una extraña persistencia, necesito mucho que me instruyan; hace dos años que salí de Francia, y desde mi partida ha habido tal cambio en el traje, costumbres y acento, que la lengua podría haber cambiado también. ¿Cómo llamáis en la lengua que se habla hoy día en Francia detener las diligencias y tomar el dinero que transportan?

—Caballero, dijo el joven noble con el tono de un hombre decidido a sostener la discusión hasta el final, yo llamo a eso hacer la guerra; y aquí está vuestro compañero, a quien acabáis de llamar general, que en su calidad de militar os dirá que, dejando aparte el placer de matar y de ser muertos, los generales de todos los tiempos no han hecho otra cosa que lo que está haciendo el ciudadano Morgan.

—¡Cómo! exclamó el joven, cuyos ojos despedían relámpagos, y vos osáis comparar....

—Dejad que el caballero desarrolle su teoría, Roland, dijo el viajero moreno cuyos ojos, al contrario de los de su compañero, que parecían haberse dilatado para arrojar llamas, se velaron bajo sus largas y negras pestañas para ocultar lo que pasaba dentro de su corazón.

—¡Ah! dijo el joven con acento sarcástico, ya veis que también vos empezáis a tomar interés en la discusión.

Volviéndose después hacia el joven aristócrata:

—Continuad, caballero, continuad, puesto que el general lo permite.

El joven noble se ruborizó de un modo tan visible como acababa de palidecer un momento antes y, con los dientes apretados, los codos sobre la mesa, la barbilla apoyada sobre el puño para acercarse cuanto le fuese posible a su adversario, con un acento provenzal que llegaba a ser más y más pronunciado a medida que la discusión iba haciéndose más intensa:

—Ya que el general lo permite, repuso cargando sobre estas dos palabras, al general tendré el honor de decirle, y de paso a vos también, ciudadano, que creo recordar haber leído en Plutarco que cuando Alejandro partió para la India no llevaba consigo más que dieciocho o veinte talentos de oro, que vienen a ser unos ciento a ciento veinte mil francos. ¿Y creéis vos que con estos dieciocho o veinte talentos de oro mantuvo a su ejército, ganó la batalla de Granica, sometió el Asia Menor, conquistó Tiro, Gaza, Siria, Egipto, levantó la ciudad de Alejandría, penetró hasta Libia, se hizo declarar hijo de Júpiter por el oráculo de Amón, llegó hasta el Hífaso, y como sus soldados rehusaron seguirle más lejos, volvió a Babilonia para superar allí en lujo, disolución y molicie a los más lujuriosos, más disolutos y más voluptuosos de los reyes de Asia? Era de Macedonia de donde sacaba su dinero, ¿y creéis vos que el rey Filipo, uno de los más pobres reyes de la pobre Grecia, hacía honor a las letras de cambio que su hijo libraba contra él? De ningún modo: Alejandro hacía como el ciudadano Morgan, sólo que en lugar de detener las diligencias en los caminos reales, saqueaba las ciudades, ponía a los reyes a rescate, o imponía contribuciones en los países conquistados. Pasemos a Aníbal. Ya sabéis como partió de Cartago, ¿no? Éste ni siquiera tenía los dieciocho o veinte talentos de su predecesor Alejandro; pero como necesitaba dinero, saqueó en medio de la paz y contra la fe de los tratados la ciudad de Sagunto; desde entonces fue rico y pudo ponerse en campaña. Perdonad, esto no es de Plutarco; es de Cornelio Nepote. Os considero al corriente de su descenso de los Pirineos y de su ascensión a los Alpes, de las tres batallas que ganó apoderándose cada vez de los tesoros del vencido, y paso a hablar de los cinco o seis años que estuvo en la campaña. ¿Creéis acaso que él y su ejército pagaban pensión a los capuanos, y que los banqueros de Cartago, que estaban reñidos con él, le enviaban dinero? No; la guerra alimentaba la guerra, sistema Morgan, ciudadano. Pasemos a César. ¡Ah! César es otra cosa. Sale para España con unos treinta millones de deudas, vuelve casi igual; parte para la Galia. Permanece diez años entre nuestros abuelos; durante estos diez años, envía más de cien millones a Roma; vuelve a atravesar los Alpes, pasa el Rubicón, marcha directo al Capitolio, fuerza las puertas del templo de Saturno donde está el tesoro, de allí toma para sus necesidades particulares, y no para las de la república, tres mil libras de peso en barras de oro; y aquél a quien sus acreedores veinte años antes no querían dejar salir de su casita de la calle Suburra, muere dejando dos o tres mil sestercios por cada cabeza de ciudadano, diez o doce millones a Calpurnisa y treinta o cuarenta millones a Octavio. Sistema Morgan siempre, a excepción de que Morgan estoy seguro que morirá sin haber tocado por su cuenta ni la plata de los galos ni el oro del Capitolio. Saltemos ahora mil ochocientos años y lleguemos al general Buonaparté.

Y el joven aristócrata, como tenían la costumbre de hacer los enemigos del vencedor de Italia, afectó cargar sobre la u que Bonaparte había cercenado de su nombre, y sobre la e a la que había quitado el acento agudo.

Parece que esta afectación irritó vivamente a Roland, quien hizo un movimiento como para abalanzarse hacia adelante, pero su compañero le detuvo.

—Dejadle, dijo, dejadle, Roland; estoy seguro de que el ciudadano Barjols no dirá que el general Buonaparté, como él le llama, es un ladrón.

—No, yo no lo diré, pero hay un refrán italiano que lo dice por mí.

—Sepamos que dice este refrán, dijo el general sustituyendo a su compañero y fijando esta vez sobre el joven noble su ojo límpido, sosegado y profundo.

—Aquí lo tenéis en toda su sencillez: I Francesi non sono tutti ladri, ma Buonaparte... Lo que quiere decir: «no todos los franceses son ladrones pero sí...»

—Una buena parte, dijo Roland.

Pero sí Buonaparté, respondió Barjols.

Apenas hubo salido la insolente palabra de la boca del joven aristócrata, cuando el plato que tenía Roland entre sus manos se escapó y fue a estrellarse contra su frente.

Las mujeres lanzaron un grito, los hombres se levantaron.

Roland estalló en una de aquellas carcajadas nerviosas que le eran habituales, y volvió a caer sobre su silla.

El joven aristócrata permaneció tranquilo, aunque un reguero de sangre le corría desde la ceja por la mejilla.

En este momento entró el conductor diciendo, como era de costumbre:

—Vamos, ciudadanos viajeros, al carruaje.

Precisados estos a alejarse del teatro de la riña, se precipitaron hacia la puerta.

—Perdonad, caballero, dijo Alfredo de Barjols a Roland, creo que vos no sois de la diligencia.

—No, señor, soy de la silla de posta; pero tranquilízaos, pues no me marcho.

—Ni yo tampoco, dijo el inglés; desenganchad los caballos porque me quedo.

—Yo me voy, dijo con un suspiro el joven moreno que Roland había designado con el título de general; tú sabes que es preciso, amigo mío, y que mi presencia es absolutamente necesaria allá abajo; de no ser así yo te juro que no te dejaría.

Al decir estas palabras su voz revelaba una emoción a la que su tono, normalmente firme y metálico, no parecía susceptible.

Roland, por el contrario, parecía henchido de placer; podría decirse que las consecuencias que podía acarrear aquel hecho, que él no había promovido ni tampoco procurado evitar, le habían puesto alegre.

—Bueno, general, dijo, debíamos separarnos en Lyon, ya que tuvisteis la bondad de concederme un mes de licencia para ir a Bourg a ver mi familia. Son sesenta leguas menos las que dejamos de hacer juntos, y eso es todo. Ya os encontraré en París. Ya lo sabéis, si necesitáis a un hombre adicto, que no se encoleriza nunca, pensad en mí.

—Pierde cuidado, Roland.

Mirando después atentamente a los dos adversarios:

—Sobre todo, Roland, dijo a su joven compañero con indefinible ternura, no te dejes matar; pero si es posible no mates tampoco a tu adversario. Ese joven cuando más es un hombre de corazón, y yo quiero tener un día a mi favor a todas las gentes de corazón.

—Tranquilizaos, general, se hará lo mejor que se pueda.

En ese momento se presentó el mesonero en el umbral de la puerta.

La silla de posta para París ya está lista.

El general tomó su sombrero y su bastón de encima de una silla; Roland al contrario, le siguió con la cabeza desnuda para que todos viesen que no tenía intención de partir con su compañero.

Alfredo de Barjols no opuso ninguna resistencia a su salida.

Además era fácil de ver que su adversario era más bien de aquellos que buscan las pendencias que de los que las evitan.

Éste acompañó al general hasta que hubo subido al carruaje.

—Es igual, dijo sentándose, pero me duele en el alma dejarte aquí solo, Roland, sin un amigo que te sirva de padrino.

—No os inquietéis por eso, general; jamás faltan testigos que puedan serlo. Siempre hay y habrá personas con curiosidad por saber cómo un hombre mata a otro.

—Hasta la vista, Roland; ya lo oyes, no te digo adiós, te digo hasta la vista.

—Sí, mi querido general, respondió el joven con una voz casi enternecida; ya lo oigo y os doy las gracias.

—Prométeme darme noticias de ti tan pronto como el asunto quede terminado, o hacerme escribir a través de otra persona si no pudieses hacerlo por ti mismo.

—Oh, no temáis, general: antes de cuatro días tendréis carta mía, respondió Roland.

Después, con profunda amargura:

—¿No habéis observado, dijo, que planea sobre mí una fatalidad que no quiere que yo muera.

—¡Roland! dijo el general con tono severo, ¡todavía!

—Nada, nada, dijo el joven sacudiendo la cabeza y dando a sus facciones la apariencia de una indolente alegría, que debía de ser siempre la expresión de su rostro antes de que le hubiese sucedido la desgracia desconocida que, siendo tan joven, parecía hacerle desear la muerte.

—Bien. A propósito, procura indagar una cosa.

—¿Qué cosa, general?

—Cómo es posible que estando en guerra con Inglaterra un inglés se pasee por Francia tan libre y tan tranquilo como si estuviese en su casa.

—Bien; lo averiguaré.

—¿Y cómo?

—Os prometo averiguarlo y lo haré, aun cuando tuviese que preguntárselo a él mismo.

—¡Mala cabeza! no vayas a buscarte otro negocio por esa parte.

—En todo caso, como es un enemigo, ya no sería un desafío; sería un combate.

—Vamos, por última vez, hasta la vista y abrázame.

Roland se arrojó con un movimiento de apasionado reconocimiento al cuello del que acababa de darle este permiso.

—¡Oh, general! exclamó ¡qué dichoso sería... si no fuese tan desgraciado!

El general le miró con un profundo afecto.

—Otro día me contarás tu desgracia, ¿no es verdad, Roland?

Roland prorrumpió en una de aquellas dolorosas carcajadas que por dos o tres veces se había ya manifestado entre sus labios.

—Oh, no, a fe mía; os reiríais demasiado.

El general le miró como a un loco.

—En fin, dijo, hay que aceptar a las personas como son.

—Sobre todo cuando no son lo que parecen.

—Tú me tomas por Edipo y me pones enigmas, Roland.

—Ah, si vos descifráis éste, general, yo os saludo rey de Tebas. Pero con todas mis locuras estoy olvidando que los minutos os son preciosos y que os detengo aquí inútilmente.

—Tienes razón. ¿Quieres algo para París?

—Tres cosas: mis expresiones a Burriana, mis respetos a vuestro hermano Luciano, y ponedme a los pies de madame Bonaparte.

—Se hará como tú deseas.

—¿Dónde os encontraré en París?

—En mi casa de la calle de la Victoria, y quizás....

—¿Quizás?...

—¿Quién sabe? Quizás en el Luxemburgo.

Después, echándose atrás como si temiese haber dicho demasiado aun al que consideraba su mejor amigo:

—Camino de Orange, dijo al postillón, y lo más pronto posible.

El postillón, que no esperaba más que a una orden, levantó el látigo sobre sus caballos, y el carruaje partió rápido como el rayo y desapareció por la puerta de Oulle.

CAPÍTULO III
EL INGLÉS

Roland permaneció inmóvil en su sitio, no sólo mientras pudo ver el carruaje, sino aun mucho rato después de haber desaparecido éste.

Sacudiendo después la cabeza como para hacer caer de su frente la nube que le ensombrecía, volvió a entrar en el mesón y pidió un cuarto...

—Conduce el señor al número 3, dijo el posadero a una criada.

Ésta tomó una llave suspendida de una ancha tabla de madera negra, sobre la cual estaban colocados en dos líneas unos números blancos, e hizo seña al viajero de que podía seguirla.

—Hacedme subir papel, una pluma y tinta, dijo el joven al mesonero; y si el señor de Barjols pregunta por mí, decidle el número de mi aposento.

El mesonero prometió cumplir las ordenes de Roland, quien subió tras la muchacha silbando la Marsellesa.

Cinco minutos después estaba sentado junto a una mesa donde estaban la tinta, el papel y la pluma que había pedido, y se disponía a escribir.

Pero en el momento en que iba a trazar la primera línea, dieron tres golpes en la puerta.

—Entrad, dijo haciendo girar sobre uno de sus pies el sillón en que estaba sentado para quedar de frente ante el que iba a verle, que pensaba sería Mr. de Barjols o uno de sus amigos.

La puerta se abrió con un movimiento regular, y el inglés apareció en el dintel.

—¡Ah! exclamó Roland, contento de la visita por la recomendación que le había hecho su general: ¿sois vos?

—Sí, dijo el inglés, yo soy.

—Bienvenido.

—Gracias, pues no me atrevía a entrar.

—¿Por qué?

—Porque temo que os acordéis de Aboukir.

Roland se rió y dijo:

—Hubo dos batallas de Aboukir: una que perdimos y otra que ganamos.

—Por la que perdisteis.

—Bueno, dijo Roland, lo cortés no quita lo valiente; los hombres se matan, se exterminan en el campo de batalla, pero eso no impide en modo alguno que se estrechen la mano cuando se encuentran en terreno neutral; os repito, pues, que seáis muy bien venido, sobre todo si tenéis la bondad de decirme por qué venís.

—Gracias, pero ante todo leed.

Y el inglés sacó un papel de su bolsillo.

—¿Qué es eso? preguntó Roland.

—Mi pasaporte.

—¿Y qué tengo que hacer yo de vuestro pasaporte? No soy gendarme.

—Ya lo sé, pero como vengo a ofreceros mis servicios, puede ser que no los aceptarais si no supieseis quien soy.

—¿Vuestros servicios, caballero?

—Sí; pero leed.

Roland leyó:

«En nombre de la República francesa, el Directorio ejecutivo invita a las autoridades a que dejen circular libremente y presten socorro y protección en caso de necesidad a sir John Tanley, esq. en toda la extensión del territorio de la República.

Firmado.—FOUCHÉ.»

—Leed más abajo.

«Recomiendo muy particularmente a quien de derecho sea, a sir John Tanley como filántropo y amigo de la libertad.

Firmado.—BARRAS.»

—¿Habéis leído?

—Sí, ya he leído, ¿y qué?

—¡Oh! ¿y qué? Mi padre, milord Tanley, ha prestado servicios a Mr. Barras; y por eso Mr. Barras permite que yo me pasee por Francia, de lo que estoy muy contento porque me divierto mucho.

—Sí, lo recuerdo, sir John; ya nos habéis hecho el honor de decírnoslo en la mesa.

—Sí, lo he dicho, es cierto; he dicho también que quería mucho a los franceses.

Roland se inclinó.

—Y sobre todo al general Bonaparte, continuó sir John.

—¡Queréis mucho al general Bonaparte!

—Le admiro; es un gran hombre.

—¡Ah! ¡Pardiez! sir John, siento mucho que él mismo no oiga que un inglés hable de él así.

—¡Oh! Si estuviese presente ya no lo diría.

—¿Y por qué?

—Porque no quisiera que él creyese que lo digo para adularle; lo digo porque lo creo.

—No lo dudo, milord, dijo Roland, que no sabía adónde quería ir a parar el inglés, que, habiendo él sabido por el pasaporte lo que deseaba, se mantenía en la reserva.

—Y cuando he visto, continuó el inglés con la misma flema, que vos tomabais el partido del general Bonaparte, me ha causado gran placer.

—¿De veras?

—Gran placer, dijo el inglés con un movimiento de cabeza afirmativo.

—Tanto mejor.

—Pero cuando he visto que tirabais un plato por la cabeza a Mr. Alfredo de Barjols, lo he sentido mucho.

—¿Lo habéis sentido, milord? ¿Y por qué?

—Porque en Inglaterra un gentleman no tira un plato a la cabeza de otro gentleman.

—Ah, milord, dijo Roland levantándose y frunciendo el ceño, ¿habréis venido acaso para darme una lección?

—¡Oh! no; he venido para deciros: tal vez os veáis en un aprieto por no tener un padrino.

—A fe mía, sir John, que os lo confesaré francamente: cuando habéis llamado me preguntaba a quién podría pedir ese servicio.

—Pues yo, si queréis, dijo el inglés, seré vuestro padrino.

—Ah, pardiez, dijo Roland, con muchísimo gusto.

—Pues éste es el servicio que quería prestaros.

Roland le alargó la mano.

—Aceptado, dijo.

El inglés se inclinó.

—Ahora, continuó Roland, que habéis tenido la bondad, milord, de decirme quién sois, antes de ofrecerme vuestros servicios, es muy justo que desde el momento que los acepto sepáis también quién soy yo.

—¡Oh! como gustéis.

—Me llamo Luis de Montrevel, y soy edecán del general Bonaparte.

—¡Edecán del general Bonaparte! Me alegro mucho.

—Eso os explica por qué he tomado quizás con demasiado ardor la defensa de mi general.

—No con demasiado ardor; solamente el plato...

—Sí, ya lo sé: la provocación podía pasar sin el plato; pero, ¿qué queréis? Lo tenía en la mano, no sabía qué hacer con él y lo he tirado a la cabeza de Mr. Barjols; ha salido solo sin que yo lo pretendiese.

—Eso no se lo diríais a la cara.

—Ciertamente que no; os lo digo a vos para tranquilizar vuestra conciencia.

—Muy bien, ¿entonces os batiréis?

—Al menos por eso me he quedado.

—¿Y con qué armas?

—Eso no me toca a mí, milord.

—¡Cómo no os toca a vos!

—No; Mr. de Barjols es el insultado, él debe elegir las armas.

—¿Y aceptaréis las que él os proponga?

—Yo no, sir John, sino vos en mi nombre, ya que me hacéis el honor de ser mi padrino.

—¿Y si elige la pistola, a qué distancia y cómo deseáis batiros?

—Esa es tarea vuestra, milord, y no mía. Yo no sé si se hace así en Inglaterra, pero lo que es en Francia, los combatientes no se meten en nada; los padrinos son quienes arreglan las cosas; lo que ellos hacen siempre está por bien hecho.

—¿Entonces lo que yo haga quedará por bien hecho?

—Por muy bien hecho, milord.

El inglés se inclinó.

—¿El día y hora del duelo?

—Lo más pronto posible; hace dos años que no he visto a mi familia, y os confieso que siento vivos deseos de abrazarlos cuanto antes a todos.

El inglés miró a Roland con cierto asombro; hablaba con tanta confianza, que se diría que tenía con anticipación la certidumbre de no ser vencido.

En este momento llamaron a la puerta; la voz del mesonero preguntó:

—¿Se puede entrar?

El joven respondió afirmativamente: se abrió la puerta y el mesonero entró con una tarjeta que presentó a su huésped.

El joven la tomó y leyó: «Carlos de Valensolle.»

—De parte de Mr. Alfredo de Barjols, dijo el huésped.

—Muy bien, contestó Roland.

Pasando después la tarjeta al inglés:

—Tomad, eso os concierne a vos; es inútil que yo vea a ese caballero, ya que en este país los hombres no son ciudadanos. Mr. de Valensolle es el padrino de Mr. de Barjols, vos sois el mío, arreglad el asunto entre vosotros; solamente, añadió el joven estrechando la mano del inglés y mirándole fijamente, procurad que el asunto vaya en serio; yo no recusaría lo que vos hubieseis hecho, sino en caso de que no hubiera peligro de muerte para el uno o para el otro.

—Perded cuidado, dijo el inglés, haré por vos lo que haría por mí.

—¡Enhorabuena! Idos, y cuando todo esté resuelto volved a subir; yo no me muevo de aquí.

Sir John siguió al mesonero; Roland volvió a sentarse, hizo girar su sillón en sentido inverso y se encontró delante de la mesa.

Tomó la pluma y se puso a escribir.

Cuando volvió a entrar sir John, Roland, después de haber acabado y cerrado dos cartas, metía en el sobre la tercera.

Hizo al inglés una seña con la mano de que aguardara un momento para poderle dedicar toda su atención.

Acabó el sobre, cerró la carta y se volvió.

—Y bien, preguntó, ¿está todo arreglado?

—Sí, dijo el inglés, ha sido cosa fácil; tratáis con un verdadero gentleman.

—¡Tanto mejor! dijo Roland, continuad.

—Os batiréis dentro de dos horas en la fuente de Vaucluse, sitio muy a propósito; con pistola, marchando el uno hacia el otro, tirando cada cual cuando guste, y pudiendo continuar marchando después de haber hecho fuego su adversario.

—A fe mía, tenéis razón, sir John, todo está muy bien dispuesto. ¿Sois vos quien lo ha arreglado?

—Yo y el padrino de Mr. de Barjols, vuestro adversario, después de haber éste renunciado a todos sus derechos de ofendido.

—¿Y os habéis procurado ya las armas?

—He ofrecido mis pistolas, que han sido aceptadas bajo mi palabra de honor de que os eran tan desconocidas a vos como a Mr. de Barjols; son unas armas excelentes, con las cuales a veinte pasos de distancia parto yo una bala sobre la hoja de un cuchillo.

—¡Caramba! Vos disparáis bien, según parece, milord.

—¡Oh! Paso por el mejor tirador de Inglaterra.

—Bueno es saber eso; cuando yo quiera que me maten os promoveré alguna disputa.

—Oh, no busquéis jamás ninguna disputa conmigo, dijo el inglés, sentiría en el alma tener que batirme con vos.

—Procuraremos, milord, no daros esa pesadumbre; ¿conque, dentro dos horas?

—Sí; ¿no me habéis dicho que llevabais prisa?

—Cabalmente. ¿Cuánto hay de aquí a Vaucluse?

—Cuatro leguas.

—Esto nos llevará hora y media; no tenemos que perder tiempo; dejemos a un lado las cosas fastidiosas para no pensar más que en el placer.

El inglés miró al joven con asombro; Roland pareció no poner atención en aquella mirada.

—Aquí hay tres cartas, dijo: una para madame de Montrevel, mi madre; otra para la señorita de Montrevel, mi hermana; y otra para el ciudadano Bonaparte, mi general. Si muero, las echaréis pura y simplemente al correo. ¿Es este demasiado trabajo?

—Si sucede esta desgracia yo mismo llevaré las cartas a su destino, dijo el inglés.

Roland miró a sir John.

—¿Dónde viven vuestra señora madre y vuestra hermanita?

—En Bourg, cabeza de departamento del Ain.

—Eso está muy cerca de aquí, respondió el inglés. En cuanto al general Bonaparte iré, si es preciso, a Egipto y celebraré tener esta ocasión de verle.

—Si os tomáis, como decís, el trabajo de llevar la carta vos mismo, no tendréis que emprender tan largo viaje: dentro tres días el general Bonaparte estará en París.

—¡Oh! dijo el inglés sin manifestar la menor admiración, ¿lo creéis así?

—Estoy bien seguro, respondió Roland.

—Es en verdad un hombre muy extraordinario el tal general Bonaparte. ¿Tenéis otro encargo que confiarme, señor de Montrevel?

—Uno solo, milord.

—O muchos si queréis.

—No, gracias; uno sólo pero muy importante.

—Decid.

—Si mi adversario me mata, aunque dudo mucho que esto suceda...

Sir John miró a Roland con aquel asombro que dos o tres veces había ya manifestado.

—Si mi adversario me mata, repuso Roland, porque al fin y al cabo es preciso preverlo todo...

—Y bien, si os mata ¿qué?

—Escuchad bien, milord, lo que voy a deciros, porque en ese caso quiero que las cosas se cumplan con puntualidad del modo que vais a oír.

—Se cumplirán como vos lo deseáis, replicó sir John.

—Pues bien, si yo muero, insistió Roland con la mano apoyada sobre el hombro de su padrino, como para imprimir mejor en su memoria el encargo que iba a hacerle, depositaréis mi cuerpo tal como se encuentre vestido y sin que nadie lo toque en un féretro de plomo, que haréis soldar en vuestra presencia; meteréis el féretro de plomo en un ataúd de encina, que haréis igualmente clavar a vuestra vista, y lo enviaréis así a mi madre; a menos que no prefiráis echarlo al Ródano, lo que dejo absolutamente a vuestro arbitrio, con tal que lo echéis.

—No me costará gran trabajo, respondió el inglés, llevarme el ataúd, teniendo que llevar la carta.

—Vamos, decididamente, milord, dijo Roland con una de sus extrañas carcajadas, sois un hombre encantador; la Providencia en persona me ha puesto a vuestro paso. En camino, milord, en camino.

Los dos salieron del cuarto de Roland. El de sir John tenía la puerta en la misma meseta de la escalera. Roland aguardó al inglés, que acababa de entrar por las armas.

Y efectivamente, al cabo de algunos segundos salió con una caja de pistolas en la mano.

—¿Y ahora, milord, preguntó Roland, cómo vamos a Vaucluse, a caballo o en coche?

—En coche, si os parece, pues es muy cómodo en el caso de recibir una herida; el mío aguarda a la puerta.

—Yo creía que lo habíais hecho desenganchar.

—Así lo había mandado, pero he mandado correr tras el postillón para darle la contraorden.

Y bajaron la escalera.

—Tom, Tom, dijo sir John al llegar a la puerta donde le aguardaba un criado con la severa librea de un groom inglés, encargaos de esta cajita.

— ¿I am going with mylord? preguntó el criado.

—Yes, respondió sir John.

Mostrando después a Roland el estribo del carruaje, que preparaba su criado:

—Subid, caballero de Montrevel, dijo.

Roland entró en la calesa, en la que se recostó apaciblemente.

—Ya está visto, dijo: vosotros los ingleses entendéis como nadie de carruajes de camino; en el vuestro se encuentra uno como en su cama. Apuesto aque lo habéis hecho ablandar antes de sentaros.

—Sí, respondió sir John, el pueblo inglés entiende muy bien de todo lo confortable, pero el francés es un pueblo más curioso y más divertido... Postillón, a Vaucluse.

CAPÍTULO IV
EL DUELO

El camino sólo podía hacerse en carruaje desde Aviñón a Isle. Las tres leguas que separan esta aldea de aquella ciudad fueron recorridas en una hora.

Durante esta hora, Roland, como si se hubiera propuesto expresamente hacer que el tiempo pareciese corto a su compañero de viaje, estuvo hablador a más no poder; cuanto más se acercaba al sitio del combate, más redoblaba su alegre verbosidad. Cualquiera que no hubiese sabido la causa del viaje, jamás habría sospechado que aquel joven de inagotables palabras y de incesante reír se encontraba amenazado de un peligro mortal.

En la aldea de Isle fue preciso bajar del carruaje; pidieron informes: ellos habían sido los primeros en llegar.

Se internaron por el camino que conduce a la fuente.

—¡Oh! dijo Roland, aquí debe de haber un eco precioso.

Esforzó dos o tres gritos, a los cuales el eco respondió con una complacencia perfecta.

—Por mi fe, dijo el joven, que es un eco maravilloso. No conozco más que el de la Scinonnetta de Milán que pueda comparársele. Aguardad, milord.

Y se puso a cantar, con unas modulaciones que indicaban a la vez una voz admirable y un método excelente, una tirolesa que parecía un desafío en que la música sublevada devolvía luego las notas a la garganta humana.

Sir John miraba y escuchaba a Roland con un asombro que ya no procuraba disimular.

Cuando la última nota se hubo extinguido en la cavidad de la montaña:

—Yo creo, ¡Dios me condene! dijo sir John, que vos tenéis el esplín.

Roland se estremeció y le miró fijamente. Mas viendo que sir John no continuaba:

—¿Por qué motivo lo decís? le preguntó.

—Porque os mostráis alegre con demasiada exaltación para no estar profundamente triste.

—¡Y qué! ¿Esta anomalía os admira?

—Nada me admira; cada cosa tiene su razón de ser.

—Es muy cierto; la cuestión está en saber el secreto de la cosa. Pues bien, os pondré al caso.

—¡Oh! no os lo exijo, de ninguna manera.

—Sois demasiado cortés para eso; pero confesad que gustaréis de saber los pormenores.

—Por interés vuestro, sí.

—Pues bien, milord, he aquí la razón del enigma, y voy a deciros a vos lo que no he dicho a nadie. Tal como me veis y con todas las apariencias de una salud perfecta, padezco un aneurisma que me hace sufrir horriblemente. A cada momento tengo espasmos, debilidades y desvanecimientos que harían avergonzar a una mujer. Paso la vida tomando precauciones ridículas, y con todo eso Larrey me ha prevenido que debo prepararme para desaparecer de este mundo de un momento a otro, porque la arteria atacada puede rompérseme dentro del pecho al menor esfuerzo que haga. ¡Juzgad si eso es divertido para un militar! Ya comprendéis que desde el instante en que se me advirtió mi situación, decidí hacerme matar con la mayor gloria posible. Desde luego empecé a ponerlo en práctica. Cualquier otro lo habría conseguido ya cien veces, pero yo estoy hechizado: ni las balas de fusil ni las de cañón quieren nada conmigo; se diría que los sables temen mellarse en mi pellejo. Yo no desperdicio ninguna ocasión, no obstante; ya lo habéis visto con lo que ha pasado en la mesa. Pues bien, vamos a batirnos ¿no? Voy a entregarme como un loco, a

darle a mi adversario todas las ventajas; ya veréis como todo eso no servirá de nada: él disparará a quince pasos, a diez, a cinco, a quemarropa y no me tocará, o bien su pistola quemará el cebo sin que salga el tiro, lo único que conseguiré será reventar algún día en el momento en que menos lo espere, tirándome las botas. Pero silencio, aquí está mi adversario.

En efecto, por el mismo camino que habían seguido Roland y sir John, a través de las sinuosidades del terreno y las asperezas del peñasco, asomaba la parte superior del cuerpo de tres personas que iban creciendo a medida que se acercaban.

Roland las contó.

—¡Tres! ¿Y por qué tres, cuando nosotros no somos más que dos?

—¡Ah! me había olvidado, dijo el inglés; Mr. de Barjols, tanto por vuestro interés como por el suyo, ha pedido traer a un cirujano de su confianza.

—¿Para hacer qué? preguntó Roland con un tono casi brusco y frunciendo las cejas.

—Para, en el caso de que uno de vosotros sea herido, administrar una sangría, que en ciertas circunstancias puede salvar la vida a un hombre.

—Sir John, dijo Roland en tono feroz, no comprendo todas esas delicadezas en materia de duelo. Cuando los hombres se baten es para matarse. Que se hagan antes toda clase de cortesías, como vuestros antepasados y los míos se hicieron en Fontenoy, está bien; pero una vez las espadas están fuera de la vaina o las pistolas cargadas, es preciso que la vida de un hombre pague el trabajo y los latidos de corazón que cuesta. En cuanto a mí, sobre vuestra palabra de honor, sir John, una sola cosa os encargo, y es que ni herido ni muerto me toque para nada el cirujano de Mr. de Barjols.

—Pero, sin embargo, caballero Roland...

—¡Oh! Se toma o se deja. Vuestra palabra de honor, milord, o el diablo me lleve, no me bato.

El inglés miró al joven con asombro. Su rostro se había puesto lívido, sus miembros agitados temblaban de terror.

Sin comprender nada de esta impresión inexplicable, el inglés le dio su palabra.

—Enhorabuena, dijo Roland; mirad, ya tenemos uno de los efectos de mi bella enfermedad, y es que estoy a punto de ponerme malo por la sola idea de una venda extendida o la vista de un bisturí o de una lanceta. Me he puesto pálido ¿no?

—He creído por un instante que ibais a desmayaros.

Roland prorrumpió en una carcajada.

—Lucidos habríamos quedado, dijo, si al llegar nuestros adversarios os hubiesen visto ocupado en hacerme respirar sales como a una mujer que tiene síncopes. ¿Sabéis lo que habrían dicho y vos el primero? Que yo tenía miedo.

Los tres recién llegados, durante este tiempo, se habían adelantado, y se encontraban tan cerca que sir John ni siquiera pudo responder a Roland.

Saludaron al llegar. Roland, con la sonrisa en los labios, contestó a su saludo.

Sir John le dijo al oído:

—Todavía estáis muy pálido; id a dar una vuelta hasta la fuente; yo iré a buscaros allí.

—Estupenda idea, dijo Roland; siempre he querido ver esta hermosa fuente de Vaucluse, Hipocrenes de Petrarca. ¿Conocéis su soneto?

Chiare, fresche, e dolci acque
Ove le belle membra
Pose colei che sola a me perdona.

Y si dejase pasar esta ocasión, tal vez no volvería a presentarse otra igual. ¿A qué lado está situada vuestra fuente?

—La tenéis a treinta pasos de vos; seguid el camino y la encontraréis al volver el pie de aquel enorme peñasco cuya cima estáis viendo desde aquí.

—Sois, milord, dijo Roland, el mejor cicerone que jamás he conocido.

—Gracias.

Y haciendo a su padrino con la mano un signo de amistad, se alejó en dirección a la fuente, tarareando una hermosa pastorela.

Sir John se volvió a las modulaciones de aquella voz, fresca y tierna, y al tiempo un tanto femenil en las notas altas. Su espíritu metódico y frío no comprendía nada de aquella naturaleza sarcástica y nerviosa; tenía ante sus ojos uno de los más asombrosos caracteres que jamás se pudiesen encontrar.

Los dos jóvenes le aguardaban; el cirujano se había retirado a corta distancia.

Sir John sacó su caja de pistolas y la puso sobre una peña con forma de mesa; sacó de su bolsillo una llavecita que parecía fabricada por un platero más bien que por un cerrajero, y abrió la caja.

Las armas eran magníficas aunque de gran sencillez; habían salido de los talleres de Mentón, abuelo del que aún hoy día es uno de los mejores armeros de Londres. Se las dio a

examinar al padrino de Mr. de Barjols, quien accionó los muelles subiendo y bajando la llave para ver sí tenían doble fiador.

No tenían más que uno.

Mr. de Barjols les echó una ojeada, pero ni siquiera las tocó.

—¿Conoce esas armas vuestro adversario? preguntó Mr. de Valensolle.

—Ni siquiera las ha visto, respondió sir John.

—¡Oh! dijo Mr. de Valensolle, una simple negación bastaba. Se arreglaron por segunda vez, a fin de que no hubiera ningún malentendido, las condiciones del combate; después, para no perder tiempo en preparativos inútiles, cargaron las pistolas, las colocaron en la caja, que confiaron al cirujano, y sir John, metiéndose la llave de la caja en el bolsillo, fue a buscar a Roland.

Lo encontró entretenido con un pastorcillo que apacentaba tres cabras en los ásperos y pedregosos caminos de la montaña, y arrojaba guijarros en la pila de la fuente.

Sir John abría la boca para decir a Roland que todo estaba listo; pero él, sin dar al inglés tiempo de hablar:

—¿No sabéis lo que me está contando este muchacho, milord? Una verdadera leyenda de las orillas del Rhin. Dice que esta fuente, cuyo fondo no se conoce, alcanza más de dos o tres leguas de profundidad bajo la montaña y sirve de mansión a una hada medio mujer, medio serpiente, que en las noches tranquilas y puras del verano se desliza por la superficie del agua llamando a los pastores de la montaña, sin mostrarles más, bien entendido, que su cabeza de largos cabellos, sus hombros desnudos y sus bellos brazos; que los imbéciles se dejan engañar por ese rostro de mujer, se aproximan, le hacen señas de que se les acerque, a las que ella contesta que lo hagan ellos; que los imprudentes se adelantan sin fijarse en dónde ponen los pies; que de repente la tierra les falta, el hada alarga el brazo, se sumerge con ellos en su húmedo palacio, y a la noche siguiente vuelve a aparecer sola. ¿Quién diablos ha podido contar a esos idiotas de pastores la misma fábula que Virgilio refería en tan bellos versos a Augusto y a Mecenas?

Permaneció pensativo un instante y fijos los ojos sobre aquella agua azulada y profunda; volviéndose después hacia sir John:

—Se dice que jamás nadador alguno, por fuerte que fuese, ha vuelto a aparecer después de haberse sumergido en este golfo; si yo me sumergiese, milord, tal vez encontraría aquí una muerte más segura que en la bala de Mr. de Barjols. Pero al menos siempre quedará este último recurso; entre tanto probemos la bala. Vamos, milord, vamos.

Y tomando el brazo del inglés, maravillado de aquella volubilidad de espíritu, se dirigieron hacia donde les aguardaban.

Los otros entre tanto ocuparon este rato en buscar un lugar conveniente, y lo habían encontrado.

Era una llanura, unida en cierto modo a la escarpada rampa de la montaña expuesta al sol poniente, y sobre la cual había una especie de castillo arruinado que servía de guarida a los pastores sorprendidos por el huracán. Un espacio llano, de unos cincuenta pies de longitud y otros veinte de ancho, que debió de ser en otro tiempo la plataforma del castillo, iba a ser el teatro de un drama que se acercaba a su desenlace.

—Aquí estamos, caballeros, dijo sir John.

—Nosotros estamos listos, señores, respondió Mr. de Valensolle.

—Sírvanse los antagonistas escuchar bien las condiciones del combate, dijo sir John.

Dirigiéndose después a Mr. de Valensolle:

—Repetidlas, caballero, añadió; vos sois francés y yo extranjero, vos las explicaréis más claramente que yo.

—Pero vos sois un extranjero, milord, que enseñaríais su idioma a unos pobres provenzales como nosotros; mas ya que tenéis la cortesía de cederme la palabra, obedeceré vuestra invitación.

Y saludó a sir John, quien hizo lo mismo.

—Señores, continuó el caballero que servía de padrino a Mr. de Barjols, queda convenido que se os colocará a cuarenta pasos de distancia; que marcharéis el uno hacia el otro; que cada uno tirará cuando le dé la gana, y que herido o no tendrá la libertad de marcharse cuando haya hecho fuego su adversario.

Los dos combatientes se inclinaron en señal de asentimiento, y gritaron los dos al mismo tiempo:

—¡Las armas!

Sir John sacó la llavecita de su bolsillo y abrió la caja.

Se acercó después a Mr. de Barjols y se la presentó abierta. Éste quiso ceder la elección a su adversario, pero Roland indicó con la mano que rehusaba, diciendo con una voz dulce como de mujer:

—Después de vos, caballero de Barjols; ya entiendo que aunque insultado por mí, habéis renunciado a todas las ventajas que os corresponden; justo es que os deje ésta, caso que lo sea.

Mr. de Barjols no insistió más, y tomó sin mirarlas una de las dos pistolas.

Sir John fue a ofrecer la otra a Roland, quien la tomó, la montó, y sin ni siquiera estudiar el mecanismo la dejó colgar de su brazo.

Entretanto Mr. de Valensolle medía los cuarenta pasos, plantando un palo en el punto de partida.

—¿Queréis medir después de mí, caballero? preguntó a sir John.

—Es inútil, caballero, respondió éste, el señor de Montrevel y yo nos atenemos gustosos a los hechos por vos.

Mr. de Valensolle colocó otro palo a los cuarenta pasos.

—Señores, dijo, cuando gustéis.

El adversario de Roland estaba ya en su puesto después de haberse quitado el sombrero y la casaca.

El cirujano y los dos padrinos se mantenían a corta distancia.

El sitio había sido tan bien escogido que ninguno de los dos antagonistas podía tener sobre su contrario ventaja alguna de terreno ni de sol. Roland echó cerca de sí su casaca y su sombrero y pasó a colocarse a cuarenta pasos frente de Mr. de Barjols.

—Los dos dirigieron una mirada al mismo horizonte.

El aspecto de éste estaba en armonía con la terrible solemnidad de la escena que iba a cumplirse.

Nada había que ver ni a la derecha de Roland ni a la izquierda de Barjols sino la montaña con su pendiente rápida y castillo gigantesco.

Pero por el otro lado, es decir, a la derecha de Mr. de Barjols e izquierda de Roland, era otra cosa.

El horizonte era infinito.

Detrás de una llanura de terreno rojizo lleno de escarpas y puntas de roca, semejante a un cementerio de Titanes, cuyos ojos traspasasen la tierra, se delineaba con vigor delante del sol poniente la ciudad de Aviñón con su faja de murallas y su palacio gigantesco, que, tal que un león agachado, parece tener la ciudad jadeando bajo su garra.

Más allá de Aviñón una raya luminosa como un río de oro derretido anunciaba el Ródano.

En fin, al otro lado del Ródano se levantaba como una línea de azul intenso la cadena de colinas que separa la ciudad de Aviñón de las de Nîmes y Uzés.

Al fondo, muy al fondo, el sol, que uno de aquellos dos hombres miraba probablemente por última vez, se hundía lenta y majestuosamente en un océano de oro y púrpura.

Por lo demás aquellos hombres formaban un contraste singular.

El uno con sus cabellos negros, su tez morena, sus miembros flacos, sus ojos sombríos, representaba el tipo de aquella casta meridional que tiene entre sus antepasados griegos, romanos, árabes y españoles.

El otro con su tez rosada, cabellos rubios, ojos azules y manos regordetas como las de una mujer, era el molde de aquel linaje de los países templados que cuenta a los galos, los germanos y los normandos entre sus abuelos.

Si se quisiese engrandecer la situación sería fácil creer que aquello era algo más que un combate singular entre dos hombres.

Se podría imaginar que era el duelo de un pueblo contra otro pueblo, de una casta contra otra casta, del Mediodía contra el Norte.

¿Eran estas ideas que acabamos de explicar las que ocupaban el espíritu de Roland y le sumergían en un melancólico ensueño?

No es probable.

El hecho es que pareció por un momento que se olvidaba de los padrinos, el duelo, el adversario, abismado como estaba en la contemplación de aquel solemne espectáculo.

La voz de Mr. de Barjols le sacó de su poético arrobo.

—Cuando estéis listo, caballero: dijo, yo lo estoy.

Roland se estremeció.

—Perdonad que os haya hecho aguardar, caballero, dijo; soy muy distraído. Ya estoy, caballero.

Y con la sonrisa en los labios, los cabellos agitados por el viento de la tarde, con la misma indiferencia que si fuese a dar un paseo ordinario, mientras que su antagonista tomaba todas las precauciones al uso en casos semejantes, Roland fue derecho hacia Mr. de Barjols.

La fisonomía de sir John, a pesar de la impasibilidad que le era natural, revelaba una angustia profunda.

La distancia disminuía rápidamente entre los dos adversarios.

Mr. de Barjols fue el primero que se detuvo, apuntó e hizo fuego, en el momento en que Roland estaba sólo a diez pasos de él.

La bala de su pistola se llevó un bucle de los cabellos de Roland, pero no le tocó.

El joven se volvió hacía su padrino.

—¿No lo veis? dijo, ¿qué os había dicho yo?

—Tirad, señor, disparad, respondieron los padrinos.

Mr. de Barjols quedó mudo e inmóvil en el sitio donde había hecho fuego.

—Perdonad, señores, respondió Roland; pero espero me permitiréis ser juez del momento y del modo en que debo contestar a mi adversario. Después de haber arrostrado el fuego de Mr. de Barjols tengo que decirle algunas palabras que antes no podía.

Volviéndose después hacia el joven aristócrata, pálido pero tranquilo:

—Caballero, le dijo: puede ser que me haya mostrado un poco vivo en nuestra discusión de esta mañana.

Y aguardó respuesta.

—A vos os toca disparar, caballero, respondió Mr. de Barjols.

—Pero, continuó Roland como si no hubiese oído, vais a saber la causa de aquella vivacidad y perdonarla tal vez. Yo soy militar y edecán del general Bonaparte.

—Tirad, caballero, repitió el joven noble.

—Decid una sola palabra de retractación, caballero, replicó el joven oficial; decid que la reputación de honor y delicadeza del general Bonaparte es tal que un mal refrán italiano en boca de unos vencidos de mal humor no puede causarle ningún daño; decid eso y tiro esta arma lejos mí, y os estrecho la mano; porque reconozco, caballero, que sois un valiente.

—Yo no rendiré homenaje a esa reputación de honor y delicadeza de que habíais, caballero, hasta que vuestro general en jefe se sirva de la influencia que le dio su genio sobre los asuntos de Francia, para hacer lo que hizo Monck, es decir, para devolver el trono a su legítimo rey.

—¡Ah! dijo Roland con una sonrisa, eso es demasiado pedir de un general republicano.

—Pues entonces me atengo a lo que he dicho, respondió el joven noble; disparad, caballero, disparad.

Y como Roland no se apresuraba a obedecer.

—¡Fuego del cielo! Tirad, dijo dando una patada.

Roland, a estas palabras, hizo un movimiento que indicaba que iba a tirar al aire.

Entonces, con una vivacidad de palabra y de gesto que no le permitió cumplirlo:

—¡Ah! exclamó Mr. de Barjols. ¡No tiréis al aire por favor! o exijo que se vuelva a empezar el duelo y vos seréis el primero en hacer fuego.

—¡Sobre mi honor! exclamó Roland poniéndose tan pálido como si toda su sangre le hubiese abandonado, esta es la primera vez que yo me porto así con un hombre cualquiera que sea. ¡Idos al diablo! Ya que no queréis la vida aquí tenéis la muerte.

Dijo, y sin tomarse el trabajo de apuntar, abajó el arma e hizo fuego.

Alfredo de Barjols llevó la mano a su pecho, osciló adelante y atrás, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó de cara contra el suelo.

La bala de Roland le había atravesado el corazón.

Sir John, viendo caer a Mr. de Barjols, fue derecho hacia Roland y le arrastró hacia el sitio donde había echado su casaca y su sombrero.

—Es la tercera, murmuró Roland con un suspiro; pero al menos vos sois testigo de que él lo ha querido.

Y devolviendo a sir John la pistola todavía humeante, se volvió a poner la casaca y el sombrero.

Entretanto Mr. de Valensolle recogió la pistola caída de la mano de su amigo y la llevó junto con la caja a sir John.

—Y bien, preguntó el inglés señalando con los ojos a Alfredo de Barjols.

—Ha muerto, respondió el padrino.

—¿Me he portado con honor, caballero? preguntó Roland enjugando con su pañuelo el sudor que a la noticia de la muerte de su adversario le inundó súbitamente la cara.

—Sí, caballero, respondió Valensolle, permitidme solamente que os diga una palabra: tenéis mano fatal.

Y saludando a Roland y a su padrino con una exquisita cortesía volvió junto al cadáver de su amigo.

—Y vos, milord, repuso Roland, ¿qué decís?

—Yo digo, replicó sir John con una especie de asombro forzado, que sois de aquellos hombres a quienes el divino Shakespeare hace decir de sí mismos: «El peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo día, pero yo nací primero.»

CAPÍTULO V
ROLAND

La vuelta fue silenciosa y triste; se habría dicho que al ver desvanecerse sus percances de muerte, Roland había perdido toda su serenidad.

La catástrofe de que Roland acababa de ser autor podía ser en parte la causa de aquella taciturnidad, pero digámoslo de una vez: Roland en el campo de batalla, y sobre todo en su última campaña contra los árabes, había tenido que sacar demasiadas veces su caballo por encima de los cadáveres que acababa de dejar como para que la impresión producida en él por la muerte de un desconocido fuera tan viva.

Había pues otra razón para aquella tristeza, y era preciso que fuese realmente la que el joven había confiado a sir John. No era el sentimiento por la muerte de otro, era la inconsecuencia de su propia muerte.

Al volver a entrar en el mesón del Palacio-Real, sir John subió a su cuarto para dejar sus pistolas, cuya vista podía excitar en el espíritu de Roland alguna cosa que se asemejase a un remordimiento; después pasó a reunirse con el joven oficial para devolverle las tres cartas que de él había recibido.

Le encontró pensativo y con el codo apoyado sobre una mesa.

Sin pronunciar una palabra el inglés dejó las tres cartas sobre la mesa.

El joven pasó la vista por los sobres, cogió el que iba dirigida a su madre, lo abrió y recorrió sus líneas.

A medida que iba leyendo corrían gruesas lágrimas por sus mejillas.

Sir John miraba con asombro aquella nueva cara bajo la cual se le presentaba Roland.

Todo lo habría creído posible en aquella naturaleza múltiple, excepto que pudiera derramar las lágrimas que silenciosamente brotaban de sus ojos.

Sacudiendo después la cabeza, sin poner la menor atención en la presencia de sir John, Roland murmuró:

—¡Pobre madre mía! ¡Cuánto habría llorado! Tal vez es mejor que haya sido así: las madres no han nacido para llorar a sus hijos.

Y con un movimiento maquinal hizo pedazos aquella carta, la dirigida a su hermana y la escrita al general Bonaparte.

Después quemó cuidadosamente todos los pedacitos.

Llamando entonces a la criada del mesón:

—¿Hasta qué hora hay tiempo, dijo, para echar las cartas al correo?

—Hasta las seis y media, respondió la muchacha, no os quedan más que algunos minutos.

—Aguarda, pues.

Tomó una pluma y escribió:

«Mi querido general: Ya os lo había dicho, yo vivo y él ha muerto. Convendréis en que esto parece una apuesta.

»Consagrado a vos hasta la muerte.

» Vuestro paladín,

»ROLAND.»

Después cerró la carta, puso el sobreescrito: Al general Bonaparte, calle de la Victoria, París, y la entregó a la criada, recomendándole sobremanera que no perdiese un segundo para hacerla echar al correo.

Entonces reparó en sir John y le alargó la mano.

—Acabáis de prestarme un notable servicio, milord, de aquellos servicios que unen a dos hombres para la eternidad. Yo soy ya vuestro amigo, ¿queréis hacerme el honor de ser vos el mío?

—¡Oh! dijo el inglés, os lo agradezco infinito; no me habría atrevido a pediros este honor, pero vos me lo ofrecéis y yo lo acepto.

Y a su vez el impasible inglés sintió ablandarse su corazón y sacudió una lágrima que temblaba al extremo de su pestaña.

Mirando después a Roland:

—Lamento enormemente, dijo, la prisa que tenéis por partir; habría celebrado infinito poder pasar un día o dos en vuestra compañía.

—¿Y adónde ibais, milord, cuando os encontré?

—¡Oh! a ninguna parte; viajaba para distraer el aburrimiento, porque tengo la desgracia de aburrirme muy a menudo.

—Pues bien, dijo sonriéndose el joven oficial, ¿queréis que hagamos una cosa?

—¡Oh! de muy buena gana si es posible.

—Y tan posible que sólo depende de vos.

—Pues decid.

—Vos debíais, si yo hubiese sido muerto, llevar mi cadáver a mi madre o echarlo al Ródano.

—Yo habría llevado el cadáver a vuestra madre y no al Ródano.

—Pues bien, en lugar de llevarme muerto, podéis conducirme vivo, y aún seréis mejor recibido.

—¡Oh!

—Pasaremos quince días en Bourg, que es mi ciudad natal, una de las más aburridas de Francia; pero como vuestros compatriotas brillan sobre todo por la originalidad, puede ser que vos os divirtáis donde los otros se aburren. ¿Está dicho?

—Yo no os pediría otra cosa, dijo el inglés, pero me parece que hay por parte mía algún inconveniente

—¡Oh! no estamos en Inglaterra, milord, donde la etiqueta es una soberana absoluta. Nosotros no tenemos ya ni rey ni reina y no hemos cortado la cabeza a aquella pobre criatura a quien llamaban María Antonieta para ascender a su puesto a su majestad la etiqueta.

—Pues mucho lo deseo, dijo sir John.

—Ya veréis, mi madre es una mujer excelente y además muy distinguida. Mi hermana tenía dieciséis años cuando yo partí, y ahora tendrá dieciocho; entonces era linda, ahora debe ser hermosa. Mi hermanito Eduardo, un muchacho travieso de doce años, os pondrá cohetes entre las piernas y chapurreará el inglés con vos; y después de pasados estos quince días nos iremos juntos a París.

—Si ahora vengo de allá, dijo el inglés.

—Aguardad pues: ¿no queríais ir a Egipto para ver al general Bonaparte? Pues no hay tanta distancia de aquí a París como de aquí al Cairo; yo os presentaré a él y podéis estar seguro de que seréis bien recibido. Vos hablabais de Shakespeare hace poco.

—¡Oh, sí!, siempre le tengo en la boca.

—Eso prueba que os gustan las comedias y los dramas.

—Y muchísimo que me gustan.

—Pues bien, el general Bonaparte está a punto de hacer representar uno a su modo que os aseguro no carecerá de interés.

—¿Conque, dijo sir John titubeando todavía, puedo aceptar vuestra oferta sin ser indiscreto?

—Sí, amigo, y haréis un favor particular a todo el mundo y a mí el primero.

—Pues entonces acepto.

—¡Bravo! ¿Cuándo queréis partir?

—Cuando vos gustéis. Mi calesa estaba lista cuando echasteis aquel maldito plato a la cabeza de Barjols; pero como sin el tal plato yo no os habría conocido jamás, estoy contentísimo de que se lo hayáis tirado; ¡oh, sí, sí!, muy contento.

—¿Queréis que partamos esta misma tarde?

—Al instante. Voy a decir al postillón que mande a uno de sus camaradas por otros caballos, y tan pronto como estén aquí el postillón y los caballos, partiremos.

Roland hizo una seña de asentimiento.

Sir John salió para dar sus órdenes y volvió a subir diciendo que acababa de hacer servir dos chuletas y un pollo en fiambre.

Roland cogió su maleta y bajó.

El inglés reintegró sus pistolas en el cofre de su carruaje.

Los dos comieron un bocado para poder viajar toda la noche sin detenerse y, cuando daban las nueve en la iglesia de San Francisco, se acomodaron en la calesa y salieron de Aviñón, donde su tránsito dejaba una nueva mancha de sangre, Roland con la indolencia de su carácter, sir John Tanley con la impasibilidad de su nación.

Al cabo de un cuarto de hora dormían los dos, o al menos el silencio que guardaba cada cual por su parte hacía creer que se habían rendido al sueño.

Aprovecharemos este instante de reposo para dar a nuestros lectores algunos apuntes indispensables sobre Roland y su familia.

Roland nació el día 1 de julio de 1763, cuatro años y algunos días después que Bonaparte, a cuyo lado o más bien a cuyas órdenes ha hecho su aparición en este libro.

Era hijo de Mr. Carlos de Montrevel, coronel de un regimiento que estuvo por mucho tiempo de guarnición en la Martinica, donde se casó con una criolla llamada Clotilde de La Clemencière.

Nacieron tres hijos de este matrimonio, dos muchachos y una niña: Luis; con quien hemos hecho conocimiento bajo el nombre de Roland; Amelia, cuya belleza había éste encarecido a sir John, y Eduardo.

Vuelto a llamar a Francia en 1782, Mr. de Montrevel obtuvo la admisión del joven Luis de Montrevel; más tarde veremos cómo trocó su nombre de Luis con el de Roland en la escuela militar de París. Allí fue donde Bonaparte conoció al muchacho, cuando, según relación de Mr. de Heralio, fue juzgado digno de pasar de la escuela de Brienne a la escuela militar.

Luis era el más joven de los discípulos.

Cuando sólo tenía trece años ya destacaba por su carácter indomable y pendenciero, del cual diecisiete años más tarde le hemos visto dar ejemplo en la mesa redonda de Aviñón.

Bonaparte, cuando niño, participaba también de este carácter, es decir, que sin ser pendenciero era imperioso, porfiado, indomable; reconoció en el muchacho algunas de las cualidades que él también tenía, y esta paridad de sentimientos fue causa de que le perdonase sus defectos y le tomase por amigo.

El muchacho por su parte, viendo un sostén en el joven corso, se apoyó en él.

Un día fue el niño a encontrar a su gran amigo (pues tal consideraba a Napoleón), en el momento en que éste se hallaba profundamente sumido en la solución de un problema de matemáticas.

Sabía la importancia que el futuro oficial de artillería daba a esta ciencia, que le había valido hasta entonces sus mayores, o más bien, sus únicos adelantamientos.

Se mantuvo a su lado sin hablar, sin moverse.

El joven matemático adivinó la presencia del muchacho y se sepultó más y más en sus deducciones matemáticas, de las que al cabo de diez minutos salió por fin airoso.

Se volvió entonces hacia su joven camarada con la satisfacción interior del hombre que sale triunfante de una lucha cualquiera, sea contra la ciencia o contra la materia. El muchacho permanecía de pie, pálido, con los dientes apretados, los brazos tiesos y los puños cerrados.

—¿Qué hay de nuevo? dijo el joven Bonaparte.

—Hay que Valence, el sobrino del director, me ha dado un bofetón.

—¡Ah! dijo Bonaparte riendo, y vienes a buscarme para que yo se lo devuelva.

El muchacho sacudió la cabeza.

—No, dijo, vengo a buscarte porque quiero batirme.

—¿Con Valence?

—Sí.

—Pero si Valence es quien te batirá a ti, hijo mío; es cuatro veces más fuerte que tú.

—Es que no quiero batirme con él como se baten los niños, sino como se baten los hombres.

—¡Bah! ¡Bah!

—¿Y eso te sorprende? preguntó el muchacho.

—No, dijo Bonaparte, ¿y con qué quieres batirte?

—Con la espada.

—Sólo los sargentos tienen espadas y no os las prestarán.

—Pues pasaremos de espadas.

—¿Y con qué os batiréis entonces?

El chico mostró al joven matemático el compás, con el cual acababa éste de hacer sus ecuaciones.

—Hijo mío, dijo Bonaparte, es muy maligna la herida causada por un compás.

—¡Tanto mejor! replicó Luis; así le mataré.

—¿Y si él te mata a ti?

—Lo prefiero a quedarme con su bofetón.

Bonaparte no insistió más: apreciaba el valor por instinto, y el de su joven camarada le gustó mucho.

—Pues bien, sea, dijo, iré a decir a Valence que quieres batirte con él, pero mañana.

—¿Y por qué mañana?

—Para que así tengas toda la noche para reflexionar.

—Si aguardo a mañana, replicó el muchacho, Valence creerá que soy un cobarde.

Sacudiendo después la cabeza:

—De aquí a mañana hay demasiado tiempo. Y se alejó.

—¿Adónde vas? le preguntó Bonaparte.

—Voy a pedirle a otro si quiere ser mi amigo.

—¿Conque yo ya no lo soy?

—Ya no, puesto que me tienes por un cobarde.

—Está bien, dijo el joven levantándose.

—¿Vas allá?

—Sí, voy.

—¿En seguida?

—Ahora mismo.

—¡Ah! perdona, exclamó el muchacho, todavía eres mi amigo.

Y se le echó al cuello llorando.

Eran las primeras lágrimas que había derramado después del bofetón.

Bonaparte fue a encontrar a Valence y le explicó con gravedad la misión de que estaba encargado.

Valence era un muchachón de diecisiete años y, poblado, como ciertas naturalezas precoces, de barba y bigote, aparentaba tener veinte.

Además descollaba toda una cabeza sobre aquél a quien había insultado.

Valence respondió que Luis había venido a tirarle de la coleta como si fuera un cordón de campanilla (se llevaban coletas en aquella época), que dos veces le había advertido que no volviese a hacerlo, que Luis lo había reiterado por tercera vez y que, entonces, no viéndole más que como un granuja, le había tratado como tal.

La respuesta de Valence fue llevada a Luis, quien replicó que tirar de la coleta a un camarada no pasaba de gamberrada, mientras que dar un bofetón era un insulto.

La obstinación daba a este niño de trece años la lógica de un hombre de treinta.

El moderno Popilio volvió a llevar la guerra a Valence. Este joven se veía en un verdadero aprieto; no podía, bajo pena de escarnio, batirse con un niño; si se batiese y le hiriese le odiarían; si él mismo fuese el herido era cosa de no consolarse en toda su vida.

Sin embargo, la terquedad de Luis, que nunca quiso desistir, agravaba el asunto.

Se reunió el consejo de los mayores, como era costumbre en las circunstancias serias.

Este consejo decidió que uno de ellos no podía batirse con un niño, pero que ya que este niño se obstinaba en darse la importancia de un mayor, Valence le diría en presencia de todos sus compañeros que sentía mucho haber cometido la falta de tratarle como un niño, y que de allí en adelante le consideraría igual suyo.

Enviaron a buscar a Luis, que aguardaba en el cuarto de su amigo, y le introdujeron en medio del círculo que formaban los jóvenes pensionistas.

Allí Valence, a quien sus compañeros habían dictado una especie de discurso —que habían debatido entre ellos largo rato— para salvaguardar el honor de los mayores en relación a los pequeños, declaró a Luis que sentía en el alma lo que había sucedido, que le había tratado según su edad y no según su inteligencia y valor, y le suplicó que tuviese a bien perdonar su impetuosidad y darle la mano de amigo en señal de que todo estaba olvidado.

Pero Luis sacudió la cabeza.

—«Un día oí decir a mi padre, que era coronel, replicó, que quien recibía un bofetón y no se batía era un cobarde. La primera vez que vuelva a ver a mi padre le preguntaré si el que da la bofetada y después pide perdón para no batirse no es más cobarde que el que la ha recibido.»

Los jóvenes se miraron entre sí, pero el parecer general fue contra un duelo que habría parecido un asesinato, y los jóvenes, por unanimidad, incluido Bonaparte, declararon al niño que debía contentarse con lo que había dicho Valence, pues era el resumen de la opinión general.

Luis se retiró pálido de cólera, enfadado con su gran amigo, quien, decía con imperturbable seriedad, había faltado a los intereses de su honor.

Al día siguiente, a la hora de la lección de matemáticas de los mayores, Luis se deslizó por el aula, y mientras Valence hacía una demostración en la pizarra se le acercó sin que nadie lo advirtiese, se subió a un taburete para llegar a la altura de su rostro y le devolvió el bofetón que había recibido la víspera.

—Ahora, dijo, estamos en paz, y yo tengo además tus excusas y tú nunca tendrás las mías, puedes estar bien seguro.

El escándalo fue tan grande, por haber pasado en presencia del profesor, que éste se vio obligado a dar parte al director de la escuela, el marqués Tiburcio Valence.

Éste, que ignoraba los antecedentes del bofetón recibido por su sobrino, tras una severa reprensión le anunció que no formaba ya parte de la escuela, que aquel mismo día debía dejarla y volverse a Bourg, a casa de su madre.

Luis respondió que en diez minutos tendría hecho su equipaje y que al cabo de un cuarto de hora estaría fuera del colegio.

Del bofetón que había recibido él no habló ni una palabra.

La respuesta le pareció algo más que irreverente al marqués Tiburcio Valence; ganas tenía de enviar al insolente ocho días al calabozo, pero no podía hacerle encarcelar y ponerle en la calle al mismo tiempo.

Se le puso al niño un vigilante que no debía dejarle hasta que estuviese dentro el carruaje de Macón, y se prevendría a la señora de Montrevel que fuese a recibir a su hijo al bajar del carruaje.

Bonaparte encontró al muchacho, seguido de su vigilante, y le pidió una explicación sobre aquella especie de guardia personal.

—Todo os lo contaría si fueseis como antes mi amigo, respondió el niño; pero ya no lo sois, ¿para qué pues queréis saber lo que me pasa, sea bueno o malo?

Bonaparte hizo una señal al vigilante, quien mientras Luis arreglaba su cofrecito le dijo cuatro palabras junto a la puerta.

Entonces supo que el niño había sido despedido del colegio.

La medida era grave; desesperaba a toda una familia y tal vez echaba a perder el porvenir de su joven camarada.

Con aquella rapidez de resolución, que era uno de sus rasgos característicos, hizo pedir una audiencia al director, recomendando al mismo tiempo al vigilante que no apresurase la marcha de Luis.

Bonaparte, por su aplicación, era muy querido de sus superiores, y muy estimado del marqués Tiburcio Valence, por lo que le fue concedido desde luego lo que deseaba.

Una vez en el cuarto del director, se lo refirió todo, y sin acusar en lo más mínimo a Valence, abogó por la inocencia de Luis.

—¿Es cierto lo que me contáis, caballero? preguntó el director.

—Interrogad vos mismo a vuestro sobrino; yo me atengo a lo que él diga.

Enviaron a buscar a Valence. Éste estaba enterado de la expulsión de Luis e iba por sí mismo a referir a su tío todo lo que había pasado.

Su relación fue enteramente conforme a la del joven Bonaparte.

—Está bien, dijo el director, Luis no se marchará. Vos sois quien os marcharéis; estáis ya en edad de salir del colegio.

Llamando luego con la campanilla:

—Que me traigan el cuadro de las subtenencias vacantes, dijo al portero.

Ese mismo día se pidió con urgencia al ministro una de estas plazas para el joven Valence.

La misma tarde se marchó para ingresar en su regimiento.

Fue a despedirse de Luis, que le abrazó medio de grado, medio por fuerza, mientras Bonaparte le sostenía las manos.

El niño recibió el abrazo contra su gusto.

—Está bien por ahora, dijo; pero si algún día nos encontramos y tenemos los dos la espada en el costado...

Un gesto de amenaza acabó la frase... Valence partió.

En 10 de octubre de 1785 Bonaparte recibía también su despacho de subteniente; era uno de los cincuenta y ocho despachos que Luis XVI acababa de expedir para la escuela militar.

Once años más tarde, el 15 de noviembre de 1796, Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, al frente del puente de Arcola, que defendían dos regimientos de croatas

con dos cañones, viendo que la metralla y la fusilería diezmaba sus filas, sintiendo que la victoria se le iba de las manos, espantado por la vacilación de los más audaces, arrancaba de los dedos crispados de un muerto una bandera tricolor y se abalanzaba al puente gritando: «¡soldados! ¿no sois ya los hombres de Lodi?» cuando se apercibió de que le había tomado la delantera un joven teniente que le cubría con su cuerpo.

No era eso lo que quería Bonaparte; quería pasar el primero y, a ser posible, pasar solo.

Cogió al joven por el uniforme y le tiró hacia atrás:

—Ciudadano, dijo, tú no eres más que un teniente y yo soy general en jefe: a mí el paso.

—Es muy justo, respondió el teniente.

Y siguió a Bonaparte en lugar de precederle.

Por la tarde, al saber que las dos divisiones austríacas habían sido completamente derrotadas, al ver los dos mil prisioneros que había hecho, al contar los cañones y banderas tomadas, Bonaparte se acordó de aquel joven teniente que había encontrado delante de sí en el momento en que creía no tener delante de sí más que la muerte.

—Berthier, dijo, da orden a mi edecán Valence que me busque a un joven teniente de granaderos, con el cual ha mediado un asunto esta mañana sobre el puente de Arcola.

—General, respondió Berthier con voz balbuciente, Valence está herido.

—En efecto, no le he visto en todo el día. ¿Herido dónde? ¿Cómo? ¿En el campo de batalla?

—No, general, tuvo ayer una disputa y recibió una estocada en el pecho.

Bonaparte frunció las cejas.

—Ya tengo dicho que donde yo esté no quiero desafíos; la sangre del soldado no es suya, sino de Francia. Da la orden a Muiron, pues.

—Ha muerto, general.

—A Elliot, en ese caso.

—Ha muerto también.

Bonaparte sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por su frente inundada de sudor.

—Pues entonces a quien gustéis, porque quiero verle.

No se atrevía a nombrar a nadie, temeroso de oír todavía retumbar aquellas horribles palabras: Ha muerto.

Al cabo de un cuarto de hora introducían en su tienda al joven teniente.

El farol despedía una luz muy débil.

—Acercaos, teniente, dijo Bonaparte.

El joven dio tres pasos y entró en el círculo de luz.

—¿Conque sois vos, continuó Bonaparte, quien queríais esta mañana pasar delante de mí?

—Era una apuesta que había hecho, general, respondió alegre el joven teniente, cuya voz hizo estremecer al general en jefe.

—¿Y yo os la he hecho perder?

—Puede que sí, puede que no.

—¿Cuál era la apuesta?

—Que hoy sería nombrado capitán.

—Pues habéis ganado.

—Gracias, general.

Y el joven se adelantó como para estrechar la mano de Bonaparte; pero casi inmediatamente hizo un movimiento atrás.

La luz había iluminado su rostro durante un segundo; este segundo bastó al general en jefe para reconocer el rostro como había reconocido la voz.

Ni una cosa ni otra le eran nuevas.

Buscó un instante en su memoria, pero ésta se mostraba rebelde.

—Yo os conozco, dijo.

—Es muy posible, general.

—Y aun es muy cierto, sólo que no me acuerdo de vuestro nombre.

—Vos os las habéis arreglado de manera, general, que nadie puede olvidar el vuestro.

—¿Quién sois?

—Preguntádselo a Valence, general.

Bonaparte despidió un grito de alegría.

—Luis de Montrevel, dijo. Y le tendió ambos brazos.

Esta vez el joven teniente no puso ninguna dificultad en echarse a ellos.

—Está bien, dijo Bonaparte, servirás ocho días en tu nuevo grado para que todos se acostumbren a ver en tus hombros las charreteras de capitán, y después reemplazarás a mi pobre Muiron como edecán. Vete.

—¡Otra vez! dijo el joven tendiendo sus brazos.

—Sí, por mi fe, dijo Bonaparte, con mucho gusto.

Y reteniéndole contra su pecho después de haberle abrazado por segunda vez:

—Escucha, le dijo, ¿conque eres tú quien le ha dado una estocada a Valence?

—General, respondió el nuevo capitán y futuro edecán, vos estabais presente cuando se lo prometí; un soldado debe cumplir su palabra.

Ocho días después el capitán Montrevel servía como oficial de ordenanza cerca del general en jefe, habiendo reemplazado su nombre de Luis, malsonante en aquella época, por el seudónimo de Roland.

Y el joven se consolaba de no descender ya de san Luis, pasando a ser el sobrino de Carlo Magno.

Roland, a quien desde que Bonaparte le bautizó con este nombre nadie llamaba ya capitán Luis Montrevel, hizo con el general en jefe la campaña de Italia, y volvió con el mismo a París después de la paz de Campo Formio.

Cuando se decidió la expedición de Egipto, Roland, que por falta del general de brigada Montrevel, muerto en el Rhin mientras su hijo combatía en el Adige y en el Mincio, estaba al lado de su madre, fue uno de los primeros designados por el general en jefe para tomar parte en la inútil pero poética cruzada que emprendía.

Dejó a su madre, a su hermana Amelia y a su hermanito Eduardo en Bourg, ciudad natal del general de Montrevel; habitaba la familia a tres cuartos de legua de la ciudad, es decir, en las Fuentes Negras, una deliciosa casa, a la que se daba el nombre de Castillo, y que con una granja de algunos centenares de fanegas de tierra, situadas en sus cercanías, formaba toda la fortuna del general, que consistía en unas seis u ocho mil libras de renta.

Fue un acerbo dolor para el corazón de la pobre viuda la partida de Roland para esta azarosa expedición; la muerte del padre parecía presagiar la del hijo, y la señora de Montrevel, dulce y tierna criolla, estaba lejos de poseer las austeras virtudes de una madre de Esparta o de Lacedemonia.

Bonaparte, que quería con todo su corazón a su antiguo compañero de escuela militar, le permitió que esperase al último momento para unírsele en Tolón; pero el temor de llegar demasiado tarde impidió a Roland aprovecharse del permiso en toda su extensión. Se separó de su madre, prometiéndole —lo que no mostraba ánimo de cumplir— no exponerse sino en caso de absoluta necesidad, y llegó a Marsella ocho días antes de que la escuadra se diese a la vela.

No es nuestro propósito hacer más extensa relación de la campaña de Egipto que de la de Italia, ni diremos de ella más que lo absolutamente necesario para entender esta historia y para el desarrollo del carácter de Roland.

El 19 de mayo Bonaparte y todo su estado mayor se daban a la vela para el Oriente; el 15 de junio los caballeros de Malta le entregaban las llaves de la ciudadela. El 2 de julio el ejército desembarcaba en el Marabout; el mismo día se apoderaba de Alejandría; el 25 Bonaparte entraba en el Cairo después de haber batido a los mamelucos en Chebréisse y en las Pirámides.

Durante esta serie de marchas y combates, Roland era el oficial que nosotros conocemos, alegre, vivo, ingenioso, que lo mismo arrostraba el voraz calor de los días que el rocío glacial de las noches, arrojándose como héroe o como loco en medio de los sables turcos y de las balas beduinas.

Durante los cuarenta días de travesía no se separó del intérprete Ventura, de manera que con su facilidad admirable llegó, si no a hablar corrientemente el árabe, al menos a hacerse entender perfectamente en esta lengua.

Así, sucedió con frecuencia que cuando el general en jefe no quería recurrir al intérprete, Roland era el que se encargaba de hacer ciertas comunicaciones a los muftis, ulemas y jeques.

Durante la noche del 20 al 21 de octubre el Cairo se rebeló: a las cinco de la mañana se supo el fallecimiento del general Dupuy, muerto de un lanzazo; a las ocho, cuando se creía tener la insurrección dominada, un ayudante de campo del general muerto corrió anunciando que los beduinos de la campiña amenazaban la puerta de Rab-el-Nassar o de la Victoria.

Bonaparte almorzaba con su ayudante de campo Sulkowsky, que, herido gravemente en Sakehych, se levantaba con mucho trabajo de su lecho de dolor.

Bonaparte, en su preocupación, olvidó el estado en que estaba el joven polaco.

—Sulkowsky, dijo, tomad quince guías, e id a ver qué nos quiere esa canalla.

Sulkowsky se levantó.

—General, dijo Roland, encargadme la comisión; bien veis que mi camarada apenas puede tenerse en pie.

—Es justo, dijo Bonaparte, sea.

Roland salió, tomó quince guías y partió.

Pero la orden había sido dada a Sulkowsky, y Sulkowsky quería cumplirla.

Partió por otro lado con cinco o seis hombres que encontró dispuestos.

Fuera casualidad, fuera que conociese mejor que Roland las calles del Cairo, llegó algunos segundos antes que él a la puerta de la Victoria.

Al llegar Roland, vio que los árabes se llevaban a un oficial y que sus cinco o seis hombres estaban ya muertos.

Algunas veces los árabes, que asesinaban sin piedad a los soldados, conservaban los oficiales con la esperanza de un rescate.

Roland reconoció a Sulkowsky; se lo señaló con la punta de su sable a sus quince hombres, y cargó al galope.

Media hora después, un guía entraba solo en el cuartel general anunciando la muerte de Sulkowsky, de Roland y de sus veintiún compañeros.

Lo hemos dicho: Bonaparte quería a Roland como a un hermano, como a un hijo, como quería a Eugenio; quiso conocer la catástrofe en todos sus detalles e interrogó al guía.

El guía vio a un árabe cortar la cabeza de Sulkowsky y atarla al arzón de su silla.

En cuanto a Roland, su caballo fue muerto; pero él se desasió de los estribos y al instante desapareció en una descarga de fusilería casi a boca de jarro.

Bonaparte arrojó un suspiro, derramó una lágrima y murmuró:

—¡Otro más! y fingió no pensar más en ello.

Se informó solamente de a qué tribu pertenecían los árabes beduinos que acababan de matarle a dos de los hombres a quienes más quería.

Le dijeron que era una tribu de árabes no sometidos, cuya población distaba unas diez leguas.

Bonaparte los dejó por un mes para que se confiasen en su impunidad; y pasado este mes mandó a uno de sus edecanes, llamado Croisier, que sitiase el lugar, destruyese las chozas, hiciese decapitar a los hombres y meter sus cabezas dentro unos sacos, y condujese el resto de la población, es decir, a las mujeres y los niños, al Cairo.

Croisier ejecutó puntualmente la orden; llevaron al Cairo a todas las mujeres y niños de la población que pudieron capturar, y además a un árabe vivo, atado y agarrotado sobre su caballo.

—¿Por qué ese hombre vivo? preguntó Bonaparte; dije que le cortaran la cabeza a todo el que estuviese en condiciones de llevar las armas.

—General, dijo Croisier, que también hablaba algunas palabras del árabe; en el momento en que iba a hacer cortar la cabeza a este hombre, he creído comprender que ofrecía cambiar su vida por la de un prisionero. Pensé que siempre tendríamos tiempo de cortársela, y lo he traído conmigo. Si me he equivocado, la ceremonia tendrá lugar aquí en vez de allá abajo; lo que está diferido no está perdido.

Se hizo venir al interprete Ventura y se interrogó al beduino.

El beduino respondió que había salvado la vida a un oficial francés, gravemente herido en la puerta de la Victoria; que aquel oficial hablaba un poco el árabe y dijo ser ayudante del general Bonaparte; que se lo había enviado a un hermano que ejercía la profesión de médico en la tribu vecina, donde el oficial estaba prisionero, y que si se le quería prometer la vida, le escribiría para que lo enviase.

Podía ser una patraña, quizás para ganar tiempo, pero también podía ser la verdad; nada se arriesgaba con esperar.

Se puso al árabe bajo una buena guardia, se le dio un thaleb, que escribió bajo dictado, cerró la carta con un sello, y un árabe del Cairo partió para entablar la negociación.

Si el negociador tenía buen éxito, había para él quinientas piastras y la vida para el beduino.

Tres días después el negociador volvió trayendo a Roland.

Bonaparte esperaba aquella vuelta, pero no había creído en ella.

Aquel corazón de bronce, que había parecido insensible al dolor, se derritió de alegría. Abrió sus brazos a Roland como el día en que lo volvió a encontrar, y dos lágrimas (las lágrimas de Bonaparte eran raras) corrieron de sus ojos.

En cuanto a Roland, ¡cosa extraña! permaneció sombrío en medio de la alegría que ocasionaba su vuelta; confirmó la relación del árabe pero rehusó dar ningún detalle personal sobre la manera en que fue capturado por los beduinos y tratado por el Thable; en cuanto a Sulkowsky fue decapitado y no se podía pensar más en él.

Roland volvió a hacer su servicio habitual y se notó que lo que hasta allí había sido valor en él, se convirtió en temeridad; que lo que había sido una necesidad de gloria, parecía convertirse en una necesidad de muerte.

Además, como sucede a menudo a quienes arrostran el hierro y el fuego, el hierro y el fuego se apartaban milagrosamente de él; delante, detrás de Roland, a su lado, los hombres caían; él quedaba solo en pie, invulnerable como el demonio de la guerra.

Cuando la campaña de Siria le enviaron parlamentarios a Djezzar Pachá para intimarle a rendirse, ninguno de ellos volvió: les cortaron la cabeza.

Se trató de mandar a un tercero y Roland se presentó; insistió en ir allí; obtuvo, a fuerza de instancias, el permiso del general en jefe, y volvió.

Tomó parte en cada uno de los diecinueve asaltos que se dieron a la fortaleza; en todos se le vio llegar hasta la brecha; fue uno de los diez hombres que entraron en la torre Maldita; nueve quedaron allí, él volvió sin un rasguño.

Durante la retirada, Bonaparte ordenó a la caballería del ejército ceder los caballos a los heridos y enfermos, pero sin entregárselos a los apestados por temor al contagio.

Roland les dio el suyo preferentemente a éstos: tres cayeron a tierra y él volvió a montar después que ellos, y llegó sano y salvo al Cairo.

En Aboukir se arrojó en medio de la pelea, llegó hasta el pachá, forzando el círculo de negros que le rodeaban; le agarró por la barba; sufrió el fuego de sus dos pistolas, de las cuales una quemó el cebo solamente, y la bala de la otra pasó bajo su brazo y fue a matar a un guía que se encontraba detras de él.

Cuando Bonaparte tomó la resolución de volver a Francia, Roland fue el primero a quien el general en jefe anunció su vuelta; cualquier otro habría brincado de alegría, él se quedó triste y convulso, diciendo:

—Mejor habría querido que permaneciésemos aquí, general; tenía más probabilidades de morir.

Sin embargo, habría sido una ingratitud en él no seguir al general en jefe, y le siguió.

Durante la travesía estuvo mohíno e impasible. En los mares de Córcega se descubrió la flota inglesa; sólo entonces pareció volver a la vida. Bonaparte declaró al almirante Gantaume que se combatiese hasta la muerte, y dio la orden de hacer saltar la fragata antes que amainar el pabellón.

Pasaron sin ser vistos en medio de la flota, y el 8 desembarcó en Frejus. Aquí discutieron sobre quién debería tocar primero la tierra de Francia; Roland bajó el último.

El general en jefe parecía no fijar la atención en ninguno de estos pormenores, y ni uno se le escapaba; hizo partir a Eugenio Berthier y a Bourrienne, sus ayudantes de campo, y a su séquito por el camino de Gap y Draguignan. Él tomó de incógnito el camino de Aix, con el objeto de juzgar por sí mismo el estado del Mediodía, no conservando a su lado más que a Roland. Al llegar a Aix, en la esperanza de que la vida volvería a aquel corazón destrozado por un golpe desconocido con la vista de su familia, le anunció que le dejaría en Lyon, ya que le daba tres semanas de licencia a título de gratificación para él, y de sorpresa para su madre y su hermana.

Roland contestó:

—Gracias, general, mi hermana y mi madre serán muy felices de volverme a ver.

En otro tiempo Roland habría contestado:

—Gracias, general, sería muy feliz volviendo a ver a mi madre y mi hermana.

Hemos asistido a lo que pasó en Aviñón; hemos visto con qué profundo desprecio del peligro, con qué disgusto amargo de la vida, Roland marchó a un duelo terrible. Hemos escuchado la razón que dio a sir John de su indiferencia ante la muerte. ¿La razón era buena o mala, verdadera o falsa? Sir John tuvo que contentarse con ella; evidentemente Roland no estaba dispuesto a dar otra.

Y entre tanto, como hemos dicho, ambos dormían o parecían dormir, rápidamente llevados al galope de los caballos de posta por el camino de Aviñón a Orange.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I
MORGAN

Es preciso que nuestros lectores nos permitan abandonar un momento a Roland y a sir John —quienes, gracias a la disposición física y moral en que los hemos dejado, no deben inspirarles inquietud alguna—, para ocuparnos seriamente de un personaje que apenas acaba de aparecer en esta historia, y que sin embargo debe desempeñar en ella un gran papel.

Queremos hablar del hombre que entró armado y enmascarado en el comedor de la fonda de Aviñón para traer a Juan Picot el talego de doscientos luises que le habían robado por error, por hallarse confundido con el dinero del gobierno.

Hemos visto que el audaz bandido, que se dio a sí mismo el nombre de Morgan, llegó a Aviñón enmascarado, a caballo y en pleno día.

Para entrar en la fonda Palacio-Igualdad había dejado su caballo a la puerta, y como si gozase en la ciudad pontifical y realista del mismo derecho que su dueño, lo volvió a encontrar sujeto por la brida: lo desató, saltó encima, salió por la puerta de Oulle, rodeó las murallas a galope largo y desapareció en el camino de Lyon.

A un cuarto de legua de Aviñón se envolvió bien en su capa para ocultar a los pasajeros sus armas y, quitándose la máscara, la introdujo en una de sus pistoleras.

Entonces, si aquellos que dejó en Aviñón tan preocupados con lo que sería aquel terrible Morgan, terror del Mediodía, se hubieran hallado en el camino de Aviñón a Bedarrides, habrían podido comprobar, por sus propios ojos, si el aspecto del bandido era tan terrible como su fama.

No vacilamos en decir que cualquiera que hubiera tropezado con él lo habría encontrado en tan poca armonía con la idea que se habían formado antes, que su admiración habría sido mayúscula.

En efecto, retirada la máscara por una mano blanca y delicada, dejó al descubierto el rostro de un joven de veinticuatro a veinticinco años escasos; rostro que por la regularidad de las facciones y la dulzura de la fisonomía, habría podido confundirse con el de una mujer.

Un solo detalle daba a aquella fisonomía, o más bien debía darle en ciertos momentos, un carácter de firmeza extraordinario, y eran, bajo hermosos cabellos rubios que caían sobre la frente y sienes, como se llevaban en aquella época, unas pestañas, cejas y ojos negros como el ébano.

El resto de la cara, como hemos dicho, era casi femenino.

Se componía de orejas pequeñas, de las que no se apercibía sino la punta bajo aquel mechón de cabellos, y al que los increíbles de la época dieron el nombre de orejas de perro; de una nariz recta y de perfecta proporción; de una boca algo grande y sonrosada, siempre risueña y que al reír dejaba ver una doble hilera de dientes admirables; de una barbilla fina y delicada, ligeramente teñida de azul, indicando en aquel matiz que si no fuera tan reciente, estaría protestando contra el color dorado de la cabellera, al igual que las pestañas, los ojos y las cejas.

En cuanto a la estatura del desconocido, había llamado la atención desde el momento en que entró en el comedor de la fonda. Era elevada, muy apuesta, atlética y demostraba, sino una gran fuerza muscular, al menos una gran flexibilidad y ligereza.

En cuanto al modo de montar, indicaba la seguridad de un jinete consumado.

Con la capa echada a la espalda, la máscara oculta en las pistoleras, el sombrero calado hasta los ojos, volvió a tomar el paso rápido un momento abandonado; atravesó Bedarrides al galope, y llegó a las primeras casas de Orange, entrando por una gran puerta que se volvió a cerrar inmediatamente.

Le esperaba un criado, que sostuvo el freno del caballo.

El jinete se apeó inmediatamente.

—¿Está tu amo? preguntó al criado.

—No, señor barón, respondió; esta noche se ha visto obligado a partir y dijo que si el señor venía y preguntaba por él, se le contestase que viajaba por asuntos de la compañía.

—Bien, Bautista, le vuelvo a traer su caballo en buen estado, aunque un poco fatigado; sería preciso lavarlo con vino, y también le darás durante dos o tres días cebada en lugar de avena; ha caminado unas cuarenta leguas desde ayer por la mañana.

—¿Ha quedado contento el señor barón?

—Muy contento; ¿la silla está lista?

—Sí, señor barón, enganchada en la calle; el postillón bebe con Julián: el señor encargó que se le echara fuera de casa para que no os viese venir.

—¿Cree que es a tu amo a quien conduce?

—Sí, señor barón; he aquí el pasaporte de mi amo, con el cual se han tomado los caballos de posta; como el amo ha ido por la parte de Burdeos con el del señor barón, y como el señor barón va por el lado de Génova con el de mi amo, es probable que el ovillo se enrede lo bastante para que la señora policía, por sutiles que sean sus dedos, no lo desenrede fácilmente.

—Desata la maleta que está en la grupa del caballo, Bautista, y dámela.

Bautista obedeció, pero la maleta estuvo a punto de escapársele de las manos.

—¡Ah! dijo riendo; el señor barón no me había prevenido. Diablo, el señor barón no ha perdido su tiempo a lo que parece.

—Te engañas, Bautista, si no lo he perdido todo, al menos he perdido mucho, por lo que quisiera volver a salir lo más pronto posible.

—¿El señor barón no almuerza?

—Tomaré un bocado, pero muy rápidamente.

—El señor no se retrasará mucho; son las dos de la tarde y el almuerzo espera desde las diez de la mañana; afortunadamente son platos fríos.

Y Bautista se puso a hacer, en ausencia de su amo, los honores de la casa al forastero, enseñándole el camino del comedor.

—Es inútil, dijo éste, conozco el camino; ocúpate del carruaje; que esté bajo el estribo y la portezuela abierta para el momento en que salga, a fin de que el postillón no me pueda ver. Toma, para pagarle su primera posta.

Y el forastero, designado con el título de barón, entregó a Bautista un puñado de asignados.

—¡Ah, señor! dijo éste, aquí hay con qué pagarle el viaje hasta Lyon.

—Conténtate con pagarlo hasta Valence, bajo el pretexto de que quiero dormir; lo demás será por el trabajo que vas a tomarte haciendo las cuentas.

—¿Debo poner la maleta en el cofre?

—Yo mismo la pondré.

Y tomando la maleta de manos del criado, sin dar a conocer que pesaba en su mano, se encaminó hacia el comedor mientras Bautista lo hacía hacia la taberna vecina, poniendo en orden sus asignados.

Como había dicho el forastero, el camino le era familiar, porque se metió en un corredor, abrió sin vacilar una puerta, después otra, y se encontró enfrente de una mesa elegantemente servida.

Un ave, dos perdices, un jamón, quesos de diferentes clases, postres compuestos de hermosas frutas y dos garrafas, conteniendo la una vino de color rubí, y la otra de color topacio, constituían un almuerzo que, aunque evidentemente servido para una sola persona, puesto que había un solo cubierto, podía en caso de necesidad satisfacer a tres o cuatro.

El primer cuidado del joven, al entrar en el comedor, fue ir derecho a un espejo, quitarse el sombrero y arreglarse el cabello con un peinecillo que sacó del bolsillo; después se adelantó hacia una cofaina de porcelana colocada bajo un surtidor, tomó una toalla, que parecía preparada al efecto, y se lavó la cara y las manos.

Hasta que esos cuidados, que indicaban una elegancia acostumbrada, no se concluyeron minuciosamente, el forastero no se sentó a la mesa.

Unos pocos minutos le bastaron para satisfacer un apetito al que la fatiga y la juventud daban grandes proporciones, y cuando Bautista reapareció para anunciar al convidado solitario que la silla estaba lista, le encontró dispuesto y en pie.

El forastero se caló el sombrero hasta los ojos, se envolvió en su capa, puso su maleta bajo el brazo, y como Bautista había tenido el cuidado de aproximar el estribo lo más posible a la puerta, se lanzó al interior de la silla de posta sin ser visto por el postillón.

Bautista cerró la portezuela tras él; después, dirigiéndose al hombre de gruesas botas:

—¿Todo está pagado hasta Valence, no es eso: posta y agujetas? preguntó.

—Todo; ¿queréis un recibo? respondió el postillón con chocarrería.

—No, pero Mr. el marqués de Ribier, mi amo, desea que no le incomoden hasta Valence.

—Está bien, respondió el postillón con el mismo acento burlón, no se le incomodará al ciudadano marqués. Vamos, ¡jé!...

Y aguijó a sus caballos, haciendo resonar el látigo con aquella elocuencia ruidosa que dice a la vez a los vecinos y a los pasajeros:

—¡Eh, cuidado! ¡Eh! o tanto peor para vosotros; llevo a un hombre que paga bien y tiene el derecho de aplastar a los demás.

En el coche el fingido marqués de Ribier abrió los cristales, bajó las cortinas, levantó la banqueta, puso su maleta en el cofre, se sentó encima, se envolvió en la capa y, seguro de no ser despertado sino en Valence, se durmió como había almorzado, es decir, con todo el apetito de la juventud.

El trayecto de Orange a Valence se hizo en ocho horas; un poco antes de entrar en la ciudad nuestro viajero se despertó; y levantando una cortina con precaución, reconoció que atravesaba la villa de la Paillase; era de noche, sacó su reloj que tenía las once.

Juzgó inútil volver a dormirse; hizo la cuenta de las postas hasta Lyon y preparó su dinero.

En el momento en que el postillón de Valence se acercaba al compañero que iba a reemplazarle, oyó a éste decir al otro:

—Parece lo que no es; pero desde Orange está recomendado, y visto que paga veinte sueldos por agujeta, es preciso llevarlo como un patriota.

—Está bien, respondió el valentino; se le llevará.

El viajero consideró que era el momento de intervenir y levantó su cortina.

—Tú no me haces sino justicia, dijo; ¡un patriota! ¡pardiez! me alabo de serlo, y de primer calibre. Ten la prueba, he ahí para beber a la salud de la república.

Y dio un asignado de cien francos al postillón que le había recomendado a su camarada.

Mas como el otro miraba con ávidos ojos el pedazo de papel:

—Toma otro igual para ti, dijo, si quieres hacer a los otros la misma recomendación que acabas de recibir.

—¡Oh! estad tranquilo, ciudadano, dijo el postillón, no habrá más que una consigna de aquí a Lyon: ¡a escape!

—Tenéis adelantado el precio de dieciseis postas, comprendida la de doble entrada; pago veinte sueldos de agujetas; arreglad eso entre vosotros.

El postillón montó a caballo y partió al galope.

La silla paró en Lyon a las cuatro de la tarde.

Mientras remudaba, un hombre con traje de mozo de cordel, que estaba sentado en un guardacantón, se levantó, se acercó al coche y dijo muy bajo al compañero de Jehú algunas palabras que parecieron sumirle en el más profundo asombro.

—¿Estás bien seguro? preguntó al mozo.

—¡Cuando te digo que lo he visto con mis propios ojos? respondió éste.

—¿Puedo anunciar la noticia como cierta a nuestros amigos?

—Puedes, y date prisa.

—¿Están prevenidos en Servas?

—Sí, encontrarás un caballo listo entre Servas y Sué.

El postillón se acercó; el joven cambió su última mirada con el mozo, que se alejó cual si estuviera encargado de llevar una carta urgente.

—¿Qué camino, ciudadano? preguntó el postillón.

—El camino de Bourg; es preciso que esté en Servas a las nueve de la noche; pago treinta sueldos de agujetas.

—Catorce leguas en cinco horas, es difícil; pero en fin, se puede hacer.

—¿Se hará?

—Se procurará.

Y el postillón echó sus caballos al escape.

A las nueve entraba en Servas.

—Un escudo de seis libras si no mudas y me conduces a medio camino de Sué, gritó por la portezuela el joven al postillón.

—Está bien, respondió éste, y el carruaje pasó sin detenerse delante de la posta.

A medio cuarto de legua de Servas, Morgan hizo parar la silla, asomó la cabeza por la portezuela, juntó las manos e imitó el maullido del gato.

La imitación fue tan exacta que de los bosques vecinos le respondió otro gato.

—Aquí es, dijo Morgan.

El postillón paró los caballos.

—Si es aquí, dijo, es inútil ir más lejos.

El joven tomó la maleta, abrió la portezuela, bajó, y acercándose al postillón:

—Aquí tienes el prometido escudo de seis libras.

El postillón lo tomó y se lo puso en la órbita del ojo, sosteniéndolo allí como un elegante de nuestros días sostiene su lente. Morgan adivinó que esta pantomima tenía un significado.

—Y bien, preguntó, ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir, dijo el postillón, que estoy arreglado, veo con un ojo.

—Comprendo, replicó el joven riendo; ¿y si tapo el otro ojo?

—¡Caramba! ¡qué más quisiera yo!

—¡Este tunante prefiere estar ciego que tuerto! En fin, sobre gustos no hay disputa, ten.

Y le dio un segundo escudo.

El postillón se lo puso en el otro ojo, volvió el carruaje y tomó el camino de Servas.

El compañero de Jehú esperó a que se perdiese en la oscuridad, y aproximando a su boca una llave horadada, emitió un sonido prolongado y tililante como el de un silbato de contramaestre.

Otro semejante le respondió, y al mismo tiempo se vio a un jinete salir del bosque y acercarse al galope.

A la vista del jinete, Morgan se cubrió el rostro de nuevo con su máscara.

El hombre vino derecho a él.

—¿En nombre de quién venís? preguntó el jinete, cuyo rostro no se podía ver, oculto bajo las alas de un enorme sombrero.

—En nombre del profeta Eliseo, respondió el joven enmascarado.

—Entonces sois vos a quien espero, y bajó del caballo.

—¿Eres profeta o discípulo? preguntó Morgan.

—Soy discípulo, respondió el recién llegado.

—¿Y tu amo a dónde está?

—Lo encontraréis en la cartuja de Seillon.

—¿Sabes el número de los compañeros que están reunidos allí esta noche?

—Diez.

—Está bien, si encuentras a algún otro envíalo a la cita.

El que se dio el título de discípulo se inclinó en señal de obediencia, ayudó a Morgan a atar la maleta sobre la grupa de su caballo, y lo sostuvo respetuosamente por el freno mientras éste montaba.

Sin esperar a que el otro pie hubiese alcanzado el estribo, Morgan espoleó a su caballo, arrancando el freno de manos del criado, y partió al galope.

A la derecha del camino se veía extenderse el bosque de Seillon como un mar de tinieblas, al cual el viento de la noche hacía ondular y gemir entre sus vagas sombras.

A un cuarto de legua de Sué, el jinete lanzó su caballo a escape tendido y fue al encuentro de la selva que parecía venir al suyo.

El caballo, guiado por una mano experimentada, se metió sin vacilar.

Al cabo de diez minutos reapareció por el otro lado.

A cien pasos de la selva se elevaba una masa sombría, aislada en medio del llano.

Era un edificio de maciza arquitectura, sombreado por cinco o seis árboles seculares.

El jinete se paró delante de una gran puerta, encima de la cual estaban colocadas triangularmenle tres estatuas.

La de la Virgen, la de Nuestro Señor Jesucristo y la de San Juan Bautista.

La de la Virgen marcaba el punto más alto del triángulo.

El viajero misterioso había llegado al fin de su viaje, es decir, a la Cartuja de Seillon.

CAPÍTULO II
LA CARTUJA DE SEILLON

La Cartuja de Seillon (la veintidós de la orden), se fundó en 1178.

En 1672 un edificio moderno sustituyó al antiguo, y de esta última construcción se ven todavía los vestigios.

Estos vestigios son: en el exterior la fachada que hemos dicho, adornada con tres estatuas, y delante de la cual hemos visto pararse al misterioso jinete. En el interior una capillita, que tiene la entrada a la derecha por la puerta principal.

Un labrador, su mujer y dos hijos la habitan hoy, y del antiguo monasterio han hecho una granja.

Esto se comprende fácilmente: la república, con su 21 de enero, su 31 de mayo, su 30 de octubre, su 9 thermidor, su 1º prairial y su 18 fructidor, tenía otras ocupaciones más perentorias que la de revocar de nuevo las paredes, mantener a un pastor y cuidar un bosque.

Resultó que a los siete años la Cartuja estaba completamente abandonada, y cuando por casualidad una mirada curiosa penetraba por el agujero de la cerradura, se veía la yerba brotar en los patios, los jaramagos en los vergeles y las malezas en el bosque, que, atravesado en otra época por un camino y dos o tres senderos solamente, estaba, en apariencia al menos, impracticable.

Una especie de pabellón llamado la Correría, dependiente de la Cartuja y distante del monasterio como medio cuarto de legua, verdeaba en el bosque, que, aprovechando la libertad que le habían dejado para brotar a su antojo, lo envolvió por todos lados con follajes, y acabó por quitarlo de la vista.

Por otra parte, los rumores más extraños corrían acerca de esos dos edificios; se les suponía frecuentados por huéspedes invisibles durante el día, y espantosos en la noche. Los

leñadores o aldeanos que de vez en cuando iban aun a ejercer en el bosque de la república el derecho de usufructo que la ciudad de Bourg gozaba desde el tiempo de los cartujos, decían que por las hendiduras de las cerradas ventanas se habían visto correr llamas en los corredores y en las escaleras, y oído distintamente ruidos de cadenas, arrastradas por las losas de los claustros y los patios. Los hombres ilustrados negaban; pero en oposición a los incrédulos, dos clases de gentes lo afirmaban, y según sus opiniones y creencias daban dos causas diferentes a esos ruidos horribles y a esas luces nocturnas. Los patriotas pretendían que eran las almas de los pobres monjes que la tiranía de los claustros había sepultado vivos en los in pace, que bajaban del cielo pidiendo venganza contra sus perseguidores y arrastraban después de su muerte los hierros que les habían encadenado durante la vida. Los realistas decían que era el diablo en persona que, encontrando un convento vacío y no teniendo que temor el hisopo de los dignos frailes, venía tranquilamente a pasar el tiempo donde en otro tiempo no habría osado mostrar las uñas de su garra; pero había un hecho que dejaba todas las cosas en suspenso: ni uno solo de aquellos que negaban o afirmaban, ya tomasen partido por las almas de los monjes mártires o por el sábado de Belcebú, había tenido valor para aventurarse en las tinieblas y llegar en las horas solemnes de la noche a asegurarse de la verdad, a fin de poder decir al día siguiente si la Cartuja estaba solitaria o habitada, y en este último caso, qué especie de huéspedes iban allí.

Mas sin duda todos esos rumores, fundados o no, no tenían influencia alguna en el misterioso jinete, porque, según hemos dicho, aunque habían dado las nueve en Bourg y en consecuencia era noche cerrada, paró su caballo a la puerta del monasterio abandonado, y sin echar pie a tierra, sacando una pistola de sus pistoleras, dio con el pomo en la puerta tres golpes pausados a la manera de los francmasones.

Después escuchó.

Un instante dudó que hubiese reunión en la Cartuja, pues a pesar de lo fijamente que miró y de la atención con que prestó oído, no vio luz ni oyó ruido alguno.

Sin embargo, le pareció que un paso lento se aproximaba por la parte interior de la puerta.

Llamó por segunda vez con la misma arma y de la misma manera.

—¿Quién llama? preguntó una voz.

—Quien viene de parte de Eliseo; respondió el viajero.

—¿Cuál es el rey al cual los hijos de Isaac deben obedecer?

—Jehú.

—¿Cuál es la casa que deben exterminar?

—La de Achab.

—¿Sois profeta o discípulo?

—Profeta.

—Entonces, sed bien venido a la casa del Señor, dijo la voz.

Al punto las barras de hierro que aseguraban la maciza clausura giraron sobre sí mismas, los cerrojos rechinaron, uno de los pasadores de la puerta se abrió silenciosamente y caballo y jinete se metieron bajo la sombría bóveda, que se volvió a cerrar tras ellos.

El que abrió aquella puerta, tan pesada en abrirse, tan pronta en cerrarse, estaba vestido con el largo hábito blanco de los cartujos, cuyo capuchón, cayendo sobre su rostro, velaba enteramente sus facciones.

Sin duda, como el primer afiliado que encontró en el camino de Sué el que acababa de darse el título de profeta, el monje que abrió la puerta no ocupaba sino un rango secundario en la cofradía, pues agarrando la brida del caballo lo contuvo mientras el jinete echaba pie a tierra, haciendo al joven el mismo servicio que le habría hecho su palafrenero.

Morgan bajó, desató la maleta, sacó las pistolas de sus pistoleras, las pasó a su cinto, junto a las que ya tenía, y dirigiéndose al monje con tono de mando:

—Esperaba encontrar a los hermanos reunidos en consejo.

—Están reunidos, respondió el monge.

—¿Dónde?

—En la Correría; se han visto desde hace algunos días caras sospechosas alrededor de la Cartuja, y hemos recibido órdenes superiores de tomar las mayores precauciones.

El joven movió los hombros en señal de que encontraba esas precauciones inútiles, y dijo:

—Llevad ese caballo a la cuadra, y acompañadme.

El monje llamó a otro hermano, en cuyas manos puso la brida del caballo, tomó una antorcha, la encendió en una lámpara que ardía en la capillita y marchó delante del recién llegado.

Atravesó el claustro, dio algunos pasos en el jardín, abrió una puerta que conducía a una especie de cisterna, hizo entrar a Morgan, volvió a cerrarla tan cuidadosamente como había cerrado la de la calle, empujó con el pie una piedra que parecía encontrarse allí por casualidad, descubrió una argolla y levantó una losa que cerraba la entrada de un subterráneo, al cual se bajaba por una larga escalera.

Esta escalera conducía a un pasilllo redondeado en forma de bóveda, lo suficientemente ancho como para dar paso a dos hombres que se encontrasen de frente.

Marcharon así durante cinco o seis minutos, después de los cuales se encontraron ante una reja. El monje sacó una llave de debajo del hábito y abrió.

Cuando ambos hubieron pasado la reja y ésta quedó cerrada:

—¿Con qué nombre os anuncio? preguntó el monje.

—Con el del hermano Morgan.

—Esperad aquí; en cinco minutos estaré de vuelta.

El joven hizo con la cabeza un signo que indicaba su familiaridad con todas esas desconfianzas y precauciones.

Después se sentó en una tumba.

Estaba en las bóvedas mortuorias del convento, y esperó. En efecto, no habían pasado cinco minutos cuando el monje reapareció.

—Seguidme, dijo; los hermanos se regocijan con vuestra presencia; temían que os hubiera sucedido alguna desgracia.

Algunos segundos más tarde, el hermano Morgan era introducido en la sala del consejo.

Doce monjes le esperaban con los capuchones sobre los ojos; pero desde que la puerta se cerró detrás de él y el hermano sirviente desapareció, al mismo tiempo que Morgan se quitaba la máscara, todos los capuchones se bajaron y los monjes dejaron ver sus rostros.

Jamás ninguna comunidad tuvo una reunión semejante de apuestos y alegres jóvenes; de aquellos extraños monjes sólo dos o tres tendrían los cuarenta años.

Todas las manos se extendieron hacia Morgan y dieron dos o tres abrazos al recién llegado.

—¡Ah! ¡a fe mía! dijo uno de los que le habían abrazado más tiernamente, nos ensanchas el corazón; te creíamos muerto o por lo menos prisionero.

—Muerto lo concedo, Amiet, pero prisionero, no, ciudadano... como se dice todavía, pero como no se dirá bien pronto, según espero. Es preciso confesar también que las cosas han pasado por una y otra parte con una amenidad notable; desde que nos apercibió el conductor, gritó al postillón que parase; creo que también anadió:

—Ya sé lo que es esto.

—Entonces, le dije, si sabéis lo que es, mi querido amigo, las explicaciones no serán largas.

—¿El dinero del gobierno? preguntó.

—Justamente, contesté. Y como se armase un gran zafarrancho en el carruaje: «Esperad, amigo mío, añadí; ante todo bajad y decid a esos señores, y en particular a las señoras, que somos buena gente, que no se les molestará y que no miraremos sino a las que asomen la cabeza por la portezuela.» Una se aventuró, y a fe mía que era encantadora. Le mandé un beso; lanzó un grito y se refugió en el coche como Galatea; pero como allí no había sauces no la perseguí. Durante ese tiempo el conductor escudriñaba su caja a toda prisa y se apresuró tanto, que con el dinero del gobierno me entregó doscientos luises que pertenecían a un pobre negociante de vino de Burdeos.

—¡Diablo! dijo el hermano a quien el narrador había dado el nombre de Amiet, que probablemente, como el de Morgan, no era sino un nombre de guerra; es un incidente molesto. Tú sabes que el Directorio tiene imaginación; organiza compañías de fulleros, que operan en nuestro nombre y pretenden hacer creer que nosotros queremos la bolsa y la vida de los particulares, es decir, que somos ladrones.

—Escuchad, replicó Morgan, eso es justamente lo que me ha retrasado; había oído decir algo parecido en Lyon, de suerte que estaba ya a medio camino de Valence cuando advertí del error por un rótulo que había en el saco, como si el buen hombre hubiese previsto el caso, Juan Picot, negociante de vino en Frousac, cerca de Burdeos.

—¿Y le has enviado su dinero?

—He hecho más: se lo llevé.

—¿A Frousac?

—No, a Aviñón. Yo suponía que un hombre tan solícito se detendría en la primera ciudad importante para informarse sobre sus doscientos luises. No me engañé; pregunto en la fonda si conocen al ciudadano Juan Picot; me responden que no solamente le conocen, sino que en aquel momento comía en la mesa redonda. Entro. ¿Adiviná is de qué hablaban? De la detención de la diligencia. ¡Imaginaos el efecto de la aparición! El dios antiguo que descendía ex machina no produjo un resultado más inesperado. Pregunto cuál de los convidados se llama Juan Picot; el que lleva ese nombre distinguido y armonioso se presenta. Dejo delante de él los doscientos luises, dándole mis excusas en nombre de la sociedad, por la inquietud que le han causado los compañeros de Jehú. Intercambio un signo de amistad con Barjols, un saludo político con el abate de Rians, que estaba allí; hago mi reverencia a los demás y salgo. Esto me ha ocupado unas quince horas y de ahí el retraso, pero pensé que más valía retrasarse y no dejar en nuestras huellas una opinión equivocada sobre nosotros. ¿He hecho bien, amigos míos?

La sociedad estalló en bravos.

—Encuentro bastante imprudente, dijo uno de los asistentes, haber querido entregar el dinero vos mismo a Juan Picot.

—Mi querido coronel, respondió el joven, hay un proverbio de origen italiano que dice: «El que quiere va, el que no quiere envía.» Yo quería y fui.

—Sí, y ese hombre para daros gracias, si tenéis un día la mala suerte de caer en manos del Directorio, se apresurará a reconoceros, reconocimiento que tendrá por resultado cortaros el pescuezo.

—¡Oh! Le desafío a que me reconozca.

—¿Quién lo impedirá?

—Mi querido coronel, ¿creéis que hago mis calaveradas con la cara descubierta? En verdad, me tomáis por un cualquiera. Quitarme la máscara, está bien entre mis amigos, pero con los extraños es otra cosa. ¿No estamos en un completo carnaval? No veo por qué razón no me había de disfrazar de Abellino o Karl Moor, cuando M. M. Gahier, Sièyes, Roger Ducos, Moulinsy Barras se disfrazan de reyes de Francia.

—¿Y habéis entrado enmascarado en la ciudad?

—En la ciudad, en la fonda y en el comedor. Aunque, a decir verdad, si el rostro estaba cubierto, la cintura no, y como veis se hallaba bien guarnecida.

El joven, con un movimiento, separó su capa y mostró la cintura, en la cual tenía suspendidas cuatro pistolas y un cuchillo corto de caza.

Y con aquella alegría que parecía uno de los rasgos dominantes de aquella indolente organización, repuso:

—Debía tener un aspecto feroz, ¿no? Me tomarían por Mandrín descendiendo de las montañas de Saboya. A propósito, aquí están los sesenta mil francos de su alteza el Directorio.

El joven empujó desdeñosamente con el pie la maleta que había depositado en tierra y cuyas entrañas revueltas daban aquel sonido metálico que delata la presencia del oro.

Luego se fue a confundir entre el grupo de sus amigos, del cual había estado separado por esa distancia que naturalmente existe entre el narrador y los oyentes.

Uno de los monjes se bajó y recogió la maleta.

—Despreciad el oro cuanto queráis, mi querido Morgan, puesto que eso no os impide recolectarlo; pero sé de gente valiente que espera los sesenta mil francos que empujáis

desdeñosamente con el pie con tanta impaciencia y ansiedad como la caravana extraviada del desierto espera la gota de agua que le impida morir de sed.

—Nuestros amigos de la Vendée, ¿no? respondió Morgan; gran beneficio les hace a los egoístas. Esos señores han escogido las rosas y nos dejan las espinas.

—¿Pero no reciben nada de Inglaterra?

—Sí, dijo alegremente uno de los monjes; en Quiberon han recibido balas y metralla.

—No digo de los ingleses, replicó Morgan, digo de Inglaterra.

—Ni un sueldo.

—Me parece, sin embargo, dijo uno de los asistentes que parecía poseer una cabeza algo más reflexiva que sus compañeros, me parece que nuestros príncipes deberían enviar un poco de oro a los que se baten derramando su sangre por la causa de la monarquía. ¿No temen que la Vendée se canse un día u otro de una abnegación que hasta hoy no les ha valido, que yo sepa, ni un voto de gracias?

—La Vendée, querido amigo, replicó Morgan, es una tierra generosa y no se cansará, estad tranquilo; por otra parte, ¿cuál sería el mérito de la fidelidad si no tuviese que luchar contra la ingratitud? Desde el momento en que el sacrificio halla reconocimiento, deja de serlo; es un cambio, puesto que se ve recompensado; seamos fieles siempre; seamos adictos cuanto podamos, señores, y roguemos al cielo que haga ingratos aquellos a quienes nos consagramos, y creedme: tendremos una página gloriosa en la historia de nuestras guerras civiles.

Apenas acabó Morgan de formular este axioma caballeresco y de expresar un anhelo que tenía probabilidad de cumplirse, cuando tres golpes masónicos resonaron en la puerta principal.

—Señores, dijo el monje que parecía hacer el papel de presidente, pronto, los capuchones y las caretas; no sabemos qué será.

CAPÍTULO III
PARA QUÉ SERVÍA EL DINERO DEL DIRECTORIO

Todos los monjes se apresuraron a obedecer. Morgan volvió a ponerse la máscara.

—¡Entrad! dijo el superior.

En la puerta reapareció el hermano sirviente. Un emisario del general Jorge Cadoudal, dijo.

—¿Ha respondido a las tres palabras de orden?

—Perfectamente.

—Que entre.

El sirviente volvió a salir y dos segundos después apareció conduciendo a un hombre en traje de aldeano.

Se adelantó sereno hasta el medio del círculo, mirando a todos los monjes y aguardando a que uno rompiese el silencio.

El presidente le dirigió la palabra.

—¿De parte de quién vienes? le preguntó.

—El que me ha enviado, contestó el aldeano, me ha ordenado responder que venía de parte de Jehú.

—¿Eres portador de un mensaje verbal o escrito?

—Debo responder a las preguntas que me hagáis y cambiar un pedazo de papel por dinero.

—Está bien, empecemos por las preguntas: ¿dónde están nuestros hermanos de la Vendée?

—Han depuesto las armas y no esperan sino una palabra vuestra para volverlas a tomar.

—¿Y por qué han depuesto las armas?

—Habían recibido la orden de S. M. Luis XVIII.

—Se ha hablado de una proclama escrita por el mismo rey.

—He aquí la copia.

El aldeano presentó el papel al que le interrogaba.

Lo abrió y leyó:

«La guerra no sirve absolutamente sino para hacer la dignidad real odiosa y amenazante. Los monarcas que recobran el trono por su concurso sangriento no pueden jamás ser amados: es preciso pues abandonarla y confiarse a la opinión que vuelve a los principios salvadores. Dios y el rey serán bien pronto el grito de reconciliación de los

franceses; es necesario reunir los elementos esparcidos del realismo, abandonar la Vendée militante a su desgraciada suerte y marchar por una vía más pacífica. Los realistas del Oeste han cumplido y deben apoyarse en los de París que han preparado todo para una restauración próxima.»

El presidente levantó la cabeza, y buscando a Morgan con una mirada que su capuchón no pudo velar enteramente, le dijo:

—Y bien, hermano, tu deseo de hace un instante está cumplido y los realistas de la Vendée y el Mediodía tendrán el premio del sacrificio.

Después, bajando su mirada a la proclama de la que quedaban dos líneas por leer, continuó:

»Los judíos crucificaron a su rey, y desde entonces andan errantes por el mundo; los franceses han guillotinado al suyo, y serán dispersados por la tierra.

«Fechado en Blankenbourg a 25 de agosto de 1799, día de nuestra fiesta y el sexto de nuestro reinado.

Firmado. LUIS.»

Los jóvenes se miraron.

—Quos vult perdere Júpiter demental, dijo Morgan.

—Sí, replicó el presidente, pero cuando aquellos que Júpiter quiere perder defienden un principio, es preciso sostenerlo, no solamente contra Júpiter sino contra ellos mismos. Ajax, entre rayos y relámpagos, se subía a una roca y dirigiendo al cielo su puño cerrado, decía: «Escaparé a pesar de los dioses:» Y escapó.

Después, volviéndose hacia el enviado de Cadoudal:

—¿Y a esta proclama qué ha respondido el que te envía?

—Poco más o menos lo que acabáis de responder vos mismo. Me dijo que viniera a informarme si estáis decididos, a pesar del mismo rey.

—Pardiez, dijo Morgan.

—Estamos decididos, dijo el presidente.

—En ese caso, respondió el aldeano, todo va bien. He aquí los nombres de los nuevos jefes y sus nombres de guerra; el general os recomienda que os sirváis todo lo posible en vuestras correspondencias de los de guerra, con el mismo cuidado que el guarda cuando habla de vosotros.

—¿Tenéis la lista? preguntó el presidente.

—No; si me detuvieran podrían cogérmela. Escribid; voy a dictároslos.

El presidente se sentó en la mesa, tomó una pluma y escribió lo que dictaba el aldeano.

«Jorge Cadoudal, Jehú o la Cabeza-Redonda, José Cadoudal, Judas-Macabeo; Lahaye Saint-Hilaire, David; Burban-Malabry, Arrostra la muerte; Poulpiquez, Real-carnicería; Bonfils, Rompebarreras; Dampherné, Piquevers; Duchaile, la Corona; Duparcs, el Terrible; la Roche, Mitridates; Puysage, Juan el Rubio.»

—Así pues, dijo el aldeano, en cuanto nuestro general tenga vuestra respuesta volverá a tomar las armas.

—¿Y si nuestra respuesta fuese negativa? preguntó una voz.

—Tanto peor para vosotros, respondió el aldeano; en todo caso, la insurrección estaba fijada para el 20 de octubre.

—Pues bien, dijo el presidente, el general tendrá, gracias a nosotros, con qué pagar su primer mes de sueldo. ¿Dónde está vuestro recibo?

—Aquí está, dijo el aldeano, sacando un papel que decía:

«Recibido de nuestros hermanos del Mediodía y del Este, para emplear en bien de la causa, la suma de...

JORGE CADOUDAL,
general en jefe del ejército realista de Bretaña.»

La suma, como se ve, estaba en blanco.

—¿Sabéis escribir? preguntó el presidente.

—Bastante para llenar las tres o cuatro palabras que faltan.

—Pues bien, escribid: cien mil francos.

El bretón escribió, y entregando el papel al presidente:

—Ahí va el recibo, dijo, ¿dónde está el dinero?

—Bajaos y recoged el saco que está a vuestros pies; contiene sesenta mil francos.

Después, dirigiéndose a uno de los monjes:

—¿Montbard, dónde están los otros cuarenta mil? preguntó.

El monje interpelado fue a abrir un armario y sacó un saco de cuarenta mil francos.

—Ahora, amigo mío, dijo el presidente, comed y descansad; mañana partiréis.

—Me esperan, dijo el vendeano; comeré y dormiré en mi caballo. ¡Adiós, señores, el cielo os guarde!

Y se adelantó hacia la puerta por donde había entrado, para salir.

—Esperad, dijo Morgan.

El mensajero de Jorge se detuvo.

—Noticia por noticia, dijo Morgan, decid al general Cadoudal que el general Bonaparte ha dejado el ejército de Egipto, desembarcó anteayer en Frejus y estará dentro de tres días en París.

—¡Imposible! exclamaron los monjes con una sola voz.

—Nada es más cierto, señores; lo sé por nuestro amigo Leprêtre, que lo ha visto remudar una hora antes que yo en Lyon y lo ha reconocido.

—¿Qué viene a hacer a Francia? preguntaron dos o tres voces.

—¡Por vida mía! dijo Morgan, lo sabremos pronto.

—No perdáis un instante en anunciar esta nueva a nuestros hermanos del Oeste, dijo el presidente: antes os retenía, ahora soy yo quien os dice, id.

El aldeano saludó y salió; el presidente esperó que la puerta se cerrase.

—Señores, dijo, la noticia que acaba de anunciarnos el hermano Morgan es tan grave que propondré una medida especial.

—¿Cuál? preguntaron los compañeros de Jehú a un tiempo.

—Que uno de nosotros, designado a suertes, parta a París con la suma necesaria, y nos tenga al corriente de todo lo que allí ocurra.

—Aprobado; respondieron.

—En ese caso, replicó el presidente, escriba cada uno su nombre en un pedazo de papel, y metámoslos en un sombrero.

Los jóvenes, con un movimiento unánime, se acercaron a la mesa, escribieron sus nombres en cuadraditos de papel que arrollaron y pusieron en un sombrero.

El más joven fue llamado para ser el editor responsable de la casualidad.

Sacó uno de los rollitos de papel y lo presentó al presidente, que lo desplegó, diciendo: «Morgan».

—¿Mis instrucciones? preguntó el joven.

—Acordaos, respondió el presidente con una solemnidad a la que las bóvedas de aquel claustro prestaban una grandeza suprema, que os llamáis barón de Saint-Hermine, que vuestro padre fue guillotinado en la plaza de la Revolución y vuestro hermano muerto en el ejército de Condé. Nobleza obliga, he ahí vuestras instrucciones.

—¿Y qué más? preguntó el joven.

—Nada más, dijo el presidente, nos entregamos a vuestro realismo y a vuestra lealtad.

—Entonces, parto ahora mismo; tengo una visita indispensable que hacer antes de mi salida.

—Vé, dijo el presidente abriendo sus brazos a Morgan, te abrazo en nombre de todos los hermanos. A cualquier otro le diría: «Sé valiente, perseverante, activo»; a ti te diré: «Sé prudente.»

El joven recibió el abrazo fraternal, saludó con una sonrisa a los demás amigos, cambió un apretón de manos con dos o tres de entre ellos, se envolvió en su capa, se caló el sombrero y salió.

CAPÍTULO IV
ROMEO Y JULIETA

Apenas estuvo a caballo Morgan, cuando la puerta se abrió como por encanto, y el caballo relinchando y ligero se lanzó afuera.

A la puerta de la Cartuja, Morgan permaneció indeciso sobre si tomaría a la derecha o a la izquierda; se decidió por la derecha, y siguiendo al principio el sendero que conduce de Bourg a Seillon, torció luego nuevamente a la derecha, se metió en un ángulo del bosque que encontró en su camino, reapareció presto al otro lado, ganó el camino real de Pont-d'Ain, lo siguió durante el espacio de media legua poco más o menos y no se detuvo sino en un grupo de casas que llaman hoy la Maison-des-Gardes.

Una de las casas ofrecía a la vista un manojo de acebos, y era uno de esos lugares en que los caminantes reposan de la jornada.

Morgan se detuvo como había hecho a la puerta de la Cartuja, sacó una pistola de su pistolera, y sirviéndose de la culata como de un martillo, llamó.

Al cabo de un rato se oyó el paso del mozo de cuadra y se entornó la puerta.

—Soy yo, Pataut, dijo el joven; no tengas miedo.

—¡Ah! efectivamente, dijo el mozo, ¿sois vos, señor Carlos? ¡Oh! no tengo miedo; pero, como decía el señor cura en tiempo en que había Dios, sabéis que la precaución es madre de la seguridad.

—Sí, Pataut, sí; dijo el joven echando pie a tierra y deslizando una moneda de plata en la mano del mozo de cuadra; pero tranquilízate, Dios volverá y con él el señor cura.

—¡Oh! en cuanto a eso, dijo el buen hombre, bien se ve que no hay ya nadie allá arriba, a juzgar por cómo marcha todo; ¿durará esto mucho tiempo, señor Carlos?

—Mi buen Pataut, te prometo hacer todo lo posible porque no te impacientes, yo tengo tanta prisa como tú, así te ruego que no te acuestes, amigo mío.

—¡Ah, señor! Sabéis bien que cuando venís no suelo dormir; y en cuanto al caballo... ¡Ah! decid, ¿cambiáis todos los días de caballo? La penúltima vez era alazán, la última tordo, y hoy es negro.

—Sí, soy caprichoso por naturaleza. ¿Sabes, Pataut, que dicen que los caminos no son seguros?

—¡Ah, me lo creo! Vivimos en pleno latrocinio, señor Carlos; ¡nada menos que la semana pasada detuvieron y robaron la dilingencia de Génova a Bourg!

—¡Bah! dijo Morgan.

—Vivimos en un tiempo en que no se respeta nada.

Y sacudiendo la cabeza como un misántropo disgustado, si no de la vida al menos de los hombres, Pataut condujo el caballo a la cuadra.

En cuanto a Morgan, miró durante algunos segundos a Pataut meterse en las profundidades del patio y en las tinieblas de las cuadras, y luego, rodeando la cerca que ceñía el jardín, bajó hacia una gran espesura de árboles, cuyas altas cimas se dibujaban sombreando una encantadora campiña que llevaba en los alrededores el título pomposo de castillo de Fuentes Negras.

Así que llegó al muro del castillo, el reloj de la aldea de Montagnac dio una hora. Morgan prestó oído al timbre que pasaba vibrando en la atmósfera tranquila y silenciosa de una noche de otoño, y contó once campanadas.

Como se ve, muchas cosas habían pasado en dos horas.

Morgan dio algunos pasos; examinó el muro, como buscando un lugar conocido; luego introdujo la punta de su bota en la juntura de dos piedras, y se lanzó sobre la pared como quien monta a caballo; se agarró con la mano izquierda, y de un salto se encontró montado en el muro y se dejó caer al otro lado rápido como el relámpago.

Como había hecho antes, Morgan se paró y escuchó mientras su ojo sondeaba cuanto era posible las tinieblas.

Todo estaba solitario y silencioso; Morgan se aventuró a continuar su camino.

Decimos se aventuró, porque había en las maneras del joven, después que se aproximó al castillo de Fuentes Negras, una timidez y vacilación tan poco habituales en su carácter que era evidente que tenía temores y que no eran por él solo. Luego ganó la senda del bosque tomando las mismas precauciones.

Llegó a un prado, al extremo del cual se elevaba el castillo, se detuvo e inspeccionó la fachada de la casa.

Una sola ventana, de doce que en los tres pisos adornaban la fachada, estaba iluminada.

Pertenecía al primero y estaba en el ángulo de la casa. Un terrado, cubierto de vides que trepaban a lo largo de la pared y se enrollaban alrededor de los calados de hierro volviendo a caer en festones, se hallaba por debajo de aquella ventana y daba al jardín.

A los dos lados de la ventana había en el mismo terrado árboles con anchas hojas que formaban por encima de la cornisa un lecho de vegetación.

Una celosía, que giraba por medio de cuerdas, separaba solamente el terrado de la ventana.

A través de los intersticios de la celosía, Morgan vio la luz.

El primer movimiento del joven fue atravesar el prado en línea recta; pero sus temores le detuvieron.

Una calle de tilos rodeaba la pared y conducía a la casa. Dio una vuelta y se introdujo en la bóveda de hojas.

Cuando llegó al final de la calle atravesó como un gamo espantado el espacio libre y se encontró junto a la sombra espesa proyectada por la casa.

Dio algunos pasos hacia atrás, fijos los ojos en la ventana, pero sin salir de la sombra.

Cuando llegó al punto que buscaba, dio tres palmadas.

A esta señal una sombra se destacó del fondo de la habitación y vino graciosa, ligera, casi transparente a pegarse a la ventana.

Morgan repitió la señal.

Al punto la ventana se abrió, la celosía se levantó y una encantadora joven, en bata, con unos largos cabellos rubios que cubrían sus hombros, apareció en el cuadro de vegetación.

El joven tendió los brazos a aquella que se los había tendido y dos nombres, o más bien, dos gritos salidos del corazón se cruzaron.

—¡Carlos!—¡Amelia!

El joven saltó a la pared, se agarró a los troncos de las viñas, a las asperezas de la piedra, a los salientes de las cornisas, y en un segundo se encontró en el terrado.

Lo que los dos bellos jóvenes se dijeron entonces no fue más que un murmullo de amor perdido en un beso interminable.

Pero con un dulce esfuerzo, el joven la arrastró con un brazo al aposento, mientras con el otro soltaba los cordones de la celosía que cayó ruidosa tras de ellos.

Después de la celosía se cerró la ventana.

Luego se extingutó la luz, y la fachada del castillo de Fuentes Negras quedó sumido en la oscuridad.

Un cuarto de hora hacía poco más o menos que continuaba esta oscuridad, cuando se oyó el ruido de un carruaje sobre la vía que conducía del camino real de Pont-d'Ain a la entrada del castillo.

El ruido cesó; era evidente que el carruaje acababa de pararse delante de la verja.

CAPÍTULO V
LA FAMILIA DE ROLAND

El carruaje que se había parado ante la puerta era el que traía a Roland acompañado de sir John.

Estaban tan lejos de esperarle, como hemos dicho, que las luces de la casa estaban apagadas y las ventanas a oscuras.

El postillón, desde quinientos pasos antes, hizo chasquear estrepitosamente su látigo, pero el ruido era insuficiente para despertar a los castellanos de su primer sueño.

Tan pronto como se detuvo el carruaje, Roland abrió la portezuela, saltó a tierra sin tocar el estribo y tiró de la campanilla.

Esto duró cinco minutos, durante los cuales y después de cada repique, Roland se volvía hacia el carruaje diciendo:

—No os impacientéis, sir John.

Al fin se abrió una ventana, y una voz infantil pero firme, gritó:

—¿Quién llama así?

—¡Ah! ¿Eres tú, Eduardito? dijo Roland; abre pronto.

El niño se echó atrás con un grito de gozo y desapareció. Pero al mismo tiempo se oía su voz gritar por los corredores:

—¡Madre! ¡Despiertate, es Roland! ¡Hermana, despierta, es el hermano mayor!

Después se precipitó en camisón por los escalones, gritando:

—¡No te impacientes, Roland, aquí estoy!

Un instante después se oyó la llave rechinar en la cerradura, y una forma blanca apareció en la escalinata y voló, más bien que corrió, hacia la verja.

El niño saltó al cuello de Roland y permaneció colgado, abrazándole, riendo y llorando a la vez.

—¡Ah! ¡Hermano mío! ¡Ah! ¡Hermano Roland! Qué contentas van a estar ahora madre y Amelia. Todo el mundo lo pasa bien; yo soy el más enfermo. ¡Ah! excepto Miguel el jardinero, que se ha dislocado un pie. ¿Por qué no vienes de militar? ¡Eh! estás feo de paisano. ¿Vienes de Egipto? ¿Me has traído pistolas turcas y un sable corvo? ¡No! pues ya no quiero abrazarte; pero no, no te preocupes; todavía te quiero.

Y el niño cubría al hermano mayor de besos mientras lo anonadaba a preguntas.

El inglés, dentro del carruaje, miraba con la cabeza inclinada por la portezuela y sonreía.

En esto sonó una voz de mujer, una voz de madre:

—¿Dónde está mi Roland, mi muy querido hijo? preguntaba Mme. de Montrevel, imprimiendo en sus palabras una emoción gozosa, tan violenta, que casi parecía dolor. ¿Dónde está? ¿Es verdad que ha vuelto? ¿Es verdad que no está prisionero?, ¿que no ha muerto? ¿Vive?

El niño, a esta voz, se deslizó como una serpiente de los brazos de su hermano, cayó sobre el césped y, como levantado por un resorte, llegó hasta su madre.

—¡Por aquí, madre, por aquí! dijo arrastrando a su madre medio vestida hasta Roland.

A la vista de su madre, Roland no se pudo contener; sintió derretirse aquella especie de hielo que parecía petrificado en su pecho.

—¡Ah! exclamó, era verdaderamente ingrato para con Dios, que me guarda todavía semejantes alegrías.

Y se arrojó sollozante al cuello de Mme. de Montrevel, sin acordarse de sir John, que también sentía derretir su flema anglicana, y enjugaba silenciosamente las lágrimas.

El niño, la madre y Roland formaban un grupo adorable de ternura y emoción.

De repente Eduardito, como hoja que lleva el viento, se separó del grupo gritando:

—¿Y Amelia, dónde está?

Y se lanzó hacia la casa repitiendo:

—¡Hermana Amelia! Despiertate, levántate.

Entonces se oyeron las patadas y los puñetazos del niño contra una puerta.

Luego hubo un gran silencio.

Después se oyó a Eduardito que gritaba:

—¡Socorro, madre! ¡Socorro, Roland! Amelia está indispuesta.

Mme. de Montrevel y su hijo se lanzaron a la casa; sir John, como viajero consumado, tenía lancetas en un estuche, y en su bolsillo un frasco de sales; bajó del carruaje, y obedeciendo a un impulso, se adelantó hasta la escalinata.

Allí se detuvo, considerando que no aún no había sido presentado, formalidad poderosa para un inglés.

Al ruido que su hermano hizo en la puerta, Amelia apareció en el descansillo, pero sin duda la conmoción que le había causado la llegada de su hermano era muy fuerte, porque después de haber bajado algunos escalones con paso casi automático lanzó un suspiro, y como una flor que se pliega, cayó o más bien se tendió en la escalera.

Entonces fue cuando el niño gritó.

Pero al grito, Amelia volvió a encontrar, sino la fuerza, al menos la voluntad; se levantó y balbuceando:

—¡Cállate, Eduardo, cállate en nombre del cielo! ¡Estoy aquí!

Y se agarró con una mano al pasamano y con la otra apoyada en el niño continuó bajando los escalones.

En el último encontró a su madre y a su hermano, a quien con un movimiento violento, casi desesperado, echó sus brazos al cuello, gritando:

—¡Hermano mío! ¡Hermano mío!

Roland sintió que la niña se cargaba demasiado en su hombro, y diciendo:

—Está indispuesta, aire, aire. La sacó hasta la escalinata.

Este era el nuevo grupo, tan diferente del primero, que sir John tenía delante.

Al contacto del aire, Amelia respiró y levantó la cabeza.

En aquel momento la luna se desembarazó de una nube que la velaba, e iluminó en todo su esplendor el rostro de Amelia, tan pálido como bello.

Sir John lanzó un grito de admiración; jamás había visto estatua de mármol tan perfecta, y no pudo reprimir una exclamación.

A este grito, Roland recordó que estaba allí, y Mme. de Montrevel se apercibió de su presencia.

En cuanto al niño, admirado de ver a aquel extranjero, bajó la escalinata y, quedándose sólo en el tercer escalón, para estar a la altura del que interpelaba:

—¿Quién sois, caballero? le preguntó, ¿y qué hacéis aquí?

—Eduardito, dijo sir John, soy un amigo de vuestro hermano y vengo a traeros las pistolas montadas en plata y el damasquino que os ha prometido.

—¿Dónde están? preguntó el niño.

—¡Ah! dijo sir John, están en Inglaterra y es preciso tiempo para traerlas; pero vuestro hermano mayor os dirá que soy hombre de palabra.

—Sí, Eduardo, sí, dijo Roland, si milord te las promete las tendrás.

Después, dirigiéndose a Mme. de Montrevel y a su hermana:

—Excusadme, madre mía; excusadme, Amelia, dijo, o más bien excusaos vosotras mismas como podáis con milord, pues habéis hecho de mí un abominable ingrato.

Y yendo a sir John y tomándole de la mano:

—Madre mía, continuó Roland; milord, desde el día que me vio por primera vez, me hizo un eminente servicio, y espero que desde hoy sea uno de vuestros mejores amigos. Ya va a dar prueba de ello, consintiendo en aburrirse quince días con nosotros.

—Señora, dijo sir John, permitidme por el contrario que no repita las palabras de mi amigo Roland; de ningún modo serán quince días o tres semanas las que quisiera pasar en medio de vuestra familia, sino toda la vida.

Mme. de Montrevel bajó la escalinata, tendiendo a sir John una mano, que éste besó.

—Milord, dijo, esta casa es vuestra; el día en que entráis es día de alegría; el día en que la abandonéis será de tristeza.

Sir John se volvió hacia Amelia, que, confusa por hallarse de aquel modo delante de un extraño, ciñó a su cuello los pliegues del peinador.

—Os hablo en mi nombre y en el de mi hija, demasiado conmovida aún por la vuelta inesperada de su hermano para acogeros convenientemente.

—Madre mía, dijo Amelia en tono febril, olvidamos que estos señores llegan de un largo viaje; que desde Lyon probablemente no han tomado nada, y que si Roland conserva el buen apetito que le conocemos, me permitirá dejaros hacerle a él y a milord los honores de la casa, puesto que yo tengo a mi cargo los quehaceres poco poéticos, pero muy necesarios, del gobierno doméstico.

Y saludando a todos melancólicamente, Amelia entró para despertar a las doncellas y al criado, produciendo en el alma de sir John esa especie de recuerdo hechicero que dejaría en un viajero de las orillas del Rhin la aparición del hada Lorelay sobre su roca con la lira en la mano.

Durante ese tiempo Morgan montaba a caballo, volviendo a tomar a escape el camino de la Cartuja, y, parándose delante de la puerta, sacó un cuadernillo de su bolsillo y escribió en una hoja algunas líneas a lápiz, que enrolló y pasó de uno a otro lado de la cerradura, sin tomarse el trabajo de bajar de su caballo.

Luego, picando con ambas espuelas y encorvándose sobre la crin del noble animal, desaparecía en el bosque rápido y misterioso.

Las cuatro líneas que escribió eran estas:

Luis de Montrevel,
ayudante de campo del general Bonaparte,

ha llegado esta noche al castillo de Fuentes Negras.

¡En guardia, compañeros de Jehú!

Pero al prevenir a sus amigos que se guardaran de Luis de Montrevel, Morgan había trazado una cruz encima de su nombre, lo que indicaba que el joven oficial debía serles sagrado.

Cada compañero de Jehú podía proteger a un amigo sin dar cuenta de las razones que tuviese.

CAPÍTULO VI
EL CASTILLO DE FUENTES NEGRAS

El castillo de Fuentes Negras, adonde acabamos de conducir a dos de los principales personajes de esta historia, estaba situado en uno de los enclaves más cautivadores del valle donde se erige la ciudad de Bourg.

En este paraíso despertó sir John a la mañana siguiente; quizás el lúgubre y taciturno inglés sonreía por primera vez en su vida a la naturaleza, imaginándose en uno de esos hermosos valles de la Tesalia celebrados por Virgilio.

Tres golpes ligeros en la puerta le sacaron de su contemplación: era su huésped Roland que venía a informarse de cómo había pasado la noche.

Lo encontró radiante de alegría, cosa inverosímil.

—¡Oh! ¡oh, sir John! dijo, permitidme felicitaros; esperaba ver a un hombre triste como esos pobres cartujos que tanto me asustaban en mi infancia, y por el contrario, os encuentro en medio del triste mes de octubre sonriendo como una mañana de mayo.

—Mi querido Roland, respondió sir John, soy casi huérfano; perdí a mi madre al nacer y a mi padre a los doce años; a la edad en que se pone a los niños en el colegio yo era dueño de más de un millón de renta; pero estaba solo en este mundo, sin nadie a quien amar, sin nadie que me amase; los placeres de la vida familiar me son completamente desconocidos. De los doce a los dieciocho años estudié en la universidad de Cambridge; mi carácter taciturno, un poco altanero quizás, me aislaba de mis jóvenes compañeros. A los dieciocho años viajaba. ¡Viajero armado que recorréis el mundo a la sombra de vuestra bandera, es decir, a la sombra de la patria; que encontráis todos los días las emociones de la lucha y el orgullo de la gloria, no podréis comprender qué cosa tan triste es atravesar ciudades, provincias, estados, reinos, sólo para visitar una iglesia aquí, un castillo allá; abandonar la cama a las cuatro de la mañana a la voz de un guía despiadado para ver salir el sol de lo alto del Fighi o del Etna; pasar como un fantasma en medio de esas sombras vivientes que se llaman hombres; no saber dónde pararse; no tener una tierra donde

arraigarse, un brazo en que apoyarse, un corazón en que desahogar el suyo! Pues bien; ayer noche, mi querido Roland, de repente, en un instante, en un segundo, este vacío de mi vida se ha colmado; he vivido con vos; los placeres que busco... os los he visto experimentar; mirando a vuestra madre me he dicho: mi madre debía de ser así; mirando a vuestra hermana me he dicho: si hubiera tenido una, no la habría querido más. Al abrazar a vuestro hermano, me he dicho que también podría tener un hijo de esa edad, y dejar así algo en este mundo detrás de mí; mientras que con el carácter que tengo, moriré como he vivido: triste, indiferente para los demás e importuno para mí mismo. ¡Ah! ¡sois dichoso, Roland! ¡Tenéis familia, gloria, juventud!

—¡Sin duda, dijo Roland, os olvidáis de mi aneurisma, milord!

Sir John miró al joven con aire de incredulidad. En efecto, Roland parecía gozar de una salud completa.

—Vuestro aneurisma contra mi millón de renta, Roland, dijo lord Tanley con un sentimiento de profunda tristeza, con tal que con vuestro aneurisma me deis a esa madre que llora de alegría, esa hermana que se desmaya al veros, ese niño que se cuelga a vuestro cuello como un joven y hermoso fruto a un árbol joven y hermoso; con tal que también me dieseis este castillo con frescas sombras, ese río con riberas de césped florido, esos horizontes azulados; vuestro aneurisma, Roland, la muerte en tres años, en dos, en uno, en seis meses; pero seis meses de vuestra vida tan satisfecha, tan dulce, tan variada, tan gloriosa.

Roland rió a carcajadas con esa risa nerviosa que le era característica.

—¡Ah! dijo, he aquí un verdadero turista, el viajero superficial, el judío errante de la civilización que sólo ve la superficie de las cosas.

Sir John miró a Roland con esa admiración curiosa que le causaban siempre las salidas misantrópicas de su joven amigo, que, apercibiéndose de ello, cambió completamente de tono.

—Es verdad, dijo, que las gentes de que yo reniego no son las que habitan este castillo.

—¡Oh! ¡los hombres!... ¡los hombres!... murmuró el inglés.

—¿Visteis lo que pasó en Aviñón? ¿No es cierto que si os lo contara no lo creeríais? Esos señores salteadores de diligencias pecan de delicados; tienen dos caras sin contar su máscara; tan pronto son José Marías, como Amadises y Galaores. Se cuentan historias fabulosas de esos héroes de caminos reales. Mi madre me decía ayer que había uno llamado Laurent (comprenderéis bien, querido, que Laurent es un nombre de guerra que sirve para ocultar el verdadero como la máscara oculta el rostro), había un tal Laurent que reunía todas las cualidades de un héroe de novela, todos los cumplimientos, como decís vosotros los ingleses; era bello hasta lo ideal; formaba parte de una compañía de setenta y dos compañeros de Jehú que acaban de juzgar en Issengeaux; setenta fueron absueltos, él y uno de sus compañeros fueron los únicos condenados a muerte; se libraron los inocentes de la

acusación y guardaron a Laurent y un compañero para la guillotina. Pero, ¡bah! el señor Laurent tenía una cabeza demasiado hermosa para caer bajo el innoble hierro de un verdugo; los jueces que lo habían juzgado, los curiosos que esperaban verle ejecutar habían olvidado aquella recomendación corporal de la belleza, como dice Montaigne; había una mujer en casa del carcelero de Issengeaux, una hija, hermana o sobrina, que se enamoró del apuesto condenado, y dos horas antes de la ejecución y en el momento en que el señor Laurent creía ver entrar al verdugo y dormía o aparentaba dormir, como se hace siempre en estos casos, vio entrar al ángel salvador. Deciros cómo tomaron sus medidas, no lo sé: pero la verdad es, y recordad siempre, sir John, que es verdad y no fábula lo que os cuento: la verdad es que Laurent se encontró libre con el pesar de no poder salvar a su camarada, que estaba en otro calabozo; un caballo le esperaba en la próxima aldea; la joven, que habría podido retardar o estorbar la fuga debía reunírsele al amanecer; nuestro jinete apreciaba más a su querida que a su compañero: había huido sin él y no quiso huir sin ella. Eran las seis de la mañana, hora justa de la ejecución, y la impaciencia le dominaba. Después de las cuatro había vuelto tres veces hacia la ciudad; pero la última tuvo una idea: ¿si habrían preso a su querida e iría a pagar por él? Se llegó hasta las primeras casas, picó su caballo, entró en la ciudad con el rostro descubierto por enmedio de las gentes, que le llamaban por su nombre, admiradas de verle libre y a caballo cuando esperaban verle agarrotado y en la carreta, atravesó la plaza de la ejecución en que el verdugo acababa de manifestar que uno de sus pacientes había desaparecido, y apercibió a su libertadora que hendía con gran trabajo el gentío, no para ver la ejecución, sino para ir a reunírsele; a su vista, levanta su caballo, brinca hacia ella, derriba a tres o cuatro papamoscas, llega hasta ella, la monta en el arzón de su silla, lanza un grito de alegría y desaparece agitando su sombrero; y el pueblo aplaude, las mujeres encuentran la acción heroica y se enamoran del héroe.

Roland se paró, y viendo que sir John guardaba silencio, le interrogó con la mirada.

—Continuad, respondió el inglés, os escucho; y como estoy seguro de que todo eso me lo contáis para llegar a un punto que os queda por decir, espero.

—Tenéis razón, me conocéis a fondo. ¿Sabéis qué idea me ha perseguido durante toda la noche? Ver de cerca a esos señores de Jehú.

—¡Ah! comprendo; no habéis podido morir a manos de Mr. de Barjols y queréis morir a las de Morgan.

—U otro cualquiera, mi querido sir John, respondió tranquilamente el joven; porque os declaro que nada tengo particularmente contra Mr. Morgan; al contrario, aunque mi primer pensamiento cuando entró en el comedor fue saltarle al cuello y extrangularle...

—Ahora que os conozco, mi querido Roland, me pregunto por qué no habéis puesto en ejecución un proyecto tan bonito.

—No fue culpa mía, os lo juro; mi compañero me contuvo.

Aquel valiente salteador de diligencias hizo su negocio con una calaverada que me gustó: aprecio por instinto a la gente valiente; si no hubiera matado a Mr. de Barjols habría

querido ser su amigo. Es verdad que no podía saber cuán valiente era sino matándole. Pero hablemos de otra cosa; ese duelo es un recuerdo amargo. ¿Para qué he subido? Seguramente no era para hablaros de los compañeros de Jehú ni de las proezas de Mr. Laurent.... ¡Ah! era para discutir con vos en qué pensáis emplear vuestro tiempo aquí. Haré todo cuanto pueda para divertiros, pero tengo dos inconvenientes en contra: mi país que no es muy divertido y vuestra nación no es muy divertible.

—Os he dicho ya, Roland, replicó lord Tanley, que tenía el castillo de Fuentes Negras por un paraíso.

—Concedo. ¿Os gusta la arqueología? ¿Os gusta la pesca? ¿Os gusta la caza? Consagraremos un día a la arqueología, otro a la pesca y otro a la caza. He aquí tres días; nos faltan ocupaciones para quince o dieciseis.

—Mi querido Roland, dijo sir John, ¿no me diréis nunca qué fiebre os abrasa? ¿Qué pesar os abruma?

—¡Bah! dijo Roland con una carcajada estridente y dolorosa, no he estado nunca tan alegre como hoy; vos sois, milord, el que tenéis spleen.

—Algún día seré realmente vuestro amigo, respondió seriamente sir John; ese día tendré parte en vuestras penas.

—Y la mitad de mi aneurisma.... ¿tenéis hambre, milord?

—¿Por qué me hacéis esa pregunta?

—Porque oigo en la escalera los ps de Eduardo que viene a decirnos que el almuerzo está servido.

En efecto, se abrió la puerta y el niño dijo:

—Hermano Roland, madre y hermana Amelia os esperan a milord y a ti.

Después, agarrando la mano derecha del inglés, le miró atentamente la primera falange del pulgar, el índice y el anular.

—¿Qué miráis, amiguito mío? preguntó sir John.

—Miro si tenéis tinta en los dedos.

—¿Y si la tuviera qué querría decir esa tinta?

—Que habríais escrito a Inglaterra pidiendo mis pistolas y mi sable.

—No, no he escrito, dijo sir John, pero escribiré hoy.

—¿Lo oyes, hermano Roland? Dentro de quince días tendré mis pistolas y mi sable.

Y el niño, muy alegre, presentó sus rosadas y robustas mejillas a sir John, que lo abrazó como un padre.

Después los tres bajaron al comedor, donde les esperaban.

CAPÍTULO VII
LOS PLACERES DE PROVINCIA

Puso Roland en ejecución el mismo día una parte de su programa, llevando a sir John a la iglesia de Brow.

Roland, que pensaba contar a sir Jonn la historia de su alhaja y que no la había visto desde hacía siete u ocho años, se vio muy contrariado cuando al llegar ante la fachada encontró los nichos vacíos y las figuras decapitadas.

Preguntó por el sacristán, y se le rieron en las barbas. Allí no había ya sacristán.

Se informó de a quien debía dirigirse para obtener las llaves. Le contestaron que al capitán de la gendarmería.

El capitán no estaba lejos; el claustro contiguo a la iglesia era su cuartel, al igual que la iglesia se había convertido en un pajar.

—Veamos otra cosa, dijo sir John.

—¡Oh! respondió Roland; no hay nada más que ver en toda la ciudad aparte de la iglesia.

—¡Pero cómo! repuso sir John; ¿no sois republicano?

—¿Yo? ¡al contrario! me creo un buen republicano; soy capaz de dejarme quemar la mano como Mucio Scevola, o de arrojarme a un abismo como Curtius por salvar a la república; pero tengo la desgracia de tener una imaginación viva y dispuesta al ridículo: cuando la república me hace reír no soy republicano.

En esto llegaron a la plaza donde está la cárcel.

—Tengo que hacer una visita a cierto calabozo, dijo Roland.

—El rechinamiento de los cerrojos y el chirrido de las rejas no son ruidos muy agradables; pero no importa, conducidme a ese calabozo.

—Pues entremos pronto; me parece que veo a una multitud de gente que desea hablarme.

Y en efecto, una especie de rumor parecía esparcirse poco a poco por la ciudad; salían de las casas, formaban grupos, se señalaban a Roland con curiosidad unos a otros.

Roland llamó a la reja, situada en el patio de la cárcel.

Un portero vino a abrir.

—¡Ah! ¿sois aún vos, viejo Courtois? preguntó el joven.

—¿Cómo, preguntó el portero a través de la reja, sabíais mi nombre y yo no sé el vuestro?

—No solamente sé vuestro nombre, sino también vuestras opiniones; sois realista, Courtois.

—Señor, dijo el carcelero muy asustado, no quiero bromas pesadas; decidme que deseáis.

—Está bien, mi buen Courtois; desearía visitar el calabozo en que pusieron a mi madre y a mi hermana, Mme. y Mlle. de Montrevel.

—¡Ah! exclamó el portero, ¡cómo! ¿sois vos el caballero Luis? ¡Ah! teníais mucha razón al decir que os conocía. ¿Es cierto que sois ayudante de campo del general Bonaparte?

—Sí, Courtois, tengo ese honor.

Luego, acercándose al oído del joven:

—Decid, añadió, ¿es seguro?

—¿El qué, Courtois?

—Que el general Bonaparte pasó ayer por Lyon.

—Algo habrá de verdad en esa noticia, porque la he oído dos veces. Ahora comprendo por qué esas buenas gentes me miraban con tanta curiosidad y parecían querer preguntarme algo.

—¿No sabéis lo que se dice?

—¿Se dice algo, Courtois?

—Se dice que viene a pedir al Directorio el trono de S. M. Luis XVIII; y que si no lo hace de grado lo hará por fuerza.

—¡Bah! dijo el joven oficial con aire de duda.

Pero el viejo Courtois insistió con un signo de cabeza afirmativo.

—Es posible, dijo el joven, pero no la segunda parte sino la primera. ¿Ahora que me conocéis, queréis abrirme?

—¡Abriros! Ya lo creo; ¿qué diablos he de hacer?

Y el carcelero abrió la puerta con tanta premura como reparo había puesto al principio.

El inglés empezaba a habituarse al carácter fantástico de su joven amigo.

El carcelero atravesó el patio y en el ángulo izquierdo llegó a una escalera de caracol que conducía al interior de la cárcel.

Si insistimos en estos detalles es porque tendremos que volver aquí.

La escalera conducía a la antesala de la cárcel, es decir, al cuarto del portero; y de este cuarto, por una escalera de diez peldaños, se bajaba a otro patio separado del de los presos por una pared.

Courtois abrió la puerta y Roland empujó a sir John hacia el calabozo, formando un cuadro perfecto y de diez a doce pies.

—¡Oh! dijo sir John, el sitio es lúgubre.

—¿Lo encontráis lúgubre? Pues bien, milord, en este lugar es donde mi madre, la mujer más digna que hay en el mundo, y mi hermana, pasaron seis semanas hace cinco años; mi hermana tenía por consiguiente doce escasos.

—¿Pero qué crimen habían cometido?

—¡Oh! un crimen enorme: en el aniversario que la ciudad de Bourg consagró a la muerte del Amigo del pueblo, mi madre no quiso consentir que mi hermana fuese una de las vírgenes que llevaban las urnas conteniendo las lágrimas de Francia, lagrimas que corrían por el ciudadano Marat. De suerte que la misma tarde de la fiesta fue conducida a prisión. Adiós, Courtois, tú eres un buen hombre; diste a mi madre y a mi hermana un poco de agua para mezclar con el vino, un poco de carne para comer con el pan, un poco de esperanza a su corazón; tú les prestaste a tu hija para que no barriesen su calabozo; eso valdría una fortuna y desgraciadamente no soy rico; tengo cincuenta luises encima, tómalos. Venid, milord.

Y el joven se llevó consigo a sir John antes que el carcelero volviese de su sorpresa.

Al salir de la cárcel Roland y sir John hallaron la plaza de las Lides atestada de gente que habían sabido la vuelta del general Bonaparte a Francia y que gritaba ¡viva Bonaparte!, los unos porque eran efectivamente admiradores del vencedor de Arcola, de Rívoli, y de las Pirámides; los otros porque se les había dicho, como al viejo Courtois, que ese vencedor no había venido sino en provecho de S. M. Luis XVIII.

Como Roland y sir John habían visitado ya todo lo que la ciudad de Bourg podía ofrecer, volvieron a tomar el camino del castillo de Fuentes Negras.

Mme. de Montrevel y Amelia habían salido. Roland puso una silla a sir John y le rogó que esperase cinco minutos.

Al cabo de ese tiempo volvió, trayendo en la mano una especie de libro de papel gris bastante mal impreso.

—Mi querido huésped, dijo, me figuro que habéis tenido algunas dudas sobre la autenticidad de la fiesta de la que os hablabao hace un momento, que faltó poco para costarle la vida a mi madre y a mi hermana; os traigo el programa: leedlo. Mientras tanto iré a ver lo que se ha hecho de mis perros, porque presumo que querréis dispensar el día de pesca y pasar al de caza.

Y salió dejando en manos de sir John el acuerdo de la municipalidad de la ciudad de Bourg, tocante a la fiesta fúnebre celebrada en honor de Marat, por el aniversario de su muerte.

CAPÍTULO VIII
SIGUEN LOS PLACERES DE PROVINCIA

Sir John terminaba la lectura de aquel interesante folleto cuando Mme. de Montrevel y su hija entraron.

Amelia, que no imaginaba que hubiesen hablado tanto de ella Roland y sir John, se admiró de la atención con que éste fijó su mirada en ella.

Éste comprendió a esa madre que con peligro de su vida no había querido profanar la juventud y la belleza de tan encantadora criatura sirviendo de comparsa a una fiesta de la que aquella bestia feroz, que tuvo por nombre Marat, era el dios.

Traía a su memoria aquel calabozo húmedo y frío que había visitado una hora ante, y se estremecía ante la idea de que aquel blanco y delicado armiño que tenía delante hubiera permanecido encerrado seis semanas sin aire ni sol.

Los pensamientos que se sucedían en el alma de sir John daban a su fisonomía una expresión tan diferente de la habitual que Mme. de Montrevel no pudo menos que preguntarle qué tenía. Sir John entonces contó a Mme. de Montrevel su visita a la cárcel.

En el momento en que acababa su relato, se oyó un instrumento de caza y Roland entró con una corneta en la boca.

Pero, separándola en seguida de los labios, dijo:

—Mi querido huésped, dad las gracias a mi madre, pues gracias a ella haremos mañana una caza magnífica.

—¿Gracias a mí? preguntó Mme. de Montrevel.

—¿Cómo es eso? dijo sir John.

—¿Os dije que iba a ver qué se había hecho de mis perros?

—Sí.

—Tenía dos; Barbichon y Ravaude, el macho y la hembra.

—¡Oh! dijo sir John; ¿y habrán muerto?

—Justamente; pero esta excelente madre que veis, y asiéndola dulcemente por el cuello le besó ambas mejillas, no ha querido tirar al agua ni uno solo de los cachorros que tuvieron; de suerte, mi querido lord, que los hijos, los nietos y los biznietos de Barbichon y Ravaude son hoy tan numerosos como los descendientes de Ismael, y ya no tengo un par de perros, sino una trahilla.

Y en el acto tocó su corneta, que hizo acudir a su joven hermano.

—¡Oh! gritó al entrar, vas mañana de caza, hermano Roland. Yo también voy, yo también voy.

—Bueno, dijo Roland; ¿pero sabes tú a qué caza vamos?

—No; pero sé que voy.

—Vamos a la caza del jabalí.

—¡Qué alegría! dijo el niño golpeando sus manitas una con otra.

—¿Pero estás loco? dijo Mme. de Montrevel palideciendo.

—¿Por qué, mamá?

—Porque la caza del jabalí es muy peligrosa.

—No tan peligrosa como la de los hombres, y ya ves que mi hermano ha vuelto; yo también volveré de la otra.

—Roland, dijo Mme. de Montrevel, mientras Amelia, sumida en una meditación profunda, no tomaba parte en la conversación. Roland, haz entrar en razón a Eduardo y dile que no tiene sentido común.

Pero Roland, que se había vuelto hacia el niño, en lugar de vituperarle sonreía ante aquel valor infantil.

—Te llevaría conmigo de buena gana, le dijo, pero para ir de caza hay que saber al menos qué es una escopeta.

—¡Oh, caballero Roland! contestó Eduardo; venid al jardín, poned vuestro sombrero a cien pasos y os enseñaré lo que es una escopeta.

—¡Desdichado! exclamó Mme. de Montrevel temblando; ¿dónde has aprendido?

—Toma, en casa del armero, donde están las escopetas de papá y de Roland. ¿No me preguntas a veces qué hago con mi dinero? Pues bien, compro pólvora y balas.

—¿Qué queréis, madre mía? dijo Roland; de casta le viene al galgo: vendrás con nosotros mañana.

El niño saltó al cuello de su hermano.

—Y yo, dijo sir John, me encargo de armaros hoy cazador como se armaba antiguamente caballero. Tengo una bonita carabina que os daré.

—Vamos, preguntó Roland; ¿estás contento, Eduardo?

—Sí; ¿pero cuándo me la daréis? Si hay que escribir a Inglaterra, os prevengo que no me lo creo.

—No, amiguito mío, no es preciso más que subir a mi cuarto; ya veis que eso se hace pronto.

—Subamos en seguida.

—Venid, dijo sir John.

Un instante después Amelia, siempre pensativa, se levantó y salió a su vez.

Ni Mme. de Montrevel ni Roland le prestaron atención; estaban abstraídos en una grave discusión.

Mme. de Montrevel trataba de convencer a Roland de que no llevase consigo al día siguiente a su joven hermano, y Roland le explicaba que Eduardo, destinado a ser soldado como su padre y su hermano, ganaría mucho en familiarizarse con la pólvora y el plomo.

La discusión no había concluido cuando Eduardo entró con su carabina.

—Mira, hermano, dijo volviéndose hacia Roland, mira el regalo que milord me ha hecho.

Y daba gracias con la mirada a sir John, que se mantenía en la puerta buscando con los ojos, pero inútilmente a Amelia.

Roland cogió la carabina que le presentaba Eduardo, la miró con ojo experto, accionó las llaves, apuntó, la pasó de una mano a otra y devolviéndosela:

—Da las gracias a milord, dijo; tienes una carabina que ha sido hecha para el hijo de un rey; vamos a probarla.

Y los tres salieron a probar la carabina de sir John dejando a Mme. de Montrevel triste como Thetis cuando vio a Aquiles bajo su vestido de mujer sacar de la vaina la espada de Ulises.

Un cuarto de hora después Eduardo entraba triunfante, trayendo a su madre un cartón del tamaño de la copa de un sombrero, en el cual, a cincuenta pasos, había puesto de doce balas diez.

Los dos hombres se quedaron hablando y paseando por el parque.

Mme. de Montrevel escuchó el relato algo gascón de las proezas de Eduardo, con aquella santa tristeza de las madres para quienes la gloria no es compensación de la sangre que se derrama.

¡Oh! ¡Qué ingrato es el hijo que ha visto fijarse en él esa mirada y no la recuerda eternamente!

Al cabo de algunos segundos de aquella contemplación dolorosa, apretando a su hijo contra su corazón:

—¿Y tú también, murmuró deshecha en lágrimas, tú también abandonarás un día a tu madre?

—Sí, mamá; dijo el niño, pero para llegar a general como mi padre, o a ayudante de campo como mi hermano.

—Y para morir como tu padre y como quizás muera tu hermano.

El cambio extraño que se había operado en el carácter de Roland no se le había escapado a Mme. de Montrevel, y era una inquietud más que añadir a sus otras inquietudes.

Entre estas últimas había que contar el ensimismamiento y la palidez de Amelia.

Amelia rayaba en los diecisiete años; su infancia había sido la de una niña risueña llena de alegría y salud. La muerte de su padre vino a echar un velo negro sobre su juventud; esas tormentas de la primavera pasan pronto: la sonrisa, ese hermoso sol del alba de la vida, volvió a aparecer, y como el de la naturaleza, brilló a través del rocío del corazón que llamamos lágrimas.

Luego, unos seis meses después, poco más o menos, el semblante de Amelia se había entristecido, sus mejillas palidecieron, e igual que las aves migratorias se alejan al aproximarse los tiempos brumosos, las risas infantiles que se escapan de los labios entreabiertos y los blancos dientes, huyeron de la boca de Amelia para no volver.

Mme. de Montrevel había interrogado a su hija, pero Amelia, por toda contestación, hizo un esfuerzo para sonreír.

Mme. de Montrevel, con ese instinto admirable de madre, pensó en el amor; ¿pero a quién podía amar Amelia? No se recibía a nadie en el castillo de Fuentes Negras; las conmociones políticas habían destruido la sociedad, y Amelia no salía nunca sola.

La vuelta de Roland le había restituido por un momento la esperanza; pero esa esperanza se desvaneció pronto.

Mme. de Montrevel no había perdido de vista a Amelia, y con doloroso asombro notó que el efecto que causaba la presencia del joven oficial en su hermana era casi de miedo: sus ojos, cuando se fijaban antes en Roland, estaban llenos de amor, y ahora parecían no mirarlo sino con temor.

Hacía un instante que Amelia se había aprovechado del primer momento de libertad que se le había presentado para subir a su cuarto, único lugar del castillo donde parecía encontrarse mejor y donde pasaba la mayor parte de su tiempo desde hacía seis meses.

El día se había pasado para Roland y sir John en visitar a Bourg, como hemos dicho, y en hacer los preparativos de caza para el siguiente.

Desde la mañana hasta el mediodía se debía hacer la batida; del mediodía a la tarde se debía cazar con perros.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, los ojeadores estaban a la puerta.

El castillo de Fuentes Negras lindaba con el mismo bosque de Seillon; se podía, pues, empezar la cacería desde la misma verja. Como la batida prometía sobre todo gamos, corzos y liebres, debía hacerse con plomo. Roland dio a Eduardo una escopeta sencilla que

le había servido cuando era niño, no teniendo todavía bastante confianza en la prudencia de su hermano para confiarle una escopeta de dos tiros.

En cuanto a la carabina que sir John le había dado la víspera, era un cañón rayado que sólo podía calzar bala.

Desde la primera batida fue fácil ver que la caza sería buena; se mató a un corzo y dos liebres. Al mediodía, tres gamos, siete corzos y dos zorros habían sido muertos; se habían visto dos jabalíes, pero a las perdigonadas que habían recibido se contentaron con responder sacudiendo la piel y desapareciendo.

Eduardo estaba rebosante de alegría; había matado a un corzo.

Como estaba convenido, los ojeadores, recompensados con la fatiga que habían sufrido, fueron enviados al castillo con la caza.

Se tocó una corneta para saber dónde estaba Miguel, el cazador enfermo del que Eduardo había hablado a su hermano al abrazarle, y éste respondió en menos de diez minutos: los cazadores se reunieron con la trahilla y los caballos.

Miguel había encontrado el rastro de un jabato y lo había acosado con el mayor de sus hijos; estaba en un cercado, a cien pasos de los cazadores.

Santiago —el mayor de los hijos de Miguel— batió el cercado con sus perros de punta Barbichon y Ravaudes: al cabo de cinco minutos el jabalí estaba en el escarbadero.

Se le habría podido matar en seguida o al menos dispararle, pero la caza habría concluido demasiado pronto; se soltó toda la trahilla contra el animal, que, viendo aquella multitud de pigmeos echarse encima de él, salió corriendo.

Atravesó el camino, Roland siguió la pista, y como el animal se dirigía del lado de la cartuja de Seillon, los tres jinetes enfilaron el sendero que cortaba el bosque en toda su longitud.

El animal se dejó batir hasta las cinco de la tarde, sin decidirse a abandonar un bosque tan abrigado.

Al fin, hacia las cinco, se comprendió por la violencia y la intensidad de los ladridos que el animal se las había con los perros.

Esto pasaba a un centenar de pasos del pabellón dependiente de la Cartuja, en uno de los enclaves más espesos del bosque. Era imposible internarse a caballo hasta allí. Echaron pie a tierra.

Los ladridos de los perros guiaban a los cazadores para no desviarse del camino, salvo cuando las dificultades del terreno impidieran seguir la línea recta.

A veinte pasos del lugar en que pasaba el drama cinegético se encontraban los personajes que componían la acción.

El jabato se había arrimado contra una roca para no ser atacado por detrás; apuntalado en sus dos patas delanteras, presentaba a los perros su cabeza con ojos sangrientos, armada de dos enormes colmillos.

Los perros se agitaban a su alrededor como una alfombra moviente.

Cinco o seis, heridos más o menos gravemente, manchaban de sangre el campo de batalla; pero no por eso dejaban de acometer al jabalí con un encarnizamiento que habría podido servir de ejemplo de valor a los hombres más animosos.

Eduardo, el más imprudente y al mismo tiempo el más pequeño, encontrando menos obstáculos a causa de su estatura, llegó el primero.

Roland, indiferente al peligro, cualquiera que fuese, y buscándolo más que rehuyéndolo, le siguió. Sir John, más lento, más grave, más reflexivo, llegó el tercero.

En el momento en que el jabalí vio a los cazadores, no pareció poner atención alguna en los perros. Sus ojos se fijaron sangrientos en ellos, y el único movimiento que hacía era con sus mandíbulas, que al chocar una con otra hacían un ruido amenazador.

Roland miró un instante este espectáculo, experimentando evidentemente el deseo de arrojarse con su cuchillo a degollar al jabalí, como un carnicero.

Este movimiento fue tan visible que sir John le detuvo por un brazo, mientras Eduardo decía:

—¡Oh, hermano mío! ¡Déjame dispararle!

Roland se contuvo.

—Pues bien, dijo quedando armado solamente con el cuchillo que sacó de la vaina, dispara, ¡atención!

—¡Oh! no tengas cuidado, dijo el niño con los dientes apretados, el rostro pálido, pero resuelto, y levantando el cañón de su carabina a la altura del animal.

—Si yerra o no hace más que herirle, dijo sir John, el animal caerá sobre nosotros antes de que tengamos tiempo de verle.

—Lo sé, milord; pero estoy habituado a esta caza, respondió Roland con la nariz dilatada, la mirada ardiente y los labios entreabiertos. ¡Fuego, Eduardo!

El tiro salió al punto; pero al mismo tiempo, antes quizás, el animal, rápido como el relámpago, se lanzó sobre el niño.

Se oyó un segundo tiro, y luego, en medio del humo, se vieron brillar los ojos sangrientos del animal.

Pero a su paso encontró a Roland, rodilla en tierra y con el cuchillo de caza en la mano. Por un instante un grupo confuso e informe rodó por el suelo; era el hombre enredado al jabalí y el jabalí al hombre.

Después se oyó otro tiro seguido de una carcajada de Roland.

—¡Eh, milord! dijo el joven oficial, eso es pólvora y bala perdida. ¿No veis que el animal está destripado? Desembarazadme sólo de su cuerpo, que pesa mucho y me ahoga.

Pero antes de que sir John se hubiese bajado, con un vigoroso movimiento de hombro Roland hizo rodar el cadáver del animal y se levantó cubierto de sangre, pero sin el menor rasguño.

Eduardo, fuera falta de tiempo o fuera valor, no había retrocedido un paso. Lo cierto es que estaba completamente protegido por el cuerpo de su hermano, que se había puesto delante de él. Sir John se había colocado a un lado para coger atravesado al animal, y miraba a Roland después de este segundo duelo con la misma admiración que después del primero.

Los perros que quedaron, y que compondrían una veintena, se arrojaron sobre el cadáver, tratando inútilmente de morder aquella piel con pelos erizados casi tan impenetrable como el hierro.

—Vais a ver, dijo Roland, enjugando sus manos y su rostro cubiertos de sangre con un pañuelo de fina batista, que van a comerle y vuestro cuchillo también, milord.

—En efecto, dijo sir John, ¿y el cuchillo?

—Está en la vaina, dijo Roland.

—¡Qué! dijo el niño, ¡si no se ve más que el mango!

Y lanzándose sobre el animal, le arrancó el puñal, hundido en efecto hasta el mango al extremo del lomo.

La aguda punta, dirigida por un ojo tranquilo, manejada por una mano recia, había ido directa al corazón.

Se veían en el cuerpo del jabalí otras tres heridas.

La primera, causada por la bala del niño, demasiado débil para romper el hueso frontal, trazaba un surco sangrientopor encima del ojo.

La segunda era del primer tiro de sir John; la bala había cogido al animal al sesgo y resbaló por su coraza de piel.

La tercera, recibida a boca de jarro, le atravesó el cuerpo; pero, como había dicho Roland, cuando estaba ya muerto.

CAPÍTULO IX
LAS DIVERSIONES DE PROVINCIA

Concluyó la caza y venía la noche; era hora de volver al castillo.

Los caballos no estaban más que a cincuenta pasos poco más o menos, y se les oía relinchar de impaciencia.

Eduardo, que no cesaba de decir: «yo le maté, yo le maté»; estaba resuelto a cargar el jabalí sobre la grupa y llevarlo al castillo; pero Roland le hizo observar que era mucho más sencillo enviarlo a buscar por dos hombres con unas parihuelas.

En menos de diez minutos llegaron los cazadores al castillo de Fuentes Negras.

Mme. de Montrevel los esperaba en la escalinata; hacía más de una hora que la pobre madre estaba allí temblando por sus hijos.

Tan pronto como Eduardo pudo verla, puso su jaquita al galope, gritando por entre la verja:

—¡Madre! ¡madre! he matado a un jabalí grande como un pollino.

Mme. de Montrevel quiso recibir a Eduardo en sus brazos, pero éste saltó a tierra y se agarró a su cuello.

Roland y sir John llegaban en aquel momento, y también Amelia apareció a su vez en la escalinata.

Eduardo dejó a su madre al lado de Roland, quien, completamente cubierto de sangre, estaba espantoso, y corrió hacia su hermana.

Amelia lo escuchó distraída, lo que sin duda hirió el amor propio de Eduardo, pues se precipitó a las cocinas para contar el suceso a Miguel, por el cual estaba muy seguro de ser escuchado.

En efecto, esto interesaba a Miguel sobre manera; sin embargo, cuando Eduardo le dijo dónde yacía el jabalí y le intimó a llamar a los hombres para ir a buscarlo, meneó la cabeza.

—Dios me libre, señor Eduardo; Santiago va a partir ahora mismo para Montagnac, murmuró.

—¿Tienes miedo de no encontrar a nadie?

—¡Qué! Encontraremos diez hombres, pero la hora... el sitio... ¿Decís que está cerca del pabellón de la Cartuja?

—A veinte pasos.

—Preferiría que estuviese a una legua de allí, respondió Miguel rascándose la cabeza, pero no importa; mandaremos por ellos sin decirles ni cómo ni por qué. Cuando estén aquí, vuestro hermano se encargará de convencerlos.

—¡Está bien, está bien! que vengan, yo los convenceré, yo.

—¡Oh! dijo Miguel, si no tuviera mi endemoniada torcedura, iría yo mismo; pero la jornada de hoy no le ha sentado muy bien.

Luego en la mesa, como es natural, no hubo otra conversación que las proezas del día. Eduardo no hablaba de otra cosa, y sir John, admirado de aquel valor, de aquel acierto de Roland, encarecía el relato del niño.

Mme. de Montrevel se estremecía a cada detalle, y sin embargo se los hacía repetir veinte veces.

Amelia, por su parte, había prestado una gran atención, pero sobre todo, cuando los cazadores se acercaban a la Cartuja.

Desde este momento escuchó con mirada inquieta y no pareció respirar hasta que los cazadores, no habiendo motivo alguno para proseguir su carrera en el bosque, montaron a caballo.

Al fin de la comida vinieron a anunciar que Santiago estaba de vuelta con los aldeanos de Montagnac, que pedían noticias sobre el lugar en que los cazadores habían dejado al animal.

—Haced entrar a esas buenas gentes, dijo Mme. de Montrevel.

Cinco minutos después los dos aldeanos entraron con el sombrero en la mano.

—Muchachos, dijo Roland, se trata de ir al bosque de Seillon a buscar un jabalí que hemos matado.

—Eso puede hacerse, respondió uno de los paisanos. Y consultó a su compañero con la vista.

—Eso puede hacerse de cierta manera, dijo el otro.

—Tranquilizaos, continuó Roland; no perderéis vuestro tiempo.

—¡Oh! estamos tranquilos, dijo uno de los aldeanos; os conocemos, señor de Montrevel.

—Sí, respondió el otro, sabemos que, al igual que vuestro padre el general, no tenéis la costumbre de hacer trabajar a la gente de balde. ¡Oh! si todos los aristócratas hubieran sido como vos, no habría habido revolución, señor Luis.

—Justamente, no la habría habido, dijo el otro, que parecía ser el eco afirmativo de lo que decía su compañero.

—Solamente queda por saber dónde está el animal, preguntó el primer aldeano.

—Sí, repitió el segundo, queda por saber dónde está.

—¡Oh! no será difícil de encontrar.

—Tanto mejor, dijo el aldeano.

—¿Conocéis bien el pabellón del bosque?

—¿Cuál?

—El pabellón que depende de la Cartuja.

Los aldeanos se miraron.

—Pues bien, lo encontraréis a veinte pasos de la fachada que mira al bosque de Genoud.

Los aldeanos se volvieron a mirar otra vez.

—¡Hum! dijo uno.

—¡Hum! repitió el otro.

—¿Qué quiere decir hum? preguntó Roland.

—¡Caramba!

—Veamos, explicaos, ¿qué hay?

—Hay..., que preferiríamos que fuese al otro extremo del bosque.

—¿Cómo al otro extremo?

—Sí, dijo el segundo aldeano.

—¿Pero por qué? replicó Roland, que empezaba a impacientarse; hay tres leguas de aquí al otro extremo del bosque, mientras que tenéis una cerca de aquí al sitio donde está el jabalí.

—Sí, dijo el primer aldeano, pero el sitio en que está el jabalí...

Y se paró, rascándose la cabeza.

—¡Justamente! dijo el segundo.

—Está demasiado cerca de la Cartuja.

—De la Cartuja, no; del pabellón.

—Es todo uno; sabéis bien que se dice que hay un camino subterráneo que va del pabellón a la Cartuja.

—¿Y qué tiene que ver la Cartuja, el pabellón y el paso subterráneo con nuestro jabalí?

—Tiene que ver que el animal esta en mal sitio.

—¡Oh! sí, mal sitio, repitió el otro.

—Vaya. ¿No os explicaréis, perillanes? gritó Roland, que empezaba a incomodarse, mientras su madre se inquietaba y Amelia palidecía.

—Perdonad, señor, dijo el aldeano; no somos perillanes: somos gentes con temor de Dios.

—¡Qué demonio! dijo Roland, ¡yo también temo a Dios!

—Y eso nos impide habérnosla con el diablo.

—Madre mía, hermana mía, preguntó Roland dirigiéndose a las dos mujeres, ¿comprendéis lo que dicen esos imbéciles?

—¡Imbéciles! dijo el primer aldeano, tal vez; pero no es menos cierto que a uno, por haber querido mirar por encima del muro de la Cartuja, se le torció el pescuezo.

—Y que no se le ha podido nunca enderezar, añadió el segundo. Le han tenido que enterrar con la cara al revés.

—¡Oh! ¡oh! dijo sir John, esto es interesante; me gustan mucho las historias de fantasmas.

—Parece que a mi hermana Amelia no, milord, dijo Eduardo.

—¿Por qué?

—Mira, hermano Roland, mira qué pálida se pone.

—En efecto, dijo sir John, la señorita parece indispuesta.

—Yo no, dijo Amelia; es sólo que hace un poco de calor aquí, madre.

Y enjugó su frente cubierta de sudor.

Luego se levantó vivamente y, tambaleándose, fue a abrir una ventana que daba al jardín, donde permaneció de pie, arrimada a la barandilla y medio oculta por las cortinas.

—¡Ah! dijo, aquí al menos se respira.

Sir John se levantó para ofrecerle un pomo de sales.

—No, no, milord, dijo Amelia, os doy gracias; estoy mucho mejor.

—Vamos, vamos, dijo Roland impaciente, no se trata de eso, sino de nuestro jabalí.

—Pues bien; vuestro jabalí, señor, lo iremos a buscar mañana.

—Eso es, dijo el segundo, mañana por la mañana será de día.

—¿De modo que para ir allí esta noche?...

—¡Oh! para ir allí esta noche...

El aldeano miró a su camarada, y ambos sacudieron al mismo tiempo la cabeza.

—Ir allí esta noche, no se puede.

—¡Cobardes!

—Señor, no somos cobardes porque tengamos miedo.

—No, no es por eso.

—¡Cobardes! repitió Roland.

—Ni por un luis iríamos.

—Pero por dos... dijo el ayudante, que creía comprenderlos ya.

—Ni por dos, ni por cuatro, ni por diez. ¿De qué me servirían los luises con el pescuezo torcido?

—¿Has visto tú, imbécil, a los fantasmas de la Cartuja?

—Yo no; pero hay gente que los ha visto.

—¿Tú, camarada?

—Yo... tampoco; pero he visto llamas, y Claudio Philippon ha oído cadenas.

—¡Ah! ¿Hay llamas y cadenas? preguntó Roland.

—Las llamas, dijo el primer aldeano, yo las he visto.

—Muy bien, amigos míos, muy bien, replicó Roland en tono burlón, ¿así pues, a ningún precio iréis esta noche?

—A ninguno.

—Pues bien, dijo Roland, venidme a ver pasado mañana.

—Con mucho gusto; ¿pero para qué?

—Venid.

—¡Oh! vendremos.

—Yo os daré noticias seguras...

—¿De qué?

—De los fantasmas.

Amelia lanzó un grito ahogado, que sólo Mme. de Montrevel oyó.

Mientras tanto Roland les daba la mano y se despedía de los dos aldeanos, que se tropezaban en la puerta por donde ambos querían pasar al mismo tiempo.

Durante el resto de la noche no se habló más ni de la Cartuja, ni del pabellón, ni de los huéspedes sobrenaturales, espectros o fantasmas que los frecuentaban,

CAPÍTULO X
SIGUEN LOS PLACERES DE PROVINCIA

Todos estaban acostados en el castillo a las diez en punto.

Dos o tres veces, durante la noche, Amelia se había aproximado a Roland como si tuviese algo que decirle; pero las palabras habían expirado siempre en sus labios.

Cuando dejaron la sala, se apoyó en su brazo, y aunque el cuarto de Roland estaba situado un piso más alto que el suyo, le acompañó hasta la puerta, donde él la despidió dándole las buenas noches y manifestándose muy cansado.

Sin embargo, a pesar de esto, Roland, tan pronto entró en su habitación, se dirigió adonde tenía sus armas, sacó un par de pistolas —regalo de la Convención a su padre—, movió las llaves para ver si estaban enmohecidas y sopló los cañones, las puso luego sobre la mesa, abrió suavemente la puerta mirando hacia la escalera por si alguien le espiaba, y fue a llamar a la puerta de sir John.

—Entrad, dijo el inglés.

Sir John tampoco se había desnudado.

—Por una señal que hicisteis, dijo, comprendí que teníais algo que decirme.

—Ciertamente, respondió Roland, tendiéndose alegremente en un sillón.

—Mi querido huésped, replicó el inglés, empiezo a conoceros; de modo que cuando os veo tan alegre, soy como vuestros aldeanos: tengo miedo.

—¿Habéis oído lo que han dicho?

—Sí; han contado una historia de fantasmas. Tengo un castillo en Inglaterra donde también aparecen.

—¿Los habéis visto, milord?

—Sí, cuando era pequeño; por desgracia, desde que soy mayor, han desaparecido.

—Así son los fantasmas, dijo alegremente Roland, vienen y se van. Por fortuna he llegado en un tiempo en que vienen.

—¿Y estáis seguro de que los haya?

—No; pero pasado mañana lo estaré.

—¿Cómo?

—Voy a pasar la noche de mañana allí.

—¡Oh! dijo el inglés, ¿queréis que os acompañe?

—De buena gana, milord, pero por desgracia es imposible.

—¡Imposible!

—Tengo el disgusto de decíroslo, mi querido huésped.

—¡Imposible! ¿por qué?

—¿Conocéis las costumbres de los fantasmas, milord? preguntó gravemente Roland.

—No.

—Pues bien, yo las conozco. Los fantasmas no se presentan sino en ciertas condiciones.

—Explicadme eso.

—Por ejemplo, milord, en Italia o en España, países de los más supersticiosos, no hay fantasmas, o si los hay, es cada diez años, cada veinte o cada siglo.

—¿Y a qué atribuís esa escasez?

—A la falta de niebla, milord.

—¡Ah!

—Sin duda; comprenderéis muy bien que la atmósfera de los fantasmas es la niebla.

—Eso no me explica por qué rehusáis mi compañía, insistió sir John.

—Dejadme explicaros los resortes que es preciso manejar cuando uno quiere ver fantasmas.

—¡Explicadlos! ¡explicadlos! dijo sir John; en verdad que a nadie me gusta más escuchar.

Roland se inclinó en señal de agradecimiento.

—El asunto es como sigue; vais a comprenderlo, milord. He oído hablar tanto de fantasmas en mi vida, que los conozco como si los hubiera creado. ¿Por qué se aparecen los fantasmas?

—¿Me lo preguntáis? dijo sir John.

—Sí, os lo pregunto.

—Os confieso que, no habiéndolos estudiado como vos, no sé daros una respuesta categórica.

—Ya lo veis. Los fantasmas se aparecen, mi querido lord, para causar miedo a aquellos a los que se aparecen.

—Eso es incontestable.

—Pues bien; si no lo causan, es preciso que se les cause a ellos.

—Convenido.

—He aquí por qué cuando se deciden a aparecer los fantasmas, eligen las noches tempestuosas: ése es su teatro.

—Proseguid.

—Hay ciertos momentos en que al hombre más valiente se le hiela la sangre en las venas. Cuando no tenía mi aneurisma me sucedió mil veces, al ver brillar sobre mi cabeza el relámpago de los sables y tronar en mis oídos el estampido de los cañones. Pero desde que lo tengo, corro adonde el relámpago brilla o el estampido truena. Tengo pues una ventaja, y es que los fantasmas no saben que no les puedo tener miedo. Cuando, en lugar de tener miedo de la muerte, uno cree con razón o sin ella tener motivo para buscarla, no sé de qué tendrá uno miedo; pero, os lo repito, es posible que los fantasmas, que saben muchas cosas, ignoren ésta. Lo que sí saben es que el sentimiento del miedo aumenta o disminuye por la vista o por el oído. Así, ¿dónde aparecen preferentemente los fantasmas? En lugares oscuros, en los cementerios, en los claustros viejos, en las ruinas, en los subterráneos.

—Ciertísimo.

—¿Y habéis visto algún fantasma que se haya aparecido a dos personas a la vez?

—Me hacéis pensar.

—Es muy sencillo, mi querido milord: a dos no es fácil causarles miedo: el miedo es una cosa extraña, misteriosa, independiente de la voluntad, para lo cual se precisa aislamiento, tinieblas, soledad. Un fantasma no es más peligroso que una bala de cañón. Pues bien, ¿tiene el soldado miedo de la bala de cañón el día que está codo con codo en compañía de sus camaradas? No, va derecho a la pieza, muere o mata; eso es lo que no quieren los fantasmas, eso es lo que hace que no se aparezcan a dos personas a la vez, eso es lo que hace que quiera ir solo a la Cartuja, milord. Vuestra presencia estorbaría la aparición del fantasma más valiente. Si veo algo que valga la pena o que no valga nada, os tocará ir pasado mañana, ¿os conviene el trato?

—Sí, ¿pero por qué no he de ir yo primero?

—¡Ah! porque la idea no se os ha ocurrido a vos, y debo tener la primicia; porque soy del país y estaba ligado a todos esos frailes cuando vivían, y quiero verlos después de muertos; y en fin, porque conozco los lugares perfectamente.

—Iré al día siguiente, dijo sir John.

—Al día siguiente, al otro, todos los días si deseáis. Ahora, dijo Roland levantándose, que esto quede entre nosotros. Ni una palabra a nadie en el mundo; los fantasmas podrían ser avisados y obrar de otra manera. No debemos dejarnos vencer por tales gentes; sería ridículo.

—Tranquilizaos. ¿Lleváis armas?

—Sí, a no tener que habérmelas más que con fantasmas, iría con las manos en los bolsillos; pero puedo tropezar con hombres de carne y hueso.

—¿Queréis las mías?

—No, gracias; dijo Roland, aunque buenas, he resuelto no servirme de ellas nunca.

Después, con una sonrisa, cuya amargura sería imposible describir:

—Me causan desgracia, añadió; buenas noches, milord. Necesito dormir esta noche a pierna suelta para no tener sueño mañana.

Y estrechando la mano del inglés, salió de su habitación para entrar en la suya.

Pero al entrar, una cosa le llamó la atención: encontró abierta la puerta que estaba seguro de haber dejado cerrada.

Apenas entró, cuando la presencia de su hermana le explicó este cambio.

—¡Hola! dijo medio asombrado e inquieto; ¿eres tú, Amelia?

—Sí, yo soy, dijo la joven.

Luego, aproximándose a su hermano y presentándole su frente a besar:

—¿No irás... le dijo con un tono suplicante, no es verdad, amigo mío?

—¿A dónde? preguntó Roland.

—A la Cartuja.

—¿Y quién te ha dicho que iba allí?

—¡Oh! te conozco y te adivino.

—¿Y por qué no quieres que vaya?

—Temo que te suceda alguna desgracia.

—Vaya, ¿crees también en fantasmas? dijo Roland fijando su mirada en la de Amelia.

Amelia bajó los ojos y Roland sintió temblar su mano.

—¡Cómo! dijo Roland, Amelia, la hija del general de Montrevel, la hermana de Roland, es demasiado inteligente para sufrir terrores vulgares; no puede ser que tú creas en esos cuentos de apariciones, de cadenas, llamas y espectros.

—Si lo creyera, amigo mío, mis temores serían menores; si los fantasmas existen, son almas despojadas de sus cuerpos, y en consecuencia no pueden salir de la tumba. Además, ¿por qué te había de odiar a ti un fantasma, Roland, que no has hecho nunca mal a nadie?

—¿Olvidas a los que he matado en el ejército o en duelo?

Amelia sacudió la cabeza.

—No les tengo miedo, a esos.

—¿De qué tienes miedo, entonces?

La joven fijó en Roland sus bellos ojos enteramente bañados de lágrimas, y arrojándose en los brazos de su hermano:

—No sé, Roland, ¿pero qué quieres? ¡Tengo miedo!

El joven, con ligera violencia, levantó la cabeza que Amelia ocultaba en su pecho, y besando dulcemente sus bellos párpados:

—Tú no crees que sean fantasmas, lo que voy a combatir mañana, ¿verdad? le preguntó.

—Hermano mío, no vayas a la Cartuja, insistió Amelia en tono suplicante y eludiendo la pregunta.

—¿Es nuestra madre la que te ha encargado que me digas eso? Confiésalo, Amelia.

—¡Oh, hermano mío! No, mi madre no me ha dicho una palabra, soy yo la que he adivinado que querías ir allí.

—Pues bien, sí, quería ir, Amelia, dijo Roland en tono firme, y debes saber una cosa... quevoy a ir.

—¿Aun rogándotelo con las manos juntas, hermano mío? dijo Amelia en un tono casi doloroso, ¿aun rogándotelo de rodillas?

Y se echó a los pies de su hermano.

—¡Oh! ¡Mujeres! ¡Mujeres! murmuró Roland, inexplicables criaturas. Sus palabras son un misterio, su boca no dice nunca los secretos del corazón. Lloran, ruegan, tiemblan, ¿por qué? ¡Los hombres jamás lo hacen! Amelia, he resuelto ir, y cuando tomo una resolución ningún poder en el mundo me la hace cambiar. Ahora abrázame, no temas nada y te diré muy bajo un gran secreto.

Amelia alzó la cabeza, fijando en Roland una mirada a la vez interrogadora y desesperada.

—Me he dado cuenta, desde hace más de un año, prosiguió el joven, de que tengo la desgracia de no poder morir; consuélate, pues, y tranquilízate.

Roland pronunció estas palabras en un tono tan doloroso que Amelia, que hasta entonces había conseguido retener sus lágrimas, entró en su habitación deshecha en llanto.

El joven, después de asegurarse de que su hermana había cerrado la puerta, cerró la suya murmurando:

—Ya veremos quién se cansa primero, sí el destino o yo.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I
EL FANTASMA

Al día siguiente, a la hora poco más o menos en que dejamos a Roland, el joven oficial, después de haberse asegurado de que todo el mundo estaba acostado en el castillo de Fuentes Negras, entreabrió suavemente su puerta, bajó la escalera conteniendo la respiración, ganó el vestíbulo, corrió sin ruido los cerrojos de la puerta de entrada, bajó la escalinata, se volvió para asegurarse que todo estaba tranquilo y, confiado en la oscuridad de las ventanas, se dirigió valientemente hacia la verja.

Las bisagras, probablemente, habían sido untadas con aceite, porque la puerta giró sin hacer el menor ruido y se volvió a cerrar como se había abierto, después de haber dado paso a Roland, que avanzó rápidamente en dirección al camino de Pont-d'Ain a Bourg.

Apenas hubo dado cien pasos, cuando el reloj de Saint-Just dio una campanada: el de Montagnac le respondió como un eco de bronce; dieron las diez y media.

Al paso con que marchaba el joven, le faltaba apenas veinte minutos para alcanzar la Cartuja de Seillon; sobre todo si, en lugar de bordear el bosque, tomaba el sendero que conducía derecho al monasterio.

Roland estaba demasiado familiarizado desde su juventud con las menores veredas del bosque de Seillon para alargar inútilmente su camino. Marchó, pues, sin vacilar, a través del bosque; a los cinco minutos reapareció al otro lado. No tenía que atravesar más que un corto espacio para acercarse al muro del huerto.

Al pie del muro se paró algunos segundos. Desabrochó su capa, la enrrolló y la echó por encima de la empalizada, quedándose con una levita de terciopelo, unos pantalones de piel blanca y bolas de campana.

La levita estaba ajustada al cuerpo por un cinturón que contenía dos pistolas. Un sombrero de anchas alas cubría su rostro.

En cuanto saltó recogió su capa, se la echó sobre los hombros, la abrochó de nuevo, y a través del huerto, ganó a grandes pasos una puertecita que servia de comunicación entre el huerto y el claustro.

Allí se detuvo, contó las once, que sonaban a la sazón, y dio lentamente la vuelta al claustro, mirando y escuchando, sin ver nada ni oír el menor ruido.

El monasterio ofrecía una imagen de desolación y soledad; todas las puertas estaban abiertas: las de las celdas, las de la capilla, las del refectorio.

En el refectorio estableció Roland su cuartel general, buscó un enclave desde donde pudiese abarcar con la vista toda la sala: una mesa aislada, colocada sobre una especie de estrado, en uno de los extremos del refectorio, y que había servido sin duda al superior del convento para comer separado de los demás hermanos, le pareció que reunía todas las ventajas como punto de observación.

Apoyado en la pared, no podía ser sorprendido por detrás, y desde allí su vista, cuando estuviera habituada a las tinieblas, dominaría todos los rincones de la sala.

Buscó un asiento cualquiera, y encontró volcado, a tres pasos de la mesa, un escabel.

Una vez sentado delante de la mesa, desató su capa para tener plena movilidad, sacó sus pistolas del cinturón, preparó una, y dando tres golpes sobre la mesa con la culata de la otra:

—La sesión está abierta, dijo en voz alta; los fantasmas pueden venir.

Aquellos que, atravesando en la noche cementerios o iglesias, han experimentado algunas veces, sin darse cuenta, esa suprema necesidad de hablar bajo y religiosamente, que es inherente a ciertos espacios, comprenderán qué extraña impresión habría producido en el que lo hubiera oído aquella voz burlona turbando la soledad y las tinieblas.

Aún esperaba respuesta cuando oyó la media.

A pesar suyo, el timbre le hizo estremecer; venía de la iglesia misma del convento. ¿Cómo en aquella ruina, donde todo estaba muerto, el reloj, esa pulsación del tiempo, había permanecido vivo?

—¡Oh! ¡oh! dijo Roland; eso significa que veré algo.

Aquellas palabras fueron casi un aparte; la majestad de los lugares y del silencio obraba en aquel corazón duro como el bronce que acababa de enviarle aquel llamamiento del tiempo contra la eternidad.

Después, a medida que la medianoche se acercaba, creyó oír mil ruidos confusos, que sin duda venían de ese mundo nocturno que se despierta cuando el otro duerme.

Pero Roland, vigilante de los campos, centinela perdido en el desierto, Roland cazador, Roland soldado conocía todos esos ruidos; no le turbaban. De repente, a esos ruidos se mezcló de nuevo el timbre del reloj, vibrando por segunda vez por encima de su cabeza.

Daba la medianoche; contó los doce golpes, unos después de otros.

El último se oyó temblar en el aire como un pájaro con alas de bronce, y se extinguió lentamente, triste, doloroso.

Al mismo tiempo le pareció al joven que oía un quejido.

Se levantó, pero con las manos apoyadas en la mesa, y teniendo en cada una la culata de una pistola. Un rozamiento, parecido al de una tela o vestido que se arrastra sobre la yerba, se sonó a su izquierda a diez pasos de él.

En aquel momento una sombra apareció en el umbral de la inmensa sala. Aquella sombra se parecía a una de esas viejas estatuas acostadas sobre los sepulcros; estaba envuelta en un inmenso sudario que arrastraba tras de sí.

Roland dudó un instante de sí mismo. ¿Las preocupaciones de su espíritu le hacían ver lo que no era? ¿Era engaño de sus sentidos, juguete de una de esas alucinaciones que la medicina prueba, pero no explica?

Una queja lanzada por el fantasma desvaneció sus dudas.

—¡Ah! ¡por vida mía! dijo riendo a carcajadas, ¡ah, mi amigo espectro!

El espectro se detuvo y extendió la mano hacia el joven oficial.

—¡Roland! ¡Roland! dijo con voz sorda, por piedad, no persigas a los muertos en la tumba adonde tú los has hecho bajar.

Y el espectro continuó su camino sin apresurar el paso.

Roland bajó del estrado y se puso a perseguir al fantasma.

El camino era difícil, obstruido como se encontraba con piedras, bancos puestos al través y mesas volcadas.

Sin embargo, se diría que entre todos esos obstáculos había un sendero invisible, trazado para el espectro que marchaba con el mismo paso sin que nada lo detuviese. Cada vez que pasaba por delante de una ventana, la luz exterior, por débil que fuese, se reflejaba en el sudario y dibujaba sus contornos, que se perdían en la oscuridad para reaparecer pronto y volver a perderse en seguida.

Roland, con la mirada fija sobre el que perseguía, temiendo perderlo de vista si la retiraba un instante, no podía examinar aquel camino que parecía tan fácil al espectro y tan erizado de obstáculos para él.

Así llegó cerca de la puerta opuesta a la que le había dado entrada.

Roland vio abrirse la de un corredor oscuro, y comprendió que la sombra iba a escapársele.

—¡Hombre o espectro, ladrón o fraile, dijo, detente o hago fuego!

—No se mata dos veces el mismo cuerpo, y la muerte, tú lo sabes bien, continuó el fantasma con voz sorda, no tiene poder sobre las almas.

—¿Quién eres? preguntó Roland.

—Soy el espectro de aquel a quien tú has arrancado violentamente de este mundo.

El joven oficial lanzó una carcajada estridente y nerviosa, más horrible todavía en las tinieblas.

—Por mi nombre, dijo, si no tienes otra explicación que darme, no me tomaré el trabajo de buscarla.

—Acuérdate de la fuente de Vaucluse, dijo el fantasma con un acento tan débil que aquella frase pareció salir de su boca más como un suspiro que como palabras articuladas.

Roland sintió un momento, si no flaquear su corazón, sí al menos correrle el sudor por la frente; sobreponiéndose, recuperó las fuerzas, y con voz amenazante:

—Por última vez, aparición o realidad, gritó, te prevengo que si no me esperas hago fuego.

El espectro fue sordo y continuó su camino.

Roland se detuvo para apuntar: el espectro estaba a diez pasos de él, tenía la mano segura, él mismo había introducido la bala en la pistola, y un poco antes acababa de pasar la baqueta por los cañones para asegurarse de que estaban cargadas. En el momento en que el espectro se dibujaba en toda su altura en la bóveda sombría del corredor, Roland hizo fuego.

La llama iluminó como un relámpago el corredor, por el cual continuó avanzando el espectro sin apresurar su paso.

Después todo quedó en una oscuridad tanto más profunda cuanto más viva había sido la luz.

Roland se lanzó en su persecución, haciendo pasar rápidamente su segunda pistola de su mano izquierda a la derecha.

—Aunque seas el demonio, dijo, te alcanzaré.

Y disparó el segundo pistoletazo, que llenó de luz y humo la cueva, por la cual se sepultó el espectro.

Cuando el humo se disipó, Roland buscó vanamente: estaba solo. Se precipitó en la bóveda, ahullando de rabia; exploró los muros con la culata de sus pistolas, golpeó el suelo con el pie; pero por todas partes el suelo devolvía ese sonido mate de los objetos sólidos. Trató de penetrar la oscuridad con la vista, pero era imposible.

—¡Oh! gritó Roland, ¡una antorcha! ¡una antorcha!

Nadie le respondió; el único ruido que se oía era el murmullo del manantial corriendo a tres pasos de allí.

Vio que una larga investigación sería inútil; salió de la bóveda, sacó de su bolsillo un frasco de pólvora, dos balas muy envueltas en un papel, y volvió a cargar ligeramente las pistolas.

Luego volvió a tomar el camino que acababa de seguir, halló el corredor sombrío, al final del corredor el inmenso refectorio, y fue al extremo de la sala a ocupar el sitio que había dejado poco antes.

Allí esperó.

Pero las horas de la noche sonaban sucesivamente y los primeros rayos del día tiñeron las paredes del claustro.

—Vamos, murmuró, se acabó por esta noche; tal vez tenga más fortuna en otra ocasión.

Veinte minutos después entraba en el castillo de Fuentes Negras.

CAPÍTULO II
LAS DIVERSIONES DE PROVINCIA

Dos personas esperaban la vuelta de Roland; la una con angustia, la otra con impaciencia. Aquellas dos personas eran Amelia y sir John. Ni la una ni la otra habían dormido un segundo.

Amelia no manifestó su angustia sino por el ruido de su puerta, que se cerraba a medida que Roland subía la escalera. Éste oyó aquel ruido y no tuvo valor para pasar a dos dedos de su hermana sin consolarla.

—Tranquilízate, Amelia, soy yo, le dijo.

No podía figurarse que su hermana temiese por otro más que por él.

Amelia se lanzó fuera de su habitación, en bata de noche. La palidez de su rostro y el círculo de sus ojeras indicaban que no había cerrado los ojos en toda la noche.

—¿No te ha sucedido nada, Roland? exclamó estrechando a su hermano en sus brazos y examinándole con inquietud.

—Nada.

—¿Ni a ti ni a nadie?

—Ni a mí ni a nadie.

—¿Y no has visto nada?

—Yo no diría eso, dijo Roland.

—¿Qué has visto, Dios mío?

—Te lo contaré más tarde; entre tanto has de saber que no ha habido ni muertos ni heridos.

—¡Ah! respiro.

—Ahora sí tengo un consejo que darte, hermanita; métete en tu cama y duerme si puedes hasta la hora de almorzar. Yo voy a hacer otro tanto, y te aseguro que no habrá que mecerme para que me duerma.

Roland abrazó tiernamente a su hermana, y tarareando con indiferencia una canción de caza, subió la escalera del segundo piso.

Sir John, que le esperaba en el corredor, se fue derecho al joven.

—¿Y bien? le preguntó.

—No he hecho gran negocio.

—¿Habéis visto fantasmas?

—He visto alguna cosa al menos que se le parecía mucho.

—¿Vais a contármelo?

—Sí, comprendo que no dormiríais o dormiríais mal; he aquí en dos palabras la cosa, tal como ha pasado.

Y Roland le hizo un relato exacto y detallado de la aventura.

—Bien, dijo sir John cuando Roland hubo acabado, espero que habréis dejado algo para mí.

—Temo, dijo Roland, haberos dejado lo más duro.

Mas como sir John insistía en saber todos los detalles:

—Escuchad, dijo Roland; después de almorzar iremos a hacer una visita a la Cartuja, sin que esto os impida hacerla de noche; al contrario, os servirá para estudiar el terreno. Pero no digáis nada a nadie.

Después de almorzar bajaron juntos al jardín como para dar un paseo por las orillas del río; luego se dirigieron a la izquierda, ganaron el camino real, atravesaron el bosque y se encontraron al pie del muro de la Cartuja, en el mismo sitio por donde Roland lo había escalado.

—Milord, dijo Roland, he aquí el camino.

—Pues bien, dijo sir John; tomémoslo.

Y lentamente, pero con una admirable fuerza de puños que indicaba que era un hombre atlético, el inglés se agarró al cobertizo del muro, se sentó en él y se dejó caer al otro lado.

Roland le siguió con la presteza propia de quien que no lo hace por primera vez.

El abandono y la soledad eran aun más visibles de día que de noche.

La yerba de los senderos les llegaba hasta las rodillas; los espaldares estaban invadidos por viñas tan espesas que la uva no podía madurar bajo la sombra de las hojas; y en muchos sitios las paredes estaban deterioradas.

Dos o tres veces, al movimiento de la yerba agitada delante de ellos, reconocieron que la culebra, esa huésped rastrera de la soledad, había establecido allí su domicilio.

Roland condujo a su amigo directamente a la puerta que daba del huerto al claustro, y dirigió la vista al cuadrante del reloj. El reloj que andaba de noche estaba parado de día.

Del claustro pasó al refectorio; allí el día le presentó, bajo su verdadero aspecto, los objetos que la oscuridad había revestido con formas fantásticas.

Roland enseñó a sir John el escabel volcado, la mesa arañada por las pistolas y la puerta por la cual había entrado el fantasma.

Llegado al lugar donde había hecho fuego, encontró los tacos, pero buscó inútilmente la bala.

Por la disposición del corredor, huyendo oblicuamente, era imposible, si la bala no había dejado huellas en la pared, que no hubiera alcanzado al fantasma.

Y sin embargo, si el fantasma había sido herido y tenía un cuerpo sólido, ¿cómo había quedado de pie? ¿Cómo no había allí ni huellas de sangre ni de bala? Lord Tanley no estaba lejos de creer que su amigo había tenido que habérselas con un verdadero espectro.

—Han vuelto, dijo Roland, y han recogido la bala.

—Pero si habéis disparado a un hombre, ¿cómo no ha entrado la bala?

—¡Oh! es muy sencillo; el hombre tendría una cota de malla bajo el sudario.

—Es posible.

Sin embargo, sir John movió la cabeza en señal de duda; prefería creer en un suceso sobrenatural, que le habría molestado menos.

El oficial y él, continuando su investigación, llegaron al fin del corredor y se encontraron en el otro extremo del huerto.

Allí fue donde Roland volvió a ver a su espectro, un instante desaparecido, bajo la bóveda sombría.

Fue derecho a la cisterna, como si aún siguiera al fantasma; pero allí encontró la oscuridad de la noche más intensa por la ausencia de todo reflejo exterior.

Entonces sacó de debajo de su capa dos antorchas de un pie de largo, tomó un eslabón y encendió la luz con yesca y una pajuela. Se trataba de descubrir el paso por donde el fantasma había desaparecido.

Roland y sir John acercaron las antorchas al suelo; la cisterna estaba embaldosada perfectamente.

Roland buscó su segunda bala con tanta insistencia como había buscado la primera. Una piedra se hallaba bajo sus pies; la levantó y advirtió una argolla incrustada en una de las losas.

Al momento pasó la mano por la argolla y tiró de ella.

La losa giró con una facilidad que indicaba que sufría a menudo la misma presión, y al girar descubrió la entrada del subterráneo.

—¡Ah! dijo Roland, esta es la cueva de mi espectro.

Y bajó por la abertura, siguiéndole sir John por el mismo trayecto que había hecho Morgan cuando vino a dar cuenta de su expedición. Al final del pasillo subterráneo encontraron la reja que daba a las bóvedas funerarias.

Roland sacudió la reja; no estaba cerrada y cedió.

Atravesaron el cementerio subterráneo y alcanzaron la otra reja, que, como la primera, estaba abierta.

Roland, que siempre iba delante, subió algunos escalones y se encontró en el coro de la capilla donde había pasado la escena que hemos referido entre Morgan y los compañeros de Jehú. Pero los asientos estaban vacíos, y el coro solitario.

Fuese el fantasma verdadero o falso, sir John admitía ya que allí era adonde había debido de ir a parar.

Reflexionó un instante, y luego dijo:

—Puesto que mi turno de vigilancia es esta noche, puesto que tengo el derecho de elegir el sitio, velaré aquí.

Y señaló una especie de mesa en medio del coro, formada por el pie que sostenía antiguamente el facistol.

—Desde luego, dijo Roland con la misma indiferencia que si se tratase de sí mismo, no estaréis mal ahí; pero como esta noche podéis encontrar la piedra y las rejas cerradas, vamos a buscar una salida.

Al cabo de cinco minutos la encontraron. La puerta de la sacristía del coro tenía una ventana que daba paso al bosque.

Saltaron por la ventana y se encontraron en lo más espeso del bosque, a veinte pasos del lugar donde había muerto el jabalí.

—Aquí lo tenemos, dijo Roland; sólo, mi querido lord, que como vos no encontraríais de noche esta espesura, os acompañaré hasta aquí.

—Sí, pero aquí os retiraréis, dijo el inglés; recuerdo lo que me habéis dicho respecto a la susceptibilidad de los fantasmas.

—Me retiraré, respondió Roland.

Ya habían visto todo lo que tenían que ver; por consiguiente volvieron al castillo.

Nadie, ni aun Amelia, pareció sospechar nada.

El día pasó sin preguntas ni inquietudes aparentes; por otra parte, a la vuelta de los dos amigos, era ya bastante tarde.

Se sentaron a la mesa, y con gran alegría de Eduardo, se proyectó una nueva cacería, la cual ocupó toda la conversación durante la comida.

—A las diez, como de costumbre, cada uno entró en su habitación, menos Roland, que estaba en la de sir John.

A las diez y media salieron ambos con las mismas precauciones que Roland había tomado para sí.

A las once menos cinco minutos estaban al pie de la ruinosa ventana, a la cual unas piedras caídas de la bóveda podían servir de escalón.

Allí debían, según el convenio, separarse.

Sir John se lo recordó a Roland.

—Sí, dijo el joven; me atengo a mi palabra, pero voy a haceros una recomendación.

—¿Cuál?

—No he vuelto a encontrar las balas porque las han recogido; y lo han hecho, sin duda, para que no viese la impresión que habían causado.

—Y en vuestra opinión ¿qué impresión causarían?

—La que puede causar en las escamas de una cota de malla; mi fantasma era un hombre armado con coraza.

—Tanto mejor, dijo sir John, me gusta mucho ese fantasma.

Luego, tras un momento de silencio, en que un suspiro del inglés expresó el pesar profundo de verse obligado a renunciar al espectro.

—¿Y vuestra recomendación?

—Disparad a la cabeza.

El inglés hizo una señal de asentimiento, apretó la mano del joven oficial, escaló las piedras, entró en la sacristía y desapareció.

—¡Buenas noches! le gritó Roland. Y con aquella indiferencia del peligro que en general tiene un soldado, Roland volvió a tomar el camino del castillo de Fuentes Negras.

CAPÍTULO III
EL JUICIO

Roland, que no había conseguido dormirse sino hacia las dos de la mañana, al siguiente día se despertó a las siete.

Al despertarse revisó sus recuerdos; se acordó de lo que había pasado la víspera y se admiró de que a su vuelta sir John no le hubiera despertado. Se vistió deprisa y fue, a riesgo de despertarlo en medio de su primer sueño, a llamar a la puerta de su habitación. Pero sir John no respondía. Roland llamó más fuerte. Era en valde. Esta vez alguna inquietud se mezclaba a la curiosidad de Roland.

La llave estaba por fuera; el joven oficial abrió la puerta y echó por la habitación una mirada rápida.

Sir John no estaba en ella, sir John no había entrado. La cama estaba intacta. ¿Qué había sucedido, entonces?

No había tiempo que perder, y con la rapidez de resolución que conocemos en Roland, se adivina que no perdió un instante.

Se metió en su habitación, acabó de vestirse, colocó un cuchillo de caza en el cinturón, y con su escopeta al hombro salió.

Nadie había despertado todavía salvo la doncella.

Roland la encontró en la escalera.

—Diréis a Mme. de Montrevel, dijo, que he salido a dar una vuelta al bosque de Seillon; que no se inquiete si milord y yo no volvemos precisamente a la hora del almuerzo.

Diez minutos después estaba cerca de la ventana, donde la víspera, a las once de la noche, había dejado a lord Tanley.

Escuchó: no se oía ningún ruido en el interior; en el exterior, solamente el oído de un cazador podría reconocer esos rumores matinales que hace la caza en el bosque.

Al saltar, una mirada le bastó para asegurarse de que no sólo el coro, sino la nave entera de la capilla estaba vacía.

¿Los fantasmas habían hecho seguir al inglés el camino opuesto al que había seguido? Era posible.

Pasó rápidamente por detrás del altar y ganó la reja de las bóvedas; la reja estaba abierta.

Entró en el monasterio subterráneo, y como la oscuridad le impedia ver en sus profundidades, llamó a sir John tres veces consecutivas; nadie le respondió.

Ganó la otra reja que daba al subterráneo; estaba abierta como la primera. Se introdujo en el paso abovedado; más como allí fuese imposible servirse de su escopeta en medio de las tinieblas, cogió el cuchillo de caza.

Andando a tientas, se metió más adentro sin encontrar a nadie; pero a medida que avanzaba, la oscuridad redoblaba, lo que significaba que la losa de la cisterna estaba cerrada.

Llegó así al primer escalón de la escalera, subió hasta que tocó la losa con su cabeza, hizo un esfuerzo y giró. Entonces, alumbrado ya por la luz del día, se internó en la cisterna.

La puerta que daba al huerto estaba abierta; salió por ella y atravesó la parte del huerto que se encontraba entre la cisterna y el corredor, al otro extremo de donde había hecho fuego sobre el fantasma.

El corredor y el refectorio estaban vacíos.

Como había hecho en el subterráneo, Roland llamó tres veces a sir John.

El eco asombrado, que parecía haber olvidado los sonidos de la palabra humana, le respondió balbuceando. No era probable que sir John hubiese venido por aquel lado. Tuvo, pues, que volver al punto de partida.

En el coro de la capilla escapó un grito de su pecho. Un gran lago de sangre se extendía a sus pies.

Al otro lado, a cuatro pasos de la que enrojecía el mármol, había otra mancha no menos grande, no menos roja, no menos fresca.

Una estaba a la derecha, otra a la izquierda de aquella especie de pedestal destinado, como hemos dicho, a sostener el águila del facistol, donde el inglés había dicho que establecería su domicilio.

Roland se aproximó al pedestal, estaba chorreando. Allí era donde evidentemente había pasado el drama, que debió de ser terrible.

Roland, con su doble instinto de cazador y soldado, calculó la sangre que derrama un hombre muerto y un herido. Aquella noche debió haber allí tres muertos o heridos.

Las dos manchas del coro, la de la derecha y la de la izquierda, eran probablemente de los dos antagonistas de sir John; la del pedestal era la suya. Atacado por derecha e izquierda había hecho fuego con ambas manos, matando o hiriendo a un hombre con cada tiro. De ahí las dos manchas.

Atacado a su vez, había sido herido cerca del pedestal, que había salpicado con su sangre.

Al cabo de cinco minutos de examen, Roland estaba tan seguro de lo que acabamos de decir como si hubiera visto la lucha con sus propios ojos. Pero, ¿qué se había hecho de los dos cadáveres y del de sir John?

Un rastro de sangre partía del pedestal hasta la puerta. Por allí habían sacado el del inglés.

Roland sacudió la puerta, que no estaba cerrada sino con el pestillo, y se abrió; al otro lado del umbral, volvió a hallar huellas de sangre.

Después, a través de las malezas, reconoció el camino que habían seguido los que lo llevaban.

Las ramas quebradas, las yerbas pisadas le condujeron hasta la orilla del bosque que daba al camino real.

Allí, vivo o muerto, el cuerpo parecía haber sido colocado a lo largo de la escarpa del barranco.

Un hombre, que venía del lado del castillo, le dijo haber visto a dos aldeanos que conducían un cuerpo en unas angarillas.

—¡Ah! exclamó Roland, ¿y ese cuerpo era el de un hombre vivo o muerto?

—Estaba pálido, sin movimiento.

—¿Le corría la sangre?

—He visto gotas en el camino.

Entonces, sacando un luis, dijo al campesino:

—Toma, corre a casa del doctor Milliet, en Bourg; dile que monte a caballo y venga a escape al castillo de Fuentes Negras.

Y mientras el aldeano, estimulado por la recompensa recibida, apresuraba su carrera hacia Bourg, Roland apresuraba la suya hacia el castillo.

Entre tanto, como nuestros lectores tendrán probablemente tanta curiosidad como Roland, vamos a ponerlos al corriente de los acontecimientos de la noche.

Sir John, como vimos, entró a las once menos algunos minutos en el pabellón de la Cartuja. De la sacristía pasó al coro. El coro parecía solitario. Una luna brillante, pero que sin embargo desaparecía de tiempo en tiempo, velada por nubes, filtraba su rayo blanquecino por entre las ojivas y los vidrios de color medio rotos.

Sir John llegó hasta el centro del coro, se paró delante del pedestal y se mantuvo allí de pie.

Los minutos corrieron, pero esta vez no fue el reloj de la Cartuja el que dio la medida del tiempo; fue la iglesia de Péronnas, es decir, de la aldea más próxima a la capilla.

Éste era el momento que aguardaba con impaciencia sir John, porque era el de los acontecimientos, si llegaban.

A la última campanada, le pareció oír pasos subterráneos y ver aparecer una luz por el lado de la reja que comunicaba con las tumbas.

Toda su atención se fijó en ese lado.

Un fraile salió del pasadizo con el capuchón caído sobre los ojos y una antorcha en la mano. Llevaba el hábito de los Cartujos.

Otro le siguió, y luego otro más, hasta doce.

Delante del altar se separaron.

Había doce asientos en el coro; seis a la derecha de sir John y seis a su izquierda.

Los doce frailes se sentaron en ellos silenciosamente.

Cada uno plantó su antorcha en un agujero, practicado al efecto en los poyos de encina, y aguardó.

Un trigésimo apareció y se situó delante del altar.

Ninguno de aquellos frailes tenía el aspecto fantástico de los fantasmas o de las sombras; todos pertenecían evidentemente a este mundo; todos eran hombres vivos.

Sir John de pie, con una pistola en cada mano, apoyado en el pedestal situado exactamente en medio del coro, miraba con la mayor flema aquella maniobra que tendía a envolverlo.

Como él, todos estaban de pie y mudos.

El fraile del altar rompió el silencio.

—Hermanos, preguntó, ¿por qué los vengadores se han reunido?

—Para juzgar a un profano, respondieron los frailes.

—Ese profano, replicó el interpelante ¿qué crimen ha cometido?

—Ha intentado descubrir los secretos de los compañeros de Jehú.

—¿Qué pena merece?

—La muerte.

El fraile del altar dejó, por decirlo así, a la sentencia que acababan de dar el tiempo de penetrar hasta el corazón del que la oía.

Después, volviéndose hacia el inglés, siempre tranquilo, como si hubiese asistido a una comedia:

—Sir John Tanley, le dijo, sois extranjero, sois inglés; ésta era una doble razón para dejar tranquilamente a los compañeros de Jehú debatir sus asuntos con el gobierno, al cual han jurado derrotar. No habéis tenido prudencia, habéis cedido a una vana curiosidad; en lugar de apartaros, habéis entrado en la cueva del león, y el león os desgarrará.

Luego, pasado un momento de silencio, durante el cual pareció esperar la respuesta del inglés, viendo que éste permanecía mudo:

—Sir John Tanley, añadió, estáis condenado a muerte; preparaos para morir.

—¡Ah! ¡ah! dijo sir John, veo que he caído entre una banda de ladrones. Si es así, puedo pagar un rescate.

Y volviéndose hacia el del altar:

—¿En cuánto lo fijáis, capitán?

Un murmullo de amenazas acogió estas insolentes palabras.

El fraile del altar extendió la mano.

—Os engañáis, sir John, no somos ladrones, y la prueba es que si tenéis sumas considerables o alhajas preciosas encima, sus instrucciones, dinero y alhajas serán entregadas a su familia o a la persona que designe.

—¿Y qué fiador tendré de que mi última voluntad será cumplida?

—Mi palabra.

—¿La palabra de un jefe de asesinos? No creo en ella.

—Ahora, como antes, se engaña, sir John; soy tan jefe de asesinos como capitán de ladrones.

—¿Quién sois entonces?

—Soy el elegido de la venganza celeste; soy el enviado de Jehú, rey de Israel, que ha sido consagrado por el profeta Eliseo para exterminar la casa de Achab.

—Si sois lo que decís, ¿por qué os cubrís el rostro, por qué os revestís de corazas bajo vuestros hábitos? Los elegidos hieren a descubierto y arriesgan la vida dando la muerte. Bajaos vuestros capuchones, mostradme vuestros pechos desnudos, y os reconoceré por lo que pretendéis ser.

—Hermanos, ¿habéis oído? dijo el del altar.

Y despojándose de su hábito, abrió de un solo tirón su vestido, su chaleco y hasta su camisa.

Cada fraile hizo otro tanto. Todos eran jóvenes apuestos; el de mayor parecía tener unos treinta y cinco años.

Su ropa indicaba la elegancia más perfecta; sin embargo, cosa rara, ni uno solo estaba armado.

Eran verdaderamente jueces y no otra cosa.

—¿Estáis satisfecho, sir John Tanley? dijo el del altar. Vais a morir; pero al morir, como habéis solicitado, podréis reconocer y matar.

El inglés permanecía silencioso.

—Sir John, tenéis cinco minutos para encomendar el alma a Dios.

Sir John, en lugar de aprovecharse de la autorización acordada y de pensar en su salvación, levantó tranquilamente sus pistolas y miró si el cebo estaba en buen estado; movió las llaves para asegurarse de la bondad de sus resortes, y pasó la baqueta por los cañones.

Después, sin esperar los cinco minutos que le habían concedido:

—Señores, dijo, estoy dispuesto; ¿lo están ustedes?

Los jóvenes se miraron, y a una señal de su jefe marcharon derechos a sir John, rodeándole por todos lados.

El del altar quedó solo, inmóvil en su sitio, dominando con la vista la escena que iba a pasar.

Sir John no tenía más que dos pistolas, por consiguiente sólo podía matar a dos hombres.

Escogió a sus víctimas e hizo fuego.

Dos compañeros de Jehú rodaron sobre las losas.

Los demás, como si nada hubiera pasado, avanzaron extendiendo la mano sobre él.

Sir John había cogido sus pistolas por el cañón y se servía de ellas como de dos martillos.

Era fuerte y la lucha fue larga.

Durante casi diez minutos, un grupo confuso se agitó en medio del coro; al fin cesó aquel movimiento desordenado, y los compañeros de Jehú se separaron a derecha y a izquierda, volviendo a ganar sus asientos y dejando a sir John amarrado con los cordones de sus hábitos sobre el pedestal, en medio del coro.

—¿Habéis encomendado vuestra alma a Dios? le preguntó el del altar.

—Sí, asesino, respondió sir John; podéis actuar.

El fraile cogió de encima del altar un puñal, se adelantó con el brazo levantado hacia sir John, y suspendiendo el puñal sobre su pecho:

—Sir John Tanley, le dijo, sois valiente, debéis ser leal; ¿juráis que ni una palabra de lo que acabáis de ver saldrá de vuestra boca? Jurad que nunca reconoceréis a ninguno de nosotros y os perdonamos la vida.

—Cuando salga de aquí, respondió sir John, será para denunciaros; tan pronto como esté libre, será para perseguiros.

—¿Juráis? repitió por segunda vez el fraile.

—No, dijo sir John.

—¿Juráis? repitió por tercera vez el monje.

—¡Jamás! repitió a su vez sir John.

—Pues bien, ¡morid, puesto que lo habéis querido!

Y hundió su puñal hasta la guarnición en el pecho de sir John, el cual, fuera fuerza de voluntad o que hubiera muerto en el acto, no lanzó ni un suspiro. Después, con una voz llena y sonora, con la voz de un hombre que tiene la conciencia de haber cumplido con su deber:

—¡La justicia está hecha! dijo.

Entonces, volviendo a subir al altar y dejando el puñal en la herida:

—Hermanos, dijo, sabéis que estáis invitados a la calle del Bac, número 35, al baile de las víctimas, que tendrá lugar el 21 de enero próximo, en memoria de la muerte del rey Luis XVI.

Y entró el primero en el subterráneo, adonde le siguieron los diez frailes que habían quedado vivos, llevando cada uno una antorcha. Para alumbrar a los tres cadáveres quedaron dos. Un instante después, a la luz de aquellas dos antorchas, cuatro hermanos sirvientes entraron a recoger los cadáveres.

CAPÍTULO IV
LA CASITA DE LA CALLE DE LA VICTORIA

Entremos ahora que son las cuatro de la tarde en la casita de la calle de la Victoria.

Sigamos la larga y estrecha calle de tilos que conduce desde la puerta de la calle a la de la casa; y subamos los veinte escalones que conducen a un gabinete cubierto de papel verde, amueblado con cortinas, sillas, sillones y canapés del mismo color, lleno de papeles, de bufetes, de libros y de cartas geográficas como la biblioteca de un sabio. Sentado un joven junto a una mesa descifra una nota escrita tan mal que parece un jeroglífico, cuando la puerta se abre y entra otro joven oficial en traje de ayudante de campo.

El secretario levantó la cabeza y una viva expresión de alegría se reflejó en su rostro.

—¡Oh! mi querido Roland, dijo, ¿sois vos, al fin? Me complace veros por dos razones: la primera porque me aburría no viéndoos por aquí; la segunda porque el general os espera con impaciencia. Pero ante todo abrazadme.

El secretario y el ayudante de campo se abrazaron.

—Veamos, mi querido Bourrienne, ponedme al corriente del país, para que no parezca que acabo de llegar de Monomotapa.

—¿Luego volvéis por vos mismo o sois llamado?

—Llamado.

—¿Por quién?

—Por el general.

—¿Despacho particular?

—De su mano, vedlo.

El joven sacó de su bolsillo un papel que contenía dos líneas sin firmar, de la misma escritura de las notas. Aquellas dos líneas decían:

«Ven a París, que el 16 brumario te necesito.»

—Sí, dijo Bourrienne, creo que será para el 18.

—¿Para el 18?

—¡Ah! me preguntáis más de lo que sé, Roland. El hombre, como sabéis, no es comunicativo. Qué pasará el 18 brumario aún no lo sé; pero os aseguro que pasará algo.

—¡Oh! ¿lo sospecháis?

—Creo que quiere declararse director de la república, o quizás presidente.

—¡Ah!

—En todo caso, hasta el presente no ha dejado traslucir más que eso: sabéis, querido amigo, que con nuestro general, cuando uno quiere saber, es preciso adivinar...

—A fe mía, Bourrienne, soy demasiado perezoso para tomarme ese trabajo; yo soy un verdadero jenízaro; lo que él haga estará bien hecho. ¿Para qué diablos me tomaría el trabajo de tener opiniones, debatirlas o defenderlas? Ya es bastante fastidio vivir.

Y el joven apoyó esta frase con un prolongado bostezo; luego añadió:

—¿Creéis que habrá cuchilladas, Bourrienne?

—Es probable.

—Pues bien, habrá posibilidad de hacerse matar; es cuanto me hace falta. ¿Dónde está el general?

—En la habitación de Mme. Bonaparte; ha bajado hace un cuarto de hora. ¿Le habéis avisado de vuestra llegada?

—No, necesitaba veros antes. Pero oíd, son sus pasos, aquí está.

En ese mismo momento la puerta se abrió bruscamente y el personaje histórico que hemos visto representar de incógnito en Aviñón un papel misterioso, apareció en el dintel de la puerta con el uniforme de general en jefe del ejército de Egipto.

Roland le encontró con los ojos más hundidos y la tez más aplomada todavía que de costumbre.

Sin embargo, al ver al joven, su mirada sombría, o más bien meditabunda, lanzó un rayo de alegría.

—¡Ah! ¿Eres tú, Roland? dijo; fiel como el acero, te llamo y vienes. Sé bienvenido.

Y tendió la mano al joven.

—¿Qué haces en la habitación de Bourrienne? le dijo.

—Os espero, general.

—Y mientras esperas, charláis como dos viejas.

—Os lo confieso, general, le enseñaba mi orden para estar aquí el 16 brumario.

El general echó a Bourrienne una mirada de descontento; después, volviéndose bruscamente a Roland:

—A propósito, le dijo; ¿y el inglés?

—Justamente, mi general, iba a hablaros de él.

—¿Está todavía en Francia?

—Sí, y yo creí que permanecería hasta el día en que la trompeta del juicio final tocase a diana en el valle de Josafat.

—¿Has matado a ése también?

—¡Oh! no, mi general, somos los mejores amigos del mundo; y como es un hombre tan excelente y tan original al mismo tiempo, os pediría un poco de benevolencia para él.

—¿Qué le ha sucedido?

—Ha sido juzgado, condenado y ejecutado.

—¿Qué diablos me cuentas?

—La verdad, mi general.

—¡Cómo! ¿Ha sido juzgado, condenado y guillotinado?

—¡Oh! no: juzgado y condenado, sí; guillotinado, no; si hubiera sido guillotinado estaría aun más enfermo de lo que está.

—Vamos, ¿por qué tribunal ha sido juzgado y condenado?

—Por el tribunal de los compañeros de Jehú.

—¿Que significa eso?

—¿Habéis olvidado ya a nuestro amigo Morgan, el enmascarado que trajo al negociante de vinos sus doscientos luises?

—No, dijo Bonaparte, no lo he olvidado. Veamos; vuelve a tu inglés, ¿ese Morgan lo ha asesinado?

—Él no, sino sus compañeros.

—Pero tú hablas de tribunal.

—Mi general, sois siempre el mismo, dijo Roland con aquel resto de familiaridad aprendida en la escuela militar; queréis saber y no dais tiempo para hablar.

—Acaba.

—Imaginaos, general, que hay cerca de Bourg una cartuja.

—¿La Cartuja de Seillon? La conozco.

—¡Cómo!, ¿conocéis la Cartuja de Seillon? preguntó Roland.

—Es que el general lo conoce todo, dijo Bourrienne.

—Acaba con tu cartuja; ¿hay todavía cartujos?

—No; no hay más que fantasmas.

—¿Es una historia de ánimas en pena lo que vas a contarme?

—Y de las más hermosas.

—¡Diablo!

—Pues bien, vinieron a decirnos a casa de mi madre que aparecían fantasmas en la Cartuja; comprenderéis que quisiéramos salir de dudas sir John y yo, o más bien yo y sir John, pasamos, pues, allí una noche cada uno.

—¿Dónde?

—En la Cartuja.

Bonaparte hizo con el pulgar una imperceptible señal de cruz, costumbre corsa que nunca perdió.

—¡Ah! dijo, ¿y viste fantasmas?

—Yo uno.

—¿Y qué hiciste?

—Le disparé.

—¿Y entonces?

—Entonces continuó su camino.

—¿Y te diste por satisfecho?

—¡Ah! veo que me conocéis mal. Le perseguí y le volví a disparar; pero como conocía mejor su camino que yo, a través de las ruinas se me escapó.

—¡Diablo!

—Al día siguiente le tocaba el turno a sir John.

—¿Y vio a tu aparecido?

—Vio mucho más que eso; vio a doce monjes que entraron en la iglesia, que lo juzgaron por haber querido descubrir sus secretos, le condenaron a muerte, y ¡por vida mía! le dieron de puñaladas.

—¿Y no se defendió?

—Como un león. Mató a dos.

—¿Y él ha muerto?

—No está muy bueno, pero espero sin embargo que escape. Imaginaos, general, que lo trajeron a casa de mi madre con un puñal clavado en medio del pecho, como un espárrago en una viña. Y en la hoja del puñal, para que no hubiera dudas, había grabado: Compañeros de Jehú.

—Parece mentira que pasen en Francia cosas semejantes durante el último año del siglo XVIII. Eso está bien en Alemania, en la edad media.

—¿Mentira decís, general? Pues bien, he aquí el puñal; ¿qué decís de la forma? Es de lo más apropiada ¿no?

Y el joven sacó de su pecho un puñal hecho todo de acero, tanto la hoja como la guarnición.

La guarnición, o más bien la empuñadura, tenía la forma de una cruz, y sobre la hoja estaban en efecto grabadas estas tres palabras: Compañeros de Jehú.

Bonaparte examinó el arma con cuidado.

—¿Y dices que le clavaron a tu inglés este juguete en el pecho?

—Hasta el mango.

—¡Y no ha muerto!

—No va muy bien; pero en fin, vive.

—¿Has oído, Bourrienne?

—Con el mayor interés.

—Será preciso que hablemos otra vez de esto, Roland.

—¿Cuándo, general?

—¿Cuándo? Cuando yo sea el amo aquí.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I
UNA COMUNICACIÓN IMPORTANTE

Algún tiempo después de aquellos importantes acontecimientos que hicieron a Napoleón dueño de la Francia con el título de primer cónsul, en la mañana del 30 nivoso, (20 de enero de 1800) Roland, al abrir su correspondencia como gobernador del Luxemburgo, halló, entre otras cartas y solicitudes de audiencias, una que decía así:

«Señor gobernador:

«Conozco vuestra lealtad, y vais a ver si confío en ella. Necesito hablaros durante cinco minutos; durante este tiempo permaneceré enmascarado. Tengo una súplica que haceros: me la concederéis o la rehusaréis; en uno u otro caso, pido vuestra palabra de honor de dejarme salir libremente como me dejéis entrar.

»Si mañana a las siete de la noche veo una luz aislada en la ventana que cae debajo del reloj, es que el coronel Roland de Montrevel me empeña su palabra de honor, y me presentaré resueltamente en la puertecita del ala izquierda del palacio, que da al jardín.

»Daré tres golpes, uno tras otro, a la manera de los francmasones.

»Para que sepáis de antemano a quien empeñáis o rehusáis vuestra palabra, firmo con un nombre que os es conocido; este nombre ha sido ya pronunciado delante de vos, en una circunstancia que probablemente no habréis olvidado.

»MORGAN,
»Jefe de los compañeros de Jehú.»

Roland volvió a leer la carta, meditó un momento, y pasando inmediatamente al gabinete del primer cónsul se la ensenó sin decirle una palabra.

Éste la leyó sin que su rostro atestiguase la menor emoción ni aun el menor asombro, y con un laconismo enteramente espartano, dijo:

—Hay que poner la luz.

Y entregó la carta a Roland.

Al día siguiente, a las siete de la noche, la luz brillaba en la ventana; y a las siete y cinco minutos, Roland en persona esperaba en la puerta del jardín.

Pasados algunos instantes, dieron tres golpes. La puerta se abrió al momento: un hombre embozado en una capa se dibujó con vigor en la atmósfera gris de aquella noche de invierno, mientras Roland yacía absolutamente oculto en la sombra.

No viendo a nadie, el hombre de la capa permaneció un segundo inmóvil.

—Entrad, dijo Roland.

—¡Ah, sois vos, coronel!

—¿Cómo sabéis que soy yo? preguntó Roland.

—Reconozco vuestra voz.

—¡Mi voz! En los breves instantes en que nos vimos en Aviñón, no pronuncié una sola palabra.

—En ese caso la habré oído en otra parte.

Roland empezó a recordar dónde el jefe de los compañeros de Jehú habría podido oír su voz, cuando le dijo éste alegremente:

—¿Es razón, coronel, porque conozca vuestra voz, para que permanezcamos en esta puerta?

—No, dijo Roland; agarradme por el faldón de la casaca y seguidme.

Morgan siguió atrevidamente a su guía.

En lo alto de la escalera, tomó un corredor tan sombrío como la escalera, dio unos veinte pasos, abrió una puerta y se encontró en su despacho.

Morgan le siguió.

Éste estaba alumbrado solamente por dos bujías.

Así que estuvieron dentro, Morgan se quitó su capa y depositó sus pistolas en una mesa.

—¿Qué hacéis? le preguntó Roland.

—Con vuestro permiso, dijo alegremente, me pongo cómodo.

—¿Y esas pistolas?

—¡Bah! ¿creéis que las he traído para vos?

—¿Para quién pues?

—Para la señora policía; ¿creéis que estoy dispuesto a dejarme prender sin quemar un poco el bigote de los esbirros?

—Pero aquí no tenéis nada que temer.

—¡Voto a!... dijo el joven, tengo vuestra palabra.

—Entonces, ¿por qué no os quitáis también la máscara?

—Porque no me pertenece más que la mitad de mi cara, la otra mitad es de mis compañeros. ¿Quién sabe si, reconocido uno solo de nosotros, no irían los demás a la guillotina? Porque bien pensado, coronel, no se me oculta que estamos jugando.

—¿Y por qué jugáis?

—¡He ahí una pregunta rara! ¿Porqué vais al campo de batalla, donde una bala puede agujerearos el pellejo?

—Eso es muy diferente: en el campo de batalla se espera una muerte honrosa.

—Vamos, ¿creéis que el día en que el triángulo revolucionario me cortase el cuello me creería deshonrado? No; tengo la pretensión de ser un soldado como vos, sólo que no todos pueden servir a su causa del mismo modo: cada religión tiene sus héroes y sus mártires.

El joven pronunció estas palabras con una convicción que no dejó de conmover, o más bien, asombrar a Roland.

—Pero, continuó Morgan abandonando al punto la exaltación para volver a su jovialidad característica, no he venido para disertar sobre filosofía política; he venido a suplicaros me permitáis hablar al primer cónsul.

—¿Cómo? ¡Al primer cónsul! exclamó Roland.

—Sin duda, volved a leer mi carta; os digo en ella que tengo una petición que haceros.

—Sí.

—Pues bien, es hablar al general Bonaparte.

—Perdonad, como no esperaba esa petición...

—Os sorprende; es más, os inquieta... Mi querido coronel, podéis, si no creéis en mi palabra, registrarme de pies a cabeza, y veréis que no llevo otras armas sino esas pistolas que ni aun tengo ya, puesto que están sobre la mesa. Tomad una en cada mano, colocaos entre el primer cónsul y yo, y abrasadme el cerebro al primer movimiento sospechoso que haga. ¿Os parece bien esa condición?

—Pero si distraigo al primer cónsul para que escuche la comunicación que vais a hacerle, ¿me aseguráis al menos que esa comunicación vale la pena?

—¡Oh! en cuanto e eso, yo respondo.

Y con su alegre acento, añadió:

—Soy en este momento embajador de una testa coronada, o más bien descoronada, lo que no la hace menos respetable para los corazones nobles; por otra parte, le robaré poco tiempo al general.

Roland permaneció un instante pensativo y silencioso.

—¿Y es sólo al primer cónsul a quien podéis hacer esa comunicación?

—Sólo al primer cónsul, puesto que sólo él puede responderme.

—Está bien, esperadme aquí; voy a consultarle.

Bonaparte hablaba en aquel momento con el general Hedouville, comandante en jefe del ejército de la Vendée.

Al sentir abrirse la puerta, se volvió con impaciencia.

—¡Había dicho a Bourrienne que no estaba para nadie! exclamó.

—Eso me ha dicho al pasar, mi general; pero le he respondido que yo soy alguien.

—Tienes razón, ¿qué quieres? Di pronto.

—Está en mi cuarto.

—¿Quién?

—El hombre de Aviñón.

—¡Ah! ¿y qué pide?

—Veros.

—¿Verme?

—Sí, general, ¿os sorprende?

—No, ¿pero qué puede tener que decirme?

—Se ha obstinado en ocultármelo, pero me atrevo a afirmar que no es un importuno ni un loco.

—Pero quizás sea un asesino.

Roland sacudió la cabeza.

—Bueno, siendo tú quien lo presentas...

—Además, no se niega a que asista yo a la conferencia.

Bonaparte reflexionó un momento.

—Hazle entrar, dijo.

—¿Sabéis, mi general, que excepto yo?...

—Sí, el general Hedouville tendrá la bondad de esperar un segundo.

Roland salió, atravesó el gabinete de Bourrienne, volvió a entrar en su cuarto, y encontró a Morgan junto a la estufa, calentándose los pies.

—Venid, el primer cónsul os espera, le dijo.

Morgan se levantó y siguió a Roland.

Cuando entraron en el gabinete de Bonaparte, estaba solo.

Echó una mirada rápida al jefe de los compañeros de Jehú, y no dudó que fuese el mismo hombre al que había visto en Aviñón.

Morgan, por su parte, se detuvo a algunos pasos de la puerta, y miraba con curiosidad a Napoleón, reafirmándose en la convicción de que era en efecto el mismo al que había visto en la mesa redonda el día en que restituyó los doscientos luises robados inadvertidamente a Juan Picot.

—Acercaos, le dijo.

Morgan se inclinó y dio tres pasos adelante. Bonaparte respondió a su saludo con una ligera señal de cabeza.

—¿Habéis dicho a mi ayudante de campo, el coronel Roland, que teníais que hacerme una comunicación?

—Sí, ciudadano primer cónsul.

—¿Esa comunicación exige que sea a solas?

—No, ciudadano primer cónsul, aunque sea de una importancia...

—¿Que preferís estarlo?

—Sin duda, pero la prudencia...

—Lo que hay de más prudencia en Francia, ciudadano Morgan, es el valor.

—Mi presencia en vuestra casa, general, prueba que soy de vuestra opinión.

—Dejadnos solos, Roland, dijo.

—¡Pero, mi general!... insistió éste.

Bonaparte se aproximó a él, y le dijo muy bajo:

—Comprendo: tienes curiosidad por descubrir este misterio; cuando haya salido te lo contaré.

—No es eso. Si, como decíais hace un momento, este hombre fuera un asesino...

—¿No me has respondido tú que no? Vamos, no seas niño, déjanos.

Roland salió.

—¡Aquí estamos, solos! dijo el primer cónsul, ¡hablad!

Morgan, sin responder, sacó una carta de su bolsillo y se la presentó.

El general la examinó; venía dirigida a él y sellada con las tres flores de lis de Francia.

—¡Oh! dijo, ¿qué es esto, caballero?

—Leed, ciudadano primer cónsul.

Bonaparte abrió la carta y buscó directamente la firma.

—Luis, dijo.

—Luis, repitió Morgan.

—¿Qué Luis?

—Luis de Borbón, presumo.

—¿El conde de Provenza, hermano de Luis XVI?

—Y por consecuencia, Luis XVIII, desde que su sobrino el Delfín ha muerto.

Bonaparte miró de nuevo al desconocido, porque era evidente que el nombre de Morgan que se había dado no era más que un seudónimo.

Después de lo cual, leyó:

«3 de enero de 1800.

»Caballero:

»Cualquiera que sea la conducta aparente de los hombres como vos, no inspiran jamás inquietud; habéis aceptado un puesto eminente; me alegro más que nadie; sabéis cuánto poder y fuerza se necesitan para procurar la felicidad de una gran nación. Salvad a la Francia de sus propios furores y habréis llenado el voto de mi corazón; dadle un rey y las generaciones futuras bendecirán vuestra memoria: si dudáis que sea susceptible de reconocimiento, señalad vuestro puesto, fijad la suerte de vuestros amigos. En cuanto a mis principios, yo soy francés; demente por carácter, lo seré aun más por razón. El vencedor de Lodi, de Castiglione y de Arcola, el conquistador de Italia y Egipto, no puede preferir a la gloria una vana celebridad.

»No perdáis un tiempo precioso: nosotros podemos asegurar la gloria de Francia: digo nosotros porque para ello tengo necesidad de Bonaparte, y él nada podría sin mí. General, Europa os observa, la gloria os espera, y estoy impaciente por darla a mi pueblo.

»LUIS.»

Bonaparte se volvió hacia el joven, que esperaba de pie, inmóvil y mudo como una estatua.

—¿Conocéis el contenido de esta carta? preguntó.

El joven se inclinó.

—Sí, ciudadano primer cónsul.

—Sin embargo, estaba sellada.

—El que me la ha entregado, la recibió bajo sobre volante, y antes de confiármela me la ha hecho leer a fin de que conociese su importancia.

—¿Y se puede saber el nombre del que os la ha confiado?

—¡Jorge Cadoudal!

Bonaparte se estremeció ligeramente.

—¿Conocéis a Jorge Cadoudal? preguntó.

—Es mi amigo.

—¿Y por qué os la ha confiado a vos antes que a otro?

—Porque sabía que al decirme que esta carta debía seros entregada en propia mano, se haría así.

—En efecto, caballero, habéis cumplido vuestra promesa.

—Todavía no, ciudadano primer cónsul.

—¿Cómo? ¿No me la habéis entregado?

—Sí, pero he prometido llevar una respuesta.

—¿Y si no quiero darla?

—Habréis contestado, no precisamente como habría deseado que lo hicieseis; pero será siempre una respuesta.

Bonaparte permaneció algunos instantes pensativo.

Después, saliendo de su meditación, con un movimiento de hombros:

—Están locos, dijo.

—¿Quién, ciudadano? preguntó Morgan.

—Los que me escriben semejantes cartas; locos, archilocos. ¿Creen que soy de los que toman ejemplo en lo pasado, de los que copian a otros hombres? Hacer el papel de Monck, ¿para qué? Para crear a un Carlos II; no es difícil. Cuando uno tiene tras de sí a Tolón, el 13 vendimiario, Lodi, Castiglione, Arcola, Rívoli y las Pirámides, se es algo muy distinto de Monck, y se tiene derecho a aspirar a otra cosa que al ducado de Albermale y al mando de los ejércitos de mar y tierra de S. M. Luis XVIII.

—Sin embargo, os dicen que pongáis condiciones, ciudadano primer cónsul.

Bonaparte se estremeció al sonido de aquella voz, como si hubiera olvidado que estaba allí con otra persona.

—Sin contar, continuó Bonaparte, que es una rama muerta de un tronco seco; los Borbones se han enlazado de tal manera, que es una raza bastardeada que ha gastado toda su savia y su vigor en Luis XIV. ¿Conocéis la historia, caballero? dijo Bonaparte volviéndose al joven.

—Sí, general, respondió éste, al menos tanto como cualquier otro.

—Pues bien; habréis observado en la de Francia que cada raza tiene su nacimiento, su punto culminante y su decadencia. Los Borbones, salidos de Enrique IV, tienen su punto culminante en Luis XIV, y caen con Luis XV y Luis XVI. ¿Me habláis de los Estuardos, y me mostráis el ejemplo de Monck? ¿Queréis decirme quién sucede a Carlos II? Jacobo II; ¿y a Jacobo II? Guillermo de Orange, un usurpador. ¿No hubiese valido más que Monck se ciñera la corona? Pues bien, si fuera tan loco que entregase el trono a Luis XVIII, como Carlos II no tendría hijos y le sucedería su hermano Carlos X, y cual a Jacobo II, lo echaría algún Guillermo de Orange. ¡Oh! no, Dios no ha puesto el destino del hermoso y gran país que se llama Francia entre mis manos para que se lo entregue a los que se lo han jugado y lo han perdido.

—Observad, general, que no os pedía tanto.

—Pero yo os...

—Creo que me hacéis demasiado honor hablándome de la posteridad.

Bonaparte se estremeció, se volvió, miró a quien hablaba y calló.

—No necesito, continuó Morgan con una dignidad que admiró al que se dirigía, más que de un sí o un no.

—¿Y para qué lo necesitáis?

—Para saber si continuaremos haciéndoos la guerra como a un enemigo, o si caemos a vuestros pies como ante un salvador.

—¡La guerra! dijo Bonaparte: ¡la guerra! Insensatos los que me la hacen; ¿no ven que soy el elegido de Dios?

—Atila decía lo mismo.

—Sí; pero él era el elegido de la destrucción, y yo soy el de la nueva era; la yerba se secaba bajo sus pies, en cambio las cosechas madurarán por donde yo pase. ¡La guerra! ¿Decidme qué les ha sucedido a los que me la han hecho? ¡Yacen en las llanuras del Piamonte, de la Lombardía o del Cairo!

—No sucede así con la Vendée, que aún vive.

—Vive; pero ¿y sus jefes, Cathelineau, Lescure, D'Elbée, Bonchamp, Stofflet, Scharret?

—Esos no son más que hombres; los hombres han muerto, es cierto; pero el principio vive, y a su alrededor combaten hoy d'Auticham, Suzannet, Grignon, Frotté, Chatillon, Cadoudal.

—Que tengan cuidado: si decido una campaña en la Vendée, no enviaré a Santerres, ni a Rossignols.

—¡La Convención envió a Kleber, y el Directorio a Hoche!...

—Yo no enviaré a nadie; iré yo.

—¡Vos!

—¿Y si os digo que tengo la Vendée en mi mano? ¿Que si quiero en tres meses estará pacificada?

El joven sacudió la cabeza.

—¿No me creéis?

—Tengo mis dudas.

—¿Y si os afirmo que lo que os digo es cierto; si os lo pruebo diciéndoos por qué medios, o más bien, por qué hombres llegaré a ello?

—Si un hombre como el general Bonaparte me afirma una cosa, la creeré; pero si lo que me afirma es la pacificación de la Vendée, le diré: ¡Tened cuidado! Más vale para vos la Vendée combatiendo, que la Vendée conspirando: la Vendée combatiendo, es la espada; la Vendée conspirando, es el puñal.

—¡Oh! conozco vuestro puñal, dijo Bonaparte, ¡helo aquí!

Y tomó de un cajón el puñal que había herido a sir John, y lo puso sobre una mesa al alcance de la mano de Morgan.

—Pero, añadió, está lejos del pecho de Bonaparte el puñal de un asesino; y si no ¡probad!

Y se adelantó hacia el joven fijando en él su mirada de fuego.

—No he venido aquí para asesinaros, dijo fríamente el joven; más tarde, si creo vuestra muerte indispensable al triunfo de mi causa, obraré lo mejor que pueda. ¿Tenéis alguna otra cosa que decirme, ciudadano primer cónsul? continuó el joven inclinándose.

—Sí; decid a Cadoudal que cuando quiera batirse contra enemigos, en lugar de batirse contra franceses, tengo en mi bufete un despacho de coronel firmado.

—Cadoudal manda, no un regimiento, sino un ejército; vos no habéis querido bajar de Bonaparte a Monck; ¿cómo queréis que él baje de general a coronel? ¿No tenéis otra cosa que decirme, ciudadano primer cónsul?

—Sí; ¿tenéis medio de llevar mi respuesta al conde de Provenza?

—¿Querréis decir al rey Luis XVIII?

—No sutilicemos sobre las palabras; al que me ha escrito.

—Su enviado está en el campo de Aubiers.

—Pues bien, cambio de parecer, le contestó; estos Borbones son tan ciegos, que interpretarían mal mi silencio.

Y Bonaparte, sentándose en su bufete, escribió con mucho cuidado la siguiente carta, cuidándose porque fuese legible.

«Caballero: He recibido vuestra carta; os agradezco la buena opinión que tenéis de mí. No debéis anhelar vuestra vuelta a Francia; os sería preciso marchar sobre cien mil cadáveres; sacrificad vuestro interés al reposo y la dicha de Francia, la historia os lo tomará en cuenta. De ningún modo soy insensible a las desgracias de vuestra familia, y sabré con placer que estáis rodeado de todo lo que puede contribuir a la tranquilidad de vuestro retiro.

»BONAPARTE.»

Y plegando y sellando la carta, puso en el sobre: Al señor conde de Provenza; se la entregó a Morgan y, llamando a Roland, que apareció en el dintel del gabinete con una prontitud que probaba su presencia casi inmediata, le dijo:

—Coronel, conducid al señor a la calle, y hasta allí respondéis de él.

Roland se inclinó en señal de obediencia; dejó pasar al joven, que se retiró sin pronunciar una palabra, y salió detrás de él.

Pero antes de salir echó una mirada a Bonaparte.

Estaba de pie, inmóvil, con los brazos cruzados y la mirada fija en aquel puñal, que ocupaba su pensamiento, aunque no quería confesárselo a sí mismo.

Al atravesar el despacho de Roland el jefe de los compañeros de Jehú volvió a tomar su capa y sus pistolas.

Mientras se las pasaba a la cintura:

—¿Parece, le dijo Roland, que el ciudadano primer cónsul os ha enseñado el puñal que yo le di?

—Sí; respondió Morgan.

—¿Y lo habéis reconocido?

—Todos nuestros puñales se parecen.

—Pues bien, dijo Roland; señor Morgan, cuando lo arranqué del pecho de mi amigo, juré que habría en adelante entre sus asesinos y yo una guerra a muerte.

—Ése es un juramento que espero olvidaréis, señor de Montrevel.

—Lo mantendré en todas ocasiones, señor Morgan, y seríais muy amable si me proporcionaseis una, lo más pronto posible.

—¿De qué manera?

—Batiéndoos conmigo en el bosque de Boloña o en el de Vincennes.

—Accedería, respondió Morgan con un acento melancólico, del cual se le habría creído incapaz; pero sabed que todo iniciado ha hecho también un juramento al entrar en la compañía de Jehú: no exponer en ninguna querella particular una vida que no le pertenece sino a la causa.

—Sí; asesináis muy bien, pero no os batís.

—Os engañáis, nos batimos algunas veces.

—Sed bastante amable para señalarme una ocasión de estudiar ese fenómeno.

—Es muy sencillo; tratad, señor de Montrevel, de encontraros con cinco o seis hombres resueltos como vos, en alguna diligencia que lleve dinero del gobierno; defendedla de los que la ataquen, y la ocasión que buscáis habrá llegado; pero creedme, haced otra cosa; no os pongáis nunca en nuestro camino.

—¿Es esa una amenaza? dijo el joven levantando la cabeza.

—No, dijo Morgan con una voz dulce, casi suplicante; es una súplica.

—¿Y es particularmente dirigida a mí?

—A vos particularmente.

Y el jefe de los compañeros se detuvo en esta última palabra.

—¡Ah! dijo el joven, ¿tengo, pues, la dicha de interesaros?

—Como un hermano, respondió Morgan siempre con la misma voz dulce.

—Vamos, dijo Roland, decididamente ésto es una apuesta.

En este momento Bourrienne entró.

—Roland, dijo, el primer cónsul os llama.

—Después de conducir al señor hasta la puerta de la calle, estaré con él.

—Daos prisa; ya sabéis que no le gusta esperar.

—Seguidme; dijo Roland a su misterioso compañero.

Y volviendo a tomar el mismo camino condujo a Morgan, no hasta la puerta que daba al jardín, pues estaba cerrada, sino hasta la de la calle. Tan pronto como llegaron:

—Caballero, dijo a Morgan, os he dado mi palabra y la he cumplido fielmente; pero, para que no haya malentendidos entre nosotros, decidme que esta palabra vale por hoy solamente.

—Así lo he entendido.

—¿De suerte que me la devolveréis?

—No lo quisiera; pero reconozco que sois libre para volverla a tomar.

—Era cuanto deseaba. Hasta la vista, señor Morgan.

—Permitidme que no tenga el mismo deseo, señor de Montrevel.

Los dos jóvenes se saludaron con profunda cortesía. Roland volvió a entrar en el Luxemburgo, y Morgan, siguiendo la línea de sombra proyectada por la pared, tomó una de las callejuelas que conducen a la plaza de San Sulpicio. Vamos a seguirle.

CAPÍTULO II
EL BAILE DE LAS VÍCTIMAS

Apenas había andado cien pasos, cuando se quitó la máscara.

En la calle de Taranne llamó a la puerta de una casa de huéspedes que estaba en la esquina de la del Dragón; entró, tomó de un clavo la llave del número 12, y de encima de un mueble un candelabro, y subió sin ocasionar otra impresión que la de un inquilino habitual.

Dieron las diez. Escuchó atentamente las horas, y dijo para sí:

—¡Bien! no llegaré tarde.

Pese a esta seguridad, Morgan pareció decidido a no perder tiempo; encendió cuatro bujías y colocó dos sobre la chimenea y otras dos sobre la cómoda; abrió uno de sus cajones y extendió sobre la cama un traje completo de increíble de última moda.

La lente de rigor no faltaba. En cuanto al sombrero, era igual al que Carlos Vernet usaba en el Directorio.

Preparados estos enseres, Morgan pareció esperar con impaciencia.

Al cabo de cinco minutos llamó y apareció un criado.

—¿El peluquero, preguntó Morgan, no ha venido?

—Sí, ciudadano, ha venido; pero como no habíais llegado aun, dijo que volvería; cuando entrasteis llamaban a la puerta; será probablemente...

—¡Aquí estoy, aquí estoy! dijo una voz en la escalera.

—¡Ah! ¡bravo! replicó Morgan; adelante, maestro Cadenette; tenéis que hacer de mí un Adonis.

—No es difícil, señor barón, dijo el peluquero; excusadme que no os haya esperado; hay esta noche un gran baile en la calle del Bac, el baile de las víctimas, y creía...

—¡Hola! dijo Morgan riendo; ¿sois aún realista, Cadenette?

—Ya lo creo. ¿Qué peinado desea el señor barón?

—Orejas de perro y el cabello recogido hacia atrás.

—¿Con una ligera capa de polvos?

—Dos, amigo Cadenette.

—¡Oh, señor barón! ¡Cuando pienso que durante cinco años no se han encontrado sino en mi casa polvos a la mariscala, y que por una caja era uno guillotinado!...

—Yo he conocido a gente, Cadenette, que lo ha sido por menos que eso.

—Aquellos tiempos eran los buenos, señor barón; no solamente para los peluqueros, sino para Francia. Dos hombres han bastado para echar por tierra a una potencia que descansaba sobre las pelucas de Luis XIV, sobre los pufs de la Regencia, sobre los rizos de Luis XV, y sobre los tupes de María Antonieta.

—Es cierto, Cadenette, es cierto.

—Pues ¿y ahora? No sé de qué manera podemos vivir. ¿Cómo se pueden rizar los cabellos de Mr. Bonaparte?

—¡Los lleva cortados!

—Miraos, señor barón, continuó Cadenette; queríais estar bello como Adonis. ¡Oh! si Venus os viese, no sólo Adonis, sino hasta Marte se pondría celoso.

Y Cadenette, finalizado su trabajo y satisfecho de su obra, presentó un espejo de mano a Morgan, que se miró en él con satisfacción.

—Vaya, vaya, dijo al peluquero; decididamente, amigo mío, sois un artista; conservad en la memoria este peinado, y si alguna vez me cortan el pescuezo, como probablemente habrá mujeres en mi ejecución será el que elegiré. Tomad un escudo por el trabajo que os habéis tomado. Tened la bondad de decir al bajar que traigan un carruaje.

Cadenette lanzó un suspiro.

—Señor barón, dijo, hubo una época en que os habría contestado: «Mostraos en la corte con ese peinado, y estaré pagado;» pero como ya no hay corte, es preciso vivir. Tendréis vuestro carruaje.

Cadenette lanzó un segundo suspiro, metió el escudo de Morgan en su bolsillo, hizo el saludo reverencioso de los peluqueros y maestros de baile y dejó al joven perfeccionar su toilette.

Acabado el peinado, sólo la corbata le hizo perder algún tiempo, a causa de los lazos que requería; pero, como hombre experimentado, salió con buen pie de tan ardua tarea, y al dar las once estuvo listo para subir al carruaje.

Cadenette no había olvidado la comisión: un fiacre esperaba a la puerta.

Morgan saltó gritando:

—Calle de Bac, número 60. Pago la carrera doble: pero con la condición de que no estacionéis en la puerta.

El fiacre recibió tres francos y desapareció en la esquina de la calle de Varennes.

Morgan miró la fachada sombría y silenciosa de la casa, y sin vacilar llamó de cierta manera.

La puerta se abrió al momento. El patio estaba iluminado. A medida que se acercaba distinguía el sonido de los instrumentos. Subió un piso y se encontró en el guardarropa, donde dio su capa al encargado.

—Tomad un número, le dijo éste; poned las armas en la galería de manera que podáis reconocerlas.

Morgan guardó el número en el bolsillo de su pantalón, y entró en una gran galería convertida en arsenal.

Allí había una verdadera colección de armas de todas las especies: pistolas, trabucos, carabinas, espadas, puñales. Como el baile podía ser interrumpido por la policía, era preciso que cada danzante pudiese transformarse en combatiente con la mayor rapidez.

Desembarazado de sus armas, Morgan entró en el salón. Dudamos que la pluma pueda dar una idea a nuestros lectores del aspecto que presentaba este baile.

En general, como su nombre, baile de las víctimas, indicaba, nadie era admitido en él sino en virtud de los extraños derechos que daban los parientes enviados al cadalso por la Convención o el común de París, ametrallados por Collot d'Herbois o ahogados por Carrier.

Así, la mayor parte de las jóvenes, cuyas madres y hermanas mayores habían caído bajo la mano del verdugo, llevaban el traje que aquellas habían vestido para la suprema y lúgubre ceremonia; es decir, el vestido blanco, chal rojo, y cabellos cortados a flor del cuello.

Algunas, para añadir a este traje tan característico un detalle más significativo todavía, habían anudado a su cuello un hilo de seda rojo y delgado como el filo de una navaja de afeitar.

En cuanto a los hombres que se encontraban en el mismo caso, tenían la esclavina de su vestido caída hacia atrás, el cuello de su camisa flotando, la garganta desnuda y los cabellos cortados.

Allí había hombres de cuarenta a cuarenta y cinco años, que habían sido educados en los gabinetes de las bellas cortesanas del siglo XVIII, y que habían tomado del vicio el barniz con que ocultaban su ferocidad. Eran todavía jóvenes y apuestos; entraban en un salón sacudiendo sus cabelleras olorosas y sus bigotes perfumados, porque si no hubiesen respirado el ámbar o la verbena, habrían respirado sangre.

Había asimismo hombres de veinticinco a treinta años, vestidos con una elegancia infinita, que formaban parte de la asociación de los Vengadores, y que parecían dominados por la monomanía del asesinato y la locura del degüello; que tenían frenesí de sangre, y la sangre no les apagaba la sed; que cuando les venía la orden de matar, mataban a aquel que se les designaba, amigo o enemigo; que llevaban la conciencia del comercio en la contabilidad del asesinato; que recibían la letra sangrienta que les pedía la cabeza de tal o cual jacobino, y la pagaban a la vista.

Había también jóvenes de dieciocho a veinte años, casi niños, pero niños alimentados como Aquiles, con la médula de las bestias feroces. Era aquella generación extraña; que llegaba después de las grandes convulsiones políticas como vienen los buitres y los cuervos después de la carnicería.

Fréron, el célebre sanguinario y apóstata Fréron, se hallaba en medio de esta juventud dorada, tartajeando, ceceando, dando su palabra de honor justo cuando Morgan se abría paso.

Toda aquella juventud, a pesar del traje con que estaba vestida, a pesar de los recuerdos que aquellos vestidos traían, estaba loca de alegría.

Morgan buscaba evidentemente a alguien en concreto.

Un joven elegante, envuelto en una capita de plata sobredorada que le tendía una encantadora víctima, con un dedo, rojo de sangre, única parte de su delicada mano sustraída al guante, quería pararlo para darle pormenores sobre la expedición de la que había traído aquel sangriento trofeo; pero Morgan le sonrió, apretó la mano enguantada y se contentó con responderle:

—Busco a uno.

—¿Negocio urgente?

—Compañía de Jehú.

El joven del dedo sangriento le dejó pasar.

Una adorable furia, con los cabellos sujetos por un puñal, de hoja más puntiaguda que la de una aguja, le cerró el camino diciéndole:

—Morgan, sois el más apuesto, el más bravo y el más digno de ser querido de todos los que están aquí. ¿Que contestáis a la mujer que os dice esto?

—Que amo, dijo Morgan, y que mi corazón es demasiado estrecho para un odio y dos amores.

Y continuó su pesquisa.

Dos jóvenes que discutían, el uno diciendo: es un inglés; el otro diciendo: es un alemán, detuvieron a Morgan.

—¡Ah, pardiez! dijo uno, he aquí el que puede sacarnos de dudas.

—No; contestó Morgan tratando de romper la barrera que le oponían, porque llevo prisa.

—Sólo tienes que responder a una cosa, dijo el otro. Acabamos de apostar, Saint-Amand y yo, que el hombre juzgado y ejecutado en la Cartuja de Seillon era, según él, un alemán: según yo, un inglés.

—No lo sé, respondió Morgan; no estaba allí. Dirigíos a Héctor; él es quien presidía esa noche.

—¿Dinos entonces dónde está Héctor?

—Decidme más bien dónde está Tiffanges; le busco.

—Allí abajo, dijo el joven indicando un punto de la sala donde la contradanza brincaba más alegre y animada. Le reconocerás por el chaleco; y el pantalón tampoco pasa desapercibido; yo me haré uno parecido con la piel del primer republicano con el que tenga que habérmelas.

Morgan no tuvo tiempo de preguntar qué tenían de especial el chaleco y el pantalón de Tiffanges.

Fue derecho al punto indicado por el joven, y vio al que buscaba, ¡bailando!...

Morgan le hizo una señal.

Tiffanges se paró en el mismo instante, saludó a su pareja, la volvió a conducir a su sitio, se excusó con la urgencia del asunto que le llamaba, y vino a tomar del brazo a Morgan.

Huelga decir que el nombre de Tiffanges era, como todos los nombres de los realistas afiliados que veremos figurar en este libro, falso.

Los dos jóvenes pasaron a un gabinete reservado para las conferencias.

—¿Le habéis visto? preguntó Tiffanges a Morgan.

—Le acabo de dejar, respondió éste.

—¿Y le habéis entregado la carta del rey?

—A él mismo.

—¿La leyó?

—Al momento.

—¿Y dio alguna respuesta?

—Dio dos; una verbal y otra escrita.

—¿Y la tenéis?

—Aquí está.

—¿Conocéis el contenido?

—Es una negativa.

—¿Cierto?

—Seguro.

—¿Sabe que desde el momento en que nos quite toda esperanza, le trataremos como enemigo?

—Se lo he dicho.

—¿Y respondió?

—No; se encogió de hombros.

—¿Y cuáles son sus intenciones?

—No son difíciles de adivinar.

—¿Tendrá intención de quedarse con el poder?

—Diría que sí.

—El poder; ¿pero no el trono?

—¿Por qué no?

—No se atreverá a proclamarse rey.

—¡Oh! no digo que se proclame rey precisamente, pero os aseguro que se proclamará algo.

—Pero si en definitiva no es más que un soldado de fortuna.

—Querido mío, vale más en este momento ser hijo de sus obras que nieto de un rey.

El joven permaneció pensativo.

—Referiré todo eso a Cadoudal, dijo.

—Y añadid que el primer cónsul ha dicho estas palabras: «Tengo la Vendée en mi mano, y si quiero, en tres meses no se quemará allí ni un cartucho más.»

—Bueno es saberlo.

—Y que Cadoudal lo sepa también.

En aquel momento la música cesó de repente; el rumor de los que bailaban se apagó; hubo un gran silencio, y en medio de él, cuatro nombres fueron pronunciados por una voz sonora y acentuada.

Estos cuatro nombres eran los de Morgan, Guyon, Amiet, y Leprêtre.

—Perdonad, dijo Morgan a Tiffanges; probablemente se prepara alguna expedición: me veo obligado, con gran pesar mío, a deciros adiós: solamente, antes de dejaros, permitidme que mire más de cerca vuestro chaleco y pantalón, de los cuales me han hablado; es una curiosidad y espero que la excusaréis.

—Como gustéis: dijo el joven vendeano.

Y se acercó a los candelabros que ardían sobre la chimenea con una rapidez y una complacencia que hacían honor a su cortesía.

El chaleco y el pantalón parecían ser de la misma tela; ¿pero qué tela era ésa? Al sastre más ladrón le habría sido imposible decirlo.

El pantalón era de un color delicado, entre gamuza y carne, no tenía nada especial salvo la falta de costuras y el ceñir perfectamente.

El chaleco tenía, por el contrario, dos señales características que llamaban más particularmente la atención: estaba agujereado por tres balazos que habían dejado los agujeros abiertos, enrojecidos con carmín para imitar la sangre.

Además, en el lado izquierdo, tenía pintado el corazón ensangrentado, que servía de símbolo a los vendeanos.

Morgan examinó los dos objetos con la mayor atención, pero el examen fue infructuoso.

—Si no tuviera tanta prisa, dijo, adivinaría de qué tela se trata sin más que mis propias luces, pero ya lo habéis oído: probablemente han llegado noticias al comité. Es dinero y se lo podéis anunciar a Cadoudal. Dirijo por lo común esa clase de expediciones, y si tardo, otro se presentará en mi lugar. Decidme pues, ¿cuál es el tejido con que estáis vestido?

—Mi querido Morgan, dijo el vendeano, ¿quizá habréis oído que mi hermano fue hecho prisionero en Bresmire y fusilado?

—Sí, lo sé.

—Los republicanos iban en retirada y dejaron el cuerpo en un vallado; los perseguimos tan de cerca que llegamos detrás de ellos. Encontré el cuerpo de mi hermano todaví calientea. En una de sus heridas tenía clavada una rama de árbol con este rótulo: «fusilado como salteador, por mí, Claudio Flageolet, cabo en el tercer batallón de París.»

—Recogí el cuerpo de mi hermano; le quité la piel del pecho, esta piel, que, agujereada por tres balazos, debía eternamente gritar venganza ante mis ojos, y me he hecho con ella mi chaleco de batalla.

—¡Ah! dijo Morgan con cierto asombro, en el que por primera vez se mezclaba algo de terror; ¡ah, ese chaleco está hecho con la piel de vuestro hermano! ¿Y el pantalón?

—¡Ah! el pantalón es otra cosa; está hecho con la del ciudadano Claudio Flageolet, cabo en el tercer batallón de París.

En aquel momento la misma voz resonó, pronunciando por segunda vez y en el mismo orden los nombres de Morgan, Guyon y Leprêtre.

Morgan salió del gabinete.

CAPÍTULO III
GUYON, AMIET Y LEPRÊTRE

Morgan atravesó la sala de baile y se dirigió hacia un pequeño salón situado al otro lado del guardaropa.

Sus tres compañeros, Leprêtre, Amiet y Guyon, le esperaban.

Con ellos se hallaba un joven en traje de correo de gabinete con librea del gobierno.

Un mapa, en que se podían notar hasta las menores sinuosidades del terreno, estaba extendido sobre una mesa.

Antes de decir qué hacia allí aquel correo, y con qué fin estaba extendido aquel mapa, echemos una ojeada sobre los tres nuevos personajes, cuyos nombres acababan de resonar en la sala de baile, y que están destinados a desempeñar un papel importante en la continuación de esta historia.

Leprêtre era un hombre de cuarenta y ocho años, con cabellos espesos y encanecidos; pero con las cejas y los bigotes de un negro de ébano. Antiguo capitán de dragones, admirablemente hecho para la lucha física y moral; sus músculos indicaban la fuerza, y su fisonomía la terquedad. Por lo demás, de una presencia noble, de una gran elegancia de modales, perfumado como un petimetre y respirando, por manía o por costumbre, ya un frasco de sales inglesas, ya un pebetero de plata sobredorada, con los más delicados perfumes.

Guyon y Amiet, cuyos verdaderos nombres no se conocían como los de Leprêtre y Morgan, eran generalmente llamados en la compañía los inseparables.

Figuraos a Orestes y Pílades con veintidos años; el uno alegre, locuaz, atolondrado; el otro triste, silencioso, meditabundo; compartiéndolo todo: dinero, peligros, queridas; complementándose el uno con el otro; tocando ambos los límites de todos los extremos; en el peligro olvidándose de sí mismos para velar el uno por el otro, como los jóvenes espartanos del batallón sagrado, y tendréis una idea de Guyon y de Amiet.

Estaban convocados, como lo estaba sin duda Morgan, por asuntos de la compañía.

Morgan, al entrar, fue derecho al fingido correo y le apretó la mano.

—¡Ah, querido amigo! dijo éste con un movimiento hacia atrás, indicando que no se hacen impunemente cincuenta leguas a escape en caballos de posta; vosotros los parisienses lo pasáis muy bien, muy divertidos. Pero, pobres amigos míos, es preciso decir adiós a todo esto de inmediato; es desagradable, es triste, es desesperante, pero la casa de Jehú antes que todo.

—Mi querido Hastier, dijo Morgan.

—¡Hola! dijo Hastier, nada de nombres propios. Lecog, sí, pero Hastier de ningún modo; no conozco a Hastier. Y vosotros, señores, continuó el joven dirigiéndose a Guyon, a Amiet y a Leprêtre, ¿le conocéis?

—No; respondieron los tres jóvenes, y pedimos perdón por Morgan, que se ha confundido.

—Mi querido Lecog, dijo Morgan.

—¡Enhorabuena! interrumpió Hastier, contesto de ese nombre. Veamos, ¿qué quieres decirme?

—Quiero decirte que en lugar de caer en un cúmulo de divagaciones más o menos floridas, podrías decirnos el porqué de ese traje y de ese mapa.

—¡Caramba! si no lo sabes aún, replicó el joven, es culpa tuya y no mía. Si no hubiera tenido que llamarte dos veces, probablemente por estar ocupado con alguna hermosa víctima que pide a un apuesto joven venganza por sus ancianos padres muertos, estarías tan enterado como estos señores, y no tendría que repetir mi cavatina. A ver: se trata simplemente de un resto de tesoro de los Osos de Berna que, por orden del general Massena, el general Lecourbe ha expedido al ciudadado primer cónsul; una miseria, cien mil francos, que no se atreven a hacer pasar por el Jura, a causa de los partidarios de M. de Teysonnet, que podrían apoderarse de ellos, y los expiden por Génova, Bourg, Maîon, Dijon y Troyes, camino más seguro.

—¡Muy bien!

—Hemos sido avisados de la noticia por Renard, que ha salido de Gex a escape para decírselo a Nirondela, en Chalons-Sur-Saône, el cual se lo ha dicho a Turrere, y éste a Lecog, que ha hecho cuarenta y cinco leguas para trasmitíroslo a su vez. En cuanto a los detalles secundarios, son estos: el tesoro ha salido de Berna, y debe llegar hoy a Génova; saldrá mañana con la diligencia de Génova a Bourg; de suerte que, en saliendo esta misma noche, pasado mañana podéis, mis queridos hijos de Israel, volver a encontrar el tesoro de los señores Osos entre Dijon y Troyes, hacia Bar-Sur-Seine. ¿Qué decís?

—Perdonad, dijo Morgan; lo que decimos es que eso no admite discusión, y que jamás nos permitiríamos tocar al dinero de los señores Osos de Berna en tanto que saliera de los cofres de sus señorías; pero desde el momento en que ha cambiado de destino, no veo inconveniente en que cambie de manos. ¿Partimos?

—¿Tenéis la silla de posta?

—Aquí está, en la cochera.

—¿Tenéis dos caballos para conducirnos hasta la próxima posta?

—Están en la cuadra.

—¿Tenéis cada uno vuestro pasaporte?

—Tenemos cada uno cuatro.

—Bien.

—Pero no podemos parar la diligencia en silla de posta.

—¿Y porqué no? dijo Guyon; sería original. No veo por qué, pudiendo tomar un bajel al abordaje con una barca, no hemos de tomar una diligencia con una silla de posta; nos falta probar esa fórmula, Amiel.

—Aprobado, respondió éste; pero con el postillón, ¿qué haremos?

—Exacto, respondió Guyon.

—Está todo previsto, hijos míos, dijo el correo; se ha expedido un aviso a Troyes; dejaréis vuestra silla en casa de Delbauce; allí encontraréis cuatro caballos ensillados, y pasado mañana, o más bien mañana, entre siete y ocho, el dinero de esos señores pasará un mal rato.

—¿Cambiamos de ropa? preguntó Leprêtre.

—¿Para qué? dijo Morgan, me parece que estamos presentables así: jamás ninguna diligencia ha sido aligerada de un peso incómodo por gente mejor vestida. Echemos un último vistazo al mapa; llevemos un pastel, aves frías y una docena de botellas de vino de Champaña en los cofres del carruaje; armémonos en el arsenal; envolvámonos en buenas capas, y andando.

Los cuatro jóvenes se inclinaron sobre el mapa.

—Tengo un consejo topográfico que daros, dijo el correo; emboscaos a este lado de Mussú; hay un vado enfrente de Riceys, miradlo; y el joven indicó el punto exacto en el plano. Llegáis a Chaource, que está ahí; desde Chaource hay un camino departamental que conduce a Troyes; en Troyes volvéis a encontrar vuestro carruaje, tomáis el camino de Sens en lugar del de Coulommiers; los papanatas —los hay aún en provincias— que os han visto pasar la víspera, no se sorprenderán de volveros a ver pasar al día siguiente; y estáis en la ópera a las diez, en lugar de estar a las ocho, que es de mejor tono.

—Adoptado por mi parte, dijo Morgan.

—Adoptado, repitieron en coro los otros tres jóvenes.

Morgan sacó su reloj.

—La una de la madrugada, dijo; vamos, señores, es preciso que a las tres hayamos mudado en Lagny.

Desde aquel momento comenzaba la expedición; Morgan venía a ser el jefe, y ya no preguntaba; ordenaba.

Leprêtre, que mandaba en su ausencia, estando él presente le obedecía el primero.

CAPÍTULO IV
EN FAMILIA

Dejemos a nuestros cuatro cazadores llegar a Lagny, donde, gracias a los pasaportes debidos a la bondad de los empleados del ciudadano Fouché, trocaron caballos propios por caballos de posta, y un cochero por un postillón, y veamos porqué el primer cónsul había llamado a Roland.

El joven estaba ansioso de dejar a Morgan y ponerse a las órdenes de su general.

Le encontró de pie y pensativo frente a la chimenea.

Al ruido que hizo al entrar, el general Bonaparte levantó la cabeza.

—¿Qué os habéis dicho? preguntó Bonaparte sin preámbulo, y fiándose en la costumbre que tenía Roland de responder a sus pensamientos.

—Nos hemos hecho, dijo Roland, toda clase de cumplidos, y nos hemos separado como los mejores amigos del mundo.

—¿Y él qué te parece?

—Me parece un hombre superior.

—¿Qué edad dirías tú que tiene?

—La mía a todo lo más.

—Sí, está bien; su voz es joven. Roland, ¿me engañaré? ¿Habrá una generación joven realista?

—¡Ah! mi general, respondió Roland con un movimiento de hombros, es un estertor de la vieja.

—Pues bien, Roland, es preciso hacer otra que esté consagrada a mi hijo, si llego a tenerlo.

Roland hizo un gesto que podía traducirse por estas palabras:

«No me opongo a ello.» Bonaparte lo comprendió perfectamente.

«No me basta con eso, dijo; hay que contribuir a ello.

Un estremecimiento nervioso pasó por el cuerpo de Roland.

—¿Y cómo, general? preguntó.

—Casándote.

Roland lanzó una carcajada.

—Bien, ¡con mi aneurisma!

Bonaparte le miró.

—Mi querido Roland, tu aneurisma me parece un pretexto para permanecer soltero.

—¿Lo creéis así?

—Sí; y como soy hombre moral, quiero que te cases.

—¿Conque soy inmoral? respondió Roland.

—Augusto, dijo Bonaparte, dictó leyes contra los célibes, y les privaba de los derechos de ciudadanos romanos.

—Esperaré a que seáis Augusto; de momento sólo sois César.

Bonaparte se aproximó al joven.

—Hay nombres, mi querido Roland, le dijo poniéndole la mano en la espalda, que no quiero ver extinguirse, y el de Montrevel es uno.

—Pues bien, general, en mi defecto, y suponiendo que por un capricho o una terquedad rehuse perpetuarlo, ¿no tengo a mi hermano?

—¿Cómo? ¿Tienes un hermano?

—Sí, tengo un hermano.

—¿Y qué edad tiene?

—Once o doce años.

—¿Por qué no me has hablado nunca de él?

—Porque pensé que los hechos y las acciones de un pilluelo de esa edad no os interesarían.

—Te engañas, Roland, me intereso por todo lo que toca a mis amigos; pídeme algo para ese hermano.

—¿Qué, general?

—Su admisión en un colegio de París.

—¡Oh! tenéis bastantes pretendientes a vuestro alrededor para que yo vaya a engrosar el número.

—Nada, es necesario que venga a un colegio de París; cuando tenga la edad le haré entrar en la escuela militar o en alguna otra que funde más tarde.

—Casualmente, general, respondió Roland, en este momento, como si adivinase vuestras buenas intenciones, está en camino o muy cerca de ponerse.

—¿Sí?

—Escribí a mi madre, hace tres días, para que lo trajese a París; pensaba ponerlo en un colegio sin deciros nada, y cuando tuviera la edad, hablaros de él, suponiendo que mi aneurisma no se me hubiese llevado aún de aquí. Pero en ese caso...

—¿En ese caso?

—En ese caso, en mi testamento recomendaría a la madre, al hijo y a la niña.

—¿Cómo, la niña?

—Sí, mi hermana.

—¿Tienes también una hermana?

—Sí, general.

—¿De qué edad?

—De diecisiete años.

—¿Bonita?

—Encantadora.

—Me encargo de situarla.

Roland se echó a reír.

—¿Qué tienes? le preguntó el primer cónsul.

—Digo, general, que voy a poner un rótulo encima de la puerta principal del Luxemburgo.

—¿Y en ese rótulo?

—Agencia matrimonial.

—¡Ah! es que si tú no quieres casarte, no es una razón para que tu hermana se quede soltera. No me gustan las solteronas ni los solterones.

—No os digo, mi general, que mi hermana permanezca soltera; sería triste que un miembro de la familia Montrevel os cause disgusto.

—¿Entonces qué quieres decir?

—Digo que si lo queréis, como el asunto le concierne, se lo consultaremos.

—¡Ah! ¿habrá por medio algún amor de provincia?

—No diré que no. Dejé a la pobre Amelia fresca y sonriente, y la he encontrado pálida y triste. Lo pondré todo en claro.

—Sí; eso es, a tu vuelta de la Vendée.

—¡Qué! ¿Voy a la Vendée?

—¿Tienes reparo?

—De ningún modo.

—Entonces, irás a la Vendée.

—¿Cuándo?

—No urge; con tal que partas mañana por la mañana.

—Antes si queréis; decidme qué voy a hacer.

—Un asunto de la mayor importancia.

—¡Diablo! presumo que no será una misión diplomática.

—Justamente es una misión diplomática, para la cual necesito a un hombre que no sea diplomático.

—¡Oh! general, mientras menos diplomático sea, más necesito instrucciones precisas.

—También voy a dártelas. Mira, ¿ves este mapa?

Y enseñó al joven un gran mapa del Piamonte extendido en el suelo, e iluminado por una lámpara suspendida en el cielo raso.

—Sí, respondió Roland, habituado a seguir a su general en todos los cambios inesperados de su genio.

—Es un mapa del Piamonte.

—¡Ya! ¿se trata de Italia?

—Sí, de Italia.

—Creía que se trataba de la Vendée.

—Secundariamente.

—¿Qué, general, me vais a enviar a la Vendée para iros a Italia?

—No, tranquilízate.

—¡Está bien! os prevengo que en ese caso, desierto y voy a reunirme con vos.

—Te lo permito; pero volvamos a Melas.

—Perdonad, general, esta es la primera vez que hablamos de él.

—Sí, pero hace mucho tiempo que lo pienso. ¿Sabes tú dónde venceré a Melas?

—Voto a...

—¿Dónde?

—Donde le encontréis.

Bonaparte se echó a reír.

—¡Tonto! dijo con total familiaridad.

Después, inclinándose sobre el mapa:

—Mira, es aquí.

—¿Cerca de Alejandría?

—A dos o tres leguas. Él tiene en Alejandría sus almacenes, sus hospitales, su artillería, su reserva; no me alejaré de allí. Es preciso que dé un gran golpe; no obtendré la paz sino con condiciones. Pero para irme tranquilo, no quiero la Vendée detrás de mí.

—¡Ah, y me enviáis para que la suprima!

—Ese joven me ha dicho de la Vendée cosas muy graves. Esos vendeanos son soldados valientes, dirigidos por un hombre de cabeza: Jorge Cadoudal. Le he ofrecido un regimiento que no aceptará.

—¡Diantre! es muy delicado.

—Pero hay una cosa de la que no sospecha.

—¿Quién? ¿Cadoudal?

—Sí; es que el abate Bernier me ha hecho confidencias.

—¡El abate Bernier!

—El mismo.

—¿Quién es, y qué es el abate Bernier?

—Es el hijo de un aldeano de Anjou, que era cura de Saint-Laud en Angers cuando la insurrección, y se ha ido con los vendeanos.

—¡Perfectamente!

—Pues bien; el abate Bernier, agente general de las fuerzas beligerantes, con plenos poderes del conde de Artois, me ha hecho algunas propuestas.

—¿Y las aceptáis?

—Sí, Roland; que la Vendée me dé la paz, y le vuelvo a abrir sus iglesias y le doy a sus sacerdotes.

—¿Y si cantan el Domine salvum fac regem?

—Más vale eso que no cantarlo todo. Dios es todo poderoso y decidirá. ¿Te conviene la misión ahora que te la he explicado?

—Sí.

—Pues entonces, he ahí una carta para el general Hedouville. Tratará con el abate Bernier, como general en jefe del ejército del Oeste; pero tú asistirás a todas las conferencias: él no será más que la palabra; tú serás mi pensamiento. Ahora parte lo más pronto posible; mientras más pronto vuelvas, antes será derrotado Melas.

—General, os pido únicamente tiempo para escribir a mi madre.

—¿A dónde vendrá a parar?

—Al Hotel de los Embajadores.

—¿Cuándo crees que llegará?

—Llegará el 23 por la noche, o el 24 por la mañana.

—Yo me encargo de todo.

—¡Cómo!

—Ciertamente, tu madre no puede permanecer en el hotel.

—¿Dónde queréis que permanezca?

—En casa de un amigo.

—Ella no conoce a nadie en París.

—Dispensad, señor Roland, ella conoce al ciudadano Bonaparte, primer cónsul, y a la ciudadana Josefina su mujer.

—No alojéis a mi madre en el Luxemburgo, general, os prevengo que eso le molestará mucho.

—No, pero la alojaré en la calle de la Victoria.

—¡Oh, general!

—¡Vamos, vamos! Está decidido; vete y vuelve lo más pronto posible.

Roland tomó la mano del primer cónsul para besarla, pero Bonaparte, atrayéndola hacia sí vivamente:

—Abrázame, mi querido Roland, le dijo, y buena suerte.

Dos horas después, Roland corría en silla de posta por el camino de Orleans. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, entraba en Nantes después de treinta y tres horas de viaje.

CAPÍTULO V
LA DILIGENCIA DE GÉNOVA

A la hora, poco más o menos, en que Roland entraba en Nantes, una diligencia muy cargada paraba en el parador de la Cruz de Oro, en plena calle mayor de Chatillon-sur-Seine.

Apenas paró la diligencia, el postillón echó pie a tierra y abrió las portezuelas. Los viajeros y viajeras eran siete. En el interior, tres hombres, dos mujeres y un niño de pecho. En el cupé una madre y un hijo. Los tres hombres del interior eran un médico de Troyes, un relojero de Génova, y un arquitecto de Bourg.

Las dos mujeres eran una doncella que iba a reunirse con su señora en París, y la otra una ama de leche con un niño de pecho que devolvía a sus padres. La madre y el hijo del cupé eran una señora de unos cuarenta años, que conservaba aún señales de una gran belleza, y el hijo un niño de once a doce años.

El tercer asiento del cupé estaba ocupado por el conductor. El almuerzo estaba preparado, como de costumbre, en la gran sala de la fonda; uno de esos almuerzos que el conductor, de acuerdo sin duda con el fondista, no dejaba nunca tiempo a los viajeros para concluir. Cuando más acaloradamente estaban hablando y disputando se oyeron los gritos sacramentales:

—¡Al coche! ¡al coche!

—Un momento, conductor, un momento, dijo el arquitecto; estamos consultando.

—¿Sobre qué?

—Cerrad la puerta, conductor, y venid aquí.

—Bebed un vaso de vino con nosotros, conductor.

—Con mucho gusto, señores, dijo el conductor; un vaso de vino no se rehusa.

El conductor tendió su vaso, y los tres viajeros brindaron con él. En el momento en que el conductor iba a llevar el vaso a su boca, el médico le detuvo.

—Veamos, conductor, francamente, ¿es cierto?

—¿El qué?

—Lo que nos dice el señor. Y señaló al genovés.

—¡Señores, dijo el conductor, al coche!

—Pero no nos contestáis.

—¿Qué diablo queréis que os conteste? No me preguntáis nada.

—Sí, os preguntamos si es cierto que conducís en vuestra diligencia una suma considerable perteneciente al gobierno francés.

—Bocazas, dijo el conductor al relojero; ¿sois vos quién lo ha dicho?

—Vamos, señores, al coche.

—Pero es que antes de volver a subir, querríamos saber...

—¿Si tengo dinero del gobierno? Lo tengo; pero si somos detenidos, no digáis una palabra y todo irá a las mil maravillas.

—¿Estáis seguro?

—Dejádmelo a mí. Vamos, señores, al coche, despachemos.

El niño, que escuchaba esta conversación con las cejas contraidas y los dientes apretados, dijo a su madre:

—Si somos detenidos, sé bien lo que haré.

—¿Qué harás? le preguntó ésta.

—Ya lo veremos.

—¿Qué dice ese niño? preguntó el relojero.

—Digo que sois todos unos cobardes, respondió el niño sin vacilar.

—¡Eduardo! dijo la madre, ¿cómo te atreves?

—Ojalá parasen la diligencia, dijo el niño con la mirada chispeante de ira.

—Vamos, vamos, señores, a la diligencia, gritó por última vez el conductor.

—Conductor, dijo el médico, presumo que no tenéis armas.

—Sí, tengo pistolas.

—¡Desgraciado!

El conductor se inclinó a su oreja, y muy bajo:

—Estad tranquilo, doctor; no están cargadas más que con pólvora.

—¿No subís con nosotros, conductor? preguntó la madre.

—Gracias, señora de Montrevel, respondió el conductor, tengo qué hacer en la imperial.

Y al pasar le dijo:

—Tened cuidado que el señorito Eduardo no toque las pistolas que están en la bolsa.

—Bueno, dijo el niño; como si uno no supiera qué es una pistola.

—No importa, dijo Mme. de Montrevel; te ruego, Eduardo, que no toques nada.

—¡Oh! estad tranquila, mamá.

Y repitió a media voz:

—Es igual, si los compañeros de Jehú nos detienen, sé bien lo que tengo que hacer.

Hacía uno de esos hermosos días de invierno que hacen comprender a los que creen la naturaleza muerta que la naturaleza no muere, sino duerme.

De repente, y después de haber rodado una hora desde Chatillon, al llegar a un recodo de la orilla, el carruaje se paró sin obstáculo aparente: cuatro caballeros avanzaban tranquilamente al paso de sus caballos, y uno de ellos, que marchaba dos o tres pasos por delante de los demás, había hecho una señal con la mano al postillón para que parase.

El postillón obedeció.

Mme. de Montrevel meditaba; una mujer medita siempre un poco: joven, sobre el porvenir; vieja, sobre lo pasado. Salió de su meditación, sacó a su vez la cabeza por la portezuela, y dio un grito.

Eduardo se volvió vivamente.

—¿Qué tienes, mamá? le preguntó.

Ella, palideciendo, le tomó en sus brazos sin responderle.

En eso se oyeron gritos de terror en el interior de la diligencia.

—Pero, ¿qué hay? ¿qué hay? preguntó Eduardo, resistiéndose a la cadena que formaba el brazo de su madre alrededor de su cuello.

—Hay, amiguito, dijo con una voz llena de dulzura uno de los hombres enmascarados, pasando su cabeza por el cupé, que tenemos que arreglar con el conductor una cuenta, que no concierne en nada a los señores viajeros; decid, pues, a vuestra madre, que se sirva aceptar nuestros respetos y no tenga cuidado.

Después pasando al interior:

—Señores, dijo, servidor vuestro; no temáis nada por vuestras bolsas o alhajas; tranquilizad a la nodriza. No hemos venido para retirarle la leche.

Luego dirigiéndose al conductor:

—Vamos, compadre Jerónimo, tenemos un centenar de miles de francos en la imperial y en los cofres, ¿no es eso?

—Señores, les aseguro...

—El dinero es para el gobierno; pertenece al tesoro de los Osos de Berna; setenta mil francos están en oro, el resto en plata; la plata está en el coche, el oro en los cofres del cupé; ¿estamos bien informados?

A estas palabras, en los cofres del cupé, Mme. de Montrevel dio un segundo grito de terror; iba a encontrarse en contacto inmediato con aquellos hombres que, a pesar de su política, la inspiraban un profundo terror.

—¿Pero qué tienes, mamá? ¿Qué tienes? preguntó el niño con impaciencia.

—¿No lo comprendes?

—No.

—La diligencia está detenida.

—¿Por qué? di, ¿por qué? ¡Ah, mamá! comprendo.

—No, no, dijo Mme de Montrevel, no lo comprendes.

—Esos señores son ladrones.

—Guárdate de decir eso.

—¡Cómo! ¡No son ladrones! Mira cómo cogen el dinero del conductor.

En efecto, uno de ellos cargaba sobre la grupa de su caballo los talegos de dinero que el conductor echaba de la imperial.

—No, dijo Mme de Montrevel, no son ladrones.

Luego bajando la voz:

—Son los compañeros de Jehú.

—¡Ah! dijo el niño, ¿esos son los que asesinaron a mi amigo sir John?

Y el niño se puso muy pálido, y su respiración empezó a silbar entre sus dientes apretados.

En aquel momento, uno de los enmascarados abrió la portezuela del cupé, y con la más exquisita cortesía:

—Señora condesa, dijo, con gran pesar nuestro nos vemos obligados a molestaros; pero tenemos, o más bien, el conductor tiene qué hacer en el cofre del cupé: sed, pues, bastante buena para poner un momento pie a tierra; Jerónimo concluirá tan pronto como le sea posible.

Y con cierto buen humor, que no carecía de cierto tono burlón:

—¿No es así, Jerónimo?

Jerónimo respondió desde lo alto de la diligencia, confirmando las palabras de su interlocutor.

Por un movimiento instintivo, y para interponerse entre el peligro, si lo había, y su hijo, Mme. de Montrevel obedeció a la invitación, e hizo pasar a Eduardo detrás de ella.

Aquel instante bastó al niño para apoderarse de las pistolas del conductor.

El joven de la voz burlona ayudó a bajar con los mayores cuidados a Mme. de Montrevel; hizo una señal a uno de sus compañeros para que le ofreciese el brazo y se volvió hacia el coche.

Pero en aquel momento una doble detonación se oyó; Eduardo acababa de hacer fuego con ambas manos al compañero de Jehú, que desapareció en una nube de humo.

Mme. de Montrevel lanzó un grito y se desmayó.

Muchos gritos, expresiones de sentimientos diversos respondieron al maternal.

El interior del coche fue un grito de angustia: se había convenido en no oponer resistencia, y he aquí que alguno resistía.

Entre los otros tres jóvenes, se produjo una exclamación de sorpresa; era la primera vez que sucedía algo parecido.

Se precipitaron hacia su camarada, al que creyeron pulverizado.

Lo encontraron de pie, sano y salvo y riendo a carcajadas, mientras que el conductor con las manos juntas exclamaba:

—Señor, os juro que no tenían balas; señor, os aseguro que estaban cargadas con pólvora solamente.

—¡Caramba! dijo el joven, veo que estaban cargadas con pólvora solamente, pero la buena intención no faltaba, ¿no es así, Eduardito?

Después, volviéndose hacia sus compañeros:

—Confesad, señores, que este niño es encantador; que es hijo de su padre, y hermano de su hermano; bravo, Eduardo, serás todo un hombre.

Entre tanto, uno de los tres compañeros llevó a la madre de Eduardo a algunos pasos de la diligencia, y la acostó sobre una manta al borde de un barranco.

El que acababa de elogiar a Eduardo con tanto afecto, la buscó con los ojos, y al verla:

—No podemos abandonar a una mujer en ese estado, señores; conductor, encargaos de Eduardo.

Y dirigiéndose a otro de sus compañeros:

—Veamos tú, el hombre de las precauciones, ¿no traes algún frasco de sales?

—Ten, respondió aquél a quien se dirigía.

Y le dio un frasco de vinagre inglés.

—Ahora, dijo el joven que parecía el jefe, acaba con Jerónimo, que yo me encargo de socorrer a Mme. de Montrevel.

Justo a tiempo, puesto que el desmayo de Mme. de Montrevel derivaba poco a poco en un ataque de nervios.

El joven se inclinó hacia ella y le hizo respirar las sales.

—¡Eduardo! ¡Eduardo! gritó la dama volviendo en sí; y con un ademán involuntario hizo caer la máscara del joven.

Era Morgan.

Mme. de Montrevel quedó atónita ante el aspecto de aquellos hermosos ojos azules, de aquella frente elevaba, aquellos labios primorosos, y aquellos dientes blancos entreabiertos por una sonrisa.

Comprendió que no corría ningún peligro en poder de un hombre semejante, y que ningún mal podía haberle sucedido a Eduardo.

—¡Oh, caballero! dijo, ¡qué bueno sois!

Con una coquetería extraña y propia de su espíritu caballeresco, Morgan, en vez de ponerse su máscara para que Mme. de Montrevel no guardase más que un recuerdo pasajero y confuso, dejó a su fisonomía todo el tiempo necesario para producir su efecto, y pasando el frasco de Leprêtre a las manos de Mme. de Montrevel, reanudó los cordones de su máscara.

Mme. de Montrevel comprendió esta delicadeza del joven.

—Caballero, dijo, estad tranquilo; en cualquier lugar, en cualquiera situación que os encuentre, me seréis desconocido.

—En ese caso, señora, dijo Morgan, soy yo a quien toca agradeceros, a mi vez: ¡qué buena sois!

—Vamos, señores viajeros, al coche, dijo el conductor con su habitual entonación y como si nada extraordinario hubiera pasado.

—¿Estáis enteramente repuesta, señora, o necesitáis aún algún tiempo? La diligencia esperará, dijo Morgan.

—No, señores, os vuelvo a dar gracias; me siento perfectamente bien.

Morgan presentó su brazo a Mme. de Montrevel, que se apoyó en él para atravesar el camino y volver a subir en la diligencia. El conductor había ya introducido a Eduardo.

Cuando Mme de Montrevel volvió a ocupar su sitio, Morgan, que había ya hecho las paces con la madre, quiso hacerlas con el hijo.

—No me guardes rencor, mi joven héroe, dijo tendiéndole la mano.

Pero el niño le rechazó.

—Yo no doy la mano a un ladrón de camino real.

Mme. de Montrevel hizo un movimiento de espanto.

—Es encantador, señora, dijo Morgan, pero tiene preocupaciones.

Y saludando con la mayor cortesía, volvió a cerrar la portezuela, y el coche se puso en marcha.

—¡Diablo! murmuró Morgan, con el primer suspiro que sus compañeros le habían oído lanzar, creo que he hecho bien en no pedir la mano de mi pobre Amelia.

Y volviéndose después a sus camaradas:

—Señores, dijo, ¿hemos concluido?

—¡Sí! respondieron a una sola voz.

CAPÍTULO VI
EL CIUDADANO FOUCHÉ SE ENCUENTRA COMPROMETIDO

En el Hotel de Embajadores, al siguiente día a las once de la mañana, encontró Mme. de Montrevel, en vez de Roland, a un extraño que la esperaba y se acercó a ella.

—¿Sois la viuda del general de Montrevel, señora? le preguntó.

—Sí, señor, respondió Mme. de Montrevel bastante sobrecogida.

—¿Y buscáis a vuestro hijo?

—Ciertamente, y no comprendo, después de la carta que me ha escrito...

—El hombre propone y el primer cónsul dispone, respondió riéndose el extraño; el primer cónsul ha dispuesto de vuestro hijo por algunos días, y me ha enviado para recibiros en su lugar.

Mme. de Montrevel se inclinó.

—¿Y tengo el honor de hablar...? repuso.

—Al ciudadadano Favolet de Bourrienne, su primer secretario, respondió el extraño.

—Daréis las gracias en mi nombre al primer cónsul, replicó Mme. de Montrevel, y espero que tendréis la bondad de expresarle el profundo sentimiento que experimento al no poder hacerlo yo misma.

—Nada os será más fácil, señora.

—¿Cómo?

—El primer cónsul me ha ordenado conduciros al Luxemburgo.

—¡A mí!

—¡A vos y a vuestro hijo!

—¡Oh! Voy a ver al general Bonaparte, voy a ver al general Bonaparte, gritó el niño; ¡qué alegría!

Y saltó palmoteando de contento.

—Eduardo, Eduardo, dijo Mme. de Montrevel.

Después dirigiéndose a Bourrienne:

—Excusadle, caballero, dijo ella, es un salvaje de las montañas del Jura.

Bourrienne alargó su mano al niño.

—Soy un amigo de vuestro hermano, le dijo; ¿queréis darme un beso?

—De buena gana, caballero, respondió Eduardo; no sois un ladrón.

—No; así lo espero, respondió riendo el secretario.

—Excusadle otra vez, caballero, pero como hemos sido detenidos en el camino...

—¿Cómo detenidos?

—Sí.

—¿Por ladrones?

—No precisamente.

—Caballero, dijo Eduardo, ¿acaso no son ladrones los que roban dinero?

—En general, querido niño, así se les llama.

—¿Lo ves, mamá?

—Vamos, Eduardo, cállate, te lo ruego.

Bourrienne lanzó una mirada a Mme. de Montrevel y vio claramente por la expresión de su rostro que el tema de la conversación le era desagradable.

—Señora, dijo, me atreveré a recordaros que he recibido la orden de conduciros al Luxemburgo, y añadiros que Mme. Bonaparte os aguarda.

—Caballero, dejadme el tiempo de cambiar de vestido y vestir a Eduardo.

— ¿Y cuánto tiempo creéis que podéis necesitar, señora?

—¿Es demasiado media hora?

—¡Oh! no, señora, dijo el secretario inclinándose, dentro de media hora vendré a ponerme a vuestras órdenes.

Tres cuartos de hora después se hallaban en el Luxemburgo.

Bonaparte ocupaba el piso bajo de la derecha; Josefina tenía su dormitorio y su gabinete en el primer piso, y un corredor del gabinete del primer cónsul conducía a su habitación.

Ya estaba prevenida, pues al ver a Mme. de Montrevel le tendió los brazos como a una amiga.

Mme. de Montrevel se había detenido respetuosamente a la puerta.

—¡Oh! ¡entrad! ¡entrad, señora! dijo Josefina, no os conozco desde hoy, sino desde el día que conocí a nuestro digno y excelente Roland.

Mme. de Montrevel estaba confusa por tantas bondades.

—Somos compatriotas, ¿no es cierto? continuó. ¡Oh! me acuerdo perfectamente de Mme. de la Clemencière, quien tenía un bello jardín y magníficas frutas. ¿Os casasteis muy joven, señora?

—A los catorce años.

—No puede ser de otro modo, pues tenéis un hijo de la edad de Roland; pero tomad asiento.

Ella dio ejemplo haciéndole señas para que se sentase a su lado.

—¿Y ese niño encantador, continuó dirigiéndose a Eduardo, es también hijo vuestro?

Y lanzó un suspiro.

—Dios ha sido pródigo con vos, señora, dijo; y puesto que hace todo lo que podéis desear, deberíais rogarle que me enviase uno.

E imprimió con envidia sus labios en la frente de Eduardo.

—Mi marido se alegrará mucho de veros, señora. ¡Quiere tanto a vuestro hijo! Se halla ocupado con el ministro de la policía. Llegáis, añadió riéndose, a mala hora; ¡está furioso!

—¡Oh! dijo Mme. de Montrevel casi asustada, si se halla así, quiero mejor aguardar.

—¡No! ¡no! Al contrario, vuestra presencia le calmará; no sé qué ha pasado: parece que detienen diligencias como en la Selva Negra.

Mme. de Montrevel iba a responder, pero en este momento la puerta se abrió y apareció un ujier.

—El primer cónsul espera a Mme. de Montrevel, dijo éste.

—Id, id, dijo Josefina, el tiempo es tan precioso para Bonaparte, que es casi tan impaciente como Luis XIV cuando no tenía nada que hacer.

Mme. de Montrevel se levantó con prontitud queriendo llevarse a su hijo.

—No, dijo Josefina, dejádmelo; os quedaréis a comer, y Bonaparte le verá a las seis; además, si desea verle ya lo dirá; por ahora, yo soy su segunda madre. Vamos a ver: ¿qué vamos a hacer para divertiros?

—El primer cónsul debe tener armas muy bonitas, ¿no, señora? dijo el niño.

—Sí, preciosas. Pues bien; vamos a ver las armas del primer cónsul.

Josefina salió por una puerta conduciendo al niño, y Mme. de Montrevel por otra siguiendo al ujier.

En el camino encontró a un hombre rubio, de pálido rostro, con vista empañada y que la miró con inquietud.

Ella se apartó ligeramente para dejarle pasar.

El ujier vio el movimiento.

—Es el prefecto de policía, le dijo en voz baja. Mme. de Montrevel le vio alejarse con cierta curiosidad. Fouché en esta época era ya fatalmente famoso.

En este momento, la puerta del gabinete de Bonaparte se abrió, y se vio cómo se dibujaba su cabeza.

Vio a Mme. de Montrevel.

—Mme. de Montrevel, dijo, ¡venid, venid!

Mme. de Montrevel apretó el paso y entró en el gabinete.

—Venid, dijo Bonaparte, cerrando la puerta tras sí. Os he hecho esperar, muy a mi pesar; estaba ocupado con Fouché; ya sabéis que estoy muy contento con Roland, y que uno de estos días pienso hacerle general. ¿A qué hora habéis llegado?

—Ahora mismo, general.

—¿De dónde venís? Roland me lo ha dicho, pero lo he olvidado.

—De Bourg.

—¿Por qué camino?

—Por el camino de Champagne.

—¡Por el camino de Champagne! ¿Entonces estabais en Chatillon, cuando?...

—Ayer a las nueve de la mañana.

—¿En ese caso debéis haber oído hablar de la detención de una diligencia?

—General...

—Sí, una diligencia a las diez de la mañana entre Chatillon y Bar-sur-Seine.

—General, es la nuestra.

—¿Cómo, es la vuestra?

—Sí.

—¿Estabais en la diligencia que ha sido detenida?

—Me encontraba en ella.

—¡Ah! entonces voy a tener detalles exactos. Excusadme; ya comprenderéis el deseo que tengo de enterarme; ¿no es cierto? En un país civilizado, que tiene por primer magistrado al general Bonaparte, no se detiene impunemente una diligencia en pleno día y en medio del camino...

—General, yo nada os puedo decir, salvo que los que detuvieron la diligencia iban a caballo y enmascarados.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro.

—¿Cuántos hombres había en la diligencia?

—Cuatro con el conductor.

—¿Y no se defendieron?

—No, mi general.

—La declaración de la policía dice, sin embargo, que hubo dos disparos.

—Sí, mi general; pero estos dos disparos los hizo mi hijo Eduardo.

—Roland me ha hablado de él; ¡pero es un niño!

—No tiene aún doce años, mi general.

—¿Y es él el que ha hecho los dos disparos?

—Sí, mi general.

—¿Por qué no me lo habéis traído?

—Le he dejado con Mme. Bonaparte.

El primer cónsul llamó a un ujier.

—Decid a Josefina que venga con el niño.

Después, paseándose por su gabinete:

—¡Cuatro hombres! murmuró; ¡y es un niño el que les da ejemplo de valor! ¡y ni uno de esos bandidos ha sido herido!

—Las pistolas no tenían balas.

—¡Cómo!

—No, eran las del conductor; y el conductor había tenido la precaución de cargarlas sólo con pólvora.

—Está bien, averiguaré su nombre.

En este momento la puerta se abrió y Mme. Bonaparte apareció trayendo al niño por la mano.

—Ven acá, dijo Bonaparte al niño.

Eduardo se acercó sin vacilar, y le hizo un saludo militar.

—¿Eres tú quien va disparando a los ladrones?

—¿Ves, mamá, como eran ladrones? interrumpió el niño.

—Por supuesto que son ladrones; ¡que me digan lo contrario! En fin, ¿eres tú el que dispara a los ladrones, cuando los hombres tienen miedo?

—Sí, soy yo, mi general; pero por desgracia ese cobarde de conductor no había cargado sus pistolas más que con pólvora; de otro modo habría matado al jefe.

—¿Y no tuviste miedo?

—Yo no, dijo el niño; nunca lo tengo.

—Es una raza de leones, señora, dijo Bonaparte volviéndose hacia Mme. de Montrevel, apoyado en el brazo de Josefina.

Y dirigiéndose al niño:

—Está bien, dijo dándole un beso; ya nos cuidaremos de ti; ¿qué quieres ser?

—Soldado primero.

—¿Cómo primero?

—Sí; y después coronel como mi hermano y más tarde general como mi padre.

—No será culpa mía si no lo eres, dijo el primer cónsul.

—Ni mía, replicó el niño.

—¡Eduardo! dijo temerosa Mme. de Montrevel.

—No vayáis a reñirle por haber respondido como debe.

Y tomando al niño en sus brazos, le dio un beso.

—Coméis con nosotros, dijo, y esta noche Bourrienne os instalará en la calle de la Victoria; permaneceréis allí hasta la vuelta de Roland, que os buscará una habitación a su manera. Eduardo entrará en el Priteneo, y casaré a vuestra hija.

—¡General!

—Así lo he convenido con Roland.

Después, dirigiéndose a Josefina:

—Condúcela y procura que no se aburra. Mme. de Montrevel es vuestra amiga, Bonaparte recalcó esta palabra. Si quiere entrar en una tienda de modas, impedídselo; sombreros no le deben faltar, pues el mes pasado compró treinta y ocho.

Y dándole a Eduardo un palmadita de amistad en la mejilla se despidió por señas de las dos señoras.

CAPÍTULO VII
LA DIPLOMACIA DE JORGE CADOUDAL

Si queremos saber el resultado de la misión de Roland debemos seguirle a la villa de Muzillac.

Allí estamos en el lugar donde nació la chuanería (3).

Los chuanes son soldados fieles a las tradiciones; su aspecto es siempre el mismo, rudo y salvaje; sus armas son siempre las mismas, el fusil, o ese sencillo palo que en su país se llama fuerte.

Tales son los hombres que a esta hora se han esparcido de la Boche-Bernard a Vannes y de Quertemberg a Billiers.

Sin embargo, se requiere una vista de lince para distinguirlos en medio de las breñas donde se hallan ocultos.

Pasemos por entre ese enjambre de centinelas invisibles, y entremos atrevidamente en la villa de Muzillac.

Todo está lúgubre y en calma; una sola luz brilla a través de las persianas de una casa.

Aproximemos nuestra vista a una de las ventanas, y observemos.

Vemos a un hombre vestido con el traje de los ricos aldeanos de Morbihau.

Sobre una silla se ve su sable.

Tiene en sus manos un par de pistolas.

Está sentado ante una mesa; una lámpara da luz a unos papeles que lee con la mayor atención.

Su rostro es el de un hombre de treinta años.

Su nombre familiar, bajo el cual le designan los soldados, es Cabeza-redonda.

Y el que ha recibido de sus dignos y bravos parientes, Jorge Cadoudal.

Jorge era hijo de un cultivador del partido de Kerloano, en la parroquia de Brech. Salía del colegio de Vannes de recibir una brillante educación, cuando los primeros llamamientos de la insurrección realista estallaron en la Vendée.

Jorge había hecho prodigios de valor durante tres años; volvió a pasar el Loira, y entró en Morbihau con un solo hombre.

Éste era su compañero de guerra, que trocó su nombre de Lemercier por el de Tiffanges.

El 26 de enero de 1800, Cadoudal mandaba sobre tres o cuatro mil hombres, con los cuales se aprestaba a bloquear en Vannes al general Harty.

Durante todo el tiempo que aguardó la respuesta del primer cónsul a la carta de Luis XVIII, suspendió las hostilidades.

En este momento, el galopar de un caballo se deja oír. Jorge levanta la cabeza.

El caballero echa pie a tierra y abre la puerta del cuarto donde se encuentra Jorge.

—¡Ah! ¡eres tú, Corazón de Rey! ¿Qué nuevas traes?

—Una carta de Tiffanges.

Jorge tomó vivamente la carta y la leyó.

—¿Has visto quién anuncia que llega?

—Sí, mi general.

—¿Le has recomendado a lo largo de todo el camino?

—Sí, pasará libremente.

—Recomiéndale de nuevo; está bajo la salvaguardia de Morgan.

—Convenido, mi general.

En este momento se oyó el galopar de otro caballo. Como el primero, el segundo caballero echó pie a tierra, y entró.

—¿Eres tú, Benedicité? dijo Cadoudal. ¿De dónde vienes?

—De Vannes. El general Harty proyecta asaltar esta noche los almacenes de Grandchamps; dirige en persona la expedición con cien hombres.

—Dentro de dos horas partirás, y al rayar el día estarás en Grandchamps; darás la orden de desocupar la villa; yo me encargo del general Harty; ¿eso es todo lo que me tienes que decir?

—¡No! Tengo que comunicaros que el obispo Andrein está en Vannes.

—¡Andrein, el regicida! ¿Y cuándo llega?

—Esta noche o mañana.

—¡Sssss! dijo Cadoudal.

Los tres hombres se pusieron a escuchar.

— Probablemente es él, dijo Jorge.

Se oyó el galope de un caballo que venía del lado de la Roche-Bernard.

—Amigos míos, está bien, dejadme solo; tú, Benedicité, a Grandchamps; tú, Corazón de Rey, arréglatelas para que me traigan la mejor cena que pueda haber en la aldea.

—¿Para cuántas personas, mi general?

—Para dos.

Jorge llegó a la puerta de la calle en el momento en que un caballero, deteniendo su caballo, parecía dudar.

—Seáis muy bienvenido, señor Roland de Montrevel; yo soy a quien buscáis.

—¡Ah! dijo el joven echando pie a tierra.

—Dejad la brida al cuello de vuestro caballo, y no os inquietéis por él.

El joven no hizo observación alguna, dejó la brida sobre el cuello del animal y siguió a Cadoudal, que caminaba delante.

—Es para mostraros el camino, coronel, dijo el jefe de los chuanes.

Roland entró, y lanzó a su alrededor una mirada de curiosidad.

—¿Es este vuestro cuartel general? preguntó con una sonrisa.

—Sí, coronel. ¿Lo preguntáis porque hasta aquí habéis hallado el camino libre?

—Es porque no he encontrado un alma.

—En cualquier sitio del camino que hubieseis preguntado en voz alta. ¿Dónde se encuentra Jorge Cadoudal? una voz os habría respondido: En la villa de Muzillac.

—¿Sabíais, pues, que yo venía?

—No solamente lo sabía, sino también para qué venís.

Roland miró fijamente a su interlocutor.

—¿Y me responderéis aunque guarde silencio?

—Vuestra misión, coronel, primitivamente era sólo para el abad Bernier.

—¿Decís pues, general, que he venido por el abad Bernier?

—Sí, el abad Bernier ha ofrecido su mediación, pero ha olvidado que hoy día hay dos Vendées; que si se puede tratar con d'Autichamp, también hay que tratar con Cadoudal. Estáis encargado de traerme el tratado firmado el 25. El abad Bernier y d'Autichamp os han firmado un salvoconducto y con él estáis aquí.

—General, debo decir que estáis perfectamente enterado; el primer cónsul desea la paz de todo corazón, y no pudiéndoos ver, me envía cerca de vos. ¿Cuáles son vuestras condiciones para la paz?

—¡Oh! una muy sencilla; que el primer cónsul dé el trono a Luis XVIII.

—El primer cónsul ha respondido ya a esa demanda.

—Ved ahí por qué estoy decidido a responder volviendo a las hostilidades.

—Entonces, general, condenáis a este desgraciado país a una guerra de exterminio.

—Es un martirio al cual convoco a los cristianos y realistas.

—El primer cónsul está decidido a marchar contra vos en persona y con cien mil hombres.

Cadoudal sonrió.

—Hacedme el favor de permanecer conmigo cuarenta y ocho horas, coronel, y veréis que mis conclusiones están tomadas.

—Acepto.

—Dadme vuestra palabra de no oponeros en nada a las órdenes que yo dé.

—Tenéis mi palabra, general.

En ese momento la puerta se abrió, y dos aldeados trajeron una mesa servida con una fuente de coles, un pedazo de tocino, una jarra de sidra, dos vasos y algunas galletas de trigo morcico.

—Espero, caballero de Montrevel, que me haréis el honor de cenar coamigo.

—Y por mi vida, que no os equivocáis.

—Entonces a la mesa.

El joven coronel se sentó alegremente.

—Perdonad la comida que os ofrezco; yo no tengo, como nuestros generales, indemnizaciones de campaña.

—Es un festín. Ahora sólo tengo una preocupación, general.

—¿Cuál?

—¿A la salud de quién beberemos?

—Por Francia, caballero, dijo Cadoudal con suprema dignidad, llenando los dos vasos.

—¡Por Francia! general, respondió Roland chocando su vaso con el de Jorge.

Ambos se sentaron alegremente y atacaron la sopa con un apetito, el que más, de treinta años.

—Ahora, general, dijo Roland cuando concluyó la cena, me habéis prometido enseñarme cosas que yo pueda referir al primer cónsul.

—Justamente, dijo Cadoudal, los hechos os sirven.

Benedicité entró y preguntó a Jorge con la vista.

—Sí, respondió Jorge.

Benedicilé salió.

—He pedido trescientos hombres para dentro de media hora; si hubiese pedido quinientos, mil, dos mil, tan pronto habrían estado bajo mis órdenes.

—Pero tendréis un límite, dijo Roland.

—¿Queréis conocer el efectivo de mis fuerzas? Es muy natural.

Abrió la puerta y llamó.

—¿Rama de oro?

—¡Mi general!

—¿Cuántos hombres hay acampados desde la Roche-Bernard hasta aquí?

—Mil ochocientos.

—¿Cuántos entre Noyal y Muzillac?

—Cuatrocientos.

—¿Cuántos desde aquí hasta Vannes?

—Novecientos cincuenta.

—¿Y desde Ambón hasta Legaerno?

—Mil y doscientos.

—¿Y en la villa, a mi alrededor, en las casas, en los jardines y en las cuevas?

—De quinientos a seiscientos, general.

—Hizo una señal con la cabeza y Rama de oro salió.

—Ya lo veis, dijo Cadoudal; cerca de cinco mil hombres. Pues bien; con esos cinco mil hombres, todos del país, que conocen cada árbol, cada piedra, cada breña, puedo hacer la guerra a los cien mil que el primer cónsul amenaza enviar contra mí.

Roland sonrió.

—Sí, es demasiado decir, ¿no es cierto?

—Yo creo que os vanagloriáis un poco, general, o más bien que vanagloriáis a vuestros hombres.

—No; pues además tengo por auxiliar a toda la población. Hasta la tierra es realista y cristiana; y finalmente, vais a juzgarlo por vos mismo.

—¿Cómo?

—Vamos a hacer una expedición a seis leguas de aquí; ¿qué hora es?

Los dos jóvenes sacaron a la vez sus relojes.

—Las doce de la noche menos cuarto, dijeron.

—Bien, añadió Cadoudal, nuestros relojes marcan la misma hora, esto es buena señal, puede ser que algún día nuestros corazones estarán de acuerdo como nuestros relojes.

—¿Decíais, general?

—Que son las doce menos cuarto de la noche, y que antes del alba debemos estar a siete leguas de aquí?

—¿Y vuestros hombres?

—¡Oh! mis hombres están listos.

—¿Dónde?

—En todas partes.

—¡Partamos, general!

—Partamos.

Los dos jóvenes se pusieron las capas y salieron.

—¡A caballo, general!

Ambos subieron y tomaron el camino que conducía a Vannes. Llegados a los márgenes de la villa, Roland lanzó una mirada sobre el camino que se extiende desde Muzillac hasta la Trinidad.

El camino parecía completamente solitario.

Al cabo de media legua:

—¿Pero dónde están vuestros hombres? preguntó Roland.

—A nuestra derecha, a nuestra izquierda, delante y detrás de nosotros.

—¡Ah! vaya una broma.

—¿Creéis que soy tan imprudente para atreverme a andar de este modo sin exploradores?

—Pues bien, deseo ver a ciento cincuenta.

—¡Alto! dijo Cadoudal.

Y aproximando ambas manos a su boca, imitó el maullido del gato seguido de un grito de mochuelo.

Casi instantáneamente se vieron agitar formas humanas a los dos lados del camino, las cuales, franqueando el barranco que las separaba del soto, vinieron a formarse a sus costados.

—¿Cuántos hombres están contigo, Bigotes?

—Cien.

—¿Y contigo, Canta-en-invierno?

—Cincuenta.

—Sois, un mago, general, dijo Roland.

—¡Ah! no, soy un pobre aldeano como ellos; pero que mando una tropa en que cada corazón late por los dos grandes principios de este mundo: la religión y la dignidad real.

Y volviéndose hacia sus hombres:

—Dispersaos, les dijo.

En el mismo instante, cada hombre saltó al barranco y desapareció.

—Ahora, coronel, va a pasar algo grave en la aldea de la Trinidad y que debéis ver; ¡al galope!

Roland le siguió.

Al llegar a la aldea, se pudo distinguir a una multitud que se agitaba en la plaza, al resplandor de antorchas resinosas.

Al ruido del galope de los caballos, los aldeanos se separaron: eran quinientos o seiscientos, todos armados.

En medio de la plaza se paró una diligencia que venía escoltada por doce chuanes.

—¡Hola! gritó Jorge; ¿qué pasa aquí?

A esta voz conocida, todos se volvieron, y las frentes se descubrieron.

Un hombre se aproximó a Jorge.

—¿No os había prevenido Benedicité?

—Sí; ¿es esa la diligencia, Sable-todo?

—Sí, mi general.

—Obrad según vuestra conciencia; si hay crimen, poned por testigo a Dios: yo cargo sino con la responsabilidad ante los hombres.

—¡Viva Cabeza-redonda! gritaron todos los asistentes, precipitándose hacia la diligencia.

Sable-todo abrió la portezuela.

—Si no tenéis culpa contra el rey o la religión, dijo a los viajeros, bajad sin temor.

Sin duda esta declaración los tranquilizó, porque un hombre se presentó en la portezuela, bajó, y luego los demás.

Un solo hombre quedó en el carruaje.

Un chuán introdujo una antorcha, y vieron que aquel hombre era un sacerdote.

—¡Ministro del Señor! dijo Sable-todo, ¿no has oído lo que he dicho?

El sacerdote se recogió en sí mismo, murmurando:

—¡Perdón! ¡perdón!

—¿Por qué, miserable?

—¡Oh! dijo Roland; señores realistas, ¿es así como habláis a los hombres de Dios?

—Ese hombre, respondió Cadoudal, es a la vez un ateo y un regicida: renegó de su Dios y votó la muerte de un rey; es el convencional Andrein.

Roland se estremeció.

Durante este tiempo, los aldeanos se formaron en círculo, con un fusil en la mano cada uno.

Dos hombres cogieron al obispo y lo llevaron dentro del círculo, sosteniéndolo por debajo de los brazos.

Estaba pálido como un muerto.

Hubo un instante de lúgubre silencio.

Una voz lo rompió: era la de Sable-todo.

—Vamos a proceder a tu juicio: has hecho traición a la Iglesia; has condenado a tu rey.

—No lo niego, balbuceó el sacerdote.

—¿Qué tienes que responder para justificarte?

—Me arrepiento de lo que he hecho, y pido por ello perdón a Dios y a los hombres.

—Los hombres no pueden perdonarte.

—No tienes que esperar de ellos más que la muerte; en cuanto a Dios, implora su misericordia.

El regicida bajó la cabeza. Pero de repente, enderezándose:

—Yo voté la muerte del rey, dijo, pero con reservas.

—Próxima o lejana, siempre fue por la muerte por lo que votaste, y el rey era inocente. Tienes diez minutos para prepararte y comparecer delante de Dios.

El obispo lanzó un grito y cayó de rodillas.

Dirigía a sus jueces miradas espantadas, suplicantes; pero en ningún rostro tuvo el consuelo de encontrar la dulce expresión de la piedad.

En tanto los chuanes preparaban una hoguera.

—¡Oh! exclamó, ¿tendréis la crueldad de reservarme una muerte semejante?

—No, respondió el inflexible acusador; el fuego es la muerte de las mártires, y tú no eres digno de una muerte semejante. Vamos, apóstata, la hora ha llegado.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! exclamó el sacerdote levantando los brazos al cielo.

—¡De pie! dijo el chuán.

El obispo trató de obedecer; pero las fuerzas le faltaron y volvió a caer de rodillas.

—¿Vais a dejar que lleven a cabo ese asesinato? dijo Roland a Cadoudal.

—He dicho que me lavaba las manos, respondió éste.

—¡Oh! dijo Roland, no se dirá que han asesinado a un hombre delante de mí y que no le he dado socorro.

Un murmullo de amenazas se levantó a su alrededor.

—¡Cómo! exclamó Roland llevando la mano a una de sus pistoleras.

Pero con un movimiento rápido, Cadoudal le agarró la manó y gritó:

—¡Fuego!

Veinte tiros resonaron a la vez, y el obispo cayó como una masa inerte.

—¿Qué acabáis de hacer? dijo Roland.

—Os he forzado a mantener vuestra palabra, respondió Cadoudal.

—Así perecerá todo enemigo de Dios y del rey, dijo Sable-todo con voz solemne.

—Amén, respondieron los asistentes con siniestro conjunto.

Despojaron al cadáver de sus ornamentos sacerdotales y los echaron en la hoguera.

—Vamos, en camino, dijo Cadoudal.

Y dirigiéndose a los ejecutores:

—Ese hombre era culpable: la justicia humana y la divina están satisfechas. Que se digan las oraciones de los muertos sobre su cadáver y que tenga una sepultura cristiana; ¿oís?

Y seguro de ser obedecido, puso su caballo al galope. Roland pareció vacilar un instante en seguirle, y como si se decidiese a cumplir un deber:

—Vamos hasta el fin, dijo; y lanzó su caballo tras Cadoudal.

El sentimiento que experimentaba Roland siguiendo a Jorge Cadoudal se parecía al de un hombre que se siente sometido al desvarío.

Sus aventuras con Morgan y los compañeros de Jehú, sus aventuras con Cadoudal y sus chuanes, le parecían una iniciación extraña a alguna religión desconocida; pero como esos esforzados neófitos que arriesgan la muerte por canocer el secreto de la iniciación, estaba resuelto a ir hasta el fin.

Continuando su camino por la izquierda, ganaron la orilla del pequeño bosque que se extiende de Grandchamps a Larré.

Allí, Cadoudal hizo alto; imitó tres veces seguidas el grito del buho, y al cabo de un instante se halló rodeado de trescientos hombres.

Un espeso vapor salía de la tierra, que impedía que se viese a cincuenta pasos de distancia.

Antes de aventurarse más lejos, Cadoudal esperó noticias. De repente se oyó resonar el canto del gallo.

Casi al mismo tiempo se vio mover, en medio de la niebla, a un hombre que se adelantaba rápidamente.

Este no se detuvo sino cuando estuvo cerca del general.

—¿Y bien, Flor-de-espino, preguntó Jorge en voz baja, qué camino siguen?

—El de Grandchamps a Vannes.

—De suerte que, desplazándome de Mencón a Plescop...

—Les atajáis el camino.

Cadoudal llamó a sus tenientes y les dio órdenes. Cada uno de ellos simuló el grito del mochuelo, y desapareció con cincuenta hombres.

Cadoudal se quedó con cien. Volvió cerca de Roland.

—¿General, le preguntó éste, va todo según vuestros planes?

—Así, así, coronel; y en una media hora vais a juzgar vos mismo. ¿Queréis pasarla comiendo un bocado y bebiendo un trago?

—A fe mía, confieso que la marcha me ha dejado rendido.

—Y yo, dijo Jorge, tengo la costumbre, antes de batirme con los republicanos, de almorzar lo mejor que puedo.

—¿Entonces es un ataque sorpresa?

—No; puesto que la niebla se disipará, y ellos nos verán como nosotros a ellos.

Y volviéndose hacia el que parecía encargado de los víveres:

—Corta-azul, ¿tienes algo que darnos para almorzar?

Corta-azul hizo un signo afirmativo, entró en el bosque y salió tirando de un asno cargado con dos cestos.

En un momento se tendió una capa, y sobre ésta un pollo asado, un pedazo de tocino frío, pan, tortas de trigo, una botella de vino y un vaso.

Cadoudal mostró a Roland la mesa puesta y la comida improvisada.

Roland saltó de su caballo y entregó la brida a un chuán.

Mientras bebían al lado uno de otro, como dos amigos que hacen un alto de caza, el día se aproximaba.

Pronto se distinguió en el camino de Grandchamps a Plescop, una línea de carros, cuya cola se perdía en el bosque.

Era fácil comprender que un obstáculo imprevisto los detenía.

En efecto, a medio cuarto de legua más allá del primer carro, se podía distinguir a doscientos chuanes que atajaban el camino.

Los republicanos habían hecho alto.

Hombres y carros formaban un triángulo, del que Cadoudal y sus cien hombres componían un extremo.

A la vista de aquel pequeño número de hombres, rodeados por fuerzas triples, Roland se levantó vivamente.

En cuanto a Cadoudal, permaneció perezosamente tendido, acabando su comida y siguiendo en el rostro del joven los diversos sentimientos que se sucedían.

—¿Y bien, le preguntó el chuán, halláis mis disposiciones bien tomadas, coronel?

Roland se mordió los labios.

—General, dijo, tengo que pediros un favor.

—¿Cuál?

—El permiso de ir a morir con mis compañeros.

Cadoudal se levantó.

—De acuerdo, pero tengo que reclamaros antes un servicio.

—Decid.

—Que seáis mi parlamentario ante el general Harty. Tengo algunas propuestas que hacerle antes de empezar el combate.

—Formuladlas.

—He aquí la primera: el general Harty y sus cien hombres están rodeados por fuerzas triples; les ofrezco la vida, pero depondrán las armas.

Roland sacudió la cabeza y dijo:

—Sea.

El joven saltó encima de un caballo que le trajeron, y atravesó rápidamente el espacio que le separaba del convoy detenido.

El asombro del general Harty fue grande.

Roland se hizo reconocer, refirió cómo se encontraba entre los blancos, y le trasmitió la proposición de Cadoudal.

Como había previsto el joven, éste rehusó.

Roland volvió hacia Cadoudal.

—Rehusa, gritó desde lejos.

—Pues bien, en ese caso, llevadle mi segunda propuesta. El general Harty vendrá en el espacio que está libre entre ambas tropas; tendrá las mismas armas que yo, y la cuestión se decidirá entre los dos; si lo mato, sus hombres serán nuestros prisioneros; si me mata, sus hombres ganarán a Vannes sin ser inquietados.

—La acepto para mí, dijo Roland.

—Sí, dijo Cadoudal, pero vos no sois el general Harty.

Roland se alejó por segunda vez. Trasmitió su mensaje al general Harty.

—Rehuso también. Llevad mi respuesta al general realista.

Roland volvió a galope y llevó a Cadoudal la respuesta del general Harty.

—Mi tercera propuesta es una orden, que doy a doscientos de mis hombres, de retirarse. El general Harty tiene cien hombres, yo guardo otros cien. Si sale vencedor, pasará por encima de nuestros cuerpos y volverá a entrar tranquilamente en Vannes; si es vencido, no dirá que lo ha sido por el número; id, señor de Montrevel, y permaneced con vuestros amigos.

Roland alzó su sombrero y le saludó.

—Vamos, coronel, el último vaso de vino.

Y tomando la botella y el único vaso, lo llenó a medias y se lo presentó.

Roland apuró el vaso y se lo devolvió vacío. Cadoudal lo volvió a llenar a medias y lo bebió a su vez. Los dos jóvenes se estrecharon la mano.

—Buena suerte, le dijo Roland.

—Dios os guarde, caballero, le respondió Cadoudal.

—¿Cuál será la señal de que estáis listo? preguntó Roland.

—Un tiro de fusil disparado al aire y al cual responderéis con otro.

—Está bien, general, respondió Roland.

Y poniendo su caballo a galope, franqueó el espacio.

Entonces, extendiendo la mano hacia Roland:

—Hijos míos, ¿veis a ese joven?

Todas las miradas se dirigieron hacia Roland.

—Pues bien, nos está recomendado por nuestros hermanos del Mediodía; que su vida nos sea sagrada.

—Está bien, general, respondieron los chuanes.

—Y ahora, amigos míos, recordad que sois los hijos de aquellos treinta bretones que combatieron a treinta ingleses a diez leguas de aquí, y que resultaron vencedores.

La niebla se había disipado por completo.

Se podían distinguir, pues, todos los movimientos que hacían ambos bandos.

Al mismo tiempo que Roland se volvía con los republicanos, Rama-de-oro partía al galope, dirigiéndose a los doscientos hombres que les cortaban el camino.

Las dos compañías se alejaron cada una en su dirección.

Rama-de-oro volvió junto a Cadoudal:

—¿Tenéis órdenes particulares que darme, general?

—Una sola: toma ocho hombres y sígueme; cuando veas caer de su caballo al joven con quien he almorzado, te echas sobre él y le haces prisionero.

—Bien, general.

—Una vez prisionero Mr. de Montrevel, después de dar su palabra de honor, podéis obrar como queráis.

—Sea, dijo Rama-de-oro.

Después, echando Cadoudal un vistazo a la llanura, y viendo a sus hombres separadamente y a los republicanos formados en masa en línea de batalla:

—Un fusil, dijo.

Se lo entregaron. Cadoudal lo levantó por encima de su cabeza y disparó al aire. Casi al mismo tiempo, otro tiro salió del centro de los republicanos.

Se oyeron dos tambores que tocaban la carga. Los republicanos marchaban a bayoneta calada, en tres filas. Roland, a la cabeza de la primera. El general Harty, entre la primera y la segunda. Rama-de-oro había echado pie a tierra, tomando el mando de ocho hombres que debían seguir a Jorge.

Cadoudal gritó:

—¡Dispersaos!

Apenas dio esta orden, se esparcieron por la llanura, y a los gritos de ¡Viva el rey!

Se desparramaron formando una inmensa media luna, de la cual Jorge y su caballo eran el centro.

A los primeros tiros, cayeron tres o cuatro hombres en las filas de los republicanos.

—¡Adelante! gritó el general.

Los soldados continuaron marchando a la bayoneta. El general ordenó frente a la derecha y a la izquierda.

Después se oyó resonar la voz de:

—¡Fuego!

Dos descargas se hicieron y sin resultado, porque los republicanos tiraban a hombres aislados.

No sucedía lo mismo con los chuanes, que disparaban a una masa.

Roland comprendió la desventaja de la posición.

Miró a su alrededor, y en medio del humo, distinguió a Cadoudal de pie e inmóvil como una estatua ecuestre.

Lanzó un grito, y sable en mano picó derecho a él.

Cuando no estuvo más que a diez pasos, Cadoudal levantó lentamente una mano en la cual tenía una pistola armada, e hizo fuego.

El caballo que montaba Roland, herido mortalmente en plena frente, vino a rodar con su jinete a los pies de Cadoudal.

Cadoudal picó espuelas y saltó por encima del caballo y jinete.

Rama-de-oro y sus hombres estaban listos. Saltaron sobre Roland, cubierto por su cabalgadura.

El joven soltó su sable y quiso coger sus pistolas; pero antes se habían apoderado ya de él.

Roland rugía de rabia.

Rama-de-oro se aproximó a él con sombrero en mano.

—No me rindo, gritó.

—Es inútil que os rindáis, porque estáis apresado.

—Pues bien, matadme, exclamó.

—Dadnos vuestra palabra de no tomar parte en el combate y sois libre.

—¡Nunca!

—Excusadme, señor de Montrevel, pero lo que hacéis no es leal.

—¡Cómo! exclamó Roland, ¿me insultáis, miserable?

—No soy miserable ni os insulto, señor de Montrevel, únicamente digo que priváis al general del socorro de nueve hombres que pueden serle útiles.

Una llama de fuego pasó por el rostro de Roland; se puso pálido como la muerte y le respondió:

—Tienes razón, me rindo; puedes ir a luchar junto a tus compañeros.

Los chuanes lanzaron un grito de alegría, y se precipitaron hacia los republicanos.

Roland fue a sentarse encima de un pequeño promotorio.

Desde allí dominaba todo el combate y no perdía ni un detalle.

Por ambas partes la lucha era sin piedad, incesante, encarnizada.

Cadoudal daba vueltas sobre su caballo, alrededor de aquel reducto viviente, y a veinte pasos hacia fuego tan pronto con sus pistolas, como con un fusil de dos tiros.

A la tercera vez que repetía aquella maniobra, un fuego de pelotón le acogió; el general Harty le hacía los honores.

Desapareció entre el humo; y Roland le vio hundirse con su caballo.

Diez o doce republicanos se lanzaron de las filas, y otros tantos chuanes.

Fue un encuentro terrible, cuerpo a cuerpo, en el cual los chuanes con sus cuchillos debían llevar la ventaja.

De repente Cadoudal se volvió a encontrar de pie con una pistola en cada mano.

Dos hombres cayeron.

Luego, como un jabalí que se revuelve, entró en la brecha abierta, ensanchándola.

Había cogido un fusil de munición y se servía de él como si fuera una maza; a cada golpe derribaba a un hombre.

Atravesó aquel batallón y reapareció al otro lado.

Entonces todo acabó.

El general Harty reunió a una veintena de hombres, y calando bayoneta delante del círculo que le envolvía, marchaba a pie a la cabeza de sus soldados.

Diez hombres cayeron antes de haber roto aquel círculo. El general se encontró al otro lado. Los chuanes quisieron perseguirle. Pero Cadoudal, con voz de trueno, gritó:

—Que se retiren libremente.

Los chuanes obedecieron.

—Y ahora, dijo Cadoudal, que pare el fuego.

Los chuanes se replegaron, rodeando el montón de muertos y algunos vivos, más o menos heridos.

Los republicanos arrojaron lejos de sí los fusiles para no rendirse. Todos habían quemado hasta su último cartucho.

Cuando Roland vio la fortuna de sus contrarios, dejó caer la cabeza entre sus manos y permaneció con la frente baja.

Cadoudal llegó a él y le tocó en la espalda; el joven alzó lentamente la cabeza.

—¡General! disponed de mí, soy vuestro prisionero.

—No se hace prisionero a un embajador del primer cónsul, respondió Cadoudal riendo, sino que se le ruega que haga un servicio.

—Ordenad, general.

—Carezco de hospital de sangre para los heridos; carezco de local para los prisioneros; encargaos de conducirlos a Vannes.

—¡Cómo, general! exclamó Roland.

—A vos es a quien los confío; siento que vuestro caballo haya muerto, y el mío también; pero os queda el de Rama-de-oro, aceptadlo.

—¿Y qué diré al primer cónsul, general?

—Lo que habéis visto, caballero; él juzgará entre la diplomacia del abate Bernier y la de Jorge Cadoudal.

Roland tendió por segunda vez la mano a Cadoudal. El jefe realista la tomó con la misma franqueza y el mismo abandono que la última vez.

—Adiós, señor de Montrevel, le dijo; no tengo necesidad de deciros que justifiquéis al general Harty; una derrota semejante es tan gloriosa como una victoria.

Mientras tanto habían traído al coronel republicano el caballo de Rama-de-oro.

Saltó a la silla.

Roland echó la última mirada al campo de batalla; lanzó un suspiro, y enviando un adiós a Cadoudal, partió al galope.

Cadoudal dio un escudo de seis libras a cada hombre.

Roland no dejó de comprender que, con el dinero del Directorio, enviado al Oeste por Morgan y sus compañeros, el jefe realista podía permitirse ostentar liberalidad.

CAPÍTULO VIII
PROPOSICIONES DE BODA

La primera visita de Roland, al llegar a París, fue para el primer cónsul; le traía la doble noticia de la pacificación de la Vendée, y de la insurrección más grande que nunca de la Bretaña.

Roland estaba desesperado por haber perdido aquella nueva ocasión de morir.

El primer cónsul le miraba con inquietud mientras hablaba; podía ver que persistía en su corazón ese deseo de muerte que esperaba se hubiese curado por la estancia en la tierra natal y los abrazos de la familia.

Entonces le pareció que debía reemplazar la negociación por la guerra.

Así pues, tomó la resolución de ver a Cadoudal; y sin decir nada a Roland, contó con él para esta entrevista cuando llegase la hora.

Entre tanto quería saber si Brune, en cuyos talentos militares tenía una gran confianza, sería más afortunado que sus predecesores.

Despidió a Roland después de anunciarle la llegada de su madre y su instalación en la casita de la calle de la Victoria.

Roland tomó un carruaje y se hizo conducir a la casa.

Allí encontró a Mme. de Montrevel, feliz y orgullosa, tanto como podía estarlo una mujer y una madre.

Eduardo estaba instalado desde la víspera en el Pritaneo francés.

Mme. de Montrevel se preparaba a dejar París para volver junto a Amelia, cuya salud la seguía inquietando.

En cuanto a sir John, estaba fuera de peligro, casi curado: había venido a París para hacer una visita a Mme. de Montrevel; pero como ésta había salido para conducir a Eduardo al Pritaneo, le dejó una tarjeta con sus señas. Vivía en la calle de Richelieu, fonda de Mirabeau.

Eran las once de la mañana. Roland tenía posibilidades de encontrarle a aquella hora. Volvió a subir al coche y se dirigió a la fonda.

Estaba sir John delante de una mesa servida a la inglesa, bebiendo grandes tazas de té y comiendo costillas medio crudas: lanzó un grito de alegría al ver a Roland, se levantó y fue hacia él.

Roland había adquirido por aquella naturaleza excepcional un sentimiento de profundo afecto.

Sir John, aunque pálido y enflaquecido, estaba bastante bien.

—Ofrezco a Roland parte en mi almuerzo, dijo, prometiéndole hacerlo a la francesa.

Roland aceptó la proposición sin atender al modo: pero lo que notó perfectamente fue la preocupación de sir John.

Era evidente que su amigo tenía un secreto que dudaba en decir.

Cuando el almuerzo llegaba a su final, Roland, con esa franqueza que iba casi hasta la brutalidad, le dijo:

—Mi querido lord, ¿tenéis algo que decirme y no os atrevéis?

Sir John se estremeció y se puso pálido.

—¡Por favor! continuó Roland, ¿acaso tenéis que pedirme algo muy grande, sir John? No hay nada que yo pueda negaros. Hablad, os escucho.

Y Roland cerró los ojos como para concentrar toda su atención en lo que iba a decirle.

Pero viendo que permanecía mudo, volvió a abrir los ojos. Sir John estaba más pálido que antes. Roland le tendió la mano.

—Vamos, dijo, veo que os queréis quejar del modo en que habéis sido tratado en el castillo de Fuentes Negras.

—Justamente, amigo mío; supuesto que de la estancia en ese castillo data la felicidad o la desgracia de toda mi vida...

Roland miró fijamente a sir John.

—¡Pardiez! dijo, sería tan dichoso...

—¡Oh! acabad, mi querido Roland.

—¿Y si me engaño? ¿si digo una tontería?

—Amigo mío, amigo mío, acabad.

—Pues bien; decía, milord, ¿seré tan dichoso que os hayáis enamorado de mi hermana?

Sir John lanzó un grito de alegría, y con un movimiento rápido se precipitó en los brazos de Roland.

—Vuestra hermana es un ángel, ¡y la amo con toda mi alma!

—¿Sois completamente libre, milord?

—Completamente; desde los doce años disfruto de mi fortuna, y esa fortuna es de veinticinco mil libras de renta.

—Eso es demasiado, querido mío, para una mujer que no os trae más que unos cincuenta mil francos.

—¡Oh! dijo el inglés, si tengo que deshacerme de la fortuna...

—No, dijo Roland riendo, es inútil; sois rico, es una desgracia; ¿pero qué hacer? No es esa la cuestión. ¿Amáis a mi hermana?

—¡Oh! ¡la adoro!

—¿Pero ella os ama?

—Comprenderéis, replicó sir John, que no se lo he preguntado.

—Entonces, ¿soy yo vuestro primer confidente?

—Nada más natural. Sois mi mejor amigo.

—Pues bien, querido mío; por mi parte vuestro proceso está ganado. Mi madre dejará a Amelia enteramente libre la elección; pero queda alguno al que olvidáis.

—¿A quién?

—Al primer cónsul, dijo Roland.

—God... dejó escapar el inglés, tragándose la mitad del juramento nacional.

—Antes de mi partida para la Vendée, me habló del matrimonio de mi hermana diciéndome que eso le concernía a él solo.

—Entonces estoy perdido.

—¿Por qué?

—Al primer cónsul no le gustan los ingleses.

—Decid que a los ingleses no les gusta el primer cónsul.

—¿Pero quién le hablará?

—Yo haré de vos una paloma de paz entre las dos naciones, dijo Roland levantándose.

—¡Oh, gracias! exclamó sir John estrechando la mano del joven.

Después añadió con sentimiento:

—¿Y me dejáis?

—Querido amigo, tengo permiso por algunas horas: voy a abrazar a Eduardo y luego al Luxemburgo.

—Llevadle mis afectos, y decidle que he pedido un par de pistolas, para que ya no tenga que servirse de las del conductor cuando sea atacado por bandidos.

Roland miró a sir John.

—¡Cómo! ¿no sabéis?

—No.

—El ataque a la diligencia.

—¿Pero a qué diligencia?

—De la que trajo a vuestra madre.

—¿Pero ha sido atacada?

—¿Habéis visto a Mme. de Montrevel, y no os ha dicho nada?

—Ni una palabra.

—Pues bien; mi querido Eduardo se portó como un héroe. Cogió las pistolas del conduclor e hizo fuego.

—¡Buen chico! exclamó Roland.

—Sí; por desgracia o por dicha, el conductor había tenido la precaución de sacar las balas, de manera que el pobre Eduardo ha sido cogido, abrazado y acariciado por los compañeros de Jehú, como el valiente entre los valientes, pero no ha matado ni herido a nadie.

—¿Y estáis seguro de lo que decís?

—Segurísimo.

—Está bien; dijo Roland.

—¿Qué pensáis?...

—Tengo un plan.

—Me daréis parte en él.

—¡No, a fe mía! mis planes no son buenos para vos.

—Sin embargo, si puedo tomar revancha...

—Pues bien, la tomaré por ambos; estáis enamorado, mi querido lord; vivid con vuestro amor.

—¿Me prometéis vuestro apoyo?

—Está convenido.

—Gracias.

Y ambos se apretaron las manos y se separaron.

Un cuarto de hora después, Roland estaba en el Pritaneo francés.

A la primera palabra que le dijo el director del establecimiento, vio que su joven hermano había sido recomendado muy particularmente.

Llamaron al niño.

Eduardo se echó en los brazos de su hermano con ese arranque impetuoso de adoración que tenía por él.

Roland, después de los primeros abrazos, hizo girar la conversación sobre la detención de la diligencia.

Eduardo le contó con sus menores detalles la conducta de Gerónimo con los bandidos; las pistolas cargadas con pólvora solamente; los socorros prodigados durante el desmayo de su madre, por los mismos que lo causaron; por último, la careta caída del rostro de Morgan, por lo que Mme. de Montrevel debía haber visto su rostro...

Roland se detuvo mucho en este último detalle.

Después refirió el niño la audiencia con el primer cónsul, de qué manera lo había abrazado, acariciado, mimado y recomendado en fin al director del Pritaneo.

Roland supo todo lo que quería saber, y cinco minutos después llegaba al Luxemburgo.

CAPÍTULO IX
EL EMBAJADOR

Al entrar Roland, el primer cónsul trabajaba con el ministro de policía.

Roland era familar en la casa; entreabrió la puerta del gabinete y asomó la cabeza diciendo:

—¡General!

—Entra, respondió el primer cónsul con una satisfacción visible.

Roland entró.

El asunto que le ocupaba, y que parecía preocuparle, tenía también para él algún interés.

Se trataba de nuevas detenciones de diligencias por los compañeros de Jehú.

Sobre la mesa estaban tres procesos verbales, comprobando la detención de una diligencia y dos correos.

Bonaparte cantaba a media voz, lo que revelaba que estaba furioso.

—Decididamente, le dijo, tu departamento está en rebelión: mira.

Roland echó una mirada a los papeles.

—Justamente venía a hablaros de eso, mi general.

—Entonces, hablaremos; pero antes, pídele a Bourrienne mi atlas departamental.

Roland pidió el atlas, y adivinando lo que deseaba Bonaparte, lo abrió por el departamento de l'Ain.

—Eso es, dijo Bonaparte; enséñame el lugar de los acontecimientos.

Roland puso el dedo sobre un extremo del mapa.

—Mirad, mi general, he aquí el punto preciso del primer ataque; enfrente de la aldea de Beligneun.

—¿Y el segundo?

—Aquí, dijo Roland llevando su dedo al otro lado del departamento; ved el lago de Nantua y el de Silans.

—Ahora el tercero.

Roland volvió a poner su dedo en el centro.

—General, este es el lugar donde debe de haber sido la detención.

—¿Cómo, dijo Bonaparte, a media legua de Bourg?

—Justamente.

—¿Oís? dijo Bonaparte dirigiéndose al prefecto de policía.

—Sí, ciudadano primer cónsul; respondió éste.

—¿Sabéis que quiero que esto cese?

—Haré todos los esfuerzos posibles.

—No se trata de hacerlo, sino de conseguirlo.

El prefecto se inclinó.

—Sólo con esta condición, continuó Bonaparte, reconoceré que sois verdaderamente el hombre hábil que pretendéis ser.

—Yo os ayudaré, ciudadano, dijo Roland.

El prefecto miró a Bonaparte.

—Está bien, dijo Bonaparte; Roland pasará a la prefectura.

El prefecto saludó y salió.

—En efecto, continuó el primer cónsul, va tu honor en exterminar a esos bandidos, Roland; es en tu departamento; parecen quererte mal.

—Al contrario, dijo Roland, y por eso estoy rabioso; me dispensan una protección extraña, y a mi familia también.

—Volvamos otra vez a la cuestión, Roland; cada detalle tiene su valor: esto vuelve a ser otra guerra de beduinos.

—Atended, general: voy a pasar una noche en la Cartuja de Seillon; un fantasma aparece, pero inofensivo: disparo sobre él dos pistoletazos y ni aun se vuelve. Mi madre se encuentra en una diligencia detenida, se desmaya: uno de los ladrones tiene para ella las más delicadas atenciones. Mi hermano Eduardo dispara dos tiros: le cogen, le abrazan, le hacen mil elogios por su valor; poco falta para que le den dulces. Por el contrario, mi amigo sir John, va adonde yo he estado: se le trata como espía y le dan de puñaladas.

—¿Pero no ha muerto?

—No; va tan bien, que quiere casarse con mi hermana.

—¿Y qué le has contestado?

—Que mi hermana dependía de dos personas.

—Tu madre y tú.

—No; vos y ella.

—Ella, comprendo; ¿pero yo?

—¿No habíais dicho, general, que queríais casarla?

Bonaparte se paseó un momento con los brazos cruzados, reflexionando, y parándose de repente frente a Roland:

—¿Quién es tu inglés?

—Un excelente gentleman; muy valiente, noble, rico y además sobrino de lord Greenville, primer ministro de S. M. Británica.

Bonaparte volvió a su paseo.

—¿Puedo yo ver a tu inglés?

—Sabéis, mi general, que lo podéis todo.

—¿Dónde está?

—En París.

—Ve a buscarlo y tráelo.

Roland tenía la costumbre de obedecer sin replicar; cogió su sombrero y se adelantó hacia la puerta.

—Envíame a Bourrienne, dijo el primer cónsul en el momento que Roland pasaba al gabinete de su secretario.

Cinco segundos después Bourrienne aparecía.

—Sentaos ahí, Bourrienne, dijo el primer cónsul, y escribid.

Bourrienne se sentó, preparó su papel, mojó la pluma y esperó.

—Escribid.

—«Bonaparte, primer cónsul de la república, a S. M. el rey de la Gran Bretaña y de Irlanda.

»Llamado por el voto de la nación francesa a ocupar la primera magistratura de la república, creo conveniente dar parte directamente de ello a V. M.

»La guerra que asola hace ocho años las cuatro partes del mundo, ¿debe ser eterna? ¿No hay algún medio de entenderse?

»Las dos naciones más ilustradas de Europa, ambas poderosas y fuertes más que lo exigen su seguridad y su independencia, ¿pueden sacrificar a ideas de vana grandeza el bien del comercio, la prosperidad interior, la dicha de las familias?

»¡Cómo no comprenden que la paz es la primera de las necesidades, y la mejor de las glorias!

»Estos sentimientos no serán extraños al corazón de V. M., que gobierna una nación libre con el solo fin de hacerla feliz.

»V. M. verá en esta franca declaración mi deseo sincero de contribuir eficazmente por segunda vez a la pacificación general; y no un paso hipócrita, hijo de esas fórmulas que, necesarias quizás para la independencia de los estados débiles, no descubren en los estados fuertes sino el deseo mutuo de engañarse.

»Francia e Inglaterra, por el abuso de sus fuerzas, pueden largo tiempo todavía, por desgracia de todos los pueblos, retardar su abatimiento; pero me atrevo a decirlo: la suerte de todas las naciones civilizadas está pendiente del fin de una guerra que abarca el mundo entero.»

Bonaparte tomó la carta de Bourrienne y firmó.

—Está bien, dijo: selladla y poned el sobre: A lord Greenville.

En este momento se oyó el ruido de un carruaje que se paraba en el patio del Luxemburgo.

Un instante después se abrió la puerta y apareció Roland.

—¿Traes a tu inglés?

—Lo he encontrado en la encrucijada de Bully, y sabiendo que no gustáis esperar, le he obligado a subir en coche.

—Que entre, dijo Bonaparte.

—Entrad, milord, dijo Roland volviéndose.

Lord Tanley apareció en el umbral de la puerta.

Bonaparte no tuvo necesidad de echar más que una ojeada para reconocer al perfecto gentleman.

Sir John se inclinó y aguardó la presentación como buen inglés.

—General, dijo Roland, tengo el honor de presentaros a sir John Tanley.

—Venid, milord, venid; dijo Bonaparte, esta no es la primera vez que siento el deseo de conoceros: habría sido casi una ingratitud por vuestra parte rehusaros a venir a verme.

—Si he vacilado, general, es porque no podía creer que vos me hicierais este honor.

—Además, naturalmente y por sentimiento nacional, me detestáis como todos vuestros compatriotas, ¿no?

—Debo confesaros que sólo sienten estupor.

—¿Y compartís esa absurda preocupación de creer que el honor nacional quiere que se aborrezca hoy al enemigo que puede ser nuestro amigo mañana?

—Mi amigo Roland os dirá que aspiro al momento en que, de mis dos patrias, deba más a Francia.

—¿Entonces, veréis sin reparo a Francia e Inglaterra darse la mano por la felicidad del mundo?

—El día en que lo viera sería para mí un día feliz.

—¿Y si pudierais contribuir a ese resultado, os prestaríais a ello?

—Expondría mi vida.

—Roland me ha dicho que sois pariente de lord Greeenville.

—Soy sobrino.

—¿Os encargaríais de llevar una carta mía al rey Jorge III?

—Sería un gran honor para mí.

—¿Os encargaríais de decir de viva voz a vuestro tío lo que no se puede escribir en una carta?

—Sin cambiar una frase: las palabras del general Bonaparte son históricas.

—Pues bien; decidle...

Pero interrupiéndose y volviéndose hacia Bourrienne:

—Bourrienne, dijo; buscadme la última carta del emperador de Rusia.

Bourrienne abrió una caja de cartón y tomó una carta que dio a Bonaparte.

Bonaparte le echó una ojeada y se la tendió a lord Tanley.

—Decidle, ante todo, que habéis leído esa carta.

Sir John se inclinó y la leyó. Después se volvió hacia el primer cónsul.

Su rostro decía claramente que, a pesar de la alianza de Rusia, su orgullo nacional no le dajaba dudas sobre el resultado de una disputa entre Francia e Inglaterra.

—No es ésa la cuestión hoy, replicó Bonaparte, y cada cosa vendrá a su tiempo.

—Sí, murmuró sir John, estamos todavía demasiado cerca de Abuk.

—¡Oh! no es en el mar donde venceré a Inglaterra, dijo Bonaparte; harían falta cincuenta años para hacer de Francia una nación marítima; es allí... y con la mano mostró el oriente. Pero ahora no se trata de la guerra, sino de la paz: tengo necesidad de ella para concluir el sueño ideal que tengo, y sobre todo de la paz con Inglaterra; veis que juego limpio; soy bastante fuerte para ser franco: el día en que un diplomático diga la verdad, será el primer diplomático del mundo, atendiendo a que nadie lo creerá y que desde entonces llegará sin obstáculo a su fin.

—¿Tendré, pues, que decir a mi tío que queréis la paz?

—He aquí, milord, la carta por la cual se la pido a vuestro rey; está dictada con ese fin, y ruego que sea entregada a S. M. por el sobrino de lord Greenville.

—Se hará según vuestro deseo.

—¿Cuándo podéis partir?

—Dentro de una hora.

—¿No tenéis ningún deseo que expresarme antes de vuestra partida?

—Ninguno. Y si lo tuviera, tiene plenos poderes mi amigo Roland.

—Dadme la mano, milord; será buen augurio, puesto que vos representáis a Inglaterra y yo a Francia.

Sir John aceptó el honor que le hacia el primer cónsul, con esa exactitud que indicaba a la vez su simpatía por Francia y su interés por el honor nacional.

Después, habiendo estrechado la de Roland con una efusión fraternal, saludó por última vez al primer cónsul y salió.

Bonaparte le siguió con la vista y pareció reflexionar un instante; de repente dijo:

—Roland, no solamente consiento en la boda de tu hermana con lord Tanley, sino que la deseo; ¿oyes? La deseo.

CAPÍTULO X
LAS DOS SEÑALES

Tres días después de los acontecimientos que acabamos de referir, quienes estaban habituados a no ver iluminadas durante la noche en el castillo de Fuentes Negras más que las ventanas de Amelia y la de Carlota, habrían podido notar, con admiración, alumbradas desde las once a las doce las cuatro ventanas del primer piso.

Habrían podido ver también la silueta de una joven, que a través de la cortina fijaba sus ojos en la dirección de la aldea de Ceyzériat.

Aquella joven era Amelia. Amelia pálida, con el pecho oprimido, y pareciendo esperar ansiosamente una señal.

Al cabo de algunos minutos, se enjugó la frente y respiró casi con alegría.

Acababa de encenderse una llama en la dirección donde fijaba su mirada.

Apagó una tras otra, inmediatamente, las bujías, no dejando arder más que la que se encontraba en su habitación.

Como si la llama no hubiese esperado sino aquella oscuridad, se apagó a su vez.

Amelia se sentó cerca de una ventana, y permaneció inmóvil con los ojos fijos en el jardín.

Hacía una noche sombría; y sin embargo, al cabo de un cuarto de hora, vio una sombra que atravesaba el prado.

Colocó la bujía en el ángulo más apartado del cuarto, y volvió a abrir la ventana.

El que esperaba estaba ya en el terrado.

Como la primera noche que le vimos escalar la casa, envolvió con su brazo el talle de la joven.

Pero ésta opuso una ligera resistencia: buscaba con la mano la cuerdecita de la celosía; la desató del clavo que la retenía, y cayó con más ruido que el que la prudencia habría permitido.

Tras la celosía cerró la ventana.

Luego fue a buscar la bujía.

Al traerla, iluminó su rostro.

El joven lanzó una exclamación de angustia.

El rostro de Amelia estaba cubierto de lágrimas.

—¿Qué ha sucedido? preguntó.

—Una gran desgracia, dijo ésta.

—¡Oh! lo sospeché al ver tu señal; ¿pero es irreparable?

—Poco menos, replicó Amelia.

—¿No me amenaza más que a mí?

—Nos amenaza a ambos.

El joven pasó su mano por la frente para enjugar el sudor.

—Vamos, dijo, tengo valor.

Entonces tomando una carta de encima de la chimenea:

—Lee, dijo ella, mira lo que he recibido por correo esta tarde.

El joven tomó la carta, y abriéndola la leyó:

«Mi muy querida hija: Deseo que la noticia que te anuncio te cause una alegría igual a la que me ha causado y causa a nuestro querido Roland. Sir John, a quien negabas tu corazón y pretendías que era una máquina, reconoce que has tenido razón hasta el día en que te vio; pero sostiene que desde entonces lo posee para adorarte.

»Tu hermano ha acogido esta declaración con alegría; pero sin embargo, no le ha prometido nada. El primer cónsul, antes de su salida para la Vendée, había ya hablado de encargarse de tu situación; y ahora quiso ver a lord Tanley, le ha visto, y goza ya de sus favores, hasta el punto de haberle encargado una misión para su tío lord Greenville.

»No sé cuántos días permanecerá ausente; pero seguramente, a su vuelta, pedirá permiso para presentarse ante ti como esposo.

»Lord Tanley es joven todavía, de aspecto agradable, inmensamente rico; está admirablemente emparentado en Inglaterra y es amigo de Roland. No conozco hombre que tenga más derecho, no diré a tu amor, mi querida Amelia, pero a tu profunda estimación.

»Ahora, dos palabras: el primer cónsul sigue siendo bueno conmigo y con tus dos hermanos, y Mme. Bonaparte me ha dicho que no espera más que tu boda para llamarte a su lado.

»Se dispone a abandonar el Luxemburgo e ir a vivir a las Tullerías. ¿Comprendes la relevancia de ese cambio de domicilio?

«Tu madre que te ama,

CLOTILDE DE MONTREVEL.»

La carta tenía una posdata de Roland:

—«¿Has leído, querida hermanita, lo que te escribe nuestra buena madre? Este matrimonio es conveniente bajo todos conceptos. No debes hacerte la niña; el primer cónsul desea que seas lady Tanley, es decir, lo quiere.

«Dejo París por algunos días; pero si no te veo, oirás hablar de mí. Te abraza

ROLAND.»

—Carlos, preguntó Amelia; ¿qué dices a esto?

—Que debíamos esperarlo.

—¿Y qué hacemos?

—Hay tres medios.

—Dilos.

—Ante todo, resiste si tienes valor.

Amelia bajó la cabeza.

—¿No te atreves?

—Nunca.

—Sin embargo, eres mi mujer, Amelia.

—Pero dicen que este matrimonio es nulo ante la ley, porque no ha sido bendecido más que por un sacerdote.

—¿Y a ti, dijo Morgan, a ti, no te basta eso?

Al hablar así, su voz temblaba.

—¡Pero mi madre! dijo ella; no tenemos su autorización.

—Porque había riesgos y hemos querido correrlos solos.

—¿Y ese hombre? ¿No has oído que mi hermano dice que él lo quiere?

—¡Oh, si tú me amaras, Amelia, ese hombre vería que puede cambiar la faz de un Estado, llevar la guerra de un extremo al otro del mundo, legislar, fundar un trono, pero no forzar a una boca a decir sí, cuando el corazón dice no.

—¡Si yo te amara! dijo Amelia con tono de dulce reproche.

—No tengo razón, no; Amelia, sé que estás educada en la adoración hacia ese hombre; no comprendes que se le pueda resistir, y cualquiera que se le resista es un rebelde a tus ojos.

—Carlos, ¿cuál es el segundo medio?

—Aceptar en apariencia la unión que te proponen, para ganar tiempo retrasándola. El hombre no es inmortal.

—No; pero es demasiado joven para que podamos contar con su muerte. ¿Y el otro, amigo mío?

—Huir; pero para este remedio extremo, hay dos obstáculos; los reparos...

—Soy tuya, Carlos, los superaré.

—Después, añadió el joven, mis obligaciones.

—¿Tus obligaciones?

—Mis companeros están ligados a mí, y yo lo estoy a ellos. Nosotros también tenemos un líder por el que nos alzamos. Si admites el sacrificio de tu hermano por Bonaparte, admite el nuestro por Luis XVIII.

Amelia dejó caer la cabeza entre sus manos lanzando un suspiro.

—Entonces, dijo ella, estamos perdidos. ¿Has leído la posdata de Roland, Carlos?

—Sí; pero no veo nada de particular.

—Vuelve a leer la última frase.

Leyó.

«Dejo a París por algunos días; pero si tú no me ves, oirás hablar de mí.»

—Eso quiere decir que Roland va tras de ti.

—¿Qué importa, si no puede morir a mano de ninguno de nosotros?

—Pero tú, desgraciado, tú puedes morir a la suya.

—¿Entonces crees que tu hermano anda en nuestra búsqueda?

—Estoy segura de ello.

—¿De dónde viene esa certidumbre?

—Carlota, la doncella, la hija del portero de la cárcel, me pidió permiso para ir a visitar a sus padres, y ha pasado allí la noche. A las once, el capitán de la gendarmería vino a traer prisioneros. Mientras los pasaban al registro, llegó un hombre envuelto en una capa, y preguntó por él. Carlota creyó conocer la voz del recién llegado; miró con atención, y reconoció a mi hermano.

El joven hizo un movimiento.

—¿Comprendes, Carlos? ¿No es una amenaza terrible para mi amor, di?

Y en efecto, a medida que Amelia hablaba, la frente de su amante se cubría de una nube sombría.

—Amelia, dijo, cuando nos hemos hecho lo que somos, no ha sido para esquivar los peligros.

—¿Pero al menos, preguntó Amelia, habéis abandonado la Cartuja de Seillon?

—Sólo nuestros muertos la habitan en este momento.

—¿Es asilo seguro la gruta de Ceyzériat?

—Como que tiene dos salidas.

—La Cartuja de Seillon también las tenía, y sin embargo, tú lo dices, habéis dejado allí a vuestros muertos.

—Los muertos están seguros de no morir en el cadalso.

Amelia sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo.

—¡Carlos! murmuró.

—Escucha, Amelia, las cosas han cambiado; tenemos la brecha enfrente. Cualquiera que sea, nos acercamos al desenlace; no te pido, Amelia mía, esas cosas locas y egoístas que los amantes amenazados de un gran peligro exigen; no te pido que guardes tu corazón para un muerto, tu amor por un cadáver.

—Amigo, dijo la joven poniendo la mano en su brazo; ten cuidado, ¿dudas de mí?

—No; te hago el honor más grande, dejándote libre de terminar el sacrificio hasta sus últimas consecuencias.

—Está bien, dijo Amelia.

—Lo que te pido, continuó el joven, lo que vas a jurarme por nuestro amor, es que si me capturan vivo, por todos los medios posibles me enviarás armas, no solamente para mí, sino también para mis compañeros, a fin de que seamos siempre dueños de nuestra vida.

—¿Pero entonces, Carlos, no me permitirías decirlo todo, apelar a la ternura de mi hermano, a la generosidad del primer cónsul?

La joven no acabó; su amante la agarró violentamente la muñeca:

—Amelia, le dijo, ya no es un juramento, sino dos, los que te pido. Vas a jurarme que no suplicarás por mi perdón. Jura, Amelia, jura.

—Te lo prometo, Carlos, dijo la joven rompiendo en sollozos.

—Amelia, si somos capturados y condenados, armas o veneno; un medio cualquiera, en fin, de morir, y la muerte me será más grata.

—Orden o súplica, tu voluntad será cumplida.

El joven la sostuvo, al borde del desmayo, con su brazo izquierdo, y aproximó entonces su boca a la suya.

Pero en el momento en que sus labios iban a tocarse, el grito del mochuelo se oyó tan cerca de la ventana que Amelia se estremeció y Carlos levantó la cabeza. El grito se oyó por segunda y tercera vez.

—¡Ah! murmuró Amelia.

—Es la llamada de uno de mis compañeros; apaga la bujía.

Amelia sopló la luz mientras su amante abría la ventana.

—¡Ah, hasta aquí! murmuró ella; ¡vienen a buscarte hasta aquí!

—¡Oh! es nuestro amigo, nuestro confidente, el conde de Jahia; nadie más que él sabe donde estoy.

Y desde el balcón:

—¿Eres tú, Montbar? preguntó.

—Sí; ¿Eres tú, Morgan?

—Sí.

Un hombre salió de una espesura de árboles.

—Noticias de París; no hay un instante que perder, va en ello nuestra vida.

—¿Oyes, Amelia?

Y cogiendo a la joven entre sus brazos, la apretó convulsivamente contra su corazón.

—Vé, dijo ella con voz moribunda, vé; ¿no has oído que se trata de la vida de todos vosotros?

—¡Adiós, mi muy querida Amelia, adiós!

—¡Oh! ¡No digas adiós!

—No, no, hasta la vista.

—¡Morgan! ¡Morgan! dijo la voz del que aguardaba debajo del balcón.

El joven estrechó tiernamente y por última vez a Amelia entre sus brazos, y, abalanzándose hacia el balcón, de un salto se encontró junto a su amigo.

Amelia dio un grito y se adelantó hasta la balaustrada; pero no vio más que dos sombras que se perdían en las tinieblas, haciéndose más opacas a medida que se internaban en la espesura de los grandes árboles que formaban el parque.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO I
LA GRUTA DE CEYZÉRIAT

Los dos jóvenes se internaron en la sombra de los frondosos árboles; Morgan guió a su compañero, menos familiarizado que él con los rodeos del parque, y lo condujo directamente al pasaje desde donde acostumbraba a escalar el muro. Ni uno ni otro necesitaron más que un segundo para llevar a cabo esta operación.

Un momento después, Morgan y su compañero estaban en las orillas del Reissousse, que atravesaron en una barca.

Un sendero al otro lado del río conducía a un bosque que se extiende desde Ceyzériat a Etrez, formando la pendiente de la selva de Seillon. Llegados a los márgenes del bosque, se detuvieron; hasta entonces habían andado tan veloces como era posible hacerlo sin correr y sin pronunciar una palabra.

Todo el camino que habían recorrido estaba desierto. Podían respirar.

—¿Dónde están los compañeros? preguntó Morgan.

—En la gruta, respondió Montbar.

—¿Y por qué no vamos allí enseguida?

—Porque al pie de aquella haya encontraremos a uno de los nuestros que nos dirá sí hay algún peligro en pasar adelante.

—¿Cuál?

—D'Assas.

Una sombra se destacó de mi árbol.

—¡Ah! ¿eres tú? dijeron los dos jóvenes.

—Presente, dijo la sombra.

—¿Qué hay? le preguntó Montbar.

—Nada; os esperan para tomar una resolución.

—En ese caso, vamos pronto.

Prosiguieron los tres jóvenes su rápido camino. Al cabo de trescientos pasos, Montbar se paró de nuevo.

—¡Harmand! dijo a media voz.

A este llamamiento, se oyó un crujir de hojas secas y una cuarta sombra, saliendo de una espesura, se acercó a los tres compañeros.

—¿No hay nada de nuevo? preguntó Montbar.

—Sí, un enviado de Cadoudal.

—¿El que ha venido ya?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En la gruta, con los hermanos.

—Vamos.

Montbar se arrojó el primero; la senda llegaba a ser tan angosta que los cuatro jóvenes sólo podían andar uno tras otro.

El camino subía durante unos quinientos pasos por una pendiente muy suave pero tortuosa.

Llegados a un claro, Montbar emitió tres veces el grito del mochuelo, que había indicado su presencia a Morgan.

Un aullido de buho le respondió.

Un hombre se dejó resbalar a tierra de entre las ramas de un roble espeso: era el centinela que velaba en la boca de la gruta y que cambió algunas palabras con él y volvió a subir a su baluarte aéreo.

Montbar entró el primero en la gruta, y de un hoyo sacó un hachón y lo encendió.

El camino formaba profundas espirales subterráneas, como si fuese una antigua cantera; se habría dicho que los jóvenes iban a seguir por debajo de la tierra el mismo camino que habían hecho sobre ella, aunque a la inversa. Era evidente que recorrían las revueltas de una antigua cantera, las mismas quizás de donde salieron, hace mil novecientos años, las tres ciudades romanas que hoy día no son más que unos villorrios y el campo de César que los domina.

De trecho en trecho estaba cortado a lo ancho por un foso que sólo se podía franquear a través de una tabla que de un puntapié se podía echar al fondo de la zanja. Asimismo se veían todavía de trecho en trecho unos espaldones, tras los cuales podía uno atrincherarse y hacer fuego sin enseñar al enemigo una sola parte de su cuerpo.

En fin, a quinientos pasos de la entrada una barricada presentaba un último obstáculo a los que hubiesen querido llegar hasta una especie de rotonda, donde estaban acostados o sentados una docena de hombres, ocupados los unos en leer, los otros en jugar tranquilamente.

Ninguno de los lectores ni de los jugadores hizo caso del ruido de pasos de los que llegaban, ni de la luz que reverberaba en las paredes de la cantera; tan seguros estaban de que sólo podían ser amigos los que llegasen hasta ellos, en tan buen cobijo.

Por lo demás el aspecto que ofrecía este campamento era de los más pintorescos: las bujías, que ardían en profusión, porque los compañeros de Jehú eran demasiado aristócratas para gastar otra luz que la de la bujía, se reflejaban en trofeos de armas de toda especie; entre los cuales las escopetas de dos cañones y las pistolas ocupaban el primer lugar; colgaban en los intervalos floretes y caretas de armas; algunos instrumentos de música estaban colocados aquí y allá; en fin uno o dos espejos con sus marcos dorados indicaban que el tocador no era uno de los pasatiempos menos apreciados de los extraños habitantes de aquella mansión subterránea.

Todos parecían tan tranquilos, como si la noticia que había arrancado a Morgan de los brazos de Amelia les fuese desconocida o considerada como de poca importancia.

Cuando se oyeron estas palabras: «el capitán» se levantaron todos, no con el servilismo de los soldados que ven llegar a su jefe, sino con la deferencia afectuosa de unos hombres inteligentes y fuertes hacia otro más fuerte e inteligente que ellos.

Morgan sacudió entonces la cabeza, alzó la frente y, pasando por delante de Montbar, se internó en el corro que se había formado a su llegada.

—¡Hola, amigos! ¿parece que hay novedades?

—Sí, capitán, dijo uno voz; aseguran que la policía del primer cónsul nos hace el honor de ocuparse de nosotros.

—¿Dónde está el mensajero? preguntó Morgan.

—Aquí estoy, dijo un joven vestido de correo de gabinete y todo cubierto de polvo y barro.

—¿Traéis despachos?

—Escritos, no; verbales, sí.

—¿De dónde proceden?

—Del gabinete particular del prefecto.

—Entonces se pueden creer.

—Os respondo de ello; es lo más oficial que puede haber.

—Bueno es tener amigos en todas partes, dijo Montbar a manera de paréntesis.

—Y sobre todo cerca de Mr. Fouché, repuso Morgan; veamos las noticias.

—¿Debo referirlas en voz alta o sólo a vos?

—Como presumo que nos interesan a todos, contadlas en voz alta.

—Pues bien; el primer cónsul ha llamado al ciudadano Fouché en el palacio de Luxemburgo, y le ha presentado cargos contra nosotros.

—¡Bien! ¿Después?

—El ciudadano Fouché ha respondido que nosotros somos unos pícaros muy diestros y muy difíciles de alcanzar, y más difíciles aún de cogernos cuando se nos había alcanzado. En una palabra, ha hecho de nosotros el mejor elogio.

—Eso le hace mucho honor. ¿Y después?

—El primer cónsul contestó que eso poco le importaba, que éramos unos salteadores, y que con nuestras fechorías sosteníamos la guerra de la Vendée; y que el día en que no hiciémos pasar más dinero a Bretaña, no habría más insurgentes.

—Eso me parece admirablemente pensado.

—Que era en el Este y en el Mediodía donde había que herir al Oeste.

—Como a Inglaterra en la India.

—Por consiguiente, que daba carta blanca al ciudadano Fouché; y que aun cuando se gaste un millón y se sacrifiquen quinientos hombres, necesita nuestras cabezas.

—Pues bien, él ya sabe a quien se lo pide, pero le falta saber si nosotros le daremos este gusto.

—Entonces el ciudadano Fouché se puso furioso y declaró que era preciso que dentro de ocho días no existiera ya en Francia ni un solo compañero de Jehú.

—El plazo es corto.

—En el mismo día han partido correos para Lyon, para Macón, para Lons-le-Santnier para Besanzón y para Génova con orden a los jefes de las guarniciones de hacer personalmente todo lo posible para conseguir nuestro completo exterminio, pero con orden a los jefes de las guarniciones de obedecer a Mr. Roland de Montrevel, poniendo a su disposición todas las tropas que pueda necesitar.

—Y yo añadiré, dijo Morgan, que Mr. Roland está ya en campaña; ayer tuvo lugar en la cárcel de Bourg una conferencia con el capitán de gendarmes.

—¿Se sabe con qué objeto? preguntó una voz.

—¡Voto a bríos! dijo otro, para preparar nuestros alojamientos.

—¿Y le protegerás todavía? preguntó d'Assas.

—Más que nunca.

—¡Ah! eso es demasiado, murmuró una voz.

—¿Por qué? replicó Morgan en tono imperioso; ¿no es mi derecho?

—Ciertamente, dijeron otras dos voces.

—Pues bien, yo uso de él, como simple compañero y como capitán vuestro.

—Sin embargo, si en medio de la pelea una bala se extravía... dijo otra voz.

—Ahora no es un derecho el que reclamo, no es una orden la que doy, sino que os hago una súplica. Amigos míos, prometedme que la vida de Roland de Montrevel os será sagrada.

Y con voz unánime todos los que estaban allí respondieron extendiendo la mano:

—Sobre nuestro honor lo juramos.

—Ahora, repuso Morgan, se trata de considerar nuestra posición bajo su verdadero punto de vista, de no hacernos ilusiones; el día en que a una policía bien organizada se le meta en la cabeza perseguirnos y hacernos verdaderamente la guerra, no podremos resistir: nos valdremos de astucias como la zorra y volveremos como el jabalí, pero nuestra resistencia sólo será momentánea. Al menos éste es mi parecer.

Morgan interrogó con los ojos a sus compañeros y la adhesión fue unánime: no obstante reconocían, aun con la sonrisa en los labios, que su derrota era infalible.

Así sucedía en aquella extraña época: los hombres recibían la muerte sin temor, igual que la daban sin emoción.

—¿Y ahora, preguntó Montbar, no tienes nada más que añadir?

—Sí, dijo Morgan; tengo que añadir que no hay cosa más fácil que procurarnos buenos caballos y aun marcharnos a pie: todos somos cazadores y más o menos montañeses, a caballo tenemos bastante con seis horas para salir de Francia; a pie, necesitamos doce; una vez en Niza, nos burlaremos del ciudadano Fouché y su policía.

—Me fastidia tener que abandonar Francia, dijo Adier.

—Pondré ese recurso extremo a votación, después de que hayamos oído al enviado de Cadoudal.

—Es cierto, dijeron dos o tres; ¿dónde está el bretón?

—Duerme aún, dijo Adier, señalando con el dedo a un hombre acostado sobre un lecho de paja, en un hueco de la gruta.

Despertaron al bretón, que se incorporó sobre sus rodillas, restregándose los ojos con una mano y buscando como siempre su carabina con la otra.

—Estáis entre amigos, dijo una voz, no tengáis miedo de nada.

—¡Tener miedo! dijo el bretón; ¿quién supone por ahí abajo que yo puedo tener miedo?

—Alguno que probablemente no sabe qué es, mi querido Rama-de-oro, dijo Morgan (porque reconocía ya en aquel hombre al mensajero de Cadoudal, por ser el mismo que había sido recibido en la Cartuja durante la noche que él había llegado de Aviñón) y en nombre del cual os doy mi disculpa.

Rama-de-oro miró al grupo de jóvenes que tenía delante con un aire que no dejaba duda sobre el reparo con que tomaba cierto tipo de bromas, pero como aquel grupo nada tenía de

ofensivo y era evidente que su algazara no era ninguna burla, preguntó con un acento bastante gracioso:

—¿Cuál de vosotros es el jefe? Tengo que entregarle una carta de parte de mi general.

—Soy yo, dijo.

—¿Vuestro nombre?

—Tengo dos.

—¿Vuestro nombre de guerra?

—Morgan.

Morgan dio un paso adelante.

—Sí, sois el mismo que me dijo el general; además, ya os reconozco; vos sois el que en la noche en que fui recibido por unos monjes me entregasteis un saquito de sesenta mil francos: en ese caso tengo una carta para vos.

—Dámela.

El aldeano cogió su sombrero, arrancó el forro, y de entre el forro y el feltre sacó un pedazo de papel que simulaba un segundo forro y parecía blanco a primera vista; después, haciendo un saludo militar, lo presentó a Morgan.

Éste empezó a volverlo en todos sentidos; pero viendo que no había nada escrito, al menos ostensiblemente:

—Una bujía, dijo.

Acercaron una bujía; Morgan expuso el papel a la llama. Poco a poco el papel se cubrió de caracteres y con el calor apareció el texto.

Esta experiencia parecía familiar a los jóvenes; el bretón, en cambio, la miraba con cierta sorpresa.

Para aquel carácter sencillo podía muy bien haber cierta magia en aquella operación, pero desde el momento en que el diablo servía a la causa realista, no le importaba tener pacto con él.

—Señores, dijo Morgan, ¿queréis saber lo que nos dice el amo?

Todos se inclinaron para escuchar.

El joven leyó en voz alta:

«Mi querido Morgan: si os dicen que he abandonado la causa como los jefes vendeanos, no creáis una palabra; yo soy terco como un verdadero bretón. El primer cónsul me ha enviado a uno de sus ayudantes de campo, ofreciéndome el empleo de coronel y una amnistía para mis hombres: sin consultarlos he rehusado.

»Al presente todo depende de vos; si se nos cierra la caja del gobierno, la oposición realista, cuyo corazón no late más que en Bretaña, acabará por extinguirse enteramente.

»Cuando se extinga, será cuando el mío haya cesado de latir.

»Nuestra misión es peligrosa; es probable que en ella perdamos todos la cabeza; pero ¿no encontráis que será una gloria para nosotros oír decir de cerca, si es que se oye todavía alguna cosa más allá de la tumba: «¡Todos habían desmayado, ellos no desmayaron nunca!»

»Uno de nosotros dos seguirá al otro, pero para sucumbir a su vez; diga éste al morir: Etiamsi omnes, ego, non.

»Contad conmigo como cuento con vos.

»JORGE CADOUDAL.

»P. D. Ya sabéis que podéis entregar a Rama-de-oro todo el dinero que tengáis para la causa; me ha prometido no dejarse coger y fío en su palabra.»

Un murmullo de entusiasmo se levantó entre los jóvenes.

—¿Habéis oído, señores?

—Sí, sí; repitieron todas las voces.

—Entonces, ¿qué suma tenemos para entregar a Rama-de-oro?

—Treinta mil francos del lago de Silans; veintidós mil de las Carrannières, catorce mil de Meximieux; en todo cuarenta y nueve mil, dijo Adier.

—Ya lo oís, mi querido Rama-de-oro, dijo Morgan.

—Es poca cosa; somos la mitad más pobres que la última vez; pero ya sabéis el refrán: la joven más bella del mundo no puede dar más de lo que tiene.

—El general sabe lo que arriesgáis por conquistar este dinero, y lo recibirá con reconocimiento.

—Tanto más, dijo la voz de un joven que acababa de mezclarse con el grupo, cuanto que el próximo envío será mejor si el sábado queremos decir dos palabras al correo de Chambery.

—¡Ah! ¿eres tú, Valensolle? dijo Morgan.

—Nada de nombres propios si gustas, barón; hagámonos fusilar, guillotinar, enrodar, descuartizar, pero salvemos el honor de la familia. Yo me llamo Adier y no respondo a otro nombre.

—Perdona, tienes razón; ¿decías pues...?

—Que el correo de París a Chambery pasará el sábado conduciendo cincuenta mil francos del gobierno para los religiosos del monte de San Bernardo, por un lugar llamado la Casa Blanca que me parece perfecto para una emboscada.

—¿Qué decís a eso, señores? preguntó Morgan; ¿hacemos el obsequio al ciudadano Fouché de meternos en su policía? ¿Nos vamos? ¿Abandonamos Francia, o permanecemos fieles compañeros de Jehú?

—Permanezcamos, dijo un solo grito.

—Enhorabuena, dijo Morgan: os reconozco; Cadoudal nos ha trazado el camino en la admirable carta que acabamos de recibir; adoptemos pues su heroica divisa: Etiamsi omnes, ego, non.

Luego, dirigiéndose al aldeano, le dijo:

—Ve y di al general, que a todas partes adonde vaya, y sobre todo al cadalso, tendré el honor de seguirle o de precederle; hasta la vista.

Volviéndose después al joven que con tanto celo había pedido que se respetase su incógnito:

—Mi querido Adier, le dijo como quien recobra la alegría perdida, yo soy quien se encarga de daros cena y cama esta noche, si os dignáis reconocerme como vuestro huésped.

—Con mucho gusto, amigo Morgan, respondió el recién llegado; sólo te prevengo que me contentaré con cualquier cama, puesto que me caigo de cansado, pero no con cualquier cena, porque me muero de hambre.

—Tendrás buena cama y una cena excelente.

—¿Qué se ha de hacer para eso?

—Seguirme.

—Estoy dispuesto.

—Entonces, ven; buenas noches, señores, ¿eres tú quien vela, Montbar?

—Sí.

—En ese caso, podemos dormir tranquilos.

Morgan cogió un hachón que le presentaron, y entró en las profundidades de le gruta, donde vamos a seguirle, si el lector no está ya cansado de esta larga sesión.

Era la primera vez que Valensolle, que era natural, como hemos visto, de las cercanías de Aix, tenía la ocasión de visitar la gruta de Ceyzériat, tan recientemente apropiada por los compañeros de Jehú como lugar de refugio. En las reuniones precedentes sólo había tenido ocasión de enterarse de los intrincados laberintos de la Cartuja de Seillon, que había acabado por conocer con bastante exactitud como para que en la comedia representada delante de Roland se le confiase el papel de fantasma.

Todo era pues curioso y desconocido para él en el nuevo domicilio donde iba a dar su primer sueño y que parecía ser, al menos por unos días, el cuartel general de Morgan.

Como en todas las canteras abandonadas, que parecen al primer golpe de vista una ciudad subterránea, las diferentes calles cavadas por la extracción de la piedra terminaban en el punto de la mina donde el trabajo había sido interrumpido.

Sólo una de estas calles parecía prolongarse indefinidamente. Sin embargo, llegaba un punto donde ella misma había tenido que detenerse un día, pero en el ángulo del callejón había una abertura para dar paso a dos hombres.

Los dos amigos se internaron en ella.

El aire se enrarecía tanto que a cada paso el hachón amenazaba con apagarse.

Valensolle sintió caer gotas de agua helada sobre sus hombros y sus manos.

—¿Llueve? dijo.

—No, respondió Morgan riendo: pasamos bajo el Reissousse.

—¿Vamos a Bourg?

—Más o menos.

—Sea; tú me llevas, tú me prometes cena y cama, nada me preocupa salvo que vamos a quedarnos a oscuras; sin embargo..., añadió el joven siguiendo con los ojos la pálida luz de la antorcha.

—No sería demasiado incómodo, puesto que siempre nos volveríamos a encontrar.

—En fin, dijo Valensolle, y cuando uno piensa que todo es por príncipes que no saben ni aun nuestro nombre, y que si lo supieran un día, lo olvidarían al siguiente en que hubieran sabido que a las tres de la madrugada nos paseamos dentro una caverna, pasamos por debajo de ríos y vamos a acostarnos no sé adónde, con la perspectiva de ser capturados, juzgados y guillotinados en una bella mañana, ¿te das cuenta de lo estúpido que es, Morgan?

—Querido, respondió éste, lo que pasa por estúpido, y que no comprende por el vulgo en tales casos, tiene muchas probabilidades de ser sublime.

—Veo que pierdes más que yo en el oficio; yo pongo el sacrificio, y tú añades el entusiasmo.

Morgan arrojó un suspiro.

—Hemos llegado, dijo, dejando caer la conversación como una carga que le pesaba.

En efecto; acababa de tropezar con los primeros peldaños de una escalera. A los diez escalones había una reja, que abrieron con una llave, y se encontraron en una bóveda funeraria.

A ambos lados de la bóveda había dos tumbas sostenidas por trípodes de hierro. Aquellas tumbas albergaban a los miembros de la familia de Saboya antes de que se ciñera la corona real.

Al fondo de la cueva había una escalera que conducía a un piso superior.

Valensolle echó una mirada escrutadora a su alrededor, y a la luz vacilante de la antorcha reconoció el fúnebre local en que se encontraba.

—¡Qué diablos! dijo, al parecer somos todo lo contrario que los espartanos.

—¿Porque ellos eran republicanos y nosotros realistas? preguntó Morgan.

—No, porque ellos hacían traer un esqueleto al final de sus comidas, y nosotros al principio.

—¿Estás seguro de que eran los espartanos los que daban esta prueba de filosofía? preguntó Morgan cerrando la puerta.

—Ellos u otros, vale lo mismo, dijo Valensolle; mi cita está dada, y no la vuelvo atrás.

—Está bien, pero otra vez dirás los egipcios.

—Bueno, dijo Valensolle con una indolencia que dejaba traslucir algo de melancolía; yo mismo seré probablemente un esqueleto antes de que llegue el caso de mostrar mi erudición por segunda vez. ¿Pero qué diablos haces? ¿por qué apagas el hacha? No irás a hacerme cenar y dormir aquí, como sospecho.

En efecto, Morgan acababa de apagar el hacha en la primera grada de la escalera que conducía al piso superior.

—Dame la mano.

Valensolle agarró la mano de su amigo con un apresuramiento que atestiguaba el poco o ningún deseo de demorarse largo espacio, en medio de las tinieblas, en la cueva de los duques de Saboya, por más honroso que fuese a un viviente rozarse con tan ilustres difuntos.

Morgan subió los escalones. Levantó una losa, y se internó en un resplandor crepuscular, mientras un olor aromático sucedía a la atmósfera mefítica de la bóveda.

—¡Por vida mía! ¿Estamos en un hórreo? Esto está mejor.

Morgan no respondió; le ayudó a salir de la bóveda, y dejó caer la losa. Valensolle esparció la vista a su alrededor; se hallaba en el centro de un vasto edificio lleno de heno, en el cual la luz penetraba por unas ventanas tan admirablemente recortadas como pudiesen serlo las de un hórreo.

Durante este examen Morgan arrastraba cinco o seis manojos de forraje sobre la losa para ocultarla a la vista de todos.

—Pero, dijo Valensolle, ¿no estamos en un hórreo?

—Trepa por encima del heno y ve a sentarte cerca de esa ventana, respondió Morgan.

Valensolle obedeció.

Un momento después Morgan depositó entre las piernas de su amigo una servilleta que contenía un pastel, pan, una botella de vino, dos vasos, dos cuchillos y dos tenedores.

—¡Caramba! dijo Valensolle, Lúculo cena en casa de Lúculo.

Sumergiendo después su mirada a través de los vidrios sobre un edificio taladrado por una multitud de ventanas que parecía un ala del mismo en que los dos amigos se encontraban y delante el cual se paseaba un centinela, dijo:

—Decididamente cenaré mal, si no sé dónde estamos: ¿qué edificio es éste? ¿Y por qué se pasea ese centinela delante de la puerta?

—Puesto que quieres saberlo, contestó Morgan, voy a decírtelo: estamos en la iglesia de Brou, que una resolución del consejo municipal ha convertido en almacén de forrajes. Ese edificio, al cual tocamos, es el cuartel de la gendarmería; y ese centinela es el encargado de impedir que nos molesten durante la cena, o que nos sorprendan durante el sueño.

—¡Bravos gendarmes! dijo Guyon volviendo a llenar su vaso; ¡a su salud, Morgan!

—¡Y a la nuestra! dijo el joven riendo; el diablo me ahorque si se les ocurre venir a buscarnos aquí.

Apenas Morgan vació su vaso, cuando, como si el diablo hubiera aceptado el reto, se oyó la voz del centinela que gritaba: ¡Quién vive!

—¡Eh! dijeron los dos jóvenes; ¿qué quiere decir eso?

Un pelotón de unos treinta hombres venía del lado de Pont-d'Ain, y después de haber cambiado el santo con el centinela, se fraccionó: una parte, conducida por dos hombres que parecían oficiales, entró en el cuartel; la otra prosiguió su camino.

—¡Atención! dijo Morgan.

Y los dos, puestos de rodillas, con el oído en acecho y los ojos pegados al vidrio, aguardaron.

Expliquemos al lector qué era lo que interrumpía una comida que, pese a darse a las tres de la madrugada, no era, como se ve, la más tranquila.

CAPÍTULO II
MATORRAL HONDO

La hija del conserje no se había equivocado: era el propio Roland a quien había visto hablar en la cárcel con el capitán de gendarmes. Por su parte, Amelia tenía razón al temer que su hermano seguía las huellas de Morgan.

Roland no sospechaba el interés que su hermana tenía por el jefe de los compañeros de Jehú y, si no se había presentado en el castillo, era porque desconfiaba de una indiscreción por parte de los criados.

Vio a Carlota, la hija del portero, pero al no haber manifestado ésta ninguna sorpresa, creyó que no le había reconocido; incluso, después de haber intercambiado algunas palabras con el capitán de gendarmes, fue a esperarle en la plaza del Bastión, muy desierta a aquella hora.

Cuando concluyó su registro, el capitán de gendarmes volvió a reunirse con él. Encontró a Roland paseándose de un extremo a otro con impaciencia. En casa del conserje, Roland se había contentado con darse a conocer; allí podía entrar en materia. Informó por consiguiente al capitán de gendarmería del objeto de su viaje.

Del mismo modo que en las sesiones públicas se otorga la palabra a quien la pide tácitamente, aunque se trate de cuestiones personales, Roland había pedido al primer cónsul, también por motivos personales, que le se confiase la persecución de los compañeros de Jehú,, y también lo había obtenido sin reservas.

Una orden del ministro de la guerra ponía a su disposición las guarniciones, no solamente de Bourg, sino también de los pueblos limítrofes. Una orden del prefecto de policía autorizaba a todos los oficiales de gendarmería para prestarle mano fuerte.

Había pensado, naturalmente, dirigirse antes que a ningún otro al capitán de gendarmería de Bourg, a quien conocía desde hacía tiempo y que sabía era un hombre de valor e iniciativa. Había encontrado lo que buscaba: el capitán de gendarmería de Bourg tenía la cabeza llena contra los compañeros de Jehú, que detenían las diligencias a un cuarto de legua de la ciudad sin que les echaran nunca el guante. Había leído las comunicaciones remitidas sobre los tres últimos ataques al ministro de policía, y comprendía su mal humor.

Pero Roland acabó de asombrarle al contarle lo que le había pasado en la Cartuja de Seillon la noche que pasó allí, y sobre todo lo que le sucedió en la misma Cartuja a sir John en el transcurso de la siguiente.

Bien supo por qué el forastero que había en casa de Mme. de Montrevel había recibido una puñalada, pero como nadie había ido a quejarse, no se creyó con derecho a traspasar la oscuridad, en la cual le parecía que Roland quería dejar sepultado el asunto.

En aquella época de turbación la fuerza armada tenía una indulgencia que no habría tenido en otros tiempos. En cuanto a Roland, no había dicho nada, queriendo reservarse la satisfacción de perseguir en su debido tiempo y lugar a los compañeros de la Cartuja, fuesen bromistas o asesinos.

Hemos visto cómo le habló de ello a Bonaparte desde el primer día de su llegada a París, cómo otros sucesos le habían obligado a diferir su plan y cómo a la primera ocasión había vuelto a anunciárselo.

Esta vez venía con todos los medios para ponerlo en marcha, y bien resuelto de no volver a presentarse ante el primer cónsul sin haberlo cumplido. Por otra parte, era precisamente el tipo de aventura que buscaba Roland. Era a la vez peligrosa y atrayente. Era una oportunidad de jugarse la vida contra una gente que, cuidando poco de la suya, menos cuidarían probablemente de la del mismo Roland.

Estaba éste bien lejos de atribuir a su verdadera causa, es decir, a la protección de Morgan, la fortuna con que se había salvado del peligro la noche que veló en la Cartuja y el día que combatió con Cadoudal.

¡Cómo iba suponer que con una simple cruz trazada sobre su nombre, a doscientas cincuenta leguas de distancia, esta señal de redención le había protegido en dos confines de Francia!

Lo primero que había que hacer era ir a ver la Cartuja y escudriñar hasta los rincones más secretos.

Pero la noche ya estaba muy adelantada y se convino en diferir la expedición para la próxima.

Entre tanto, Roland permanecería en el cuartel de gendarmes, oculto en el cuarto del capitán para que nadie en Bourg sospechase su presencia ni el motivo que le traía.

Guiaría la espedición disfrazado de cuartel-maestre, pasando por agregado a la brigada de Lons-le-Saulnier, y gracias a este uniforme podría, sin ser reconocido, dirigir al día siguiente la pesquisa decretada dentro la Cartuja.

Todo se cumplió conforme al plan convenido. Hacia la una Roland entró en el cuartel con el capitán, subió al aposento de éste, se arregló una cama de campaña y durmió como quien acaba de pasar dos días y dos noches en una silla de posta. Al día siguiente reunió paciencia, haciendo para instrucción del mariscal un plano de la Cartuja de Seillon, con cuyo auxilio, aun sin el de Roland, habría podido el digno oficial dirigir la expedición sin extraviarse ni un paso.

Como el capitán no tenía más que dieciocho soldados a sus órdenes, que no bastaban para rodear completamente la Cartuja, o más bien, para guardar las dos salidas y registrarla por dentro; como habrían necesitado dos o tres días para completar la brigada, diseminada por los alrededores, y reunir el número de hombres necesario, el capitán, por orden de Roland, fue durante el día a poner al corriente al coronel de dragones, cuyo regimiento se encontraba de guarnición en Bourg, y pedirle doce hombres, que con los dieciocho del capitán formarían un total de treinta.

No sólo concedió el coronel sus doce hombres, sino que también, entendiendo que la expedición iba a ser dirigida por el jefe de brigada Roland de Montrevel, ayuda de campo del primer cónsul, declaró que quería además participar personalmente en la expedición al frente de sus doce hombres.

Roland aceptó su apoyo y quedó convenido que el coronel (nosotros empleamos indiferentemente el título de coronel o el de jefe de brigada, que designaba el mismo grado), y quedó convenido, decimos, que el coronel y doce dragones recogerían, al pasar, a Roland, al capitán y a sus dieciocho gendarmes, puesto que el cuartel de gendarmería se encontraba justamente camino de la Cartuja de Seillon.

La partida se fijó para las once.

A las once en punto el coronel de dragones y sus doce hombres se unían a los gendarmes, y los dos pelotones, reunidos en uno solo, se ponían en marcha. Roland, vestido de cuartel-maestre de gendarmería, se había dado a conocer a su colega el coronel de dragones, pero de cara los dragones y los gendarmes se había acordado que era sólo un cuartel-maestre destacado de la brigada de Lons-le-Saulnier.

Como habrían podido extrañarse que se les diese por guía a un cuartel-maestre que no conociese la zona, se les había hecho creer que Roland en su juventud había sido novicio de Seillon, noviciado que le había permitido conocer mejor que nadie los rodeos más misteriosos de la Cartuja.

En un primer momento, aquellos valientes militares se sintieron algo humillados al verse dirigidos por un ex-monje, pero al fin y al cabo, como este ex-monje llevaba su sombrero de tres picos con bastante coquetería, como su porte parecía el de un hombre que al vestir el uniforme había olvidado por completo que en otro tiempo había ceñido el hábito, habían acabado por tomar partido de esta humillación y reservarse el juicio definitivo sobre el cuartel-maestre hasta ver cómo manejaba el mosquete que llevaba bajo el brazo, las pistolas que tenía en la cintura y el sable que pendía de su costado.

Provistos de antorchas, se pusieron en marcha en tres pelotones y en el más profundo silencio; uno de ocho hombres dirigido por el capitán de gendarmes, otro de diez por el coronel, y otro de doce comandado por Roland.

Al salir de la ciudad se separaron.

El capitán de gendarmes, que conocía mejor las localidades que el coronel de dragones, con ocho hombres se encargó de vigilar la ventana de la Corrérie que daba al bosque de Seillon.

El coronel con diez hombres se encargó de guardar la puerta de entrada principal de la Cartuja.

Roland, con doce hombres, se encargó de penetrar en el interior; llevaba con él a cinco gendarmes y siete dragones.

Se dio media hora para que cada cual se situara en su puesto.

Al dar las once y media en la iglesia de Péronnas, Roland y sus hombres debían escalar el muro del huerto. El capitán de gendarmes siguió el camino de Pont-d'Ain hasta la orilla del bosque y, bordeándola, llegó al puesto que se le había indicado. El coronel de dragones tomó el camino travesero que empalma con el camino de Pont-d'Ain y que conduce a la puerta principal de la Cartuja. Finalmente, Roland embistió atravesando terreno y alcanzó el muro del huerto que, como ya sabemos, había escalado en otras dos ocasiones.

Al dar las once y media dio la señal a sus hombres y escaló el muro; gendarmes y dragones le siguieron. Después de saltar al interior de la cerca no podían decir aún que Roland fuese valiente, pero sí sabían que era ligero.

Roland les mostró en la oscuridad la puerta a la que debían dirigirse; era la que comunicaba el huerto con el claustro.

Después se lanzó el primero a través de las altas yerbas, empujó la puerta el primero y el primero se encontró dentro del claustro.

Todo estaba oscuro, mudo, solitario.

Sirviendo siempre de guía a sus hombres, Roland llegó el refectorio. En todas partes reinaban la soledad y el silencio.

Se metió bajo la bóveda y volvió a encontrarse en el huerto, sin haber espantado a más seres vivientes que a las lechuzas y murciélagos.

Quedaba la cisterna, la bóveda y la capilla.

Roland atravesó el espacio que le separaba de la cisterna. Al llegar a los escalones, encendió tres antorchas, se quedó con una, entregó las otras dos a un dragón y a un gendarme, y después levantó la piedra que disimulaba la escalera. Los gendarmes que seguían a Roland empezaban a creer que era tan bravo como listo.

Flanquearon el corredor subterráneo y entraron en la bóveda fúnebre.

Allí se sentía más que la soledad, más que el silencio: era la muerte.

Roland fue de tumba en tumba, rondando, explorando los sepulcros con la culata de una pistola que llevaba en la mano.

Todo quedó mudo.

Atravesaron la cueva fúnebre, encontraron la segunda reja y entraron en la capilla. El mismo silencio, la misma soledad; todo estaba abandonado, y se habría podido creer que desde años atrás. Roland se dirigió directo al coro; vio la sangre en las baldosas, que nadie se había tomado el trabajo de limpiar; lo habían registrado ya todo y no quedaba nada que esperar. Roland, sin embargo, no se quería retirar. Pensó que tal vez no le habían atacado a causa de su numerosa escolta, por lo que dejó a diez hombres y una antorcha en la capilla, les encargó que se pusiesen en contacto, a través de la ruinosa ventana, con el capitán de gendarmes, emboscado en la selva a pocos pasos de ella, y él con dos hombres se volvió por donde había salido.

Esta vez los dos hombres que seguían a Roland le juzgaron más que valiente: temerario. Pero Roland, no cuidando siquiera de si le seguían, volvió sobre sus propias huellas a falta de las de los bandidos. Los dos hombres le siguieron avergonzados.

Decididamente, la Cartuja estaba abandonada.

Al llegar frente de la puerta principal, Roland la abrió y se reunió con el coronel de dragones.

Nada habían visto ni oído.

Entraron todos juntos, cerrando y atrincherando la puerta para cortar la retirada a los bandidos, si tenían la suerte de encontrarlos, y fueron a reunirse con el resto de sus compañeros, que por otra parte se habían reunido con el capitán de gendarmes y sus ocho hombres. Esta fuerza los aguardaba en el coro.

Era preciso decidirse a la retirada: acababan de dar las dos de la madrugada y hacía tres horas que buscaban sin encontrar nada.

Roland, rehabilitado en el ánimo de los gendarmes y de los dragones, que encontraron en el ex-novicio algo distinto a lo que esperaban, dio a su pesar la señal de retirada abriendo la puerta de la capilla que daba al bosque.

Esta vez, como no esperaba ya encontrar a nadie, Roland se contentó con cerrar la puerta tras de sí. Después la pequeña escolta volvió a tomar a paso redoblado el camino de Bourg. El capitán de gendarmes, sus dieciocho hombres y Roland, se volvieron al cuartel después de haberse dado a conocer al centinela. El coronel de dragones y los doce hombres continuaron su camino y regresaron a la ciudad.

Este grito del centinela era el que había llamado la atención de Morgan y Valensolle, a la vuelta de los dieciocho hombres al cuartel, que había interrumpido su comida; y era en fin esta circunstancia imprevista lo que había hecho decir a Morgan:

—¡Atención!

En efecto, en la situación en que se encontraban los dos jóvenes, todo merecía atención. Así fue que la cena fue interrumpida; las mandíbulas dejaron de masticar para dejar a los ojos y a los oídos plena libertad para realizar sus propias funciones al máximo de su capacidad.

Muy pronto se vio que sólo los ojos estarían ocupados. Cada gendarme volvió sin luz a su respectivo aposento. Nada llamó pues la atención de los dos jóvenes en las numerosas ventanas del cuartel, de modo que pudieron concentrarse en un solo punto.

Entre todas aquellas ventanas oscuras, dos se iluminaron; quedaban enfrente de la estancia donde los dos amigos cenaban, pero instalados como estaban sobre las haces de forraje, Morgan y Valensolle quedaban, no sólo al nivel, sino aun por encima de ellos. Estas ventanas eran las del capitán de gendarmes.

Fuera por indolencia del capitán o por penuria del Estado, se habían olvidado guarnecerlas con cortinas, de suerte que, gracias a las dos velas de sebo encendidas por el oficial de gendarmes, podían ver lo que pasaba en aquel cuarto.

De repente Morgan agarró el brazo de su amigo y lo apretó con fuerza.

—¿Qué hay de nuevo? dijo éste.

Roland acababa de tirar su sombrero de tres picos sobre una silla, y Morgan le había reconocido.

—Roland de Montrevel, dijo, Roland disfrazado de cuartel-maestre: esta vez hemos dado con su pista, mientras que él busca todavía la nuestra. Conviene pues, no perderla.

—¿Qué haces? preguntó Valensolle, sintiendo que su amigo se apartaba de su lado.

—Voy a prevenir a nuestros compañeros; tú quédate y no le pierdas de vista; se quita el sable y las pistolas, es probable que va a pasar la noche en el pabellón del capitán: mañana le desafío a coger un camino cualquiera sin que alguno de nosotros le pise los talones.

Y Morgan, deslizándose por el forraje, desapareció a los ojos de su compañero, que, agachado como una esfinge, no perdía de vista a Roland de Montrevel.

Un cuarto de hora más tarde Morgan estaba de vuelta y las ventanas del oficial de gendarmes habían quedado oscuras como todas las demás del cuartel.

—¿Y ahora? preguntó Morgan.

—Ahora, respondió Valensolle, la cosa ha concluido de la forma más prosaica del mundo: se han desnudado, han apagado las velas y se han acostado, el capitán en su cama y Roland sobre un colchón; es probable que a estas horas estén los dos roncando a cuál mejor.

—En este caso, dijo Morgan, buenas noches para ellos y para nosotros también.

Diez minutos después este deseo se veía cumplido y los dos jóvenes dormían como si no tuvieran el peligro por compañero de cama.

CAPÍTULO III
LA CASA DE POSTAS

El mismo día, a eso de las seis de la mañana, es decir, durante el pardusco y frío amanecer de uno de los últimos días de febrero, un jinete, espoleando un corcel de posta y precedido de un postillón encargado de volverse con el caballo, salía de Bourg por el camino de Macón o de Saint-Julien.

Decimos por el camino de Macón o de Saint-Julien porque a una legua de la capital de la Broscia el camino se divide en dos brazos, que conducen uno, el que sigue recto, a Saint-Julien, y otro, que se desvía a la izquierda, a Macón.

Al llegar al cruce de los dos caminos, el jinete iba a tomar el de Macón cuando oyó una voz que salía, al parecer, de debajo de un carro volcado, e imploraba misericordia. El caballero dio orden al postillón para que viese qué pasaba.

Un pobre hortelano estaba atrapado, efectivamente, bajo un carro cargado de legumbres. Probablemente había tratado de sostenerlo en el momento en que la rueda, mordiendo en la zanja, perdía el equilibrio; el carro se le había caído encima, pero con tanta fortuna que esperaba, según decía él, no haberse roto ningún hueso, y sólo pedía que volviesen a levantar el carro sobre sus ruedas, pues él confiaba en levantarse solo sobre sus piernas.

El caballero era compasivo con su prójimo, porque no sólo permitió que el postillón se detuviese para sacar al hortelano de la trampa en que estaba, sino que él mismo echó pie a tierra y, con una fortaleza que se estaba lejos de esperar de un hombre de mediana estatura, como era él, no solamente ayudó al postillón a poner el carro sobre sus ruedas sino también sobre el pavimento del camino.

Después quiso ayudar al hombre a levantarse, pero éste había dicho la verdad: estaba sano y salvo, y si le temblaban algo las piernas era para justificar el refrán: que hay un Dios para los borrachos.

El hortelano se deshizo en muestras de agradecimiento, y agarró su caballo por la brida.

Los dos jinetes volvieron a montar; lanzaron sus caballos al galope, y desaparecieron por el camino de Macón.

Apenas desaparecieron, cuando el hortelano paró el carro, se llevó a la boca una corneta de caza y dio tres toques.

Un hombre a caballo salió del bosque que bordea el camino real.

El hortelano sacó de su carro un traje completo de caza, se despojó rápidamente de sus ropas, se lo endosó, y saltando sobre el caballo con la ligereza de un jinete consumado, le dijo:

—Preséntate esta noche a las siete entre San Justo y Ceyzériat; allí verás a Morgan, y le dices que el que él sabe va a Macón, pero que yo estaré allí antes que él.

Y en efecto, sin preocuparse por el carro de legumbres, que dejaba por otra parte al cargo de su criador el ex-hortelano, que no era otro que nuestro antiguo conocido Montbar, volvió la cabeza de su caballo hacia el bosque de Monnet y lo puso al galope.

No era aquel un mal jaco de posta como el que montaba Roland, sino, al contrario, un excelente caballo de carreras, por lo que entre el bosque de Monnet y Polliat, Montbar alcanzó y aun dejó atrás a los dos caballeros.

El caballo, excepto por un pequeño alto en Saint-Cyr-sur-Menthon, hizo de un solo golpe y en menos de tres horas las nueve o diez leguas que separan Bourg de Macón. Al llegar a Macón, Montbar se apeó en la casa de postas, la única que en aquella época tenía la fama de albergar a todos los viajeros de categoría. Se echaba de ver, por el agasajo con que Montbar fue recibido en la posada, que era un viejo conocido del dueño.

—¡Ah! sois vos, señor de Jayat, dijo el patrón; ayer estábamos hablando de si os habría pasado algo, porque hace más de un mes que no os hemos visto por estas tierras.

—¿Creéis que hace tanto tiempo como decís, amigo mío? dijo el joven afectando la tartamudez de moda; sí, es cierto, he estado con mis amigos, los Treffort, los Hautecourt; ya conocéis de nombre a estos caballeros, ¿no?

—¡Oh! de nombre y personalmente.

—Hemos juntos corrido a caballo; tienen unos coches excelentes: ¿pero se almuerza hoy en esta casa?

—¿Por qué no?

—Pues bien, hacedme traer un pollo, una botella de vino de Burdeos, un par de chuletas, frutas, cualquier cosa.

—Al instante. ¿Queréis se os sirva en vuestro cuarto o en el comedor?

—En el comedor, que es más alegre, sólo que quiero que me sirváis en una mesa exclusiva para mí. ¡Ah! no descuidéis mi caballo, es un animal excelente y lo quiero mucho.

El huésped dio sus órdenes, Montbar se sentó frente la chimenea, se remangó la hopalanda y se calentó las pantorrillas.

—¿Remudan todavía en vuestra casa las diligencias? preguntó al dueño como para no dejar caer la conversación.

—¿Los correos querréis decir?

—Es igual: necesito ir a Chambery uno de estos días, ¿de cuántos asientos disponen?

—Tres; dos en el interior y uno con el correo.

—¿Y es posible que haya para mí un asiento libre?

—Algunas veces se puede arreglar, pero lo mejor es tener siempre una calesa o un cabriolé para uno solo.

—¿Y no se puede pedir plaza con tiempo?

—No, porque ya comprenderéis, señor de Jayat, que si los viajeros los tienen pedidos anticipadamente desde París a Lyon no hay nada que hacer.

—¡Mirad a los aristócratas! contestó riendo. Y a propósito, se acerca uno en caballo posta al que he adelantado a un cuarto de legua de Polliat; me ha parecido que el animal que montaba era algo asmático.

—¡Ah! dijo el huésped, eso no debe sorprender; mis cofrades están tan mal provistos de caballos...

—Mirad, justamente aquí está nuestro hombre, repuso Montbar; creía haberle tomado más ventaja.

Al poco rato Roland entraba al galope en el patio.

—¿Tomáis el cuarto número 1, señor de Jayat? preguntó el dueño.

—¿A qué viene esta pregunta?

—Porque me parece que es el mejor, y si no lo tomáis se lo daremos al señor que llega, en caso de que quiera quedarse.

—¡Ah! no paséis cuidado por mí; todavía no sé si me marcho o me quedo. Si el recién llegado se queda, como vos decís, dadle el número 1; yo me contentaré con el 2.

—El almuerzo del caballero está servido, dijo el mozo desde la puerta que comunicaba la cocina con el comedor.

Montbar le indicó con la cabeza que lo había entendido y entró en el comedor al mismo tiempo que Roland entraba en la cocina.

La mesa estaba servida, en efecto; Montbar cambió su cubierto de lado, y se colocó volviendo la espalda a la puerta.

La prevención fue inútil; Roland no entró en el comedor.

A los postres, el dueño vino a traerle el café.

Montbar comprendió que el digno patrón tenía ganas de hablar, lo que no podía venirle mejor porque había algo que quería saber.

—¡Hola! preguntó Montbar, ¿qué se ha hecho nuestro hombre? Qué, ¿no hizo más que mudar de caballo?

—No, no, respondió el huésped; es como decíais, un aristócrata; ha pedido que le sirviese el almuerzo en su cuarto.

—¿En su cuarto o en el mío? preguntó Montbar, porque estoy seguro de que le habéis dado el famoso número 1.

—¡Caramba, señor de Jayal! Es culpa vuestra; vos me habéis dicho que podía disponer del cuarto.

—Y vos me habéis tomado la palabra, y habéis hecho bien; me contentaré con el número 2.

—¡Oh! donde estaréis mal, porque el cuarto sólo está separado del número 1 por un tabique y se oye todo lo que se hace y se dice de un cuarto al otro.

—¡Hola, señor huésped! ¿Pensáis acaso que he venido aquí para hacer barbaridades o cantar canciones sediciosas, y tenéis miedo que se oiga lo que diga o lo que haga?

—No es eso.

—¿Qué es pues?

—No me preocupa que vos molestéis a los otros, sino que ellos os molesten a vos.

—¡Bien! No creo que vuestro huésped sea un alborotador.

—No; pero tiene aire de oficial.

—¿Qué os lo hace pensar?

—Su aspecto, en primer lugar, y en segundo que se haya informado sobre el regimiento que está de guarnición en Macón; yo le he dicho que era el 7.° de cazadores de caballería. «Bueno, ha dicho, ya conozco al jefe de brigada; es un amigo mío, ¿puede vuestro mozo llevarle una carta y preguntarle si quiere venir a almorzar conmigo?»

—¡Ah! ¡Ah!

—¡Oficiales! No faltará ruido y camorras. Puede ser que no sólo almuercen, sino que coman y cenen aquí.

—Amigo mío, no tendré el placer de pasar la noche en vuestra casa, probablemente; espero por el correo interior cartas de París que harán decidir si me quedo o no; entre tanto, me haréis subir pluma, papel y tinta al cuarto número 2, haciendo el menor ruido posible para no incomodar a mi vecino.

Las órdenes fueron puntualmente ejecutadas, y él mismo subió tras el mozo de servicio para velar por que Roland no se viese incomodado por sus vecinos.

El cuarto era tal como había dicho el posadero; no se podía hacer un solo movimiento ni pronunciar una sola palabra que no se oyese en el otro. Así fue que Montbar oyó perfectamente cómo el mozo de la posada anunciaba a Roland la llegada del jefe de brigada Saint-Maurice, y en seguida los pasos de éste por el corredor y las exclamaciones que soltaron los dos amigos, contentos de verse.

Por su parte Roland, distraído un momento por el ruido del aposento vecino, lo había olvidado tan pronto cesó y no había ya peligro de que empezara de nuevo.

En cuanto Montbar se vio solo, se sentó a la mesa, sobre la cual habían dejado tinta, pluma y papel, y escuchó sin moverse. Los dos oficiales se habían conocido tiempo atrás en Italia, donde Roland se encontraba a las órdenes de Saint-Maurice, cuando éste era capitán y aquel sólo teniente.

En este momento la graduación de ambos era la misma, pero Roland, como delegado del primer cónsul y del prefecto de policía, ejercía mando sobre los oficiales del mismo grado, y en los límites de su misión aun sobre los de grado más alto.

Morgan no se había equivocado cuando supuso que el hermano de Amelia iba en tras los compañeros de Jehú; aun cuando las pesquisas nocturnas en la Cartuja de Seillon no hubiesen sido suficiente prueba, la conversación del joven oficial con su compañero, suponiendo que fuera escuchada, no dejaría lugar a dudas.

De modo que el primer cónsul enviaba cincuenta mil francos en efectivo a los padres de San Bernardo, a título de regalo; y que estos cincuenta mil francos iban remitidos por correo; pero los tales cincuenta mil francos no eran otra cosa que una especie de lazo, con el cual se esperaba prender a los desvalijadores de diligencias si no hubiesen sido sorprendidos ya en la Cartuja de Seillon o en algún otro escondite.

Pero faltaba saber cómo se les sorprendería. Ésta fue cuestión que debatieron largamente los dos oficiales mientras almorzaban.

A los postres, los dos estaban de acuerdo y el plan determinado.

La misma tarde Morgan recibía una carta, que decía así:

«El viernes próximo, a las cinco de la tarde, el correo partirá de París con cincuenta mil francos, destinados a los padres del Monte de San Bernardo.

»Los tres asientos, el del cupé y los dos del interior, están ya tomados por tres viajeros que subirán el primero en Sens y los otros dos en Tonnerre.

»Los viajeros serán: en el cupé, uno de los agentes más valientes del ciudadano Fouché; y en el interior, Mr. Roland y el coronel del 7.° de cazadores, de guarnición en Macón.

»Irán vestidos de paisano para no inspirar sospechas, pero armados hasta los dientes.

»Doce cazadores escoltarán el coche, pero a distancia.

»El primer disparo será la señal para caer sobre los salteadores.

»Mi opinión es que el ataque se efectúe en la Casa Blanca.

»Si se está conforme, que se me haga saber; yo soy quien conducirá el coche correo, de postillón, desde Macón a Belleville.

»Yo me encargo del jefe de brigada; hágalo uno de vosotros del agente del ciudadano Fouché.

»En cuanto a Mr. Roland, yo me encargo de impedirle bajar de la silla correo.

»La diligencia de Chambery pasará por la Casa Blanca el sábado a las seis de la tarde.

»Una sola palabra por respuesta en estos términos: sábado a las seis de la tarde, y todo seguirá adelante.

MONTBAR.»

A medianoche, Montbar, que se había quejado del ruido que hacía su vecino y había sido transferido a un cuarto situado al otro extremo de la fonda, fue despertado por un correo.

Traía una carta para Mr. de Jayat.

Aquella carta contenía lo siguiente:

«Sábado a las seis de la tarde.

MORGAN.»

»P. D. No olvidéis que la vida de Mr. Roland es sagrada.»

El joven leyó esta respuesta con visible placer; ya no se trataba de un simple asalto a la diligencia: esta vez se trataba de un lance de honor entre hombres de opiniones distintas, de un encuentro entre valientes.

No era solamente oro lo que se iba a derramar sobre el camino real, sino también sangre. No era con las pistolas sin bala del conductor, manejadas por mano de un niño, con

las que tendría que habérselas, sino con las armas mortíferas de militares acostumbrados a empuñarlas.

Además, tenían todo el día que iba a amanecer y también el siguiente para tomar sus medidas; Montbar se conformó pues con preguntar al palafrenero quién era el postillón de servicio que debía tomar a las cinco la diligencia en Macón y recorrer la posta o más bien las dos postas que se encuentran entre Macón y Belleville. Le encargó además que comprase cuatro armellas y dos candados que cerrasen con llave.

Sabía de antemano que el coche correo llegaba a las cuatro y media a Macón, que allí se comía y que volvía a partir a las cinco en punto. Todas las medidas de Montbar estarían tomadas, porque, una vez hubo hecho los encargos a su criado, le despidió y se dejó apresar por el sueño atrasado.

Al día siguiente no se despertó, o más bien, no bajó hasta las nueve de la mañana. Preguntó sin afectación noticias al huésped sobre su ruidoso compañero. Éste había salido a las seis de la mañana por la posta de Lyon a París con su amigo, el jefe de brigada de cazadores, y el huésped había creído oír que sólo habían reservado asiento hasta Tonnerre.

Por lo demás, al igual que Mr. de Jayat se interesaba por el joven oficial, éste por su parte lo hacía por él; había preguntado quién era, si acostumbraba a venir a la posada, y si le parecía que querría vender su caballo.

El huésped había contestado que conocía perfectamente a Mr. de Jayat, quien acostumbraba alojarse en su posada siempre que sus asuntos lo llamaban a Macón, y que en cuanto a su caballo, a juzgar por el cariño que el joven le profesaba, no creía que quisiese deshacerse de él a ningún precio, por lo que el viajero se había marchado sin insistir más.

Después del desayuno, Mr. de Jayat, que parecía estar muy desocupado, hizo ensillar su caballo, lo montó y salió de la ciudad por el camino de Lyon. Mientras estuvo dentro, permitió al caballo que marchase al paso que más le conviniese al elegante animal; pero una vez fuera, apretó las rodillas, presionándole los hijares: la señal era clara y el bruto se lanzó al galope.

Montbar cruzó los pueblos de Varennes y de Creches, y la Capilla de Grinchay, sin detenerse hasta la Casa Blanca.

El lugar era tal como había dicho Valensolle, y admirablemente escogido para una emboscada.

La Casa Blanca estaba situada al fondo de un pequeño valle entre una bajada y una subida; por un ángulo del huerto pasaba un arroyuelo sin nombre que iba a desembocar en el Saone, a la altura de Challe. Árboles corpulentos y copudos seguían la corriente del río y envolvían la casa formando un semicírculo. Ésta, después de haber sido en otro tiempo un mesón que fracasó, estaba cerrada desde hacía siete u ocho años y empezaba a arruinarse.

Antes de llegar a ella, viniendo de Macón, el camino formaba un recodo. Montbar lo examinó todo, cual lo haría un ingeniero encargado de escoger el terreno para un campo de batalla; sacó de su bolsillo un lápiz y una cartera y trazó un plano exacto de la posición; después regresó a Macón.

Al cabo de dos horas el palafrenero partía llevando este plano a Morgan y dejando a su amo el nombre del postillón que debía conducir el coche: se llamaba Antonio. Había hecho comprar además las cuatro armellas y los dos candados.

Montbar mandó subir una botella de Borgoña añejo y mandó llamar a Antonio. Diez minutos después Antonio entraba. Era un alto y arrogante mozo de veinticinco a veintiséis años, de la estatura de Montbar poco más o menos, de quien éste, después de examinarle de pies a cabeza, pareció quedar sumamente satisfecho.

El postillón se detuvo en el dintel de la puerta y, llevándose la mano a su sombrero como los militares:

—El ciudadano me ha hecho llamar, dijo.

—¿Sois vos Antonio? preguntó Montbar.

—Para serviros en lo que pueda a vos y a vuestra compañía.

—Sí, amigo mío, puedes servirme; cierra pues la puerta y ven acá.

Antonio cerró la puerta, se acercó hasta una distancia de dos pasos respecto a Montbar y, llevando de nuevo la mano a su sombrero:

—Mandad, mi señor.

—Antes que nada, dijo Montbar, si no encuentras inconveniente, vamos a beber un vaso de vino a la salud de tu querida.

—¡Oh! ¡Oh! ¿de mi querida? dijo Antonio; ¿creéis que la gente como nosotros tiene queridas? Eso vale para los señores como vos.

—¿Quieres hacerme creer, picarón, que con un garbo como el tuyo has hecho voto de continencia?

—¡Oh! yo no quiero decir que un servidor sea un fraile en cuanto a este punto; uno tiene por aquí y por allá algún amorcillo en el camino real.

—Sí, en cada taberna; por eso un servidor se detiene tan a menudo con los caballos de retorno para echar un trago y encender la pipa.

—¡Diablo! dijo Antonio con un intraducible movimiento de hombros, un hombre tiene que divertirse.

—Vamos, prueba este vino, muchacho, yo respondo de que no será él quien te haga llorar.

Y tomando un vaso lleno, Montbar hizo seña al postillón de que hiciese lo propio con el otro.

—A vuestra salud y a la de vuestra compañía.

Era ésta una locución familiar para el bravo postillón, una especie de extensión de cortesía que no necesitaba venir justificada por una compañía cualquiera.

—¡Ah! sí, dijo después de haber bebido y haciendo chasquear la lengua; esto sí que es vino añejo, y yo que me lo he echado al coleto sin catarlo antes, como si fuese clarete.

—Es una sinrazón, Antonio.

—Ya se ve que lo es.

—Vamos, dijo Montbar llenando un segundo vaso; por suerte todavía hay remedio.

—No más arriba del dedo, paisano, dijo el chistoso postillón alargando el vaso y poniendo el dedo al nivel del borde.

—Esperad, dijo Montbar en el momento en que Antonio iba a llevarse el vaso a la boca.

—Casi ya no llega a tiempo, dijo el postillón; iba a pasar el desgraciado. ¿Qué hay?

—Tú no has querido que yo brinde a la salud de tu querida, pero espero no rehusarás beber a la salud de la mía.

—¡Oh! Eso no se rehusa nunca; ¡a la salud de vuestra querida y de su compañía! Y se tragó el rojo licor, catándolo esta vez.

—Poco a poco, dijo Montbar, te has apresurado demasiado, amigo mío.

—¡Bah! dijo el postillón.

—Sí; supón que yo tenga muchas queridas: si no mencionamos a la salud de cuál bebemos; ¿cómo quieres que le aproveche?

—Tenéis razón, no me acordaba.

—Eso es muy triste y tenemos que volver a empezar, amigo mío.

—Pues volvamos a empezar. Con un hombre como vos, no es cuestión de hacer mal las cosas; ya que se ha cometido la falta, la falta se compensará.

Y Antonio alargó su vaso, que Montbar llenó hasta el borde.

—Ahora, continuó echando una ojeada a la botella y asegurándose de que estaba vacía, no debemos equivocarnos otra vez. ¿Su nombre?

—¡Por la bella Josefina! dijo Montbar.

—¡Por la bella Josefina! repitió Antonio. Y se tragó el Borgoña con una satisfacción que a todas luces iba en aumento.

Luego, después de haber bebido y de haberse enjugado los labios con la manga, en el momento de dejar el vaso sobre la mesa:

—¡Eh! dijo, un instante, paisano.

—¡Bueno! dijo Montbar, ¿hay algo más que no marche?

—Ya lo creo; hemos cometido un disparate y ya no podemos repararlo?

—¿Cuál?

—La botella está vacía.

—Esta sí, pero aquélla no.

Y Montbar alcanzó del ángulo de una chimenea una botella destapada.

—¡Ah! ¡ah! dijo Antonio, cuyo semblante se iluminó con una radiante sonrisa.

—¿Conque hay remedio? preguntó Montbar.

—Sí lo hay, contestó Antonio.

Y alargó su vaso, que Montbar llenó con la misma conciencia que las tres veces anteriores.

—Muy bien, dijo el postillón mirando a la luz el líquido rubí que chispeaba en su vaso; decía pues, que habíamos bebido a la salud de la bella Josefina, pero hay una endemoniada legión de Josefinas en Francia.

—Es muy cierto; ¿y cuántas supones tú que hay, Antonio?

—Yo creo que pasan de cien mil.

—Estoy de acuerdo, ¿y bien, qué?

—Que sobre estas cien mil me parece que no habrá más que una décima parte de hermosas.

—Es demasiado.

—Pongamos una vigésima parte.

—Bueno.

—Hacen cinco mil.

—¿Sabes que estás muy fuerte de aritmética?

—Si soy hijo de un maestro de escuela.

—Bueno, ¿y qué?

—¿A la salud de cuál de estas cinco mil hemos bebido?

—Tienes razón, Antonio; es preciso añadir el apellido al nombre de pila; a la salud de la bella Josefina...

—Aguardad, el vaso está ya empezado y no puede servir: es preciso, para que el brindis aproveche, vaciarlo y volverlo a llenar.

Antonio se llevó el vaso a la boca.

—Ya está vacío, dijo.

—Ya vuelve a estar lleno, dijo Montbar poniéndolo en contacto con la botella.

—Vamos, decid a la salud de la bella Josefina ...

—¡A la salud de la bella Josefina... Lollier!

Y Montbar vacío su vaso.

—¡Cuerpo de Dios! dijo Antonio; Josefina Lollier, la conozco muy bien.

—¿Y quién te dice lo contrario?

—Josefina Lollier es la hija del dueño de postas de Belleville.

—Cabalmente.

—¡Diantre! dijo el postillón, no podéis quejaros, paisano; vaya un pimpollo de niña; ¡a la salud de la bella Josefina Lollier!

Y se bebió el quinto vaso de Borgoña.

—Y ahora, preguntó Montbar, ¿sabes para qué te he hecho subir?

—No, pero sea para lo que sea no me sabe mal.

—Vamos, que ya sé yo que eres una buena pieza.

—¡Oh! sí; soy lo que se llama un buen diablo.

—Pues voy a decírtelo.

—Soy todo oídos.

—¡Aguarda! creo que oirás todavía mejor si tienes el vaso lleno que si lo tienes vacío.

—¿Habéis sido médico de sordos? preguntó el postillón tartamudeando.

—No; pero he tenido trato frecuente con borrachos, contestó Montbar llenando de nuevo el vaso de Antonio.

—No porque el vino guste se ha de estar borracho, dijo Antonio.

—Soy de tu parecer, mi valiente amigo, replicó Montbar; no se está borracho sino cuando no se sabe llevar.

—Muy bien dicho, repuso Antonio, que parecía llevarlo a las mil maravillas, ya os escucho.

—Me has dicho que no sabías para qué te había hecho subir.

—Sí, lo he dicho.

—Sin embargo, ya debes pensar que era para algún fin en concreto.

—Todos tenemos uno, bueno o malo, según predica nuestro cura.

—Pues bien, el mío, amigo, es entrar por la noche en el patio de maese Nicolás Dionisio Lollier, dueño de la casa de postas de Belleville.

—De Belleville, repitió Antonio, que seguía las palabras de Montbar con toda la atención de que era capaz; ¿vos queréis entrar sin ser reconocido en el patio de maese Nicolás Dionisio Lollier, dueño de la casa de postas de Belleville, para ver a vuestras anchas a la bella Josefina? ¡Ah! ya sois un buen pájaro.

—Sí, mi querido Antonio. Quiero entrar sin ser reconocido, porque el padre lo ha descubierto todo y ha prohibido a su hija que me reciba.

—Bien, ¿y qué puedo hacer yo?

—Tienes todavía las ideas oscuras, Antonio; bebe este vaso de vino para aclararlas.

—Tenéis razón, dijo Antonio.

Y apuró su sexto vaso de vino.

—¿Qué puedes hacer, Antonio?

—Sí, ¿qué puedo hacer yo? Eso es lo que pregunto.

—Tú lo puedes hacer todo, amigo mío.

—¿Yo?

—Tú.

—¡Ah! me gustaría mucho saberlo; iluminadme, iluminadme.

Y alargó su vaso.

—¿No conduces mañana el correo de Chambery?

—Un poco; a las seis.

—Pues bien, supongamos que Antonio sea un buen muchacho.

—Ya está supuesto, porque lo es.

—Pues bien, he aquí lo que hace Antonio.

—Veamos qué es lo que hace.

—En primer lugar apura su vaso.

—Eso no es difícil; ya lo está.

—Después toma estos diez luises.

Montbar alineó diez luises sobre la mesa.

—¡Ah! ¡ah! dijo Antonio, de los amarillos, de los de verdad; yo creía que estos demonios habían emigrado todos.

—Pues ya ves que todavía quedan.

—¿Y qué ha de hacer Antonio para que pasen a su bolsillo?

—Que Antonio me preste su mejor vestido de postillón.

—¿A vos?

—Y que me ceda su puesto mañana por la tarde.

—¡Ah! sí, para que podáis ver a la bella Josefina sin ser reconocido.

—¡Vamos pues! Yo llego a las ocho a Belleville, entro en la cuadra, digo que los caballos están fatigados y los hago descansar hasta las diez, y de las ocho a las diez...

—Ni visto ni conocido, se burló al padre Lollier.

—Pues eso mismo, ¿estamos, Antonio?

—Sí, estamos; cuando uno es joven es del partido de los jóvenes; cuando es muchacho es del partido de los muchachos, y cuando sea viejo y padre será del partido de los padres y los viejos y gritará: ¡vivan las quijadas!

—Así, pues, mi bravo Antonio, tú me prestas tu más hermosa chaqueta y tus mejores calzones.

—Justamente tengo una chaqueta y unos calzones que todavía no he estrenado.

—Y me cedes tu puesto.

—Con mucho gusto.

—Y yo te doy estos cinco luises por adelantado.

—¿Y el resto?

—Mañana al calzarme las botas; pero tendrás una precaución...

—¿Cuál?

—Se habla mucho de unos salteadores que desvalijan las diligencias; te preocuparás de poner pistoleras en la silla del conductor.

—¿Para qué?

—Para meter pistolas.

—¡Vamos! No vayáis a hacer mal a esa buena gente.

—¿Cómo? ¿Buena gente llamas a unos ladrones que desvalijan las diligencias?

—No son ladrones los que roban el oro del gobierno.

—¿Ésa es tu opinión?

—Y la de muchos otros también. En cuanto a mí, si fuera juez, no les impondría ninguna pena.

—¿Y aun beberías a su salud?

—De mil amores, con tal que el vino fuese bueno.

—Pues te desafío, dijo Montbar vertiendo en el vaso de Antonio lo que quedaba de la segunda botella.

—No sabéis el refrán, dijo el postillón.

—¿Cuál?

—No se debe desafiar a un loco a que haga locuras. ¡A la salud de los compañeros de Jehú!

—Así sea, dijo Montbar.

—¿Y los cinco luises? repuso Antonio dejando el vaso sobre la mesa.

—Aquí están.

—Gracias; tendréis pistoleras en vuestra silla, pero creedme, no metáis pistolas dentro, o si las metéis, haced como el padre Gerónimo, el conductor de Génova, no las carguéis con balas.

Y tras esta recomendación filantrópica el postillón se despidió de Montbar y bajó las escaleras cantando unas coplas con voz vinosa.

Montbar siguió concienzudamente al cantor hasta al fin de la segunda copla, pero por mucho interés que tomase en el romance de maese Antonio, como su voz se perdió a lo lejos, tuvo que dar su pésame al resto de la canción.

CAPÍTULO IV
EL CORREO DE CHAMBERY

A las cinco de la tarde del siguiente día Antonio, sin duda para no retrasarse, enjaezaba ya en el patio de la casa de postas los tres caballos que se debían llevar la diligencia.

Siguiendo la recomendación que le había hecho Montbar, la silla del conductor estaba guarnecida con pistoleras. De rato en rato, yendo y viniendo, se volvía hacia la ventana de un pequeño aposento que comunicaba con el patio por una escalera de servicio. Esta ventana, cuya cortina estaba ligeramente descorrida, permitía al que, o a la que estuviese dentro, ver a través del crepúsculo de una tarde de invierno lo que pasaba en el patio. Se diría que Antonio daba cuenta de cada una de sus acciones y gestos a algún observador desconocido oculto tras aquella cortina.

A las cinco y treinta minutos se oyeron las ruedas de un carruaje y los chasquidos del látigo del postillón.

Un instante después el coche entraba a galope tendido en la cuadra de la posada y se colocó bajo las ventanas del aposento que tanto había parecido preocupar a Antonio, es decir, a tres pasos del último peldaño de la escalera de servicio.

Si alguno, por poco interés que tuviera en ello, hubiese puesto su atención en tan pequeño detalle, habría podido observar que la cortina de la ventana se separaba de un modo casi imprudente para permitir a la persona que habitaba el aposento ver a los que bajaban de la silla de posta. Tres hombres se apearon con la prisa de los viajeros hambrientos, y se dirigieron hacia el comedor.

Apenas hubieron entrado, se vio bajar por la escalera a un elegante postillón no calzado todavía con sus gruesas botas, sino con unos escarpines, por encima los cuales trataba de pasárselas. Este postillón dejó oír un pequeño silbido, que por suave que fuese bastó para llamar la atención de Antonio, que acudió trayendo sus gruesas botas y su hopalanda.

El elegante postillón se puso la hopalanda y las botas de Antonio, y le deslizó en las manos cinco luises.

Antonio entró con presteza en la cuadra, donde se escondió en el rincón más oscuro.

En cuanto a Leprêtre, confiado en el cuello de la hopalanda que le ocultaba la mitad de la cara, fue derecho a los tres caballos ataviados previamente por Antonio, metió un par de pistolas de dos tiros en los arzones, y aprovechándose del aislamiento en que estaba la silla de correo, clavó, con la ayuda de un puntero agudo, en la madera de las portezuelas, cuatro armellas. Acto seguido enganchó los caballos con una destreza que indicaba que estaba familiarizado con todos los detalles del arte, llevado tan lejos en nuestros días por esa honorable especie de sociedad que llamamos los caballeros riders.

Hecho esto, esperó, calmando con palabras y látigo, sabiamente combinados, a los caballos que se impacientaban.

Ya se sabe con qué rapidez se despachaban las comidas de los infelices condenados al régimen de la silla de posta.

No había pasado aún media hora, cuando se oyó la voz del conductor que gritaba:

—Vamos, ciudadanos, al coche.

Leprêtre se mantuvo cerca de la portezuela, y reconoció perfectamente a Roland y al jefe del 7.° de cazadores, quienes tomaron asiento en el interior sin poner atención en el postillón.

Cerró las portezuelas, pasó dos cadenas por las armellas, y dio giró la llave.

Después, al dar la vuelta al coche, fingiendo que se le había caído el látigo frente a la otra portezuela, se agachó, pasó el segundo candado por las otras dos armellas y giró la otra llave llave al levantarse. Seguro de que los dos oficiales estaban bien sujetos, montó en su caballo.

En efecto, el viajante del cupé estaba ya en su asiento cuando el conductor discutía todavía sobre la cuenta con el dueño de la posada.

—¿Partimos esta tarde, esta noche, o mañana por la mañana, padre Francisco? gritó el falso postillón imitando a las mil maravillas la voz del verdadero.

—Bueno, bueno, en seguida, respondió el conductor.

Después, mirando a su alrededor:

—¡Toma! ¿dónde están los viajeros? preguntó.

—Aquí estamos, dijeron a la vez los dos oficiales desde el interior del coche y el agente desde el cupé.

—¿Esta bien cerrada la portezuela? insistió el padre Francisco.

—¡Oh! yo respondo de ello, dijo Leprêtre.

—Pues entonces, en camino, mala tropa, gritó el conductor trepando al estribo.

El postillón no se lo hizo repetir; hundió sus espuelas en el vientre del caballo y la silla de correo partió al galope.

Leprêtre conducía el carruaje como si no hubiese hecho otra cosa en su vida; atravesó toda la ciudad haciendo bailar los vidrios y temblar las casas; jamás un verdadero postillón

había hecho chasquear un látigo con tanta gracia. A la salida de Macón, vio un pequeño grupo de jinetes: eran los doce cazadores que debían seguir el correo sin parecer escoltarlo. El jefe de brigada pasó la cabeza por la portezuela, e hizo una señal al cuartel-maestre que los mandaba.

Leprêtre hizo como que no reparaba nada, pero al cabo de quinientos pasos, haciendo chasquear el látigo, volvió la cabeza y vio que la escolta se había puesto en marcha.

—Esperad, hijos míos, dijo Leprêtre; os voy a hacer tragar mucho polvo.

Y redobló los espolazos y latigazos.

Los caballos parecían tener alas; el coche volaba sobre el pavimento.

El conductor se inquietó.

—¡Eh, Antonio! gritó, ¿estás borracho, por casualidad?

Leprêtre continuó sin hacer caso.

—Pero, por vida de sanes, gritó Roland asomando la cabeza por la portezuela, a ese paso la escolta no podrá seguirnos.

—¿Oyes lo que te dicen? gritó el conductor.

—No, respondió Leprêtre, no oigo.

—Pues bien, te advierten de que si andas a este paso la escolta no podrá seguir.

—¿Escolta tenemos? preguntó Leprêtre.

—Sí, hombre; porque llevamos dinero del gobierno.

—Eso es otra cosa; ya podíais decirlo desde el principio.

Y en lugar de contener su carrera, el coche ganó más velocidad.

—Pues bien; si tenemos un accidente, te levanto el cráneo de un pistoletazo.

—¡Bueno! dijo Leprêtre, ya las conocemos: no tienen balas.

—Puede, pero las hay en las mías, gritó el agente de policia.

—Eso se verá a su tiempo, respondió Leprêtre.

Y continuó su carrera sin hacer caso de las observaciones. Atravesaron como un relámpago la población de Varennes, la de la Creche y el pequeño pueblo de la Capilla de Grinchay.

Apenas faltaba un cuarto de legua para llegar a la Casa Blanca.

Los caballos estaban bañados en sudor y relinchaban de rabia.

Leprêtre dirigió la vista tras de sí; a más de mil pasos de la silla de posta brillaban las chispas bajo los cascos de los caballos. Delante de Leprêtre había una cuesta, y se lanzó con la celeridad del relámpago.

El conductor dejó de gritar porque advirtió que conducía una mano potente y hábil a la vez. De todos modos, el jefe de escolta miraba de cuando en cuando por la portezuela para ver a qué distancia quedaban sus hombres.

A la mitad de la pendiente Leprêtre era dueño de sus caballos sin haber dado indicios ni por un solo momento de que quisiese aflojar su carrera. De repente, Leprêtre se puso a cantar en voz alta el Réveil du peuple: ésta era la canción de los realistas, como la Marsellesa lo era de los jacobinos (4).

—¿Qué hace ese bribón? gritó Roland; decidle que se calle, conductor, o le mando una bala.

Iba tal vez el conductor a repetir al postillón la amenaza de Roland, cuando le pareció ver una línea negra que cortaba el paso del camino.

Al mismo tiempo, una voz atronadora gritó:

—¡Alto ahí, conductor!

—Postillón, pasad por encima de esos bandidos, gritó el agente de policía.

—¿Por qué no vais vos? dijo Leprêtre. ¿Tan fácilmente se pasa sobre el vientre de los amigos? ¡Sooo!

El coche se paró como por encanto.

—¡Adelante, adelante! gritaron a la vez Roland y el jefe de la escolta.

—Tú vas a pagar por todos, gritó el agente de policía saltando del cupé y dirigiendo una pistola sobre Leprêtre.

Pero no había acabado, cuando Leprêtre, previniéndole, hizo fuego y cayó mortalmente herido bajo las ruedas.

—¡Conductor! gritaban los dos oficiales, ¡por todos los truenos del cielo, abrid!

—Señores, dijo Morgan adelantándose, nosotros no os queremos mal; solamente pedimos el dinero del gobierno. Así pues, conductor, los cincuenta mil francos, y pronto.

Dos tiros, salidos del interior, fueron la respuesta de los oficiales, que trataban vanamente de salir por las vidrieras.

Se oyó un grito de rabia, al tiempo que un relámpago iluminaba el camino.

El jefe del 7.° de cazadores lanzó un suspiro y cayó sobre Roland.

Roland hizo fuego con su segunda pistola, pero nadie le respondió.

Encerrado como estaba, no podía servirse de su sable, y aullaba de cólera.

Durante ese tiempo, se forzó al conductor a entregar el dinero.

Leprêtre montó un caballo perfectamente ensillado que le traían.

—Recuerdos al primer cónsul, señor de Montrevel, gritó Morgan.

Y volviéndose hacia sus compañeros:

—¡Dispersaos! Ya sabéis cuándo es la cita; hasta mañana por la tarde...

—Sí, sí, respondieron diez o doce voces.

Los jinetes se dispersaron como una bandada de pájaros, desapareciendo en el valle bajo la sombra de los árboles.

En aquel momento se oyó el galope de los caballos, y la escolta, atraída por los disparos, apareció en la cumbre de la cuesta.

Pero llegó demasiado tarde: no encontró más que al conductor sentado a la orilla del camino, los cadáveres del agente de policía y de su jefe, y a Roland prisionero y rugiendo como un león que muerde las barras de su jaula.

CAPÍTULO V
LA RESPUESTA DE LORD GREENVILLE

Mientras se producían los sucesos que acabamos de referir, ocupando toda la atención de la gente y los periódicos de la provincia, en París se preparaban otros acontecimientos mucho más graves, que iban a ocupar la atención de la gente y los periódicos del mundo entero.

Lord Tanley había vuelto con la respuesta de su tío, que era una carta dirigida a Mr. de Talleyrand, y una nota para el primer cónsul.

La carta estaba formulada en estos términos:

«Downing Street, 14 de febrero de 1800.

»Muy señor mío:

»Recibí y puse a la vista del rey la carta que me transmitisteis por conducto de mi sobrino lord Tanley. S. M., no viendo ninguna razón para apartarse de las fórmulas por largo tiempo establecidas en Europa para tratar de negocios con los Estados extranjeros, me ha ordenado que os haga pasar en su nombre la respuesta oficial que os adjunto.

»Tengo el honor de quedar con la más alta consideración vuestro muy humilde y obediente servidor.

»GREENVILLE.»

La respuesta era seca, la nota concisa.

Además, el primer cónsul había escrito una carta autógrafa al rey Jorge, y éste, no apartándose de las fórmulas establecidas en Europa para tratar con los Estados extranjeros, respondía por una simple nota de letra del primer secretario.

Es verdad que la nota iba firmada Greenville. No era más que una larga recriminación contra Francia, contra el espíritu de desorden que la agitaba, contra los temores que este espíritu de desorden inspiraba a toda Europa, y sobre la necesidad que el cuidado de su propia observación imponía a todos los soberanos reinantes de reprimirla. En una palabra, significaba la continuación de la guerra.

Al leerla, los ojos de Bonaparte brillaron con aquella llama que precedía en él a los grandes acontecimientos, y la estrujó en su mano con reconcentrada cólera.

—Entonces, milord, dijo volviéndose hacia lord Tanley, ¿es esto todo lo que habéis conseguido de vuestro tío?

—Sí, ciudadano primer cónsul.

—¿Vos no habéis pues repetido verbalmente a vuestro tío todo lo que yo os había encargado que le dijeseis?

—Lo he hecho sin que faltase una sílaba.

—Entonces, ¿no le habéis dicho que hace dos o tres años que vivís en Francia, que la habéis visto, que la habéis estudiado, que es fuerte, poderosa, feliz, deseosa de la paz, pero preparada para la guerra?

—Todo eso le he dicho.

—¿Y no habéis añadido que es una guerra insensata la que nos hacen, que este espíritu de desorden del que hablan —que no es, a todo tomar, más que una desviación provocada por la libertad demasiado tiempo comprimida—, era preciso encerrarlo dentro de la propia Francia en pro de una paz universal; que esta paz era el único cortafuegos que podría impedirle traspasar nuestras fronteras; que encendiendo en Francia el volcán de la guerra, Francia va a derramarse como la lava sobre el extranjero? Italia es libre, dice el rey de Inglaterra; pero libre, ¿de quién? De sus libertadores; Italia es libre, ¿pero por qué? Porque yo conquistaba Egipto desde el Delta a la tercera catarata; Italia es libre porque yo no estaba en Italia; pero dentro un mes puedo estar allí, y para reconquistarla desde los Alpes al Adriático; no necesito más que una batalla. ¿Qué os figuráis que hace Macena defendiendo Génova? Me está esperando. ¡Ah! los soberanos de Europa necesitan la guerra para asegurar su corona. Pues bien, milord, yo soy quien os lo digo: daré tal sacudida a Europa que la corona les temblará sobre la frente. ¡Quieren guerra! Está bien. ¡Bourrienne! ¡Bourrienne!

La puerta que comunicaba del gabinete del primer cónsul con el del primer secretario se abrió con precipitación, y Bourrienne se presentó con una expresión tan espantada como si hubiese creído que Bonaparte gritaba socorro. Le vio muy enfadado, retorciendo la nota diplomática con una mano, y dando golpes con la otra sobre el bufete, y a lord Tanley tranquilo, de pie, y mudo a tres pasos de él. Comprendió desde luego que era la respuesta de Inglaterra lo que irritaba al primer cónsul.

—¿Me habéis llamado, general? dijo.

—Sí, contestó el primer cónsul; poneos aquí, y escribid.

Y con voz sofrenada, sin pensar los términos, antes al contrario, como si estos se empujasen a las puertas de su espíritu, dictó la siguiente proclama:

«¡Soldados!

»Al prometer la paz al pueblo francés, yo he sido vuestro órgano. Conozco vuestro valor. Sois los mismos hombres que conquistaron el Rhin, Holanda, Italia, y que concedieron la paz bajo los muros de la atónita Viena.

»¡Soldados! no se trata ya de defender nuestras fronteras, se trata de invadir los Estados enemigos.

»¡Soldados! ¡cuando llegue el momento yo estaré entre de vosotros, y Europa, admirada, se acordará de que sois de la raza de los valientes!»

Bourrienne alzó la cabeza aguardando la continuación.

—Nada más, dijo Bonaparte.

—¿Añado las palabras sacramentales: Viva la República?

—¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque hace más de cuatro meses que no habéis dictado ninguna proclama, y podría haber algún cambio en las fórmulas ordinarias.

—La proclama va bien tal como está, dijo Bonaparte, no añadáis nada.

Y tomando una pluma, aplastó, más bien que escribió, su firma al pie de la proclama. Entregándosela después a Bourrienne:

—Que mañana aparezca en El Monitor, le dijo.

Bourrienne se fue llevándose la proclama.

Bonaparte se quedó solo con lord Tanley; paseó un momento de un extremo a otro del aposento como si hubiese olvidado su presencia; pero, parándose de repente ante el inglés:

—¿Creéis, milord, haber obtenido de vuestro tío todo cuanto habría podido otro en vuestro lugar?

—Más, ciudadano primer cónsul.

—Más, más; ¿qué habéis conseguido, pues?

—Creo que el ciudadano primer cónsul no ha leído la nota con toda la atención que merece.

—Estoy seguro de que sí.

—Entonces el ciudadano primer cónsul no ha pesado el valor de cierto párrafo, no ha sopesado las palabras.

—¿Lo creéis así?

—Estoy seguro, y si me permitiera leer el párrafo al cual hago alusión...

Bonaparte aflojó la mano en que estaba la nota arrugada, la desplegó y se la entregó, diciéndole con impaciencia contenida:

—Leed.

Sir John echó la vista sobre la nota, que le parecía familiar, se detuvo en el décimo párrafo y leyó:

«La mejor, la más segura garantía de la realidad de la paz, así como de su perdurabilidad, sería la restauración de esta línea de príncipes que durante tantos siglos conservaron a la nación francesa la prosperidad dentro sus fronteras, y la consideración y el respeto fuera de ellas. Esta ventaja apartaría y apartará en todo tiempo los obstáculos que se encuentran en el camino de las negociaciones y de la paz, garantizaría a Francia el disfrute tranquilo de su antiguo territorio, y procuraría a todas las demás naciones de Europa la tranquilidad y la paz, la seguridad que ahora se ve obligada a buscar por otros medios.»

—¡Y bien! dijo Bonaparte impaciente, eso ya lo tengo leído y comprendido perfectamente. Sed un Monck, trabajad por otro, y se os perdonarán vuestras victorias, vuestra fama, vuestro genio; ¡rebajaos y se os permitirá ser grande!

—Ciudadano primer cónsul, dijo lord Tanley, nadie mejor que yo sabe la diferencia que va de Monck a vos, y cuánto le aventajáis en genio y fama.

—Pues entonces ¿qué me decís?

—No os leo este párrafo, replicó sir John, sino para rogaros que deis al que sigue su verdadero valor.

—Veamos el que sigue, dijo Bonaparte conteniendo su impaciencia.

Sir John continuó:

«Pero por más ventajoso que sea semejante aserto para toda la Francia y para el mundo, S. M. no limita exclusivamente a este punto, a esta forma, la posibilidad de una pacificación sólida y segura.»

Sir John cargó la voz sobre estas últimas palabras.

—¡Ah! ¡ah! dijo Bonaparte.

Y se acercó con viveza a sir John.

El inglés continuó:

«S. M. no tiene la pretensión de prescribir a Francia la forma de su gobierno, ni en qué manos coloca la autoridad necesaria para conducir los negocios de una grande y poderosa nación.»

—Volvedlo a leer, caballero, dijo vivamente Bonaparte.

—Volvedlo a leer vos mismo, respondió sir John.

Y le alargó la nota. Bonaparte volvió a leerla.

—¿Sois vos, milord, quien ha hecho añadir ese párrafo?

—Yo insistí al menos porque fuese puesto.

Bonaparte reflexionó.

—Tenéis razón, dijo, la vuelta de los Borbones no es ya una condición sine qua non. Soy aceptado, no sólo como potencia militar, sino como poder político.

Y tendiendo la mano a sir John:

—¿Tenéis algo que pedirme, milord?

—Lo único que ambiciono, os lo ha pedido ya mi amigo Roland.

—Y yo le he respondido, milord, que vería con placer un matrimonio entre su hermana y vos; si yo fuese más rico o vos lo fueseis menos, os ofrecería dotarla; sir John hizo un movimiento; pero ya sé que vuestra fortuna basta para dos, y aun, añadió sonriéndose, puede bastar para más. Os dejo pues la alegría de dar la felicidad a la mujer que amáis.

Después llamando:

—¡Bourrienne!

Bourrienne apareció.

—Ya se ha marchado, general.

—Bien, dijo el primer cónsul, no te llamo para eso.

—Espero vuestras órdenes.

—A cualquier hora del día o de la noche que se presente lord Tanley, me alegraré mucho de recibirle sin que se le haga esperar, ¿lo oís, mi querido Bourrienne? ¿Lo oís, milord?

Lord Tanley se inclinó en señal de agradecimiento.

—Y ahora, dijo Bonaparte, presumo que lleváis prisa en salir para el castillo de Fuentes Negras; no quiero deteneros, ni exijo más que una condición.

—¿Cuál, general?

—Que si os necesito para una nueva embajada...

—Eso no es una condición, ciudadano primer cónsul, es un favor.

Lord Tanley se inclinó y salió.

Cuando Bourrienne se preparaba a seguirle, se abrió la puerta y Fouché apareció.

—¿Qué hay? dijo Bonaparte, parecéis completamente trastornado. ¿Acaso me han asesinado?

—Ciudadano primer cónsul, dijo el ministro, dais mucha importancia a la destrucción de esas bandas que se intitulan los compañeros de Jehú, ¿no?

—Sí, ya veis que he enviado al mismo Roland en persona para perseguirlos. ¿Se tienen noticias de ellos?

—Sí, se tienen.

—¿Por quién?

—Por su mismo caudillo.

—¡Cómo! ¿por su caudillo?

—Ha tenido la audacia de darme cuenta de su última expedición.

—¿Contra quién?

—Contra los cincuenta mil francos que enviasteis a los padres de San Bernardo.

—¿Y qué se han hecho?

—¿Los cincuenta mil francos?

—Sí.

—Han ido a parar a sus manos, y este caudillo me anuncia que pronto se hallarán en las de Cadoudal.

—¿Entonces Roland ha muerto?

—No.

—¿Cómo no?

—Mi agente ha muerto, el jefe de Brigada Saint-Maurice ha muerto; pero vuestro ayudante de campo se encuentra sano y salvo.

—Entonces se ahorcará, dijo Bonaparte.

—¿Y qué iría a ganar? La cuerda se rompería, ya conocéis su buena suerte.

—O su desgracia. Sí, ¿dónde está esta relación?

—¿Querréis decir la carta?

—La carta, la relación, la cosa, en fin, sea cual fuere, en que se os comunican las noticias que me referís.

El prefecto de policía presentó al primer cónsul un papelito doblado con elegancia dentro una cubierta perfumada.

—¿Qué es esto?

—La cosa que pedís.

Bonaparte leyó:

—«Al ciudadano Fouché, prefecto de policía, en su palacio, París.»

Bonaparte lo abrió y leyó:

«Ciudadano prefecto: tengo el honor de anunciaros que los cincuenta mil francos destinados a los padres del monte de San Bernardo han pasado a nuestro poder en la noche del 20 de febrero, y que de aquí a ocho dias estarán en poder de Cadoudal.

»Todo ha ido a pedir de boca, excepto la muerte de vuestro agente y la del jefe de brigada Saint-Maurice; en cuanto a Mr. Roland, tengo la satisfacción de deciros que no le ha sucedido nada de que pueda quejarse; no olvido que él fue quien me introdujo en el Luxemburgo.

»Os escribo yo, ciudadano prefecto, porque presumo que a estas horas Mr. Roland de Montrevel está demasiado ocupado persiguiéndonos para poder hacerlo por sí mismo.

»Pero al primer momento de reposo que tenga, estoy seguro de que os dirigirá una relación detallada de todos los pormenores, en los cuales yo no puedo entrar por falta de tiempo y de facilidad para escribiros.

»A cambio del servicio que os hago, ciudadano prefecto, os ruego que me hagáis otro, y es el de tranquilizar sin demora a Mme. de Montrevel sobre la vida de su hijo,

MORGAN.»

»Desde la Casa Blanca, camino de Macón a Lyon, sábado a las nueve de la noche.»

—¡Ah! Pardiez, dijo Bonaparte; eso sí que es un atrevimiento inesperado.

Después, arrojando un suspiro:

—¡Qué capitanes y qué coroneles serían de mi lado todos esos hombres!

—¿Qué ordena el primer cónsul? preguntó el prefecto de policía.

—Nada; eso toca a Roland, su honor está empeñado, y puesto que no ha muerto, tomará su revancha.

—¿Entonces el primer cónsul no se ocupa ya de este asunto?

—De momento no, por lo menos.

Volviéndose después hacia su secretario:

—Otros gatos tenemos que azotar, dijo, ¿no, Bourrienne?

Éste contestó con un signo afirmativo.

—¿Cuándo deseáis volverme a ver?

—Esta noche a las diez, estad aquí; levantaremos la casa dentro de ocho días.

—¿A dónde os mudáis?

—A las Tullerías.

Fouché hizo un gesto de estupefacción.

—Es contra vuestro parecer, ya lo sé, dijo el primer cónsul; pero yo os lo daré todo marcado y no tendréis más que obedecer.

Fouché saludó y se preparó para salir.

—A propósito, dijo Bonaparte. No olvidéis prevenir a Mme. de Montrevel de que su hijo está sano y salvo; es lo menos que podéis hacer para con el ciudadano Morgan en recompensa por el servicio que nos ha prestado.

Y volvió la espalda al prefecto de policía, que se retiró mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

CAPÍTULO VI
LA PISTA

Hemos dicho ya en qué situación la escolta del 7.º de cazadores encontró el coche correo de Chambery.

Lo primero, pues, en que se ocupó, fue buscar qué impedía la salida a Roland; descubrieron las cadenas y rompieron la portezuela. Roland saltó fuera del coche como un tigre fuera de su jaula.

Ya hemos dicho que el terreno estaba cubierto de nieve. Roland, cazador y soldado, pensaba sólo en una cosa: seguir la pista a los compañeros de Jehú. Los había visto internarse en dirección a Thoissey; pero consideró que no habían podido seguir esta dirección, puesto que entre este pueblo y ellos pasaba el Saone y no había puentes para cruzarlo sino en Belleville y en Macón. Dio orden a la escolta y al conductor de que le aguardasen en el camino real, y se internó solo y a pie, sin pensar siquiera en cargar sus pistolas, siguiendo las huellas de Morgan y de sus compañeros. No se había engañado: a un cuarto de legua del camino los fugitivos habían encontrado el Saone; se habían detenido, habían deliberado por un instante, según se veía por el pataleo de los caballos, después se habían dividido en dos partidas: una había remontado el río por la parte de Macón, la otra había descendido por la de Belleville.

Esta división tenía por fin visible hacer dudar a quienes les persiguiesen, en caso de que fuesen perseguidos.

Roland había oído el grito de reunión del jefe: «Mañana por la tarde donde sabéis.» No dudaba, pues, que cualquiera que fuese la pista que él siguiese, fuese la que remontaba o la que descendía del Saone, le conduciría, si la nieve no se derretía hasta el día siguiente, al lugar del santo y seña, porque ya fuesen juntos, o fuesen por separado, los compañeros de Jehú debían comparecer en el mismo punto. Volvió siguiendo sus propias pisadas, mandó al conductor que se calzase las botas abandonadas en el camino real por el falso postillón, que montase a caballo y condujese el coche hasta la próxima parada, es decir, hasta Belleville.

El cuartel-maestre de los cazadores y cuatro de estos, que sabían escribir, debían acompañarle para firmar con él el atestado verbal. Les prohibió absolutamente hacer mención de él, ni de lo que le había sucedido, para que los ladrones de diligencias no pudiesen vislumbrar el menor vestigio de sus futuros proyectos.

El resto de la escolta debía conducir a Macón el cadáver del jefe de brigada y hacer por su parte otro atestado verbal acorde con el del conductor, en el cual tampoco nombraría para nada a Roland. Después hizo apearse a un cazador de su caballo, que le pareció el mejor de toda la escolta y escogió para sí. En fin, volvió a cargar sus pistolas, que metió dentro las pistoleras de su silla en lugar de las del cazador desmontado; después de prometer al conductor y a los soldados una pronta venganza, que dependía sin embargo de la conformidad con que guardasen el secreto, montó a caballo y desapareció en la misma dirección que ya había seguido.

Al llegar al punto en que las dos partidas se habían separado, tuvo que elegir una de las dos sendas. Eligió la que descendía el Saone, dirigiéndose hacia Belleville. Tenía, para hacer esta elección, que quizás le alejaba dos o tres leguas, una razón poderosa. En primer lugar, se encontraba más cerca de Belleville que de Macón; además, en esta última villa se había detenido más de veinticuatro horas y podía ser reconocido, mientras que nunca se había parado en Belleville más que el tiempo preciso para cambiar de caballos, cuando por casualidad había pasado por allí a la posta. Todos los sucesos que acabamos de referir apenas habían ocupado una hora; daban las ocho de la noche en el reloj de Thoissey cuando Roland se lanzó en persecución de los fugitivos.

El camino estaba trazado a todo lo largo: cinco o seis caballos habían dejado impresas sus pisadas sobre la nieve, y uno de ellos marchaba a paso descompasado. Roland salvó los dos o tres arroyos que cortan la pradera que atravesaba antes por detrás de Belleville. A cien pasos de Belleville se detuvo; allí se había producido otra separación.

Dos de los seis jinetes habían tomado a la derecha, es decir, se habían alejado del Saone; cuatro habían tomado a la izquierda, eso es, habían continuado su camino hacia Belleville.

Ante las primeras casas de Belleville se había llevado a cabo una nueva división.

Tres de ellos habían dado la vuelta a la ciudad; uno solo había seguido la calle.

Roland tomó la dirección que había seguido el último, bien seguro de que encontraría las huellas de los otros. El que había seguido la calle, se paró delante de una bonita casa, entre el patio y el jardín, marcada con el número 67. Había llamado a la puerta; ésta se abrió y vio al través de la verja las pisadas del que la había abierto; después, al lado de estas pisadas, otra huella. Era la del caballo que condujeron a la cuadra.

Era evidente que uno de los compañeros de Jehú se había detenido allí.

Roland no tenía que hacer más que presentarse al alcalde, enseñarle sus poderes y disponer de los gendarmes para hacerle arrestar en aquel mismo instante. Pero no era éste su propósito; no quería arrestar a un sujeto aislado: quería apoderarse de toda la cuadrilla, tendiéndoles una trampa. Sacó un cuadernillo, apuntó el número 67 y siguió su camino.

Atravesó toda la ciudad, dio unos cien pasos más allá de la última casa sin descubrir ninguna pisada.

Iba a volverse, pero pensó que en caso de que aquellas pisadas volvieran a aparecer sería necesariamente sobre un puente. En efecto, encima de uno volvió a encontrar la pista de sus tres caballos. No quedaba ninguna duda: eran los mismos; uno de ellos marchaba a paso descompasado.

Roland emprendió el galope sobre las mismas pisadas de los que le precedían. Al llegar a Monceaux reconoció la misma precaución: habían dado la vuelta al pueblo, pero Roland

era demasiado buen sabueso para pararse en esta bagatela. Siguió pues su camino, y al otro lado de Monceaux volvió a encontrar la pista de los tres fugitivos.

Un poco antes de llegar a Chatillon, uno de ellos dejó el camino y tomó a la derecha; se dirigía hacia un castillejo situado sobre una colina a algunos pasos de la carretera de Chatillon a Trevoux.

Esta vez los dos jinetes restantes habían atravesado tranquilamente Chatillon y tomado el camino de Neuville.

La dirección seguida por los fugitivos llenó de contento a Roland; se encaminaban evidentemente a Bourg; de otro modo, habrían tomado el camino de Marlieux. Y Bourg era justamente el cuartel general que el mismo Roland había escogido como centro de sus operaciones; Bourg era su población predilecta, y con la seguridad de los recuerdos de la infancia, conocía hasta los más pequeños zarzales, hasta la peor casucha, hasta la más insignificante gruta de sus alrededores.

En Neuville los fugitivos habían dado la vuelta a la aldea. Roland no hizo caso de esta astucia ya tan reconocida; sin embargo, al llegar al otro lado de Neuville, no encontró más que las pisadas de un solo caballo. Pero no podía engañarse: era el que iba a paso descompasado.

Seguro de volver a encontrar las huellas que abandonaba momentáneamente, Roland volvió sobre la pista.

Uno había seguido el camino de Vannes; el otro había tomado el de Bourg.

Era preciso, pues, seguir a este último; por otra parte, la marcha de su caballo daba más facilidad al que le perseguía, puesto que su paso no podía confundirse con el de otro; después había cogido el camino de Bourg, y desde Neuville a Bourg no había otra aldea que la de Saint-Denis; además no era probable que el último de los fugitivos fuese más allá de Bourg.

Calentando bien a su caballo, no podía llevarlo mucho más lejos, aun suponiendo que hubiese salido de la Casa Blanca fresco y descansado: había dos leguas de la Casa Blanca a Belleville, cuatro de Belleville a Chatillon, seis de Chatillon a Bourg; doce leguas, y trece con los rodeos. No se podía pedir más a un caballo en tiempo malo.

En efecto, al acercarse a Saint-Denis, el paso del animal había disminuido tan visiblemente que Roland creyó por un momento que el jinete se habría detenido en este pueblo; pero se equivocaba: el caballero había dado la vuelta como en los demás y volvió a encontrar su pista pasadas las últimas casas. Se dirigía, probablemente, a Bourg.

Roland se empeñó en el camino con tanto más encarnizamiento cuanto que visiblemente se acercaba al fin.

En efecto, el jinete había entrado atrevidamente en Bourg, y no había vuelto a salir de la ciudad.

Allí le pareció a Roland que el caballero había vacilado sobre el camino a seguir, a menos que esa vacilación fuese fingida y ocultase una astucia para hacer perder sus pisadas. Pero al cabo de diez minutos, gastados en seguir estas vueltas y revueltas, quedó seguro Roland de que no era astucia sino vacilación.

En una calle trasversal se apreciaban los pasos de un hombre a pie. El jinete y el hombre habían conferenciado por un instante, y después el jinete había conseguido que el peatón le sirviese de guía. A partir de este momento se veían las pisadas del hombre junto a las del animal. Unas y otras iban a parar al mesón de la Bella-Alianza. Recordó Roland que éste era el mesón adonde habían llevado el caballo herido después del ataque de Caronnieres. Según todos los indicios, había connivencia entre el posadero y los compañeros de Jehú. Además, y también según los indicios, el viajero de la Bella-Alianza se quedaría hasta la tarde del día siguiente. Roland conocía por su propia fatiga que su perseguido necesitaba descansar.

Y Roland, para no reventar a su caballo y también para reconocer el camino seguido, había empleado seis horas en hacer las doce leguas.

Estaban dando las tres en la truncada torre de Nuestra Señora. ¿Qué iba a hacer Roland? ¿Apearse en algún mesón de la villa? Imposible; era demasiado conocido en Bourg; por otra parte, su caballo, equipado de un chabrán de cazador, despertaría sospechas. Una de las condiciones para lograr su intento era que su presencia en Bourg fuese completamente ignorada.

Lo más seguro era ocultarse en el castillo de Fuentes Negras y confiar en la discreción de Miguel el jardinero y de Santiago su hijo. Roland estaba seguro de ello; Amelia no diría nada, pero quien charlaría sería Carlota, la hija del carcelero.

Eran las tres de la madrugada; todo el mundo dormía. Lo más seguro era ponerse en contacto con Miguel, a quien no faltarían medios para esconderle. Con gran pesar para el caballo, que sin duda anhelaba un mesón, Roland tiró de la brida y tomó el camino de Pont-d'Ain.

Al pasar por delante la iglesia de Bourg, Roland echó una mirada al cuartel de los gendarmes. Los gendarmes y su capitán, probablemente, dormían con el sueño de los justos. Roland atravesó la pequeña ala de bosque que pasaba por encima del camino. La nieve amortiguaba el ruido de los cascos de su caballo. Desembocando por el otro lado, vio a dos hombres que seguían lo largo del foso, llevando un cervato colgado, por sus cuatro pies, de un arbolillo. Le pareció reconocer la fisonomía de aquellos hombres, y picó a su caballo para alcanzarlos.

Los dos hombres tenían el oído atento; se giraron, vieron a un jinete que parecía quererles alcanzar, echaron el animal al foso y huyeron campo a través en dirección al bosque de Seillon.

—¡Eh! ¡Miguel! gritó Roland, más y más convencido de que trataba con su hortelano. Miguel se detuvo al momento; su compañero siguió corriendo.

—¡Hola, Santiago! gritó Roland.

El otro hombre se paró. Si les habían reconocido, era inútil huir; por otra parte, aquel llamamiento no tenía nada de hostil. La voz era más bien amiga que amenazadora.

—¡Mira! dijo Santiago, cualquiera diría que es el señor Roland.

—El mismo ni más ni menos, contestó Miguel.

Y los dos, en vez de continuar su fuga hacia la selva, retrocedieron hasta la carretera. Roland no había oído lo que se habían dicho los dos cazadores, pero lo había acertado.

—¡Sí! voto a bríos, ¡soy yo! gritó.

En un momento Miguel y Santiago estuvieron con él. Las preguntas del padre y del hijo se cruzaron, y es preciso convenir en tenían razón de ser.

Roland, en traje de paisano, montado en un caballo de cazador a las tres de la madrugada por el camino de Bourg a Fuentes Negras.

El joven oficial atajó sus palabras.

—¡Silencio! les dijo, es preciso que todo el mundo, hasta mi misma hermana, ignoren que estoy en Fuentes Negras.

Roland hablaba con la firmeza de un militar, y ya se sabía que una orden suya no admitía réplica.

Recogieron el corzo y lo colocaron en la grupa de Roland, y los dos hombres, emprendiendo el trote largo, siguieron el corto del caballo. Faltaba apenas un cuarto de legua, que cubrieron en diez minutos. A cien pasos del castillo Roland se detuvo.

Los dos hombres fueron enviados a la vanguardia para asegurarse de que todo estaba tranquilo. Concluida la comisión, indicaron a Roland que se acercase. Él lo hizo, bajó del caballo, encontró abierta la puerta del pabellón, y entró. Miguel condujo el caballo a la cuadra y llevó el corzo a la despensa, porque Miguel pertenecía a aquella honrosa clase de cazadores que matan el venado por el solo gusto de matarlo y no por el interés de venderlo.

No había que tener cuidado ni del caballo ni del corzo; Amelia no se curaba más de lo que pasaba en la cuadra que de lo que se le servía a la mesa. Durante este tiempo Santiago encendía lumbre. Al volver, Miguel trajo unas sobras de jigote y media docena de huevos para hacer una tortilla. Santiago preparó una cama en un aposento. Roland se calentó y

cenó sin pronunciar palabra. Los dos hombres se miraban con un asombro que no estaba exento de cierta inquietud. Se había esparcido el rumor de la expedición de Seillon, y se decía en voz baja que Roland era quien la había dirigido. Era evidente que volvía para alguna otra expedición del mismo género. Cuando hubo acabado de comer Roland, levantó la cabeza y llamó a Miguel. Éste se acercó.

—¡Ah! ¿estabas aquí? dijo Roland.

—Sí; aguardaba las órdenes de mi señor.

—Ahí van; escúchame bien.

—Soy todo oídos.

—Es cuestión de vida o muerte, y todavía más: es una cuestión de honor.

—Hablad, señor Roland.

Roland sacó su reloj.

—A las cinco estarás en la puerta de la posada de la Bella-Alianza y hablarás con el que la abra.

—Será probablemente Pedro.

—Pedro u otro, haz que te diga quién es el viajero que se ha hospedado en la casa de su amo con un caballo que marchaba a paso descompasado; ¿sabes tú lo que es marchar a paso descompasado?

—¡Voto a sanes! Un caballo que anda como los osos, con las dos piernas del mismo costado a la vez.

—¡Bravo! Te enterarás con disimulo de si el viajero que ha llegado esta noche se dispone a partir mañana o si pasará el día en la posada.

—Lo sabré de seguro.

—¡Pues bien! Cuando lo sepas todo, vendrás a decírmelo; pero cuidado que nadie vislumbre que yo estoy aquí. Si te preguntan por mí, dirás que ayer recibisteis una carta, que estoy en París junto al primer cónsul.

—De acuerdo.

Miguel salió.

Roland se acostó dejando a Santiago el cuidado del pabellón.

Cuando despertó, Miguel estaba ya de vuelta.

El viajero debía partir en la noche de aquel día, y en el registro que los posaderos estaban obligados a tener en aquella época, había escrito:

«Sábado 30 pluvioso, a las diez de la noche; el ciudadano Valensolle llega de Lyon para Génova.»

Así la coartada estaba prevenida, porque el registro daba fe de que el ciudadano Valensolle había llegado a las diez de la noche, y que era imposible que hubiese detenido a las ocho y media el coche correo en la Casa Blanca y entrado a las diez en el mesón de la Bella-Alianza.

Pero lo que más preocupó a Roland fue que aquél era el nombre del testigo de Alfredo de Barjols, muerto por él en duelo en la fuente de Vaucluse; testigo que probablemente había jugado el papel de fantasma en la Cartuja de Seillon.

Los compañeros de Jehú no eran pues unos ladrones ordinarios; eran, al contrario, según se decía, unos caballeros de buenas familias que, mientras los nobles bretones arriesgaban su vida en el Oeste por la causa realista, arrostraban por su parte el cadalso para hacer pasar a los combatientes el dinero recogido en el otro extremo de Francia con sus peligrosas expediciones.

CAPÍTULO VII
UNA INSPIRACIÓN

Hemos visto que, en la persecución emprendida la noche precedente, Roland habría podido hacer arrestar a uno o dos de aquellos en cuyo alcance iba. Lo propio podía hacer con el señor de Valensolle, que probablemente hacía en aquel momento lo mismo Roland, es decir, tomar un día de descanso tras una noche de fatiga.

Roland no tenía más que escribir unas letras al capitán de gendarmes o al jefe de brigada de dragones que le había acompañado en la expedición de Seillon; su honor estaba empeñado en el asunto. Si sitiaban al señor de Valensolle en su cama, lo que se podía conseguir con apenas dos pistoletazos, es decir, dos hombres muertos o heridos, el señor de Valensolle estaba preso.

Pero el arresto del señor de Valensolle daría la señal de alerta al resto de la cuadrilla, que se pondría a resguardo al instante cruzando la frontera.

Pero había que mantenerse a la expectativa y, a riesgo de un verdadero combate, echar la red sobre toda la compañía.

Para eso no era preciso arrestar al señor de Valensolle, sino continuar siguiéndolo en su pretendido viaje a Génova, que no era, probablemente, más que una argucia para entorpecer las investigaciones.

Dio sus instrucciones a Miguel y Santiago y permaneció oculto en el pabellón.

Lo más probable era que el señor de Valensolle no emprendiese su viaje hasta cerrada la noche.

Roland se informó sobre la vida que llevaba su hermana desde la partida de su madre. Desde aquel día no había dejado ni una sola vez el castillo de Fuentes Negras; sus costumbres eran las mismas, menos las salidas ordinarias con la señora de Montrevel. Se levantaba a las siete o a las ocho de la mañana, dibujaba o se sentaba al piano hasta la hora del desayuno; después cogía un libro o se ocupaba en alguna labor de bordado; si hacía buen tiempo, aprovechaba un rayo de sol para bajar hasta el río con Carlota; a veces llamaba a Miguel, hacía desatar la barquilla, y bien envuelta en su forro de pieles costeaba el Reissousse hasta Montagnat o seguía la corriente hasta Saint-Just; después volvía a casa sin haber hablado palabra con nadie; comía y en seguida subía con Carlota a su aposento, y ya no se la veía más.

A las seis y media podían pues desaparecer Miguel y Santiago sin que nadie en el mundo se molestase en preguntar qué había sido de ellos.

A las seis, Miguel y Santiago cogieron sus fusiles y partieron.

Habían recibido las instrucciones necesarias.

Seguir al caballo, que marchaba a paso descompasado, hasta saber adónde llevaba a su jinete, o hasta que se perdiesen sus huellas.

Miguel debía emboscarse frente a la posada; Santiago en el camino de Bourg a Génova.

Era evidente que, a menos de volver atrás, lo que no era probable, el señor de Valensolle tomaría uno de estos tres caminos. El padre partió por un lado, el hijo por otro. Miguel bordeó hacia la ciudad el camino de Pont-d'Ain, pasando por delante la iglesia de Bourg. Santiago atravesó el Reissousse, siguió por la orilla derecha del riachuelo, y a unos cien pasos más allá del arrabal se encontró en el ángulo agudo que formaban los tres caminos que iban a dar a la ciudad.

En aquel momento, es decir, a las siete de la noche, un carruaje de posta se paraba delante de la verja, interrumpiendo la soledad y el silencio acostumbrado en el castillo de Fuentes Negras. Un criado con librea tiró de la cadena de hierro de la campanilla, y llamó; Miguel, que era quien debía abrir, no podía hacerlo, porque se hallaba donde sabemos.

Amelia y Carlota contaban probablemente con él, porque la campanilla sonó tres veces sin que nadie fuese a abrir.

Al final, la doncella apareció en lo alto de la escalera y llamó a Miguel.

Miguel no respondió.

Bajó y, protegida por la verja, reconoció al que llamaba.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor James?

James era el criado de confianza de sir John.

—Sí, sí, señorita Carlota, soy yo, o mejor dicho, milord.

En aquel momento se abrió la portezuela y se oyó la voz de sir John que decía:

—Carlota, decid a la señorita Amelia que llego de París para que me conceda el permiso de presentarme mañana, si quiere hacerme este obsequio; en este caso, preguntadle a qué hora podré ser menos indiscreto.

La señorita Carlota, que prestaba mucha atención a milord, corrió a dar el recado.

Cinco minutos más tarde, milord supo que sería recibido a la una del día siguiente.

Roland ya sabía a qué venía milord; tal como había deseado, estaba ya decidido el matrimonio, y sir John iba a ser su cuñado.

Por un momento dudó si darse a conocer y ponerle al corriente de sus proyectos, pero resolvió que lord Tanley no era hombre que le dejase obrar por sí solo. Tenía que tomar su represalia de los compañeros de Jehú y querría acompañarle en la expedición, cualquiera que fuese. Ésta no podía menos de ser peligrosa y podría sucederle al inglés alguna desgracia.

La inmunidad de Roland, que él mismo advertía, no se extendía a sus amigos; sir John, gravemente herido, se había repuesto con mucho trabajo; el jefe de brigada de cazadores quedó tendido muerto de un disparo.

Le dejó, pues, alejarse sin dar señales de vida.

Carlota no pareció extrañarse de que Miguel no se encontrara en casa para abrir, porque ya estaba acostumbrada a sus ausencias, que no preocupaban ni a la doncella ni a la señora.

Roland, por otra parte, tampoco se sorprendió por esta especie de descuido: Amelia, débil a causa de su dolor moral, desconocido para Roland, quien además atribuía a simples crisis nerviosas las variaciones de carácter de su hermana, se habría mostrado noble y fuerte ante un peligro real. De ahí seguramente procedía el poco temor de las dos jóvenes a

quedarse solas en un castillo aislado, y sin más guardias que dos hombres que se pasaban las noches de caza.

Ya sabemos cómo Miguel y su hijo, estando fuera, le resultaban más útiles a Amelia que estando dentro; su ausencia dejaba el camino libre a Morgan, que era cuanto ella deseaba.

La tarde y una parte de la noche pasaron sin que Roland tuviese noticia alguna.

La luz del día empezaba a penetrar a través de las ventanas, cuando Miguel y Santiago volvieron de su expedición.

He aquí lo que había pasado:

Cada uno de ellos había acudido a su puesto. Miguel a la puerta del mesón, Santiago a la pata de ganso. A veinte pasos del mesón, Miguel había encontrado a Pedro; en tres palabras se había asegurado de que el señor de Valensolle permanecía aún en el mesón. Había dicho que, como tenía que emprender un camino muy largo, dejaría descansar a su caballo y partiría por la noche.

A Pedro no le quedaba ninguna duda de que el viajero se dirigía a Génova, tal como él mismo había dicho. Miguel le ofreció a Pedro un vaso de vino; si fallaba la operación de la noche, le quedaba la de la mañana. Pedro aceptó. Desde ese momento Miguel estaba bien seguro de estar prevenido. Pedro era mozo de cuadra; no se podía hacer nada en el departamento del que se encargaba sin que él recibiera aviso. Este aviso prometió dárselo un pillete parado a la puerta del mesón, a quien Miguel, como recompensa, daría tres cargas de pólvora para hacer cohetes.

A medianoche el viajero no había partido todavía; habían vaciado cuatro botellas de vino, pero Miguel supo entenderse; de estas cuatro botellas había encontrado la forma de verter tres en el vaso de Pedro, donde, bien entendido, no se habían quedado. A medianoche Pedro volvió a entrar para informarse; pero entonces ¿qué iba a hacer Miguel? La taberna iba a cerrar, y Miguel tenía aún que esperar cuatro horas hasta que amaneciese. Pedro ofreció a Miguel una cama de paja en la cuadra; tendría calor y se acostaría muy bien. Miguel aceptó.

Los dos amigos entraron por la puerta grande asidos del brazo; Pedro bamboleaba, Miguel aparentaba hacer lo propio. A las tres de la madrugada el mozo de la posada llamó a Pedro. El viajero quería partir.

Miguel se dijo que era ya la hora del acecho y se levantó. No necesitaba demasiado tiempo para componerse: se trataba de sacudir la paja que se le pudiese haber pegado a la blusa o los cabellos, tras lo cual Miguel se despidió de su amigo Pedro y fue a emboscarse en la esquina de una calle.

Un cuarto de hora después abrieron la puerta y salió de la posada un caballero cuyo caballo marchaba a paso descompasado; era el propio señor de Valensolle. Tomaba las

calles que conducían al camino de Génova. Miguel le iba siguiendo sin afectación, silbando una canción de caza.

Sin embargo, Miguel no podía correr si no quería que sospechara, por lo que muy pronto perdió de vista al señor de Valensolle.

Quedaba Santiago, que debía esperarle en la pata de ganso. Pero llevaba allí más de seis horas, en una noche de invierno, con un frío de cinco o seis grados bajo cero. Santiago había tenido valor de permanecer seis horas con los pies en la nieve, batiendo la suela contra los árboles del camino.

Miguel corrió a escape por calles y callejuelas, acortando el camino; pero el caballo y el caballero, por mucha prisa que él se diese, fueron más rápidos que él. La nieve pisada durante todo el día anterior, que era domingo, no permitía seguir las huellas del caballo, perdidas en el barro del camino, por lo que Miguel no se cuidó de ellas; habría sido inútil y tiempo perdido. Se preocupó antes, pues, de averiguar qué había hecho Santiago. Nada más fácil.

Santiago se había estacionado al pie de un árbol; ¿cuánto tiempo? Era difícil decirlo, pero bastante en todo caso para tener frío; la nieve estaba aplastada por sus gruesos zapatos de caza. Había intentado calentarse andando arriba y abajo; pero de repente se había acordado sin duda de que al otro lado del camino había una de aquellas pequeñas chozas de barro en que los caminantes suelen buscar abrigo contra la lluvia.

Había bajado al foso, había atravesado el camino; se podían seguir a cada lado las pisadas, por un instante perdidas en medio de la carretera. Formaban una diagonal en dirección a la choza. Era evidente que había Santiago pasado la noche en ella.

¿Pero cuánto tiempo hacía que había salido de allí? ¿Y por qué había salido? El tiempo que haría que salió de ella era cosa difícil de apreciar, mientras que, por el contrario, el picador más torpe habría reconocido el motivo por el que había salido. Había salido para seguir a Mr. de Valensolle. Los mismos pasos que habían ido a parar a la choza salían de ella y se alejaban en dirección a Ceyzériat. El caballero había pues tomado realmente el camino de Génova. Los pasos de Santiago lo decían claramente. Se habían prolongado como si hubiera empezado a correr, y seguían por fuera de la zanja, junto a los campos, una línea de árboles que podía ocultarle a la vista del viajero. Frente a una de esas posadas lóbregas, en cuya puerta se lee: Aquí se da de beber y comer, y se aloja a pie y a caballo, las huellas se detenían.

Era evidente que el viajero había hecho alto en aquel mesón, porque, a veinte pasos del mismo, Santiago se había detenido también detrás de un árbol. No obstante al cabo de muy poco, probablemente cuando la puerta se hubo cerrado tras el caballo y el caballero, Santiago dejó su árbol, atravesó el camino con precaución y a pequeños pasos y se dirigió, no hacia la puerta, sino hacia la ventana.

Miguel fue metiendo sus pies dentro las huellas de su hijo, y llegó a la ventana; a través del postigo mal cerrado se podía ver todo lo que pasaba en el interior, mientras hubiera luz;

pero entonces estaba oscuro y no se veía nada. Para mirar hacia adentro, Santiago se había acercado a la ventana; al parecer el interior se iluminó por un instante, por lo que pudo ver lo que quería.

¿Adónde había ido al alejarse de la ventana? Era fácil de ver. Había dado la vuelta a la casa siguiendo el muro. No era difícil seguirlo en esta excursión porque la nieve era virgen. En cuanto al objeto que le llevó al dar la vuelta a la casa, tampoco costaba adivinarlo. Santiago, como muchacho de talento, había pensado que el caballero no partiría a las tres de la madrugada diciendo que iba a Génova para detenerse a un cuarto de legua de la población en semejante posada. Habría salido por alguna puerta trasera.

Bordeó, pues, la pared, en la esperanza de volver a encontrar huellas del viajero; y en efecto, a partir de una pequeña puerta, próxima a la selva que se extiende de Cotrez a Ceyzériat, se podían seguir las pisadas de un caballo en la dirección del bosque.

Estas huellas eran las de un hombre elegantemente calzado, un caballero. Sus espuelas habían dejado una señal en la nieve. Santiago no había vacilado y había seguido los pasos. Se apreciaba la marca de su grueso zapato cerca del de la fina bola, y el ancho pie del aldeano cerca del elegante del ciudadano. Eran las cinco y apuntaba el día; Miguel resolvió no ir más allá.

Desde el momento en que Santiago estaba sobre la pista, el joven cazador valía tanto como el viejo. Miguel dio un gran rodeo por la llanura, como si viniese de Ceyzériat, y resolvió entrar en el mesón y esperar a Santiago, que comprendería que su padre le había seguido. Dirigiéndose a la casa aislada, Miguel golpeó en la contraventana y se hizo abrir. Conocía al mesonero, acostumbrado a verle en sus ejercicios nocturnos; le pidió una botella de vino, se quejó de no haber cazado nada y pidió, mientras bebía, permiso para aguardar a su hijo, que estaba también al acecho y quizá habría tenido más suerte que él.

Está de más el decir que obtuvo el permiso sin ninguna dificultad.

Miguel tuvo que hacer abrir los postigos para ver el camino. Al poco picaron en el cristal. Era Santiago. Su padre le llamó. Santiago había sido tan desafortunado como él; no había matado nada y estaba helado. Echaron al fuego una brazada de leña y les trajeron otro vaso. Santiago se calentó y bebió; después, como tenía que estar de vuelta en el castillo de Fuentes Negras al romper el alba, para que no se advirtiera la ausencia de los dos cazadores, Miguel pagó la botella de vino y el fuego, y ambos se fueron.

Ni uno ni otro habían dicho delante del mesonero una palabra de lo que les preocupaba; no convenía que éste sospechara que iban en busca de algo que no fuese caza. Pero una vez fuera del umbral, Miguel se acercó enérgicamente a su hijo. Entonces Santiago le refirió que había seguido las pisadas hasta bastante adentro del bosque, pero al llegar a una encrucijada vio de repente levantarse delante de él un hombre armado con un fusil, que le preguntó qué venía a hacer a aquella hora al bosque.

Santiago le respondió que buscaba una presa.

—Entonces, id más lejos, dijo, porque, como veis, este puesto está tomado.

Santiago se retiró a cien pasos, pero en el momento en que se desviaba a la izquierda, para entrar en el recinto del que había sido apartado, otro hombre armado como el primero se había levantado, dirigiéndole la misma pregunta.

Santiago le respondió:

—Busco una presa.

El hombre entonces le señaló con el dedo la orilla del bosque, y con un tono casi amenazante, le dijo:

—Si algún consejo puedo daros, amiguito mío, es que os retiréis allá abajo.

Santiago se dirigió al camino, y reuniéndose con su padre, ambos entraron en el castillo, desesperados de no poder seguir la pista a Mr. de Valensolle.

Habían llegado los dos, como hemos dicho, al castillo de Fuentes Negras en el momento en que los primeros rayos del día entraban a través de los postigos.

Todo lo que acabamos de contar fue referido a Roland con una multitud de detalles que omitimos y que convencieron al joven oficial de que aquellos hombres armados no eran otros que los compañeros de Jehú.

¿Pero cuál podía ser la guarida?

De repente Roland se golpeó en la frente, y exclamó:

—¡Oh! ¿cómo no había pensado en eso?

Una sonrisa de triunfo pasó por sus labios.

—Hijos míos, dijo, sé todo lo que quería saber. Acostaos y dormid tranquilos; pues bien que lo merecéis.

Y Roland, dando ejemplo, se durmió como quien acaba de resolver un problema de la más alta importancia.

Se le ocurrió que los compañeros de Jehú habrían abandonado la Cartuja de Seillon por las grutas de Ceyzériat, y recordó al mismo tiempo la comunicación subterránea que existía entre aquella caverna y la iglesia de Bourg.

El mismo día, y mientras Roland dormía, lord Tanley se presentó a la una en el castillo. Sir John fue recibido como un amigo.

Amelia no opuso a los deseos de su familia más que el estado de su salud.

Lo cual quería decir que pedía tiempo, y lord Tanley se inclinó; obtenía cuanto podía desear: era admitido.

Comprendió que su presencia en Bourg sería inconveniente, y anunció a Amelia su partida.

Aguardaba, para volverla a ver, a que Amelia fuese a París, o que Mme. de Montrevel regresase a Bourg; esta última circunstancia era la más probable; Amelia decía que tenía necesidad de la primavera y del aire de su tierra natal para recobrar la salud.

Gracias a la delicadeza de sir John, los deseos de Morgan estaban cumplidos.

Miguel supo estos detalles por Carlota.

Roland dejó partir a sir John, pero no le impidió levantar una última sospecha.

Era ya de noche.

Roland se puso un traje de cazador, colocó en el cinturón un par de pistolas y el cuchillo de monte, se echó encima de este traje la blusa de Miguel, procurando esconder las armas; ocultó su rostro bajo un ancho sombrero y se aventuró por el camino de Fuentes Negras a Bourg. Entró en el cuartel de la gendarmería y pidió hablar al capitán.

El capitán estaba en su cuarto. Roland subió y se dio a conocer. Después, como no eran más que las ocho de la noche y podía ser reconocido por algunos pasajeros, apagó el velón.

Quedaron los dos hombres en la oscuridad. El capitán sabía ya qué había pasado tres días antes en el camino de Lyon, y seguro de que Roland no había sido asesinado, aguardaba su visita. Con el mayor asombro pore su parte, Roland no le pedía más que una cosa, o más bien dos: las llaves de la iglesia de Bourg y una palanca.

El capitán le entregó lo que había pedido y se ofreció a acompañarle en su excursión, pero Roland rehusó: era evidente que alguien le había traicionado, cuando su expedición de la Casa Blanca, y no quería exponerse a un segundo chasco. Todo lo que pidió al capitán fue que no hablase palabra a nadie de su presencia y que aguardase su vuelta, aun si tardaba una hora o dos. El capitán le dió su palabra.

Roland, con su llave en la mano derecha y su palanca en la izquierda, alcanzó sin hacer ruido la puerta de la iglesia, la abrió, la volvió a cerrar y se encontró en presencia del muro de forraje. Escuchó: el más profundo silencio reinaba en la iglesia solitaria. Evocó los recuerdos de su juventud, se orientó, se metió la llave en el bolsillo y escaló la muralla de heno.

El muro tenía quince pies de altura; después, de la misma manera en que se baja de una muralla por un repecho, se dejó resbalar hasta el suelo empedrado de losas mortuorias. El coro estaba vacío, gracias al púlpito que lo protegía por un lado y a las paredes que lo

encerraban por derecha e izquierda. La puerta del púlpito estaba abierta; Roland entró pues sin dificultad en el coro.

Próximo al monumento de Felipe el Hermoso, había una gran losa cuadrada; se arrodilló, buscó con la mano el encaje, introdujo la palanca, levantó la piedra y bajó a las bóvedas subterráneas.

Se diría que el visitante nocturno se separaba voluntariamente del mundo de los vivos para bajar al mundo de los muertos. Y lo que debía de parecer más singular a aquél que ve tanto en la luz como en las tinieblas, tanto sobre la tierra como debajo de ella, sería la impasibilidad de este hombre, que iba serpenteando por entre los muertos para descubrir a los vivos, y que, a pesar de la oscuridad, del silencio, de la soledad, no se estremecía al contacto de los mármoles fúnebres.

Anduvo palpando en medio de las tumbas hasta que dio con la reja que daba al subterráneo. Examinó la cerradura; sólo estaba cerrada con pestillo; introdujo el extremo de su palanca entre el pestillo y el palastro y empujó ligeramente. La reja se abrió.

Dejó entornada la puerta para cuando volviese, y clavó la palanca en un ángulo de la misma. Después, con los oídos atentos, las pupilas dilatadas, todos los sentidos sobrexcitados por el deseo de oír —tanto como necesitaba respirar— y la imposibilidad de ver, avanzó lentamente pistola en mano, apoyándose con la otra en la pared del muro; y de este modo caminó cerca de un cuarto de hora.

Unas gotas de agua helada, que se filtraban a través de la bóveda del subterráneo, cayendo sobre sus manos y hombros, le indicaron que pasaba por debajo del Reissousse.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha encontró la puerta que comunicaba del subterráneo a la cantera.

Se detuvo un momento; le pareció oír ruidos lejanos y ver resplandores.

Se habría podido creer, al no distinguir más que la silueta de aquel sombrío espía, que aquello era vacilación, pero si se hubiese podido ver su fisonomía, se habría comprendido que era esperanza. Volvió a ponerse en camino dirigiéndose hacia las luces que había creído ver, hacia aquel ruido que le había parecido oír.

Se puso en camino, y a medida que se acercaba, el ruido se hacia más distinto, las luces más vivas. Era evidente que la cantera estaba habitada; ¿por quién? No lo sabía aún, pero iba a saberlo. Estaba sólo a diez pasos de distancia de la encrucijada de granito que indicamos en nuestro primer descenso por la gruta de Ceyzériat. Se pegó a la pared y adelantó imperceptiblemente; parecía, en medio de la oscuridad, que era un bajorrelieve que se movía.

Al fin, asomó su cabeza por un ángulo, y su mirada se sumergió en el campo de los compañeros de Jehú.

Eran doce o quince hombres en plena cena.

Se apoderó de Roland un loco deseo: el de precipitarse en medio de todos aquellos hombres, acometerles solo y combatir hasta la muerte. Pero reprimió este deseo insensato, levantó su cabeza con la misma lentitud que la había asomado, y con los ojos llenos de luz, el corazón henchido de placer, sin haber sido oído, sin haber sido visto, sin haber infundido la menor sospecha, volvió sobre sus pasos, retomando el camino que acababa de hacer.

Entonces se explicaba todo: el abandono de la Cartuja de Seillon, la desaparición de Mr. de Valensolle, los falsos cazadores colocados en las cercanías de la entrada de la gruta de Ceyzériat.

Esta vez se iba a tomar una venganza terrible, mortal.

Mortal, porque del mismo modo que sospechaba que le habían perdonado, él iba a mandar que se perdonase a los otros. Sólo que a él le habían perdonado para la vida, y los otros iban a ser perdonados para la muerte. A la mitad de la vuelta, poco más o menos, le pareció oír ruido tras de sí; se volvió y creyó ver el resplandor de una luz. Avivó el paso; una vez pasada la puerta ya no podía perderse: no era ya una cantera de mil rodeos, sino una bóveda estrecha, rígida, que iba a parar a una reja funeraria.

Al cabo de diez minutos pasaba de nuevo por debajo del río; uno o dos después, tocaba con sus manos la reja. La empujó y la reja giró sobre sus goznes. Cogió la palanca de donde la había dejado, entró en la bóveda, cerró la reja tras de sí sin ningún ruido; guiado por las tumbas encontró la escalera, levantó la losa con su cabeza y volvió a encontrarse en el suelo de los vivos.

Allí la estancia estaba relativamente clara. Salió del coro, empujó la puerta del púlpito a fin de volverla a poner en la misma posición que la había encontrado, escaló la pendiente, atravesó la plataforma y volvió a bajar por el otro lado. Conservaba la llave; abrió la puerta y se encontró fuera.

El capitán de gendarmes le aguardaba; conferenció algunos instantes con él, y después ambos salieron juntos. Los dos entraron en Bourg por el camino de la ronda para no ser vistos, tomaron por la puerta de Halles, la calle de la Revolución, la de la Libertad, la de España. Después Roland se internó por uno de los ángulos de la calle de Greffe y esperó. El capitán de gendarmes continuó solo su camino. Iba por la calle de las Úrsulas, que desde hacía siete años se llamaba la Casa de los Cuarteles; allí era donde estaba alojado el jefe de brigada de dragones. Acababa de meterse en la cama en el momento en que el capitán entró en el cuarto; le dijo dos palabras en voz baja y el jefe de brigada se vistió y salió a toda prisa.

En el momento en que el jefe de brigada de dragones y el capitán de gendarmes aparecían en la plaza, una sombra se destacaba del muro y se acercaba a ellos. Era Roland.

Los tres hombres conferenciaron durante diez minutos, Roland dando sus órdenes y los otros dos escuchando y aprobándolas. Después se separaron.

El jefe de brigada entró en su casa. Roland y el capitán de gendarmería, por la calle de la Estrella, las gradas de los Jacobinos y la calle de Bourg-Neuf, volvieron a ganar el camino de la ronda, y después fueron en diagonal a encontrar el camino de Pont-d'Ain.

Roland, al paso, dejó al capitán de gendarmes en el cuartel y continuó su camino. Veinte minutos después, para no despertar a Amelia, en vez de llamar a la reja, llamó al postigo de Miguel. Éste lo abrió y Roland, asaltado de aquella fiebre que se apoderaba de él cuando corría algún peligro, o lo creía aunque fuera, de un solo salto se metió en el pabellón. En cualquier caso, no habría despertado a Amelia cuando hubiese llamado a la puerta, porque Amelia no dormía.

En ese momento Carlota llegaba de la ciudad con una carta de Morgan.

Amelia la leyó. Decía así:

«Amor mío:

»Sí, todo va bien por tu parte, porque eres el ángel; pero mucho temo que todo vaya mal por la mía, siendo como soy el demonio.

»Es absolutamente indispensable que te vea, que te estreche contra mi corazón; no sé qué presentimiento se cierne sobre mí; estoy triste.

»Envía mañana a Carlota para que se asegure de que sir John ha partido efectivamente. Cuando tengas certeza de esta marcha, haz la señal acostumbrada.

»No te asustes, no me hables de la nieve, no me digas que verán mis pasos.

»Esta vez no seré yo quien vaya a tu encuentro, serás tú la que vendrás al mío; ¿lo comprendes bien? Puedes pasearte por el parque, puesto que nadie irá a seguir la huella de tus pisadas.

»Cúbrete con tu chal más cálido, con las pieles más espesas, y después, en la barquilla amarrada bajo los sauces, pasaremos una hora intercambiándonos el papel de costumbre: yo te cuento mis temores y tú tus esperanzas; mañana, mi adorada Amelia, tú serás la que me cuente sus esperanzas, yo el que te diré mis temores.

»Solamente que tras la señal, has de bajar; yo te aguardaré en Montagnat, y de Montagnat al Reissousse no hay más, para mí, que te amo, que cinco minutos de camino.

»¡Hasta la vista, mi pobre Amelia! Si no me hubieses encontrado habrías sido dichosa entre las dichosas.

»La fatalidad me ha puesto en tu camino y lento haber hecho de ti una mártir. Tu CARLOS.»

»Hasta mañana ¿no es verdad? A menos que hubiese algún obstáculo sobrehumano.»

CAPÍTULO VIII
DONDE SE VEN REALIZADOS LOS PRESENTIMIENTOS DE MORGAN

Nada más tranquilo, nada más quieto por lo común que las horas que preceden a una agitada borrasca. El día fue hermoso y sereno; fue uno de aquellos bellos días de febrero en que, a pesar del frío intenso de la atmósfera, a pesar del blanco sudario que cubre la tierra, el sol sonríe a los hombres, prometiéndoles la primavera.

Sir John fue este día a hacer a Amelia su visita de despedida. Sir John tenía o creía tener la palabra de Amelia; esta palabra le bastaba: su impaciencia era personal; pero Amelia, acogiendo su galanteo, aunque hubiese postergado el momento de su unión a un vago porvenir, había colmado todas sus esperanzas. Contaba por lo demás con el deseo del primer cónsul y la amistad de Roland.

Volvía pues a París para hacer la corte a Mme. de Montrevel, no pudiendo quedarse para hacérsela a Amelia. Un cuarto de hora después de la salida de sir John del castillo de Fuentes Negras, tomaba Carlota a su vez el camino de Bourg. Hacia las cuatro volvía a referir a Amelia cómo había visto con sus propios ojos que sir John subía en un carruaje a la puerta de la Posada de Francia y partía camino de Macón.

Podía pues Amelia quedar perfectamente tranquila en este particular. Entonces respiró. Había intentado inspirar a Morgan una tranquilidad de la que ella misma carecía; desde el día en que Carlota le reveló la presencia de Roland en Bourg, había presentido como Morgan que se acercaban a un desenlace terrible.

Conocía todos los pormenores de los sucesos que tuvieron lugar en la Cartuja de Seillon; veía la lucha empeñada entre su hermano y su amante, y tranquila sobre la suerte del primero, gracias a la recomendación dada por el jefe de los compañeros de Jehú, temblaba por la vida de su amante. Además, sabía de la detención del correo de Chambery, la muerte del jefe de brigada de cazadores de Macón; sabía que su hermano estaba sano y salvo, pero que había desaparecido, y no había recibido ninguna carta suya.

Esta desaparición y este silencio para ella, que conocía a Roland, era algo más que una guerra abierta y declarada. A Morgan no había vuelto a verle desde la escena que hemos referido y en la cual había tomado el empeño de hacerle llegar armas allá donde se encontrase, si algún día era condenado a muerte.

Esperando con impaciencia la entrevista solicitada por su amante.

Así fue que en cuanto le pareció que Miguel y su hijo estaban acostados, encendió en las cuatro ventanas las bujías que debían servir de señal a Morgan. Después, como éste le había recomendado, se envolvió en una cachemira que había traído su hermano del campo

de batalla de las Pirámides, y que él mismo había desenrollado de la cabeza de un bey al que había muerto; se echó sobre la cachemira una manta de pieles, dejó a Carlota para darle aviso de lo que podía suceder, y esperando que nada sucedería abrió la puerta del parque y se dirigió hacia la ribera.

Durante el día, había ido dos o tres veces hasta el Reissousse, y había vuelto para trazar una senda en la que no fuesen reconocidos sus pasos nocturnos. Bajó pues, si no tranquila, al menos atrevida, la pendiente que conducía hasta al Reissousse.

Al llegar a la orilla del río buscó con la vista la barca.

Un hombre la esperaba: era Morgan. Amelia se lanzó a la barca y él la recibió en sus brazos.

Lo primero que notó la joven fue el brillo gozoso que iluminaba el rostro de su amante.

—¡Oh! tú tienes algo bueno que anunciarme, exclamó ella.

—¿Y por qué, mi querida amiga? preguntó Morgan con la más dulce sonrisa.

—Hay en tu expresión, mi adorado Carlos, algo más que el placer de volverme a ver.

—Tienes razón, dijo Morgan amarrando la cadena de la barquilla al tronco de un sauce y dejando que los remos batiesen los costados del bote.

Después, tomando Amelia entre sus brazos:

—Tienes razón, Amelia mía, le dijo, y mis presentimientos me engañaban. ¡Oh, cuán débiles y ciegos somos! En el momento en que el hombre va a tocar con la mano la felicidad, es cuando desespera y duda.

—¡Oh, habla, habla! dijo Amelia; ¿qué ha sucedido?

—¿Te acuerdas, Amelia, lo que me respondiste en nuestra última entrevista, cuando te hablé de huir, y de que yo temía tus reservas?

—Sí, me acuerdo; te respondí que era tuya, y que si tenía reservas las vencería.

—Y yo te respondí que tenía compromisos que me impedían huir; que del mismo modo que ellos estaban unidos a mí, yo lo estaba a ellos; que había un hombre de quien dependíamos y a quien debíamos una obediencia absoluta, y que este hombre era el futuro rey de Francia, Luis XVIII.

—Sí, todo eso ya me lo dijiste.

—Pues bien; estamos relevados de nuestro juramento por nuestro general Jorge Cadoudal y por Luis XVIII.

—¡Oh, amigo mío! ¡Entonces vas a ser un hombre como los demás, superior a los demás!

—Yo paso a ser un simple proscrito, Amelia. Para nosotros no hay que esperar la amnistía vendeana o bretona.

—¿Y por qué?

—Porque no somos soldados, ni aun rebeldes, somos los compañeros de Jehú.

Amelia lanzó un suspiro.

—Nosotros somos unos bandidos, unos salteadores, unos desvalijadores de sillas de posta, apoyó Morgan con una intención visible.

—¡Silencio! dijo Amelia cubriendo con la mano la boca de su amante, ¡silencio! No hablemos de eso; dime ¿cómo vuestro rey os releva del compromiso que habíais contraído con él y cómo os despide vuestro general?

—El primer cónsul ha querido ver a Cadoudal. Por supuesto, le ha enviado a tu hermano para hacerle proposiciones; Cadoudal rehusó entrar en arreglos; pero igual que nosotros, Cadoudal ha recibido orden de Luis XVIII para que cesen las hostilidades. Coincidiendo con esta orden, vino un nuevo mensaje del primer cónsul; este mensaje era un salvoconducto para él, una invitación para ir a París, un tratado, en fin, de potencia a potencia. Cadoudal aceptó; a estas horas debe de estar ya camino de París, si no ha llegado ya. Hay pues, sino paz, al menos tregua.

—¿Y por parte del rey Luis XVIII?

—Hay más todavía; hay, como con Cadoudal, orden de cesar las hostilidades.

—¡Oh, qué dicha, Carlos mío!

—No te alegres demasiado, amor mío.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ¿sabes para qué ha venido esta orden?

—No.

—Pues resulta que el tal Mr. Fouché, que es un hombre muy astuto, ha comprendido que, no pudiendo vencernos, era preciso deshonrarnos. Ha organizado unos falsos compañeros de Jehú, a los que ha soltado en Maine y Anjú y que no se contentan con robar

el dinero del gobierno, sino que además pillan y saquean a los viajeros, entrando por la noche en los castillos y en las casas de campo, poniendo los pies de los propietarios de estas casas de campo y castillos sobre carbones ardientes y arrancándoles, mediante tortura, dónde tienen escondido el dinero. Pues bien: esos hombres, esos miserables, esos bandidos, esos asesinos, adoptan el mismo nombre que nosotros y pretenden combatir por el mismo principio, de manera que la política de Mr. Fouché nos pone, no sólo fuera de la ley, sino que además nos deja deshonrados.

—¡Oh!

—He aquí, Amelia mía, lo que tenía que decirte antes de proponerte huir por segunda vez. A los ojos de Francia, a los ojos del extranjero, a los ojos del principio mismo al cual hemos servido y por el cual hemos corrido el riesgo de subir al cadalso, seremos de hoy en adelante, o somos ya probablemente, unos miserables dignos del patíbulo.

—Sí, pero para mí, mi adorado Carlos, tú eres el hombre consagrado a tus principios, el hombre de convicción, el realista obstinado, que continuó combatiendo cuando todo el mundo dejó las armas: para mí tú eres el leal barón de Sainte-Hermine; para mí, en fin, eres el valiente, el noble y el invencible Morgan.

—¡Ah! Eso es todo lo que yo quería saber, querida mía; tú no vacilarás pues ni por un solo momento, a pesar de la nube infame que tratan de hacer pasar entre nosotros y el honor; ¿tú no vacilarás pues, no diré en entregarte a mí, puesto que ya lo has hecho, sino en ser mi esposa?

—¿Qué es lo que dices? Ni un instante, ni un segundo; ¡sería la mayor alegría de mi alma, el placer de mi vida! ¡Tu esposa! Lo soy delante de Dios; Dios colmará todos mis deseos el día que me permita que lo sea delante los hombres.

Morgan cayó de rodillas.

—Pues bien, dijo, a tus pies, Amelia, con las manos juntas, con la voz más suplicante de mi corazón, vengo a decirte: ¿quieres huir? ¿quieres abandonar Francia? ¿Amelia, quieres ser mi esposa?

Amelia se llevó las dos manos a la frente, como si la violencia de la sangre que afluía a su cerebro fuera a hacerle estallar.

Morgan, cogiéndole las manos y mirándola con inquietud, le preguntó con voz sorda:

—¿Vacilas?

—¡No! ¡oh! ¡no! ¡ni un segundo! exclamó Amelia; te pertenezco en el pasado y en el porvenir, en todo y por todo. Sólo que el golpe es tanto más violento cuanto que es inesperado.

—Medítalo bien, Amelia; lo que te propongo es el abandono de la patria y de la familia, es decir, de todo lo que te es caro, de todo lo que te es sagrado; siguiéndome, abandonas el castillo donde naciste, a la madre que te dio a luz y alimentó, al hermano que te ama y que cuando sepa que eres la esposa de un salteador, te aborrecerá tal vez, te despreciará ciertamente.

Y, mientras hablaba así, Morgan escrutaba con ansiedad el rostro de Amelia. Éste se iluminó gradualmente con una dulce sonrisa y, como si descendiese del cielo sobre la tierra, inclinándose sobre el joven, que permanecía de rodillas:

—¡Carlos! dijo con una voz dulce como el murmullo del río que corría bajo sus pies, soy tuya; ¿cuándo partimos?

—Amelia, nuestros destinos no son de aquellos con los que se transige o discute; si nos vamos, si me sigues, ha de ser en este mismo instante. Mañana es preciso que estemos al otro lado de la frontera.

—¿Y los medios para la fuga?

—Tengo en Montagnat dos caballos ensillados, uno para ti, Amelia, y otro para mí; tengo letras de banco sobre Londres o Viena por valor de doscientos mil francos. Adonde quieras ir, allí iremos.

—Donde estés tú, Carlos, allí estaré yo; ¿qué me importa la ciudad?

—Entonces ven.

—¿Cinco minutos, Carlos, es mucho?

—¿Adónde vas?

—Tengo que llevarme tus cartas, Carlos; tengo algunos recuerdos queridos, recuerdos de la infancia, que serán todo lo que me quede de mi familia de Francia.

—Preferiría no dejarte.

—¡Oh! ven; ¿qué importa ahora que vean tus pasos?

El joven saltó de la barca, dio la mano a Amelia y ambos tomaron el camino de la casa. En la escalinata Carlos se paró.

—Ve, Amelia mía, la religión de los recuerdos tiene su pudor, y como lo comprendo, lo respeto; te espero aquí, pero vuelve pronto: desde aquí te aguardo; desde el momento en que no tengo que hacer más que tender la mano para alcanzarte, estoy bien seguro de que no te me escaparás: ve, Amelia, mía, pero vuelve pronto.

Amelia subió la escalera, entró en su cuarto, cogió un cofrecito de roble esculpido donde tenía las cartas de Carlos, desde la primera hasta la última; cogió del espejo de la chimenea el blanco y virginal rosario que estaba allí colgado, se puso en la cintura un reloj que su padre le dio de niña, pasó después al aposento de su madre, se inclinó sobre la cabecera de su cama, besó la almohada que la cabeza de Mme. de Montrevel había tocado, y arrodillándose delante de un Cristo, colocado a la cabecera de su cama, empezó una oración.

De repente se detuvo.

Oyó su nombre pronunciado con un acento de angustia, se estremeció y bajó rápidamente.

Carlos estaba todavía en el mismo sitio; pero inclinado hacia adelante, parecía escuchar un ruido lejano.

—¿Qué hay? preguntó Amelia, cogiendo la mano del joven.

—Escucha, escucha, dijo Morgan.

Amelia prestó el oído y le pareció oír detonaciones sucesivas, que venían del lado de Ceyzériat.

—¡Oh! mis amigos son atacados, gritó Morgan; Amelia ¡adiós? ¡adiós!

—¡Cómo! exclamó Amelia palideciendo, ¿me abandonas?

El ruido de la fusilería se hacía más distinto.

—¿No oyes? Se baten, y ¡yo no estoy allí para batirme con ellos!

Hija y hermana de un soldado, Amelia comprendió y no trató de retenerle.

—Ve, dijo, dejando caer sus brazos; tenías razón, estamos perdidos.

Morgan lanzó un grito de rabia, apretó a la joven convulsivamente contra su pecho, y desapareció en la dirección del fuego de fusilería, con la rapidez del gamo perseguido por los cazadores.

—¡Aquí estoy, amigos, gritó, aquí estoy!

Y desapareció como una sombra bajo los grandes árboles del parque.

Amelia cayó de rodillas con los brazos extendidos hacia él pero sin fuerzas para llamarle, o si le llamó, fue con voz tan débil que Morgan no le respondió ni detuvo su carrera para responderle.

Ya se adivina lo que había pasado. Roland no había perdido su tiempo con el capitán de gendarmería y el coronel de dragones. Éstos, por su parte, tampoco habían olvidado que debían tomar una revancha. Roland había descubierto al capitán de gendarmería el paso subterráneo que comunicaba la iglesia de Bourg con la gruta de Ceyzériat.

A las nueve de la noche el capitán y los dieciocho hombres que tenía a sus órdenes debían entrar en la iglesia, bajar por la bóveda de los duques de Saboya y cerrar con sus bayonetas la comunicación de las canteras con el subterráneo. Roland, al frente de veinte dragones, debía cercar el bosque, batirlo estrechando el semicírculo, a fin de que las dos alas de este semicírculo fuesen a tocar con la gruta de Ceyzériat. A las nueve debía hacerse por esta parte el primer movimiento en combinación con el del capitán de gendarmería.

Ya se ha visto, por las palabras intercambiadas entre Amelia y Morgan, cuáles eran durante este tiempo las disposiciones de los compañeros de Jehú; las noticias llegadas a la vez de Milán y de Bretaña los habían eximido de sus obligaciones: cada cual conocía que se hallaba libre y, comprendiendo que se hacía una guerra desesperada, estaban contentos con su libertad.

Había pues reunión completa en la gruta de Ceyzériat. Aquello era casi una fiesta; a medianoche todos debían separarse, y cada uno, según la facilidad con que pudiese contar para atravesar la frontera, debía ponerse en camino para salir de Francia.

Ya hemos visto en qué ocupaba su jefe los últimos momentos. Los otros, que no tenían iguales relaciones amorosas, se habían reunido en la encrucijada, espléndidamente iluminada, donde celebraban su libertad con una comida de despedida, porque una vez fuera de Francia, pacificadas la Vendée y Bretaña y destruido el ejército de Condé, ¿dónde volverían a encontrarse en una tierra extranjera? ¡Dios lo sabe!

De repente se oyó un disparo de fusil.

Como por una descarga eléctrica, todos se levantaron. Un segundo fusilazo se dejó oír; y luego, temblando como las alas de un pájaro fúnebre, resonaron en las profundidades de la cantera estas palabras:

—¡A las armas!...

Para los compañeros de Jehú, sometidos a todas las vicisitudes de una vida de bandidos, el descanso momentáneo no implicaba jamás la paz. Los puñales, pistolas y carabinas estaban siempre al alcance de la mano.

A ese grito, dado probablemente por el centinela, todos cogieron sus armas y permanecieron con el cuello estirado, el pecho jadeante y los oídos alerta.

En medio del silencio se oyó el ruido de un paso tan rápido como podía permitirlo la oscuridad. Después, por entre los rayos de luz despedida por las antorchas y bujías, un hombre apareció.

—¡A las armas, gritó; nos atacan!

Era el centinela que acudía con su fusil todavía humeante en la mano.

—¿Dónde está Morgan? gritaron veinte voces.

—Ausente, respondió Leprêtre. Apagad las luces y batíos en retirada hacia la iglesia; un combate es inútil al presente.

Todos obedecieron y se estrecharon en la oscuridad.

Leprêtre, seguido de sus Compañeros, se metió en las profundidades de la cantera.

De repente oyó, como a cincuenta pasos delante de él, un mandato pronunciado en voz baja, y a su vez murmuró la palabra:

—¡Alto!

En el mismo instante se oyó distintamente la voz de:

—¡Fuego!

No bien se oyó la voz cuando una detonación terrible iluminó el subterráneo y reconocieron a los gendarmes.

—¡Fuego! gritó Leprêtre.

Siete u ocho tiros retumbaron.

Dos compañeros de Jehú yacían en el suelo mortalmente heridos.

—La retirada está cortada, amigos míos, dijo Leprêtre, ¡por el lado de la selva!

El movimiento se hizo con la regularidad de una maniobra militar. Leprêtre se volvió a encontrar al frente de sus Compañeros y dio media vuelta.

Los gendarmes hicieron fuego por segunda vez.

Nadie les respondió; los que habían hecho fuego volvieron a cargar, los que no, se mantenían dispuestos para la verdadera lucha, que debía tener lugar a la entrada de la gruta. Apenas uno o dos suspiros revelaron que no era sin resultado.

Al cabo de cinco minutos Leprêtre se detuvo a la altura de la encrucijada.

—¿Están cargados todos los fusiles y pistolas? preguntó.

—Todos, respondieron una docena de voces.

—Acordaos de la palabra de orden para los que caigan en poder de la justicia. Pertenecemos a las bandas de Mr. de Teyssonnet y hemos venido a reclutar hombres para la causa realista. En uno o en otro caso, es la muerte; pero la muerte del soldado en lugar de la de los ladrones.

—Convenido, respondieron todos.

—El fusilamiento en lugar de la guillotina.

—Y el fusilamiento, dijo una voz burlona, ya sabemos lo que es. ¡Viva el fusilamiento!

—¡Adelante, amigos! dijo Leprêtre, y vendamos caras nuestras vidas.

—¡Adelante! repitieron los Compañeros.

Y tan rápidamente como era posible hacerlo en las tinieblas, la pequeña fuerza se puso en marcha conducida siempre por Leprêtre.

A medida que avanzaban, Leprêtre respiraba un olor de humo que le inquietaba.

Al mismo tiempo se reflejaban ciertas luces sobre las paredes de los muros y en los ángulos de los pilares, que indicaban que algo extraordinario pasaba hacia la entrada de la gruta.

—Creo que esos villanos nos humean como a zorros, dijo.

—Mucho me lo temo, respondió Guyon.

—¡Oh! pronto verán por nuestras garras que somos leones, contestó Leprêtre.

El humo se hacía más y más espeso, la luz más y más viva. Llegaron al último de los ángulos. Habían encendido un montón de leña seca en el interior de la cantera a unos cincuenta pasos de su boca, no para humear, sino para iluminar.

A la luz esparcida por el fuego, vieron relucir las armas de los dragones a la entrada de la gruta, y a diez pasos delante de ellos, un oficial aguardaba, apoyado sobre su carabina, no solamente expuesto a todos los golpes, sino pareciendo provocarlos. Era Roland.

Era fácil reconocerle; había arrojado lejos de sí su sombrero, su cabeza estaba descubierta y el reverbero de la llama jugueteaba sobre su rostro. Pero lo que habría debido perderle le salvaba.

Leprêtre le reconoció y dio un paso atrás.

—Roland de Montrevel, dijo, acordaos de la recomendación de Morgan.

—Está bien; respondieron los Compañeros con voz sorda.

—Ahora, gritó Leprêtre, muramos, pero matemos.

Se lanzó el primero en el espacio; descargó su fusil de dos disparos, y los dragones respondieron por una descarga general.

Sería imposible referir lo que pasó.

Las dos tropas se atacaron cuerpo a cuerpo.

Los gendarmes acudieron, pero les fue imposible hacer fuego; tan confundidos estaban amigos y enemigos.

Se veían en medio de aquella atmósfera roja y humeante, grupos confusos luchando.

Se oían alaridos de rabia y gritos de agonía.

El que sobrevivía, buscaba un nuevo adversario y empezaba una nueva lucha.

Esta matanza duró veinte minutos.

Se podían contar veintidós cadáveres en la gruta de Ceyzériat.

Trece pertenecían a los dragones y gendarmes, los otros nueve a los compañeros de Jehú.

Cinco de estos últimos sobrevivían: sometidos por la inferioridad de fuerzas, acribillados de heridas, habían sido apresados vivos.

Los gendarmes y dragones, que sumaban veinticinco efectivos, les rodearon.

El capitán de gendarmes y el coronel de dragones salieron gravemente heridos.

Sólo Roland, cubierto de sangre, pero de sangre que no era suya, no había recibido ningún arañazo.

Dos de los prisioneros estaban tan gravemente heridos, que fue preciso transportarlos en camillas.

Encendieron hachones y tomaron el camino de la ciudad.

En el momento en que pasaban de la selva al camino real, se oyó el galope de un caballo, que se acercaba rápidamente.

—Continuad vuestro camino, dijo Roland. Yo me quedo atrás para saber qué es.

—¿Quién vive? gritó, cuando el jinete estuvo a veinte pasos de él.

Y preparó su carabina.

—Un prisionero más, Mr. de Montrevel, respondió el jinete; no he podido acudir al combate; quiero al menos acudir al cadalso. ¿Dónde están mis amigos?

—Ahí, caballero, respondió Roland, que había reconocido la voz del joven.

E indicó con la mano el grupo, que, formando el centro de la tropa, se dirigía a Bourg.

—Veo con alegría, Mr. de Montrevel, que nada os ha sucedido, dijo el joven con una perfecta cortesía.

Y espoleando a su caballo, se entregó a los dragones y gendarmes.

—Perdonad, señores, dijo, echando pie a tierra, reclamo un lugar entre mis tres amigos, el vizconde de Jayat, el conde de Valensolle y el marqués de Ribier.

Los tres prisioneros arrojaron un grito de admiración y le tendieron sus manos.

Los dos heridos se levantaron sobre sus camillas y murmuraron:

—¡Bien, Sainte-Hermine... bien!

—Creo, ¡Dios me perdone! exclamó Roland, que la parte más bella de este asunto quedará hasta el final del lado de estos bandidos.

CAPÍTULO IX
CADOUDAL EN LAS TULLERÍAS

Tres días después de los acontecimientos que acabamos de referir, Bonaparte y Jorge Cadoudal paseaban juntos por el gran salón de las Tullerías.

Cadoudal, conmovido por las desgracias de la Bretaña, acababa de firmar la paz con Brune. Desgraciadamente, la orden relevando a los compañeros de Jehú de sus juramentos, había llegado tarde.

En esta paz, Jorge no había estipulado para él más que la libertad de retirarse adónde quisiera.

Al siguiente día recibía una carta del almirante inglés, fondeado en la bahía de Quiberón, donde le anunciaba que ponía a su disposición seiscientos mil francos para

continuar la guerra. Esta noticia, llegada dos días antes, habría cambiado con toda probabilidad la faz de las cosas; pero era demasiado tarde.

Cadoudal respondió:

«Ayer firmé la paz; hoy no puedo recibir ningún dinero para hacer la guerra.

»Os pido, pues, por todo favor, que me transportéis a Inglaterra.»

Pero Brune había insistido tanto que Cadoudal consintió en una entrevista con el primer cónsul. En consecuencia había partido para París.

La mañana misma de su llegada, se presentó en las Tullerías, dio su nombre y fue recibido. Fue Rapp quien, en ausencia de Roland, le introdujo.

Al retirarse había dejado las dos puertas abiertas a fin de verlo todo desde el gabinete de Bourrienne y de prestar socorro al primer cónsul, si fuese necesario. Pero Bonaparte, que advirtió la intención de Rapp, había ido a cerrar la puerta. Volviendo después vivamente hacia Cadoudal:

—¡Ah! sois vos al fin, le dijo; me alegro mucho de veros; un enemigo vuestro, mi ayudante de campo Roland de Montrevel, me ha hecho de vos los mayores elogios.

—No me sorprende, respondió Cadoudal; durante el corto espacio de tiempo en que he visto a Mr. de Montrevel he creído reconocer en él los sentimientos más caballerescos.

—Sí, ¿y eso os ha conmovido? respondió el primer cónsul. Después, fijando en él su mirada de halcón, le dijo:

—Escuchad, Jorge; necesito hombres enérgicos para concluir la obra que he emprendido. ¿Queréis ser de los míos? Os he hecho ofrecer el grado de coronel; pero veo que valéis mucho más: os ofrezco el grado de general de división.

—Os doy gracias, ciudadano primer cónsul, respondió Jorge; pero vos me despreciaríais si aceptase.

—¿Por qué? preguntó vivamente Bonaparte.

—Porque he prestado juramento a la casa de Borbón.

El primer cónsul se inclinó con gravedad.

—¿Seré siempre libre, continuó, para retirarme adonde me convenga?

Bonaparte fue a abrir la puerta.

—¡El ayudante de campo de servicio! pidió.

Aguardaba ver aparecer a Rapp. Vio aparecer a Roland.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo.

Y volviéndose hacia Cadoudal:

—Coronel, no tengo necesidad de presentaros a mi ayudante de campo. Roland, di al coronel que está tan libre en París como tú lo estabas en su campo de Muzillac. Y que si necesita un pasaporte para cualquier país del mundo, sea el que fuere, Fouché tiene la orden de dárselo.

—Vuestra palabra me basta, ciudadano primer cónsul, respondió Cadoudal inclinándose; parto esta tarde.

—¿Y se puede saber adónde vais?

—A Londres, general.

Jorge saludó y se retiró.

—Y bien, general, preguntó Roland, ¿no es tal como os había dicho?

—Sí, respondió Bonaparte pensativo; sólo que interpreta mal el estado de las cosas; pero esos principios exagerados tienen su origen en unos nobles sentimientos que deben de darle la mayor influencia entre los suyos.

Y añadió en voz baja:

—Por lo tanto, será preciso acabar.

Luego dirigiéndose a Roland:

—¿Y tú? le preguntó.

—Yo he terminado.

—¡Ah! ¡ah! ¿De modo que los Compañeros de Jehú...?

—Han dejado de existir, general; las tres cuartas partes están muertos, y el resto prisioneros.

—¿Y tú sano y salvo?

—No me habléis de eso, general; empiezo a creer que he hecho un pacto con el diablo.

La misma noche, conforme había dicho al primer cónsul, Cadoudal partió hacia Inglaterra.

A la noticia de que éste había llegado a Londres, Luis XVIII le escribió:

«He sabido con la más viva satisfacción, general, que habéis por fin escapado de las manos del tirano, que os ha desconocido hasta el punto de proponeros que le sirvieseis; he llorado ante las dolorosas circunstancias que os han obligado a tratar con él, pero jamás he albergado la más ligera inquietud: el corazón de mis fieles bretones y el vuestro en particular me son demasiado bien conocidos. Hoy estáis libre y cerca de vuestro hermano; todas mis esperanzas renacen: no tengo necesidad de decir más a un francés tal que vos.»

A aquella carta iban unidos el despacho de teniente general y el gran cordón de San Luis.

CAPÍTULO X
EL EJÉRCITO DE RESERVA

El primer cónsul había llegado al punto que deseaba: la Vendée estaba pacificada, los compañeros de Jehú estaban destruidos.

Al pedir la paz a Inglaterra, había esperado la guerra.

El plan que Bonaparte había explicado un día en su gabinete del Luxemburgo a Roland, seguía presente en su cabeza. Contaba con reconquistar Italia, y esta batalla debía ser una gran victoria. Salido de París el 6 de mayo, el 26 del mismo mes, el general en jefe acampó con su ejército entre Turín y Casal. Había llovido todo el día; hacia el anochecer se calmó la borrasca, y el cielo, como sucede a menudo en Italia, pasó en un instante de un torrente de lluvia al azul más hermoso, y aparecieron las estrellas más centelleantes. El primer cónsul hizo señas a Roland para que le siguiese; los dos salieron de la pequeña ciudad de Chivasso y siguieron la orilla del río: a cien pasos de las últimas casas de la ciudad un árbol derribado ofrecía un asiento a los paseantes. Bonaparte se sentó, e indicó a Roland que se sentase a su lado.

El general en jefe evidentemente tenía que hacer alguna confidencia íntima a su ayudante de campo. Los dos guardaron silencio por un instante. Bonaparte lo interrumpió el primero.

—¿Te acuerdas, le dijo, de una conversación que tuvimos en el Luxemburgo?

—General, hemos tenido tantas conversaciones; una entre otras en que me anunciasteis que bajaríamos a Italia en primavera, y que batiríamos al general Melas en Torre di Garsfolo o San Giuliano; ¿seguís con el mismo propósito?

—Sí; pero no es de esta conversación de lo que tratamos.

—¿Os dignaréis orientarme, general?

—Se trata de una boda...

—¡Ah! sí; de la de mi hermana.

—No: de la tuya.

—¡Bah! dijo Roland con su sonrisa amarga, e hizo un movimiento para levantarse.

Bonaparte le retuvo por el brazo.

—Cuando te hablé de eso, Roland, continuó con un tono serio que revelaba su deseo de ser escuchado, ¿sabes a quién te destinaba?

—No, general.

—Pues bien, existe una criatura encantadora que amo como una hija; acaba de cumplir diecisiete años, y tú tienes veintiséis. Pues bien; al fin de la campaña serás general de división, volveremos a París, y te casarás...

—General, interrumpió Roland, creo que Bourrienne os busca.

En efecto, el secretario estaba a diez pasos.

—¿Qué hay, Bourrienne? preguntó Bonaparte impaciente.

—Un correo de Francia y una carta de Mme. Bonaparte.

—¡Bien! dijo Bonaparte levantándose, trae.

Y le arrancó la carta de las manos.

—¿Y para mí? preguntó Roland.

—Nada.

—¡Es extraño! dijo el joven frunciendo las cejas.

Bonaparte leía a la luz de la luna. Durante las dos primeras páginas, su semblante indicó la serenidad más perfecta.

Roland seguía en el rostro del general las impresiones de su alma. Hacia el fin de la carta, su cara se puso sombría y echó una mirada sobre Roland.

—Parece que se se trata de mí en esa carta, dijo el joven. Bonaparte no respondió y concluyó su lectura. Cuando terminó, dobló la carta y se la metió en el bolsillo.

—Está bien, dijo; probablemente expediré un correo.

Bourrienne saludó y volvió a tomar el camino de Chivasso.

Bonaparte se aproximó entonces a Roland y poniéndole la mano en el hombro:

—El matrimonio de tu hermana se ha frustrado, dijo.

—¿Se niega? preguntó Roland.

—No.

—¡Cómo! ¿No será lord Tanley?

—Sí.

—¿Ha renunciado a la mano de mi hermana después he habérmela pedido a mí, a mi madre, a vos y a ella misma?

—Veamos, pero te exaltes de buenas a primeras, y trata de comprender que aquí hay algún misterio.

—Yo no veo más que un insulto.

—¡Ah! Éste es mi hombre; eso explica por qué ni tu madre ni tu hermana han querido escribirte; pero Josefina ha pensado que, tratándose de un asunto grave, tú debías estar al corriente. Ella me anuncia esta noticia invitándome a trasmitírtela si lo creo conveniente.

—Os doy las gracias, general; ¿pero sir John da una razón para esta negativa?

—Da una razón que no lo es.

—¿Cuál?

—Éste no puede ser el verdadera motivo.

—¿Pero en fin...?

—No hay más que verle y hablar cinco minutos con él para formarse una opinión sobre este particular.

—Pero en fin, general, ¿qué dice para retractarse de su palabra?

—Que tu hermana es menos rica de lo que creía.

Roland estalló en aquella risa nerviosa que revelaba la más violenta agitación.

—¡Ah! dijo, justamente eso fue lo primero que le dije.

—¿Qué?

—Que mi hermana no tenía un cuarto; ¿acaso somos ricos nosotros, los hijos de generales republicanos?

—¿Y qué te respondió?

—Que él era bastante rico para dos.

—Ya ves pues que ése no puede ser el motivo de su rechazo.

—¿Conque hay rechazo?

—Rechazo, sí.

—¿Definitivo?

—Definitivo.

—Y bien, general, ¿no comprendéis que es un insulto?

—No digo que no.

—¿Y sois de opinión que uno de vuestros ayudantes reciba un insulto en la persona de su hermana sin pedir satisfacción?

—Mi querido Roland, en estas situaciones, es a la persona ofendida a quien toca sopesar los pros y los contras.

—¿Cuándo creéis que tendremos una batalla decisiva?

—Dentro de quince días o tres semanas.

—Os pido licencia por quince días, general.

—Con una condición; que pasarás por Bourg y preguntarás a tu hermana de qué lado viene la negativa.

—Ésa era mi intención.

—En este caso no hay que perder un momento.

—Ya veis bien que no lo pierdo, dijo el joven dando algunos pasos para volver a entrar en la población.

—Un minuto más; tú te encargarás de mis despachos para París ¿verdad?

—Comprendo: soy el correo del cual hablabais ahora a Bourrienne.

—Justamente.

—Entonces, venid.

—Aguarda un momento. Los jóvenes a quienes has arrestado...

—¿Los compañeros de Jehú?

—Sí. ¡Pues bien! parece que pertenecen a familias nobles; son unos fanáticos, más bien que unos culpables. Parece que tu madre, víctima yo no sé de qué sorpresa judicial, ha atestiguado en su proceso y ha sido causa de su condena.

—Es posible. Mi madre había visto la cara de su jefe.

—Pues bien; me suplica, por conducto de Josefina, que los perdone. Tú llegaras antes que sea desechado el recurso de casación, y si lo juzgas conveniente, dirás de mi parte al ministro de justicia que sobresea. A tu vuelta veremos qué se ha de hacer.

—Gracias, general. ¿No tenéis ninguna otra cosa que decirme?

—No; sino que pienses bien en la conversación que acabamos de tener.

—Pues bien, hablaremos de eso a mi vuelta, si es que vuelvo.

Y esta vez tomó el camino de Chivasso sin que el general le detuviese.

Media hora después Roland partía en un carruaje de posta por el camino de Ivrée; debía viajar así hasta Aoste, en Aoste tomar un mulo, atravesar el San Bernardo, bajar en Martignes, y por Génova pasar a Bourg, y de Bourg a París. Mientras Roland corre a galope, veamos lo que había pasado en Francia, o iluminemos los puntos que pueden haber quedado oscuros para nuestros lectores en la conversación que acabamos de referir entre Bonaparte y su ayudante de campo.

CAPÍTULO XI
DONDE AMELIA CUMPLE LA PROMESA HECHA A MORGAN

Los prisioneros hechos por Roland en la gruta de Ceyzériat habían hecho alto solamente una noche en las prisiones de Bourg, y habían sido trasladados inmediatamente a la de Besanzón, donde debían comparecer ante un consejo de guerra.

Ya nos acordamos de que dos de los presos estaban gravemente heridos y que había sido preciso trasladarlos en camillas; uno había muerto la misma noche, el otro tres días después de su llegada a Besanzón.

Su número, pues, quedó reducido a cuatro: Morgan, que se había entregado voluntariamente, Leprêtre, Guyon y Amiet, quienes, más o menos heridos durante el combate, no habían recibido en cualquier caso heridas peligrosas.

Estos cuatro seudónimos ocultaban los nombres del barón de Sainte-Hermine, el conde de Jayat, el vizconde de Valensolle y el marqués de Ribier.

Mientras se instruía ante la comisión militar de Besanzón el proceso de los cuatro presos, expiró la ley que sometía los delitos de asaltos a diligencias en los caminos reales a los tribunales militares. Los presos se encontraban desde entonces sujetos a los tribunales civiles.

Esto suponía una gran diferencia para ellos, no en relación a la pena, sino a la manera de aplicarla. Condenados por los tribunales militares, serían fusilados; condenados por los tribunales civiles, serían guillotinados. El fusilamiento no era una infamia; la guillotina sí.

Sometidos a los tribunales civiles, debían ser juzgados por el Jurado de Bourg.

Hacia el fin de marzo los acusados habían sido pues trasladados de las prisiones de Besanzón a las de Bourg, y la instrucción había empezado.

Los cuatro acusados adoptaron un sistema que no ponía en serios aprietos al juez de instrucción.

Declaraban sus nombres; confesaban pertenecer a las bandas de Mr. de Teyssonnet, destinados a operar en el Mediodía, y que esperaban la sumisión de Cadoudal para hacer la suya; pero negaban haber tenido nunca relación con los salteadores de diligencias.

Era difícil procurar pruebas contrarias: el despojo de las diligencias había sido siempre perpetrado por hombres enmascarados, y a excepción de Mme. de Montrevel y de sir John, nadie había visto jamás el rostro de ninguno de nuestros aventureros.

Ya sabemos en qué circunstancias: sir John la noche en que había sido juzgado, condenado, herido por ellos; Mme. de Montrevel cuando la detención de la diligencia, y cuando, luchando contra una crisis nerviosa, había hecho caer la máscara a Morgan. Los dos habían sido llamados ante el juez de la causa, los dos habían sido careados con los

cuatro presos, pero tanto sir John como Mme. de Montrevel declararon no reconocer a ninguno de ellos.

¿De qué procedía esta reserva? Por parte de Mme. de Montrevel era comprensible: guardaba doble reconocimiento al hombre que había detendido a su hijo Eduardo y la había socorrido a ella misma. Por parte de sir John; el silencio era más difícil de explicar, porque a buen seguro que entre los cuatro presos debía reconocer al menos a dos de sus jueces.

Ellos le habían reconocido y cierto estremecimiento pasó por sus venas a la vista del inglés, pero no bien habían fijado resueltamente sus miradas sobre él, cuando, para mayor asombro suyo, sir John, pese a la insistencia de los dos jueces, había respondido obstinadamente:

«No tengo el honor de reconocer a estos caballeros.»

Amelia, no hemos hablado de ella (hay dolores que la pluma no debe ni siquiera probar de describir); Amelia, pálida, acalorada, moribunda desde la noche fatal en que Morgan había sido preso, aguardaba con ansia el regreso de su madre y de lord Tanley de casa del juez de la causa.

Lord Tanley fue el primero que entró; Mme. de Montrevel se había quedado un poco atrás para dar órdenes a Miguel.

Cuando percibió a sir John, se precipitó hacia él.

—¿Y bien? le preguntó.

Sir John echó una mirada a su alrededor para asegurarse de que Mme. de Montrevel no podía verle ni oírle.

—Ni vuestra madre ni yo los hemos reconocido, respondió sir John.

—¡Oh! ¡qué noble y qué generoso sois, milord! exclamó tratando de besar su mano.

Pero él, retirándola, dijo:

—No he hecho más que cumplir lo que os había prometido; pero ¡silencio! Aquí viene vuestra madre.

Amelia dio un paso atrás.

—Así, señora, dijo ella, ¿no habéis contribuido a comprometer a esos desgraciados?

—¡Cómo! respondió Mme. de Montrevel, ¿querías que enviase al cadalso a un hombre que me socorrió y que en lugar de maltratar a Eduardo, le abrazó?

—Y sin embargo, señora, preguntó Amelia temblando ¿vos le habíais reconocido?

—Perfectamente, respondió Mme. de Montrevel; es el rubio con cejas y ojos negros, el que se hace llamar el barón Carlos de Sainte-Hermine.

Amelia lanzó un grito ahogado; haciendo después un esfuerzo sobre sí misma:

—¿Entonces, dijo, ya estáis despachados, tanto vos como milord, y no se os llamará más?

—Es probable que no, respondió Mme. de Montrevel.

—En todo caso, respondió sir John, creo que al igual que yo, que efectivamente no he reconocido a nadie, Mme. de Montrevel persistiría también en su declaración.

—¡Oh! por supuesto que sí, dijo la señora; ¡Dios me libre de ser causa de la muerte de ese desgraciado joven! Yo misma no me lo perdonaría nunca. Demasiado es que él y sus compañeros hayan sido presos por Roland.

Amelia lanzó un suspiro y un poco de calma se esparció por su rostro. Echó una mirada de reconocimiento a sir John y subió a su habitación, donde Carlota la esperaba.

Carlota había venido a ser para Amelia más que una camarera; era casi una amiga. Todos los días, desde que los acusados habían sido conducidos a la prisión de Bourg, Carlota iba a pasar una hora cerca de su padre.

Durante esta hora no se hablaba más que de los presos que el digno carcelero, en su calidad de realista, compadecía con todo su corazón. Carlota se hacía dar pormenores de las palabras más insignificantes, y cada día comunicaba a Amelia noticias de los acusados. Entre tanto habían llegado al castillo de Fuentes Negras Mme. de Montrevel y sir John.

El primer cónsul, al partir para Dijon, manifestó a Mme. de Montrevel su deseo de que la boda se realizase lo más pronto posible.

El mismo día de su llegada a Fuentes Negras, Mme. de Montrevel autorizó una entrevista entre sir John y su hija.

La entrevista duró más de una hora, y sir John sólo dejó a Amelia para subir al coche con Mme. de Montrevel e ir los dos a prestar su declaración.

Ya hemos visto que esta declaración había sido toda en defensa de los acusados; ya hemos visto también cómo había sido recibido a su vuelta por Amelia. Por la noche Mme. de Montrevel tuvo a su vez una conferencia con su hija.

A las urgentes instancias de su madre, Amelia respondió que el estado de su salud la hacía desear el aplazamiento de su boda, y que se refería sobre el particular a la delicadeza de lord Tanley.

Mme. de Montrevel, obligada, por su posición cerca de Josefina, a dejar a Bourg y volver a París, insistió fuertemente la mañana de la partida porque Amelia la acompañase; pero ésta se excusó con el mismo pretexto y pidió dos meses de prórroga.

Esta nueva dilación le fue concedida.

Durante los dos días que duró el viaje, sir John no habló una palabra de su boda con Amelia.

Pero Mme. Bonaparte, al volver a ver a su amiga, le hizo su pregunta acostumbrada:

—¿Cuándo casamos a Amelia con sir John? Ya sabéis que esa boda es uno de los deseos del primer cónsul.

A lo que Mme. de Montrevel respondió:

—El asunto depende enteramente de lord Tanley.

Ésta respuesta había hecho reflexionar largamente a Josefina.

Sólo el tiempo podía explicar semejante misterio.

El tiempo corría y el proceso de los presos se instruía. Habíanlos careado con los viajeros que habían firmado los diferentes procesos verbales que hemos visto entre las manos del prefecto de policía; más ninguno de los viajeros había podido reconocerlos porque ninguno los había visto con la cara descubierta. Los viajeros además habían atestiguado que no se les había quitado objeto alguno de plata o joyas que les perteneciese. Juan Picot testificó que le habían devuelto los cien luises que le habían quitado por equivocación.

La instrucción del proceso había tardado dos meses, y los acusados estaban únicamente bajo el peso de sus propias declaraciones; es decir, que, afiliados a la revolución de Bretaña y de la Vendée, formaban simplemente parte de las bandas armadas que recorrían el Jura bajo las órdenes de Mr. de Teyssonnet.

Los jueces retardaron tanto como pudieron el señalamiento para la vista, esperando siempre que se produjese algún testigo acusador. Pero sus esperanzas fueron estériles. Nadie en realidad había padecido por los hechos que se les imputaron, a excepción del Tesoro, por el cual nadie se interesaba. Era preciso el señalamiento para la vista. Por su parte los acusados habían aprovechado el tiempo.

Ya hemos visto que por medio de un hábil cambio de pasaportes, Morgan viajaba bajo el nombre de de Ribier, de Ribier bajo el de Sainte-Hermine, y otros por el mismo estilo; resultó de eso en las declaraciones de los posaderos una suma confusión que la presentación de sus libros aumentó todavía más.

La llegada de los viajeros, consignada en los registros una hora más temprano o una hora más tarde, apoyaba unas coartadas irrecusables. Los jueces tenían una convicción moral, pero nada valía ante tales declaraciones.

Por otra parte, es preciso decirlo, los acusados contaban con una completa simpatía por parte del público.

El día de la apertura de los debates, toda la ciudad de Bourg se agolpaba a las puertas del tribunal: tan populares se habían hecho las proezas de los compañeros de Jehú.

La sala del tribunal se llevó de un gentío inmenso.

La entrada de los cuatro acusados fue saludada con un murmullo de simpatía.

Jóvenes, resueltos, vestidos a la última moda de la época, risueños frente a frente del auditorio, su mejor defensa estaba en su propio aspecto.

Preguntados sobre sus nombres, apellidos, edad y naturaleza, respondieron llamarse:

Carlos de Sainte-Hermine, natural de Tours, departamento d'Indre-et-Loire, de edad veinticuatro años... Luis Andrés de Jayat, natural de Bagé-le-Chateau, departamento de l'Ain, de edad veintinueve... Raúl Federico Augusto de Valensolle, natural de Sainte-Colombe, departamento del Ródano, edad veintisiete... Pedro Héctor de Ribier, natural de Bolena, departamento de Vaucluse, edad veintiséis.

Preguntados sobre su condición y estado, los cuatro declararon ser caballeros y realistas.

Ya hemos dicho cual era el sistema de defensa: negar toda participación en el arresto de las sillas de posta y diligencias, a fin de apartar la acusación de robo y quedar bajo la de revolución a mano armada.

Estos cuatro bravos jóvenes, que se defendían contra la guillotina, que declaraban merecer la muerte, pero que querían la muerte de los soldados, formaban un grupo admirable de juventud, valor y generosidad. Los jueces comprendían, que, pacificadas la Bretaña y la Vendée, serían absueltos.

No era eso lo que quería el ministro de policía; la muerte impuesta por un consejo de guerra no le bastaba; necesitaba una muerte infamante, la muerte de los malhechores, la muerte de los infames.

Tres días hacía que los debates habían empezado y los jueces no habían dado un solo paso en el sentido que deseaba el ministro de policía.

Carlota asistía la primera a los debates, y todas las tardes venía a traer a Amelia una palabra de esperanza.

El cuarto día, Amelia no pudo contenerse; se hizo traer un vestido a la Bressana, igual al de Carlota, y se puso en el sombrero un velo negro, largo y espeso.

Carlota presentó a Amelia a su padre, como una de sus amigas, curiosa de asistir a los debates.

El honrado Courtois no la reconoció, y para que viesen mejor a los acusados, las situó en el corredor por donde debían pasar. El corredor era tan estrecho en el acto en que se pasaba del aposento del conserje al paraje que se designaba con el nombre de la Hoguera, que de los cuatro gendarmes que acompañaban a los presos, dos tenían que pasar primero, seguían después los presos de uno a uno, y tras de ellos los dos últimos gendarmes. En la entrada de la puerta de la Hoguera fue donde se colocaron Carlota y Amelia.

La puerta de comunicación se abrió.

Cuando Amelia la oyó abrir, se tuvo que apoyar en el hombro de Carlota; parecía que la tierra le faltaba debajo sus pies, y el muro detrás de ella. Oyó el ruido de pasos y los sables de los gendarmes que resonaban.

Dos gendarmes pasaron y luego Sainte-Hermine, que marchaba el primero.

En el momento en que pasaba:

—Carlos, murmuró Amelia.

Morgan reconoció la voz, lanzó un débil grito y sintió que le deslizaban un billete en la mano.

Apretó aquella mano querida y siguió.

En seguida pasaron los demás sin notar nada.

Desde su puesto Morgan desplegó el billete y leyó:

«Carlos mío: en la vida como en la muerte siempre soy y seré tu fiel Amelia. Se lo he declarado todo a lord Tanley; es el hombre más generoso de la tierra: tengo su palabra de que romperá el compromiso y que tomará sobre sí la responsabilidad de esta ruptura. Te amo.»

Morgan besó el billete y lo puso sobre su corazón. Después arrojó una mirada hacia el lado del corredor; las dos jóvenes Bressanas estaban apoyadas contra la puerta.

Amelia lo había arriesgado todo por verlo otra vez.

No se esperaba más que esta sesión suprema; era imposible condenarlos, vista la falta de pruebas.

Los primeros abogados del departamento, los de Lyon y los de Besanzón habían sido llamados por los acusados para defenderlos y habían destruido pieza por pieza el acta de acusación.

Lisonjeras interrupciones, a pesar de las amonestaciones del presidente y de los escribanos, acogieron las partes más notables de aquellos abogados defensores.

Amelia, con las manos juntas, miraba al Cristo, colocado sobre el presidente del tribunal, y daba gracias a Dios a través de lágrimas de reconocimiento.

Los debates iban a cerrarse.

De repente entró un ujier, se aproximó al presidente y le dijo algunas palabras al oído.

—Señores, dijo el presidente, la sesión está suspendida; que salgan los acusados.

Hubo un movimiento de inquietud febril en el auditorio. ¿Qué había de nuevo? ¿Qué suceso inesperado iba a ocurrir? Cada cual miraba a su vecino con ansia; un presentimiento oprimió el corazón de Amelia, que llevó la mano a su pecho y había sentido algo semejante a un hierro helado que penetrase por todas las venas de su cuerpo.

Los gendarmes se levantaron, los acusados volvieron a tomar el camino de sus calabozos, y pasaron por delante de Amelia. Las manos de los dos jóvenes se tocaron.

La mano de Amelia estaba fría como la de un cadáver.

—Sea lo que tenga que ser; gracias, dijo Carlos al pasar.

Amelia quiso responder, las palabras expiraron en sus labios. Durante ese tiempo, el presidente se levantó y fue al cuarto del consejo. Allí encontró una dama velada, que acababa de bajar de su carruaje, a la puerta misma del tribunal, y le dijo:

—Señora, os presento mis excusas por la manera brutal con que os he hecho conducir aquí desde París; pero se trata de la vida de un hombre, y ante esta consideración las demás deben callar.

—Caballero, contestó la dama, sé cuáles son las prerrogativas de la justicia y estoy a sus órdenes.

—El tribunal, replicó el presidente, aprecia el sentimiento de delicadeza que os ha guiado en no querer reconocer al que os socorrió; entonces los acusados negaban; después lo han confesado todo, y sólo necesitamos conocer al que os dio esa prueba de cortesía, para recomendarlo a la clemencia del primer cónsul.

—¡Cómo! exclamó la dama, ¿han declarado?

—Sí, señora; pero se obstinan en ocultar el nombre del que os ha socorrido; sin duda temen ponerse en contradicción con vuestro testimonio.

—¿Y que queréis de mi, caballero?

—Que salvéis a vuestro salvador.

—¡Oh! de muy buena gana. ¿qué tengo que hacer?

—Responder a las preguntas que yo os dirigiré.

—Estoy lista, caballero, dijo la dama levantándose.

—Esperad aquí y seréis introducida al momento.

El presidente volvió a entrar y ocupó su asiento.

—Señores, dijo, la sesión está abierta.

Hubo un gran murmullo; los ujieres restablecieron el silencio.

—Introducid al testigo, dijo el presidente.

Un ujier abrió la puerta del consejo y la dama velada fue introducida. Todas las miradas se dirigieron sobre ella.

—¡Oh, Dios mío! murmuró Amelia, espero engañarme.

—Señora, dijo el presidente, los acusados van a entrar; designad a la justicia el que os ha prodigado cuidados tan tiernos, cuando la detención de la diligencia de Génova.

Un estremecimiento recorrió a toda la asamblea; comprendieron que se había tendido algún siniestro lazo bajo los pies de los acusados. Diez voces iban a gritar: ¡No habléis! cuando a una señal del presidente gritó el alguacil con voz imperativa:

—¡Silencio!

Un frío mortal envolvió el corazón de Amelia.

—Que entren los acusados, dijo el presidente; y vos, señora, avanzad y levantad vuestro velo.

La dama obedeció.

—¡Mi madre! exclamó Amelia con voz sorda.

—¡Mme. de Montrevel! murmuró el auditorio.

En este momento el primer gendarme apareció a la puerta, luego el segundo; después venían los acusados, pero en otro orden: Morgan se había colocado el tercero, a fin de que, separado como estaba de los gendarmes por Leprêtre y Guyon, que marchaban delante, y por d'Assas, que venía detrás, pudiese estrechar más fácilmente la mano de Amelia.

Leprêtre entró, pues. Mme. de Montrevel sacudió la cabeza. Después vino Guyon. Mme de Montrevel hizo el mismo signo de negación. En este momento Morgan pasaba delante de Amelia.

—¡Estamos perdidos! dijo ella.

Morgan la miró con asombro y entró.

—El señor, dijo Mme. de Montrevel cuando vio a Morgan, o si queréis, el barón Carlos de Sainte-Hermine, que no hacían más que un solo y mismo hombre desde el momento en que Mme. de Montrevel acababa de dar esta prueba de identidad.

Leprêtre soltó una carcajada.

—¡Oh! a fe mía, dijo, que eso te enseñará, querido amigo, a galantear las damas que no se encuentran bien.

Y volviéndose hacia Mme. de Montrevel le dijo:

—Señora, con dos palabras acabáis de hacer caer cuatro cabezas.

Un silencio terrible sucedió, en medio del cual se oyó un gemido.

—Ujieres, dijo el presidente, ¿no habéis prevenido al público que toda señal de aprobación o desaprobación está prohibida?

El ujier se informó para averiguar quién había faltado a la justicia.

Era una mujer, una aldeana que acababan de conducir desmayada al cuarto del conserje de la prisión.

Desde entonces los acusados no trataron ya de negar; del mismo modo en que Morgan se había reunido con ellos, ellos se reunieron con él.

Sus cuatro cabezas debían salvarse juntas o caer juntas.

El mismo día, a las diez de la noche, el presidente del jurado pronunció la pena de muerte.

Tres días después, los abogados, a fuerza de ruegos, obtuvieron que los acusados recurriesen en casación; pero no pudieron alcanzar que se solicitara su perdón.

CAPÍTULO XII
DONDE AMELIA CUMPLE SU PROMESA

La sentencia pronunciada por el jurado de Bourg produjo un efecto terrible, no sólo en la sala de justicia, sino también por toda la ciudad. Había entre los cuatro acusados tal vínculo de fraternidad caballeresca, tal elegancia de maneras, tal convicción en la fe que profesaban, que sus enemigos mismos no podían menos de admirar aquel extraño sacrificio que había convertido en unos salteadores de caminos a unos caballeros de la alta nobleza. Desgraciadamente no había que esperar gracia.

Mme. de Montrevel, desesperada, determinó partir en el acto, echarse a los pies del primer cónsul y pedirle el perdón de los cuatro condenados. Ni siquiera tomó el tiempo de ir a abrazar a Amelia en el castillo de Fuentes Negras: sabía que la partida de Bonaparte estaba fijada para principios de mayo, y era ya el 6.

Cuando ella había dejado a París, estaban hechos todos los preparativos para la marcha.

Escribió dos palabras a su hijo, explicándole por qué fatal instigación, en vez de salvarlos, había sido causa de su condenación; después, como si tuviese vergüenza de haber faltado a la promesa que había hecho a Amelia y sobre todo a la que se había hecho a sí misma, envió a buscar dos caballos frescos a la posada, volvió a subir en el carruaje y partió para París.

Llegó el 8 de mayo por la mañana.

Bonaparte había salido el 6 por la tarde. Había dicho al partir que no iba más que a Dijon, tal vez a Génova, pero que en todo caso no estaría fuera más que tres semanas. Tardarían a lo menos cinco semanas para saber que la demanda había sido rechazada.

No estaba pues perdida toda esperanza.

Pero lo fue cuando se supo que la revista de Dijon no había sido más que un pretexto y que Bonaparte iba a Italia.

Entonces Mme. de Montrevel, que sabía el juramento que había hecho su hijo cuando Lord Tanley fue asesinado, y la parte que había tomado en el arresto de los compañeros de Jehú, no quería dirigirse a Roland y se dirigió a Josefina, que escribió a Bonaparte aquella misma tarde.

Pero aquella causa criminal había hecho un gran ruido; no se trataba de unos acusados como los ordinarios, por lo que la justicia se dio prisa.

A los treinta y cinco días del juicio, el recurso de casación fue desechado, con orden de ejecutar a los condenados en veinticuatro horas.

Pero por mucha diligencia que hubiese mostrado el ministerio de la justicia, la autoridad judicial no fue prevenida la primera.

Mientras los prisioneros se paseaban por el patio interior de la prisión, una piedra pasó por encima del muro y vino a caer a sus pies. Una carta estaba atada a esta piedra.

Morgan, en medio de sus Compañeros, que hasta en la prisión conservaba la superioridad de jefe, recogió la piedra, abrió la carta y la leyó. Después, volviéndose hacia sus Compañeros:

—Señores, les dijo; nuestra petición ha sido rechazada, como debíamos esperar, y, seguramente, la ceremonia tendrá lugar mañana.

Valensolle y Ribier, que jugaban a la rayuela con escudos de seis libras y luises, dejaron el juego para escuchar la noticia.

Después volvieron a emprender su partida de juego sin hacer reflexiones. Jayat, que estaba leyendo la Nueva Eloísa, prosiguió su lectura diciendo:

—Creo que no tendré tiempo suficiente para concluir esta obra maestra de Jean Jacques Rousseau; pero sobre mi honor que no lo siento porque es el libro más falso y aburrido que he leído en toda mi vida.

Sainte-Hermine pasó su mano por la frente murmurando:

—¡Pobre Amelia!

Después, advirtiendo que Carlota estaba en la ventana de la cárcel que daba al patio de los prisioneros, se acercó a ella:

—Decid a Amelia, dijo, que esta noche es cuando debe cumplir la promesa que me ha hecho.

La hija del carcelero cerró la ventana y abrazó a su padre anunciándole que volvería por la noche.

Luego tomó el camino de Fuentes Negras, camino que desde hacía dos meses andaba dos veces cada día: una al mediodía para ir a la cárcel, otra por la tarde para volver al castillo.

Cada tarde, al entrar, encontraba a Amelia en el mismo sitio, es decir, sentada junto a aquella ventana que en días más felices se abría para dar paso a su querido Carlos. Desde el día de su desmayo al de la sentencia, Amelia no había derramado una lágrima ni pronunciado una palabra.

Se la habría creído un ser animado que poco a poco se petrificaba. Cada día parecía que se había vuelto algo más pálida, algo más helada.

Carlota la miraba con asombro: los espíritus vulgares, muy impresionables a las demostraciones estrepitosas, es decir, a los gritos y al llanto, no entienden nada en los dolores mudos.

A ellos les parece que el silencio significa indiferencia.

Ella vio el rostro pálido y hundido de Amelia y se asombró de la tranquilidad con que recibió el mensaje.

No vio que su rostro, sumergido en la media tinta del crepúsculo, pasaba de la palidez a la lividez; no conoció la compresión mortal que como una tenaza de fuego le trituraba el corazón; no comprendió que al levantarse de la silla y dirigirse a la puerta, una tirantez más automática todavía que la de costumbre acompañaba sus movimientos. Solamente se preparó para seguirla, pero cuando hubo llegado a la puerta, Amelia, extendiendo la mano, dijo:

—¡Espérame ahí!

Carlota obedeció.

Subió al cuarto de Roland y cerró la puerta tras ella; el aposento de Roland era el verdadero cuarto de un soldado y de un cazador, cuyos principales adornos consistían en panoplias y trofeos.

Había allí armas de toda especie, indígenas y extranjeras, desde las pistolas de cañón azul de Versalles hasta las de pomo de plata del Cairo; desde la navaja catalana hasta el kangiar turco. Descolgó de los trofeos cuatro puñales de hojas cortantes y agudas, sacó de las panoplias ocho pistolas de diferentes formas; metió balas en un saco y pólvora en un cuerno. Después bajó a reunirse con Carlota. Dos minutos después se volvió a poner su vestido de aldeana.

Aguardó la noche; la noche llega tarde en el mes de junio. Amelia permaneció de pie, inmóvil, muda, apoyada sobre su chimenea apagada, mirando por la ventana abierta la aldea de Ceyzériat, que iba desapareciendo poco a poco en las sombras del crepúsculo. Cuando Amelia no vio más que luces que se iban encendiendo de trecho en trecho:

—Vamos, dijo, es la hora.

Las dos jóvenes salieron; Miguel no fijó su atención en Amelia, a quien tomó por una amiga de Carlota que había ido a verla y a quien ésta iba a acompañar a su casa.

Las diez de la noche daban cuando Carlota llamó a la puerta de la prisión. Courtois vino a abrir.

Hemos dicho que el digno carcelero era realista.

Una profunda simpatía se había apoderado de él por los cuatro prisioneros, y esperaba que Mme. de Montrevel obtendría su perdón; pero a pesar de aquella simpatía rehusó sesenta mil francos en oro por salvarlos.

Pero ya lo hemos visto: puesto en la confidencia por su hija Carlota, había autorizado a Amelia disfrazada de Bressana para asistir al juicio.

Ya nos acordamos de los cuidados y miramientos que el digno hombre había tenido para con Amelia cuando ésta había sido presa con Mme. de Montrevel. También esta vez, y como ignoraba la inadmisión de la apelación, se dejó enternecer fácilmente.

Carlota le dijo que su joven señora iba a partir para París aquella misma noche, a fin de apresurar el perdón, y que venía a pedir instrucciones al barón de Sainte-Hermine.

Había cinco puertas que forzar antes de llegar a la de la calle; un cuerpo de guardia en el patio, un centinela interior y otro exterior; no tenía pues el padre Courtois el menor temor de que los presos se escapasen. Permitió pues que Amelia viese a Morgan.

Perdónesenos que digamos ora Morgan, ora Carlos, ora el barón de Sainte-Hermine; ya saben nuestros lectores que con este triple nombre designamos al mismo sujeto.

Courtois tomó una luz y marchó delante de Amelia.

Ésta, como si en efecto debiera partir, al salir de la prisión llevaba en la mano un saco de noche. Carlota la seguía.

—Mlle. de Montrevel, dijo Courtois, reconoceréis el calabozo; es el mismo en que estuvisteis con madame vuestra madre. El jefe de esos desgraciados me pidió como un gran favor que le pusiera en él. No he creído deber negarle este consuelo, sabiendo que os amaba. ¡Oh! perded cuidado, Mlle. Amelia, este secreto no saldrá jamás de mi boca. Después me ha hecho preguntas, me ha pedido que le dijese dónde estaba la cama de vuestra madre, donde estaba la vuestra; yo le he satisfecho. Entonces me ha rogado que colocase su camilla en el mismo sitio en que estaba la vuestra, lo que no era difícil: no sólo se hallaba en el mismo lugar, sino que era precisamente la misma camilla. De suerte, que desde el día de su entrada en vuestro calabozo, el pobre joven ha permanecido constantemente acostado.

Amelia lanzó un gemido y dos lágrimas brotaron de sus pupilas.

Era amada como amaba; una persona extraña y desinteresada le daba la prueba.

En el momento de una separación eterna esta convicción era el más bello diamante que pudiese encontrar en el cofrecito del dolor.

Las puertas se abrieron unas tras otras delante del padre Courtois. Llegado que hubo a la última, Amelia puso la mano sobre la espalda del carcelero. Le parecía oír algo parecido a un canto. Escuchó con más atención; era una voz que pronunciaba versos. Pero no era la voz de Morgan, sino una voz desconocida. Era a la vez algo triste como una elegía y religiosa como un salmo.

La voz calló; estaba ya dicha sin duda la última estrofa.

Amelia, que no había querido interrumpir la meditación suprema de los condenados y que había reconocido la bella oda de Gilberto, escrita por éste mismo sobre su mal lecho de un hospital, la víspera de su muerte, hizo seña al carcelero de que podía abrir. El padre Courtois, que aunque carcelero parecía compartir la emoción de la joven, dio lo más suavemente que pudo la vuelta a la llave en la cerradura: la puerta se abrió.

Amelia escrutó de una ojeada el calabozo y los personajes que lo habitaban. Valensolle permanecía de pie; Jayat estaba sentado sobre una mesa, y de Ribier encima de la misma. Sainte-Hermine, con los ojos cerrados y como si estuviese sumido en un profundo sueño, estaba acostado sobre su cama.

A la vista de la joven, Jayat y de Ribier se incorporaron.

Morgan permaneció inmóvil; no había oído nada.

Amelia fue derecha a él, sin inquietarse por la presencia de sus tres amigos, y apoyando sus labios sobre los del prisionero, murmuró:

—Despiertate, Carlos mío; soy yo, tu Amelia, que viene a cumplir su palabra.

Morgan lanzó un grito de alegría y envolvió a la joven en sus brazos.

—Amigo Courtois, dijo Leprêtre; dejad solas a esas pobres criaturas; sería una impiedad turbar con nuestra presencia los pocos instantes que les quedan para estar juntos sobre la tierra.

El bueno de Courtois, sin decir palabra, abrió el calabozo vecino. Valensolle, Jayat y de Ribier entraron: los encerró; y haciendo seña a Carlota de que le siguiera, salió a su vez.

Los dos jóvenes se encontraron solos.

Hay escenas cuyos goces sombríos y amargas voluptuosidades sólo Dios conoce.

Al cabo de una hora, Courtois abrió la puerta.

Estaban tristes pero tranquilos; y la convicción de que su separación no sería larga les daba esta doble serenidad.

El digno carcelero presentaba un aspecto más sombrío y más triste todavía a esta segunda aparición que a la primera.

Morgan y Amelia le dieron gracias sonriendo. Fue a la puerta del calabozo donde estaban encerrados los tres amigos, y la abrió murmurando:

—En verdad, bueno es a lo menos que pasen esta noche juntos, puesto que es la última.

Valensolle, Jayat y de Ribier volvieron a entrar.

Amelia les tendió la mano.

Los tres la besaron; después Morgan la condujo hasta la puerta y le dijo:

—Hasta la vista.

—Hasta luego... dijo Amelia.

Esta cita, dada en la tumba, fue sellada con un prolongado beso; después se separaron con un gemido tan doloroso, que se habría dicho que sus dos corazones acababan de romperse al mismo tiempo.

La puerta se cerró tras de Amelia.

—¿Y bien? preguntaron a la vez los jóvenes.

—Ved aquí, respondió Morgan vaciando sobre la mesa el saco de noche.

Los tres lanzaron un grito de alegría al ver pistolas y puñales. Era la alegría dolorosa y suprema de sentirse dueños de su vida. Durante este tiempo, el carcelero acompañaba a Amelia hasta la puerta de la calle.

Llegado allí, vaciló un instante; después deteniéndola por el brazo:

—Mlle. de Montrevel, le dijo, perdonadme el dolor que voy a causaros; pero es inútil que vayáis a París...

—Porque la apelación no ha sido admitida y la ejecución tendrá lugar mañana ¿no es verdad? dijo Amelia.

Asombrado el carcelero dio un paso atrás.

—Lo sabía, amigo mío, contestó Amelia.

Y volviéndose hacia la doncella, dijo:

—Carlota, condúceme hasta la próxima iglesia, y mañana vendrás por mí cuando todo esté concluido.

La iglesia no estaba lejos; era Santa Clara. Hacía tres meses, poco más o menos, que, según las órdenes del primer cónsul, había sido otra vez abierta al culto. Como era cerca de medianoche, la iglesia estaba cerrada. Carlota se encargó de despertar al sacristán.

Amelia esperó de pie, apoyada contra la pared.

Al cabo de media hora llegó el sacristán.

Durante aquella media hora, Amelia había visto pasar a tres hombres vestidos de negro, conduciendo un carro, que al resplandor de la luna había reconocido estar pintado de rojo. Este carro estaba cargado de cosas informes: tablas desmesuradas, escaleras extrañas pintadas del mismo color, y se dirigía a la plaza de las ejecuciones.

Adivinó lo que significaba; cayó de rodillas y lanzó un grito.

A este grito los hombres de negro se volvieron; les pareció que una de las esculturas del pórtico había salido de su nicho y se había arrodillado.

El que parecía ser el jefe dio algunos pasos hacia Amelia.

—¡No os acerquéis a mí! gritó; ¡no os acerquéis a mí!

El hombre volvió humildemente a su puesto, y continuó su camino.

El carro desapareció en la esquina de la calle de la cárcel, pero el ruido de sus ruedas resonó todavía por largo rato sobre el pavimento en el corazón de Amelia.

Cuando Carlota y el sacristán llegaron, la encontraron de rodillas. El sacristán puso algunas dificultades para abrir la iglesia a una hora semejante; pero dos monedas de oro y el nombre de Mlle. de Montrevel desvanecieron sus escrúpulos, y se determinó a iluminar una capillita.

Era la capilla en la que Amelia había hecho su primera comunión. Se arrodilló al pie del altar, y suplicó que la dejasen sola.

Hacia las tres de la mañana vio iluminarse la ventana, una ventana de vidrios de color, situada sobre el altar de la Virgen. La ventana se abría casualmente hacia el Oriente, de manera que el primer rayo de sol vino directo a ella como un mensajero de Dios. Poco a poco la ciudad se despertó. Amelia advirtió que el pueblo estaba más bullicioso que de costumbre. Hacia las seis oyó pasar un piquete de caballería. Este piquete se dirigía hacia la parte donde estaba la cárcel. Hacia las nueve oyó un gran rumor, y le pareció que todo el mundo se precipitaba hacia un mismo lugar. Procuró sumirse más todavía en la plegaria para no oír aquellos ruidos diversos que hablaban a su corazón en una lengua desconocida y

voz baja, que ella comprendía como si fuesen palabras. Algo terrible, sin lugar a dudas, ocurría en la cárcel y merecía que todo el mundo corriese a verlo.

A la misma hora, Courtois entró en el calabozo para anunciar a los condenados que debían prepararse a la muerte, y los encontró armados hasta los dientes.

Tomado de improviso dentro del calabozo, Morgan le arrancó el manojo de llaves y le encerró en el que habían ocupado sus compañeros la noche precedente, esperando que concluyera su entrevista con Amelia.

Abrieron la puerta que comunicaba con el patio; luego otras tres, y desde allí llegaron atravesando varios corredores hasta el cuarto del conserje.

De éste al patio del estrado, una vasta sala, cerrada con una reja, se bajaba por quince escalones.

Por costumbre esta reja no se cerraba más que por la noche. Morgan se precipitó con sus Compañeros hacia la escalinata. Desde lo alto de aquella especie de plataforma, los cuatro jóvenes vieron que toda esperanza era perdida.

La reja estaba cerrada y veinticuatro gendarmes formaban delante de ella.

A la vista de los jóvenes, un gran grito se levantó de la multitud.

En efecto, su aspecto era formidable.

Para conservar la libertad de sus movimientos, estaban desnudos hasta la cintura, y alrededor de su talle se habían anudado pañuelos erizados de armas.

En medio de los clamores, conferenciaron un instante.

Luego Montbar les estrechó la mano, bajó los quince escalones, y a cuatro pasos de la reja echó una última mirada y una última sonrisa; saludó a la multitud y, dirigiéndose a los gendarmes, dijo:

—Muy bien, señores, muy bien.

E introduciendo en su boca el cañón de una pistola, se voló el cerebro.

Gritos confusos siguieron a la explosión; pero cesaron casi al punto.

Valensolle bajó a su vez; llevaba simplemente un puñal de hoja recta, aguda y cortante en la mano. Sus pistolas, de las que no parecía estar dispuesto a hacer uso, habían quedado en su cintura. Se adelantó hasta un especie de tinglado, sostenido por tres columnas. Apoyó en una de ellas el pomo de un puñal, dirigió la punta hacia su corazón, la cogió entre sus brazos, saludó a sus amigos y estrechó la columna, hasta que desapareció la hoja entera en su pecho.

Un instante permaneció en pie, pero una palidez mortal se extendió por su rostro; sus brazos se separaron y cayó muerto al pie de la columna.

Esta vez la multitud permaneció silenciosa.

Le tocaba el turno a de Ribier: se adelantó hasta la reja y dirigió los cañones de sus pistolas sobre los gendarmes.

No disparó; pero los gendarmes hicieron fuego, y de Ribier cayó atravesado por dos balazos.

Una especie de admiración vino a ceder el paso, entre los asistentes, a los sentimientos diversos que a la vista de estas tres catástrofes sucesivas se habían sucedido en su corazón.

Comprendían que aquellos jóvenes querían morir como los antiguos gladiadores.

Cuando Morgan bajó sonriendo los escalones, e hizo señal de que quería hablar, hubo un gran silencio.

Por otra parte, ¿qué le faltaba a aquella muchedumbre ávida de sangre? Se le daba más de lo que se le había prometido. Se le había prometido cuatro muertes, pero cuatro muertes uniformes, cuatro cabezas cortadas, y se le daba cuatro muertes diferentes, pintorescas, inesperadas; era pues muy natural que guardase silencio cuando vio adelantarse Morgan.

Éste no llevaba en sus manos ni puñal ni pistolas; descansaban en el pañuelo atado a su cintura. Pasó de largo por delante del cadáver de Valensolle y fue a colocarse entre los de Jayat y de Ribier.

—Señores, dijo; transijamos.

Hubo un silencio, como si quedase suspendida la respiración de todos los asistentes.

—Vosotros habéis tenido a un hombre que se ha levantado la tapa de los sesos, y señaló a Jayat; otro que se ha dado la muerte con su puñal, y designó a Valensolle; otro tercero que ha sido fusilado, e indicó a Ribier; ahora quisierais ver guillotinar al cuarto, ya lo comprendo.

Un estremecimiento terrible pasó por la multitud.

—Pues bien, continuó Morgan, no apetezco cosa mejor que daros esta satisfacción. Estoy dispuesto a dejarme cortar el pescuezo, pero deseo ir al cadalso voluntariamente y sin que nadie me toque; al que se me acerque, lo abraso, a no ser ese caballero, continuó Morgan señalando al verdugo: es un asunto que tenemos juntos y que de una parte y otra no pide más que procedimientos.

Su petición, sin duda, no pareció exagerada, porque de todas partes se oyó gritar:

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!

El oficial del piquete vio que lo más breve era acceder a lo que Morgan pedía, y le dijo:

—¿Prometéis, si os dejan los pies y las manos libres, no tratar de escaparos?

—Doy mi palabra de honor, contestó Morgan.

—Pues bien, dijo el oficial de gendarmes; apartaos y dejadnos levantar los cadáveres de vuestros camaradas.

—Es muy justo, dijo Morgan.

Y se fue, a diez pasos del punto en que se hallaba, a apoyarse contra la pared.

La reja se abrió.

Los tres hombres vestidos de negro entraron en el patio y recogieron uno tras otro los tres cuerpos.

Ribier no estaba muerto del todo; volvió a abrir los ojos y pareció buscar a Morgan.

—Aquí estoy, dijo éste, pierde cuidado, mi caro amigo, que ya te sigo.

Ribier volvió a cerrar los ojos sin pronunciar una palabra.

Cuando estuvieron fuera los tres cadáveres:

—¿Estáis listo, caballero? le preguntó el oficial.

—Sí, señor, respondió Morgan con exquisita educación.

—Entonces venid.

—Aquí estoy, dijo Morgan.

Y fue a colocarse entre el piquete formado en dos filas.

—¿Deseáis subir a la carreta o ir a pie, caballero? volvió a preguntar el oficial.

—A pie, a pie, caballero; quiero que se sepa que es un capricho mío el dejarme guillotinar, pero no quiero que se piense que tengo miedo.

El siniestro cortejo atravesó la plaza de las Lides; pasó de largo los muros del jardín del Palacio Monbaron. El carro que arrastraba los tres cadáveres marchaba el primero; después

seguían los dragones; en seguida Morgan marchando solo en un intervalo de unos diez pasos; y finalmente los gendarmes con su capitán al frente.

Al final del muro la comitiva torció a la izquierda, y en la gran plaza del Mercado, Morgan vio el cadalso que dirigía hacia el cielo sus rojos pilares de madera como dos brazos sangrientos.

—¡Bah! exclamó, no había visto nunca la guillotina y no creía que fuese tan fea.

Y sin otra explicación, tirando de un puñal de su cintura, se lo hundió en el pecho hasta el mango.

El oficial vio el movimiento sin poderlo prevenir, y lanzó su caballo hacia Morgan, que había quedado de pie con gran admiración de todo el mundo y de sí mismo.

Pero Morgan, sacando una pistola y armándola, dijo:

—Alto ahí, está convenido que nadie me tocará; moriré solo o moriremos tres; elegid.

El oficial hizo dar a su caballo un paso hacia atrás.

—Marchemos, dijo Morgan.

Y en efecto, se puso en marcha.

Llegado al pie de la guillotina, Morgan sacó el puñal de su pecho y se hirió por segunda vez, tan profundamente como la primera. Un grito de rabia, más que de dolor, se le escapó.

—Es menester, en verdad, que yo tenga el alma clavada en el cuerpo, dijo.

Y como los ayudantes quisieran sostenerle para subir la escalera donde el verdugo le esperaba:

—¡Oh! que no me toquen, gritó.

Y subió los seis escalones sin vacilar.

Llegado al tablado, sacó el puñal de su herida y se dio una tercera puñalada.

Una espantosa carcajada salió de su boca, y arrojando a los pies del verdugo el puñal que acababa de arrancar de su tercera herida, tan inútil como las dos primeras, dijo:

—¡A fe mía! tengo bastante; arréglate como puedas.

Un minuto después, la cabeza del intrépido joven rodaba en el cadalso; por un fenómeno de aquella implacable vitalidad que se había revelado en él, saltó y rodó fuera del aparato del suplicio.

Id a Bourg y os dirán que, al saltar, aquella cabeza pronunció el nombre de Amelia. Los muertos fueron ejecutados después del vivo, de manera que los espectadores, lejos de perder nada en los sucesos que acabamos de referir, gozaron de un doble espectáculo.

CAPÍTULO XIII
LA CONFESIÓN

Tres días después de los acontecimientos que hemos referido, hacia las siete de la tarde, un carruaje cubierto de polvo y tirado por dos caballos de posta, blancos de espuma, se paraba delante de la verja del castillo de Fuentes Negras.

Con gran asombro del viajero, la verja estaba abierta de par en par y la escalinata llena de hombres y mujeres arrodillados. Despertándose después el sentido del oído a medida que el asombro daba más agudeza al de la vista, el viajero creyó oír el sonido de una campanilla.

Abrió enérgicamente la portezuela, saltó del carruaje, atravesó el patio con paso rápido, subió la escalinata, franqueó la escalera interior y oyó el retintín de una campanilla y un murmullo religioso, que le pareció venía del cuarto de Amelia.

Todos reconocieron a Roland y se apartaron para dejarle paso.

Se adelantó hacia la habitación de Amelia, que estaba abierta, y entró con la cabeza descubierta.

A la cabecera de la cama de Amelia estaban arrodillados Mme. de Montrevel y Eduardo; un poco más distantes, Carlota, Miguel y su hijo.

El cura de Santa Clara le administraba los últimos sacramentos. Aquella escena lúgubre estaba alumbrada por las luces de los cirios.

Roland se arrodilló junto a su madre.

La moribunda, con la cabeza levantada por una almohada, las manos juntas y los ojos elevados al cielo en una especie de éxtasis, no pareció notar la presencia de Roland.

Se diría que el cuerpo estaba aún en este mundo pero el alma había ya volado de la tierra al cielo. La mano de Mme. de Montrevel buscó la de Roland, y la pobre madre, habiéndola encontrado, dejó caer sollozando su cabeza sobre el hombro de su hijo. Estos

sollozos maternales no fueron ya oídos por Amelia, porque la joven guardó la más completa inmovilidad.

Únicamente cuando recibió el viático sus labios de mármol parecieron animarse, y con voz débil pero inteligible murmuró:

—¡Amén!

Entonces sonó la campanilla, salieron los que llevaban los cirios y luego el sacerdote que llevaba el viático.

Los forasteros siguieron al cortejo, las personas de la casa y los miembros de la familia quedaron solos.

La casa, un momento antes llena de gente, quedó silenciosa y casi desierta. La moribunda no se había movido; sus labios se habían vuelto a cerrar, sus manos permanecían cruzadas y sus ojos elevados al cielo.

Al cabo de algunos instantes, Roland se inclinó al oído de su madre y le dijo en voz baja:

—Venid; tengo que hablaros.

Mme. de Montrevel se levantó, impelió a Eduardo hacia la cama de su hermana; el niño se levantó sobre la punta de sus pies y besó a Amelia en la frente. Ocupó después su lugar Mme. de Montrevel, se inclinó sobre su hija, y entre sollozos depositó otro beso en el mismo lugar. Roland fue a su vez con el corazón quebrantado pero los ojos secos; habría dado cualquier cosa por poder derramar las lágrimas que anegaban su corazón. Abrazó a Amelia del mismo modo que su hermano y su madre. Amelia pareció tan insensible a este beso como a los dos precedentes.

El niño se marchó el primero; le siguieron Mme. de Montrevel y Roland en dirección a la puerta. Al llegar a ella los tres se detuvieron, estremecidos: habían oído el nombre de Roland distintamente pronunciado. Roland se volvió.

Amelia pronunció por segunda vez el nombre de su hermano.

—¿Me llamas, Amelia? preguntó Roland.

—Sí, a ti solo, respondió la moribunda con voz que parecía un eco del otro mundo.

—Retiraos, señora, dijo Roland.

—¡Dios mío! ¿Quedará todavía alguna esperanza? murmuró Mme. de Montrevel.

Por bajas que fueran pronunciadas estas palabras la moribunda las oyó.

—No, madre mía, dijo ella; Dios ha permitido que volviese a ver a mi hermano, pero esta noche estaré cerca de Dios.

Su madre lanzó un gemido profundo.

—¡Roland! ¡Roland! dijo ésta ¿no parece sino que ya está allí?

Roland hizo un signo para que le dejasen solo. Mme. de Montrevel se alejó con Eduardo. Roland cerró la puerta y, con el corazón roto pero los ojos secos, se acercó a la cabecera del lecho de Amelia.

Todo el cuerpo era ya presa de una rigidez cadavérica; sólo los ojos, desmesuradamente abiertos, estaban fijos y brillantes, como si lo que en aquel cuerpo restaba de existencia se hubiera concentrado en ellos.

Roland había oído hablar de ese estado extraño que se llama éxtasis, que no es otra cosa que la catalepsia, y comprendió que Amelia era presa de esta muerte anticipada.

—Aquí estoy, hermana mía, dijo; ¿qué me quieres?

—Yo sabía que tú ibas a llegar, respondió la joven siempre inmóvil, y te aguardaba.

—¿Y cómo sabías que iba a llegar? preguntó Roland.

—Te veía venir.

Roland se estremeció.

—¿Y sabías para qué venía?

—Sí, y por eso he rogado tanto a Dios desde el fondo de mi corazón que él ha permitido que yo me levantase y te escribiese.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Y la carta?

—Está bajo mi almohada, tómala y lee.

Roland vaciló; creyó que su hermana era presa del delirio.

—¡Pobre Amelia! murmuró.

—No te conduelas de mí, dijo la joven, voy a reunirme con él.

—¿Con quién? preguntó Roland.

—Con el que yo amaba y que tú has muerto.

Roland se estremeció.

—Amelia, he venido a interrogarte, dijo.

—Acerca de lord Tanley, lo sé, respondió la joven.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿No te he dicho que te había visto venir y que sabía por qué venías?

—Entonces, respóndeme.

—Roland, no me distraigas de Dios y de él; te he escrito, lee mi carta.

Roland pasó su mano bajo la almohada y sacó un sobre que contenía una carta; en éste estaban escritas las siguientes palabras:

«Para Roland, que llega mañana.»

Se acercó a la lamparilla a fin de leer más fácilmente. La carta estaba fechada de la víspera a las once de la noche. Roland leyó:

«Hermano mío: ambos tenemos algo terrible que perdonarnos.»

Roland miró a su hermana, que permanecía siempre inmóvil, y continuó:

«Yo amaba a Carlos de Sainte-Hermine; hacía más que amarlo: era mi amante.»

—¡Oh! ¡morirá! murmuró el joven entre dientes.

—¡Ya ha muerto! dijo Amelia.

Roland lanzó un grito de sorpresa; había pronunciado tan bajo aquellas palabras que apenas las había escuchado él mismo.

Sus ojos volvieron a la carta y continuó:

«No había unión posible entre la hermana de Roland de Montrevel y el jefe de los compañeros de Jehú.

»Éste era el secreto terrible que me devoraba y que no podía decir.

»Una persona sola debía saberlo, y lo ha sabido; sir John Tanley.

»Dios bendiga al hombre de corazón leal, que me había prometido romper un compromiso imposible, y que ha cumplido su palabra.

»Que la vida de lord Tanley te sea sagrada; el único amigo que he tenido en mi dolor; el único hombre cuyas lágrimas se han mezclado con las mías.

»Yo amaba a Carlos de Sainte-Hermine: he aquí lo que tienes que perdonarme.

»Pero en cambio, tú eres la causa de su muerte: he aquí lo que te perdono. Ahora pues, ven pronto, Roland, porque yo no debo morir hasta que tu hayas llegado. Morir es volverle a ver, es reunirme con él para no abandonarle jamás; soy dichosa de morir.»

Todo era claro y preciso, era evidente que no había en aquella carta la menor señal de delirio. Roland permaneció un instante inmóvil, mudo, ahogado, lleno de ansiedad.

Se acercó a Amelia, extendió la mano sobre ella y con voz débil dijo:

—Hermana mía, te perdono.

En ligero estremecimiento agitó el cuerpo de la moribunda.

—Y ahora, dijo Amelia, llama a nuestra madre; debo morir en sus brazos.

Roland la llamó.

—¿Qué hay? preguntó Mme. de Montrevel.

—Que Amelia pide morir en vuestros brazos, respondió Roland.

Mme. de Montrevel cayó de rodillas ante el lecho de su hija. Entonces Amelia se levantó lentamente; separó sus manos y deslizando una de ellas en la de su madre:

—Madre mía, dijo, me habéis dado la vida, me la habéis quitado, bendita seáis; era la cosa más maternal que podíais hacer para mí, puesto que no había para vuestra hija felicidad posible en este mundo.

Roland se había arrodillado al otro lado de la cama, y Amelia, como había hecho con su madre, dejó caer la otra mano en la suya.

—Ambos nos hemos perdonado, hermano, dijo.

—Sí, pobre Amelia, y de lo más profundo de nuestros corazones, respondió Roland.

—No tengo más que hacerte una recomendación y será la última.

—¿Cuál?

—No olvides que lord Tanley ha sido mi mejor amigo.

—Tranquilízate, dijo Roland, la vida de lord Tanley me es sagrada.

Amelia respiró; después, con una voz en la cual era imposible reconocer otra alteración que la pura debilidad:

—Adiós, Roland, dijo. Adiós, madre mía, abrazad a Eduardo de mi parte.

Y luego, con un grito salido del corazón que tenía más de alegría que de tristeza:

—Aquí estoy, Carlos, dijo, aquí estoy.

Y volvió a caer sobre su cama tirando hacia sí, en el movimiento que hacía, sus dos manos, que fueron a juntarse sobre su pecho. Roland y Mme. de Montrevel se inclinaron cada cual por su lado. Ella había recobrado su posición primera, y sin embargo sus párpados se habían vuelto a cerrar y el débil soplo que salía de su pecho se había extinguido.

El martirio estaba consumado. Amelia había muerto.

CAPÍTULO XIV
POR BIEN FUNDADAS QUE FUESEN LAS ESPERANZAS DE ROLAND SALEN TAMBIÉN FRUSTRADAS ESTA VEZ

Amelia murió en la noche del lunes al martes, es decir, del 2 al 3 de junio de 1800. En la velada del jueves, es decir, del 5, estaba lleno el teatro de la Gran Ópera, donde se daba la segunda representación de Osián o los Bardos.

Era sabida la admiración profunda que el primer cónsul profesaba hacia los cantos recogidos por Macpherson; y por lisonja, tanto como por elección literaria o musical, la Academia de música había encomendado una ópera que, a pesar de las diligencias practicadas, había llegado un mes después de que el general Bonaparte hubiera salido de París para ir a juntarse con el ejército de reserva. Ya hemos visto lo que se había hecho este ejército, que hemos dejado entre Turín y Casal.

A la izquierda del anfiteatro llamaba la atención un aficionado a la música por su profunda atención al espectáculo, cuando en el intervalo del primer acto al segundo el acomodador, deslizándose entre las dos filas de sillones, se acercó a él y le preguntó a media voz:

—Perdonad, caballero; ¿no sois vos lord Tanley?

—Sí, respondió el filarmónico.

—Pues en este caso, milord, un joven que tiene sin duda que comunicaros un asunto de la más alta importancia os ruega que tengáis la bondad de ir a reuniros con él en el corredor.

—¡Oh! ¡Oh! dijo sir John; ¿un oficial?

—No, milord; su traje es de paisano, aunque sus ademanes indican que es militar.

—Bueno, dijo sir John, ya sé quien es.

Se levantó y siguió al acomodador. A la entrada del corredor aguardaba Roland. Lord Tanley no se mostró sorprendido al verle; no obstante, el rostro severo del joven reprimió un primer impulso de amistad profunda que le habría impelido a arrojarse en los brazos del que había preguntado por él.

—Aquí estoy, caballero, dijo sir John.

Roland se inclinó.

—Vengo de vuestra casa, milord, dijo Roland; vos habéis tomado desde algún tiempo a esta parte, según parece, la precaución de dejar dicho a donde vais, a fin de que las personas que pregunten por vos sepan donde encontraros.

—Así es, caballero.

—La precaución es buena sobre todo para las personas que vienen de muy lejos y que, llevando prisa, como yo, no pueden perder el tiempo.

—¿Entonces, preguntó sir John, habéis dejado el ejército y venido a París sólo para verme?

—Únicamente para tener este honor, milord; y espero que viendo la prisa que llevo, acertaréis la causa y me evitaréis toda explicación.

—Caballero, dijo sir John, desde este momento estoy a vuestra disposición.

—¿A qué hora, milord, podrán presentarse mañana en vuestra casa dos amigos?

—Desde las siete de la mañana hasta medianoche, caballero, a menos que prefiráis que sea ahora mismo...

—No, milord; acabo de llegar hace un instante y necesito tiempo para ir a encontrar a esos dos amigos y darles mis instrucciones. No os molestarán, pues, probablemente, hasta mañana de once a doce; os quedaré agradecido, en cualquier caso, si el asunto que vamos a arreglar por su mediación puede verificarse en el mismo día.

—Me parece que será posible, caballero; y puesto que se trata de satisfacer un deseo vuestro, no seré yo quien lo retarde.

—Esto es todo lo que deseaba saber, milord; mucho sentiría incomodaros por más tiempo.

Roland saludó. Sir John le devolvió el saludo, y mientras el joven se alejaba, volvió al anfiteatro a ocupar su asiento. Las palabras intercambiadas lo habían sido por una y otra parte con una voz tan contenida y un rostro tan impasible que las personas más inmediatas ni siquiera pudieron sospechar que hubiese habido una simple discusión entre dos interlocutores que acababan de saludarse tan cortésmente.

Era el día de recepción del ministro de la guerra. Roland volvió a entrar en su palacio, hizo desaparecer hasta la última señal del viaje que acababa de hacer, subió en coche y a las diez menos algunos minutos pudo todavía hacerse anunciar en casa del ciudadano Carnot. Dos motivos lo conducían allí: el primero era una comunicación verbal que tenía que hacer al ministro de la guerra de parte del primer cónsul; el segundo la esperanza de encontrar en su salón a los dos padrinos de que tenía necesidad para arreglar su encuentro con sir John.

Todo pasó como Roland había esperado: el ministro de la guerra recibió por su parte los detalles más precisos del paso del San Bernardo y la situación del ejército, y él encontró a los dos amigos que había ido a buscar en los salones ministeriales. Pocas palabras bastaron para ponerlos al corriente; los militares, por otra parte, lo están siempre sobre esta clase de confidencias. Roland habló de un insulto grave que debía permanecer secreto hasta para aquellos que asistiesen a su expiación. Declaró hallarse ofendido, y reclamó para sí, en la elección de las armas y el modo del combate, todas las ventajas reservadas a los ofendidos.

Los dos jóvenes tenían misión de presentarse el día siguiente a las nueve de la mañana en el palacio Mirabeau, calle de Richelieu, y de entenderse con los dos padrinos de lord Tanley; después de lo cual se reunirían de nuevo con Roland en la Fonda de París, en la misma calle. Roland volvió a entrar en su casa a las once, escribió durante una hora aproximadamente, se acostó y se durmió. A las nueve y media los dos amigos se presentaron en su casa. Acababan de dejar a sir John.

Sir John había reconocido todos los derechos de Roland; les había declarado que no discutiría ninguna de las condiciones del combate y que desde el momento en que Roland se creía el ofendido, él mismo era quien debía dictar las condiciones. Sobre la observación hecha por ellos de que habían esperado tratar con dos de sus amigos y no con él mismo, había respondido lord Tanley que no conocía en París a ninguna persona de bastante intimidad a quien pudiese confiar semejante asunto, y que esperaba por consiguiente que sobre el terreno uno de los amigos de Roland pasaría a su lado y le asistiría. En fin, sobre todos los puntos habían encontrado en lord Tanley a un perfecto caballero.

Roland halló que la demanda de su adversario en relación a uno de sus padrinos era no sólo justa, sino también conveniente, y autorizó al otro de los dos jóvenes para que asistiese

a sir John y defendiera sus intereses. Faltaba por parte de Roland dictar las condiciones del combate. Se batirían con pistola.

Cargadas las dos pistolas, los adversarios se colocarían a cinco pasos. A la tercera palmada de los testigos, dispararían. Esto era, como se ve, un duelo a muerte, en el cual el que no matase, daría evidentemente la gracia a su adversario: así era que los dos jóvenes multiplicaban las observaciones, pero Roland insistió declarando que siendo el único juez de la gravedad de la ofensa que se le había hecho, la consideraba bastante grave para que la reparación tuviese lugar así y no de otra manera, y fue preciso ceder ante esta obstinación.

El amigo de Roland que debía asistir a sir John hizo todas sus protestas declarando que él no se empeñaba en manera alguna por su cliente, y que a menos de tener una orden absoluta suya, no permitiría jamás semejante degüello.

—No os acaloréis, mi querido amigo, le dijo Roland; conozco a sir John y creo que será más condescendiente que vos.

Los dos jóvenes salieron y se presentaron de nuevo en casa de sir John. Le encontraron almorzando a la inglesa, es decir, con bistec, patatas y té. Éste se levantó al verlos, les ofreció compartir su comida, y, tras rehusar éstos, se puso a sus órdenes.

Los dos amigos de Roland empezaron por anunciar a lord Tanley que podía contar con uno de ellos para asistirle. Después, el que quedaba para defender los intereses de Roland, estableció las condiciones del encuentro. A cada exigencia de Roland, sir John inclinaba la cabeza en señal de asentimiento y se contentaba con responder:

—Muy bien.

El joven que estaba encargado de mirar por sus intereses, quiso hacer algunas observaciones sobre el modo del combate, que, a menos de una casualidad imposible, causaría a la vez la muerte de los dos combatientes; pero lord Tanley le suplicó que no insistiese.

—Mr. de Montrevel es un caballero, dijo; deseo no contrariarlo en nada; lo que él haga estará bien hecho.

Faltaba señalar la hora del encuentro. Sobre este punto, al igual que sobre los otros, lord Tanley se puso enteramente a la disposición de Roland. Los dos padrinos dejaron a sir John todavía más encantados de él en esta segunda entrevista que en la primera. Roland los aguardaba; ellos se lo refirieron todo.

—¿Qué había dicho yo? dijo Roland.

Le preguntaron la hora y el lugar. Roland fijó las siete de la tarde y la alameda de la Muette. Era la hora en que el bosque estaba casi desierto y el día todavía claro (recordemos que esto pasaba en el mes de junio) para que los dos adversarios pudiesen batirse con

cualquier arma. Nadie había hablado de las pistolas; los dos jóvenes propusieron a Roland irlas a tomar en la tienda de algún armero.

—No, dijo Roland; lord Tanley tiene un excelente par de pistolas, de las que me he servido ya; si él no halla ningún inconveniente en que nos batamos con ellas, las prefiero a cualquier otras.

El joven que debía servir de padrino a sir John fue a encontrar a su cliente y le hizo las tres últimas preguntas, a saber: si le convenían la hora y el sitio y si quería que sus pistolas sirviesen para el combate. Lord Tanley respondió ajustando la hora de su reloj a la de su padrino y entregándole la caja de las pistolas.

—¿Vengo a buscaros, milord? preguntó el joven.

—Es inútil, dijo sir John con melancólica sonrisa; vos sois amigo de Mr. de Montrevel; más agradable os será el camino con él que conmigo; yo iré a caballo con mi criado, y ya me encontraréis en el lugar de la cita.

El joven oficial llevó esta respuesta a Roland.

—¿Qué os había dicho yo? le contestó éste.

Eran las doce; faltaban todavía siete horas. Roland dio permiso a sus amigos para que fuesen a divertirse o a sus asuntos. A las seis y media en punto debían hallarse a la puerta de la fonda donde tenía la habitación Roland, con tres caballos y dos criados; convenía mucho para no dar a entender nada disfrazar los preparativos del duelo con las apariencias de un paseo.

Al dar las seis y media el mozo de la fonda avisó a Roland que le aguardaban a la puerta de la calle. Eran los dos padrinos y los dos criados; uno de estos últimos aguantaba por la brida un caballo. Roland estrechó afectuosamente la mano de los dos oficiales y saltó sobre la silla. Ganó por los bulevares la plaza de Luis XV y los Campos Elíseos. Durante el camino se reprodujo aquel extraño fenómeno que tanto admiró a sir John cuando el duelo de Roland con Mr. de Barjols: Roland mostró una alegría que se habría podido creer exagerada si no hubiese sido tan evidentemente franca.

Los dos jóvenes, que sabían lo que era valor, quedaron aturdidos ante semejante indiferencia. No la habrían admirado en un duelo ordinario, donde la sangre fría y la destreza dan la esperanza de llevar la ventaja sobre el adversario, pero en un combate como ése, no había ni destreza ni sangre fría que pudieran salvar a los combatientes, más que una herida peligrosa. Además, Roland aceleraba su caballo como un hombre que lleva prisa por llegar pronto, de manera que cinco minutos antes de la hora señalada estaba ya en uno de los extremos de la alameda de la Muette.

Por ella se paseaba un caballero seguido por su criado. Roland reconoció a sir John.

Los dos jóvenes espiaron con un mismo movimiento la fisonomía de Roland a la vista de su adversario. Para su mayor asombro, la única expresión que se manifestó en el semblante del joven fue la de una benevolencia que rayaba en ternura. Una pequeña galopada fue bastante para que los cuatro principales actores de la escena que iba a tener lugar se juntasen y saludasen. Sir John estaba perfectamente tranquilo, pero su rostro guardaba un tinte profundo de melancolía. Era evidente que aquel encuentro le era tan doloroso como agradable parecía ser a Roland.

Puso pie a tierra; uno de los dos padrinos tomó la caja de pistolas de las manos de un criado, mandando a éste y a su compañero que continuasen siguiendo la alameda, como si paseasen los caballos de sus amos. No debían acercarse hasta que oyesen los pistoletazos. El lacayo de sir John debía juntárseles y hacer lo mismo que ellos. Los dos adversarios, con sus padrinos, entraron en el bosque, internándose en lo más espeso del soto en busca de un sitio conveniente. Como había previsto Roland, el bosque estaba desierto; la hora de comer había llamado a casa a todos los paseantes. Encontraron una especie de claro que parecía dispuesto al efecto. Los padrinos miraron a Roland y a sir John. Los dos hicieron con la cabeza su señal de asentimiento.

—¿Nada cambiado? preguntó uno de los padrinos dirigiéndose a lord Tanley.

—Preguntádselo a Mr. de Montrevel, dijo lord Tanley; yo estoy aquí, a su entera disposición.

—Nada, dijo Roland.

Sacaron las pistolas de la caja, y empezaron a cargarlas. Sir John se mantenía un poco apartado, cortando las altas yerbas con la punta de su látigo. Roland le miró, pareció vacilar un instante y, resolviéndose luego, se dirigió a él. Sir John levantó la cabeza y aguardó con una esperanza visible.

—Milord, le dijo Roland; yo puedo estar quejoso de vos bajo ciertos respetos, pero no por eso os creo menos hombre de palabra.

—Y tenéis razón, caballero, respondió sir John.

—¿Sois hombre, si me sobrevivís, para mantener aquí la promesa que me hicisteis en Aviñón?

—No hay probabilidad de que yo os sobreviva, caballero, respondió lord Tanley; mas podéis disponer de mí en tanto que me reste un soplo de vida.

—Se trata de las últimas disposiciones sobre el lugar adonde quiero que sea conducido mi cadáver.

—¿Serían las mismas aquí que en Aviñón?

—Las mismas, milord.

—Podéis quedar enteramente tranquilo.

Roland saludó a sir John y fue a reunirse con sus dos amigos.

—En caso de desgracia, ¿tenéis alguna recomendación particular que hacernos? preguntó el uno de ellos.

—Una sola.

—Decid.

—No os opondréis en lo más mínimo a lo que decida lord Tanley sobre mi cadáver y mis exequias. Además tengo en mi mano izquierda un billete que le va dirigido en el caso que yo muera sin tener el tiempo de pronunciar algunas palabras; abriréis mi mano y le entregaréis el billete.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Las pistolas están cargadas.

—Pues bien, prevenídselo a milord.

Uno de los jóvenes se separó dirigiéndose hacia sir John. El otro midió cinco pasos. Roland encontró la distancia mayor de lo que él creía.

—Perdonad, interrumpió, yo he dicho tres pasos.

—Cinco, le respondió el oficial que medía la distancia.

—Perdonad, querido amigo; vos estáis equivocado.

Se volvió hacia sir John y su padrino, preguntándoles con una mirada.

—Tres pasos están bien, respondió sir John inclinándose.

Nada había que decir, puesto que los dos adversarios eran del mismo parecer. Los cinco pasos fueron reducidos a tres; después tendieron dos sables en el suelo para servir de raya. Sir John y Roland se acercaron cada cual por su lado hasta tocar la hoja del sable con la punta de la bota.

Entonces fue puesta en la mano de cada uno una pistola cargada. Se saludaron para indicar que estaban dispuestos. Los padrinos se apartaron; debían dar tres palmadas.

A la primera los adversarios debían preparar sus pistolas, a la segunda apuntarlas, a la tercera hacer fuego. Las tres palmadas resonaron a una distancia igual en medio del más profundo silencio; parecía que el viento mismo se callaba, que las hojas mismas estaban mudas. Los adversarios permanecían tranquilos; pero se dibujaba una angustia visible en el rostro de los dos padrinos.

A la tercera palmada las dos detonaciones resonaron con tal simultaneidad que no se oyó más que una. Pero, para mayor asombro de los padrinos, los dos combatientes quedaron en pie.

En el momento de disparar, Roland había desviado su pistola inclinándola hacia el suelo. Lord Tanley había levantado la suya y cortado una rama tras de Roland a tres pies poe encima de su cabeza. Cada cual de los dos combatientes estaba evidentemente admirado de una cosa, es decir, de verse todavía vivo habiendo perdonado a su adversario. Roland fue el primero que tomó la palabra.

—¡Milord! exclamó, bien me había dicho mi hermana que erais el hombre más generoso de la tierra.

Y, arrojando su pistola lejos de sí, tendió los brazos a sir John, quien se precipitó hacia ellos.

—¡Ah! ya comprendo, dijo; también esta vez queríais morir, pero felizmente Dios no ha permitido que yo fuese vuestro asesino.

Los dos jóvenes se acercaron.

—¿Qué hay, pues? preguntaron.

—Nada, dijo Roland; sino que, decidido a morir, quería al menos recibir la muerte de la mano del hombre a quien más aprecio en este mundo, pero desgraciadamente ya lo habéis visto: ha preferido morir él a tener que matarme. Vamos, añadió Roland con voz sorda, ya estoy viendo que ésta es una tarea que es preciso reservar a los austríacos.

Echándose luego otra vez en los brazos de lord Tanley y estrechando las manos de sus dos amigos:

—Perdonadme, señores, dijo; el primer cónsul prepara una gran batalla en Italia; yo no puedo perder tiempo si quiero estar allí.

Y dejando que sir John diese a los dos oficiales las explicaciones que estos juzgasen conveniente pedirle, Roland volvió a ganar la alameda, saltó sobre su caballo y se volvió a París a galope. Presa siempre de esta fatal manía de la muerte, ya hemos dicho cuál era su última esperanza.

Algunos días después Roland se batía en Marengo a la desesperada. El mismo día de la batalla, a las nueve de la noche, Bonaparte escribía a Mme. de Montrevel esta carta:

«Señora: Hoy he conseguido mi más hermosa victoria, pero esta victoria me cuesta las dos mitades de mi corazón, Desaix y Roland.

»No lloréis; hace mucho tiempo que vuestro hijo quería morir y no podía morir más gloriosamente. BONAPARTE.»

Se hicieron inútiles pesquisas para encontrar el cadáver del joven ayudante de campo, pero, como Rómulo, desapareció en una tempestad.

Nadie supo nunca la causa que le había hecho desear con tanto encarnizamiento una muerte que le había costado tanto trabajo encontrar.

FIN.

CUATRO PALABRAS

QUERIDOS LECTORES:

Hace cerca de un año que mi antiguo amigo Julio Simón, autor del Deber, vino a pedirme que le escribiese una novela para el Diario para todos.

Yo le referí un asunto para una novela que tenía en mente; le gustó, y firmamos incontinenti el contrato. La acción pasaba de 1791 a 1793, y el primer capítulo se abría en Varennes, la tarde misma del apresamiento del rey. De todos modos, por mucha prisa que llevase el Diario para todos, le pedí a Julio Simón quince días de margen antes de ocuparme de su novela. Primero quería ir a Varennes, donde nunca había estado.

Hay una cosa que no sé hacer, y es componer un libro o un drama cuya escena pase en localidades que yo no haya visto. Quería, pues, visitar Varennes antes de empezar mi novela, cuyo primer capítulo se abría en esta ciudad. Pasé siete días en camino: tres para ir de Chalons a Varennes, otros tres para volver de Varennes a Chalona, y uno para visitar todas las localidades necesarias para mi novela, que debía titularse Renato de Argona. Después me volví.

Como mi hijo se hallaba en el campo en Sainte-Assise, cerca de Melun, mi gabinete me aguardaba; resolví pues irlo a ocupar para escribir mi novela. No conozco dos genios más encontrados que el de Alejandro y el mío, y que sin embargo simpatizan más cuando nos hallamos juntos. Ciertamente que pasamos ratos divertidos lejos el uno del otro, pero no son nada en comparación con los que disfrutamos el uno al lado del otro.

Tres o cuatro días hacía que me hallaba instalado y tratando de principiar mi Renato de Argona, tomando la pluma y soltándola casi inmediatamente. Aquello no marchaba, y tenía que consolarme contando historias.

Quiso la casualidad que refiriese una que había oído de boca de Nodier: era la de cuatro jóvenes afiliados a la compañía de Jehú que habían sido ejecutados en Bourg-en-Bresse, con circunstancias altamente dramáticas.

Uno de estos cuatro jóvenes, el que tuvo más trabajo en morir, o más bien, aquel que costó más de matar, tenía diecinueve años y medio.

Alejandro escuchó mi historia con mucha atención. Luego que hube concluido:

—¿Sabes, me dijo, lo que haría yo si estuviese en tu lugar?

—Di.

—Dejaría tu Renato de Argona, que no te sale bien, y escribiría, en cambio, los Compañeros de Jehú.

—Entonces tú me ayudarás.

—Sí, voy a darte dos personajes.

—¿Y nada más?

—Tú eres demasiado exigente, lo demás es cosa tuya; yo estoy ocupado en mi Cuestión de dinero.

—¡Bueno! ¿cuáles son tus dos personajes?

—Un gentleman inglés y un capitán francés.

—Veamos el inglés.

Y me hizo el retrato de lord Tanley, tal como lo habéis visto en los Compañeros de Jehú.

—Tu gentleman inglés me gusta, le dije; veamos ahora tu capitán francés.

—Mi capitán francés es un personaje misterioso que quiere hacerse matar a la fuerza y no puede conseguirlo; de suerte que cada vez que quiere hacerse matar, como gana una hazaña, sube de grado.

—¿Pero por qué quiere hacerse matar?

—Porque está disgustado de la vida.

—¿Y por qué está disgustado de la vida?

—Ése es el secreto del libro.

—Pero al fin y al cabo será preciso decirlo.

—Yo en tu lugar no lo diría.

—Pero para mi satisfacción personal es preciso al menos que yo sepa por qué mi héroe quiere hacerse matar.

—En decírtelo a ti no tengo ningún inconveniente. Supón que en lugar de ser profesor de dialéctica Abelardo, fuese soldado.

—¿Y luego?

—Y luego supón que una bala...

—Muy bien.

—¿Comprendes? En lugar de retirarse al Paracleto, habría hecho todo lo que hubiese podido para hacerse matar.

—¡Hum!

—¿Qué?

—Eso es áspero.

—Áspero, ¿cómo?

—Para hacerlo tragar al público.

—Como que no se lo has de decir al público.

—Es verdad; aguarda. ¿Tienes las Memorias de la Revolución de Nodier?

—Tengo todo el Nodier.

Alejandro fue a buscarme las Memorias de la Revolución. Abrí el libro, hojeé tres o cuatro páginas y en fin caí sobre lo que buscaba.

Ahí va un poco de Nodier, queridos lectores; no vais a perder nada. Él es quien habla:

«Los ladrones de diligencias de que se habla en el artículo Amiet que acabo de citar, se llamaban Leprêtre, Hyvert, Guyon y Amiet.

»Estos cuatro hombres habían estado encargados del ataque a una diligencia que llevaba cuarenta mil francos por cuenta del gobierno. Esta operación se ejecutaba en medio

del día casi amistosamente, y a los viajeros desinteresados en el asunto les importaba muy poco. En este día un niño de diez años, bravamente extravagante, se abalanzó sobre la pistola del conductor y la disparó en medio de los acometedores. Como el arma pacífica estaba cargada con pólvora sola, según costumbre, no hubo ningún herido, pero no faltó en el carruaje una grande y justa aprehensión de represalias. La madre del muchacho fue acometida de una crisis de nervios tan horrorosa que esta nueva inquietud hizo pasar desapercibidas todas las otras, y ocupó muy particularmente la atención de los salteadores. Uno de ellos se lanzó cerca de la madre, tranquilizándola del modo más afectuoso y dándole el parabién por el prematuro valor de su hijo, prodigándole sales y perfumes de que aquellos caballeros iban ordinariamente provistos para su propio uso. La señora volvió en sí, y sus compañeros de viaje observaron que en aquel momento de emoción la máscara del ladrón había caído, pero no le vieron el rostro.

»Leprêtre, Hyvert, Guyon y Amiet fueron conducidos ante el tribunal de un departamento vecino. Nadie había padecido por aquel atentado más que el Tesoro, que no interesaba a ninguno, no sabiéndose a quien pertenecía. Nadie podía reconocer ni uno solo, a no ser la bella dama que no se cuidó de hacerlo. Fueron pues absueltos por unanimidad.

»Sin embargo, la convicción era tan manifiesta y pronunciada, que el ministerio público se vio obligado a apelar. El juicio pasó a casación: pero tal era entonces la incertidumbre del poder, que casi temía castigar unos excesos que podían ser citados más tarde como títulos. Los acusados fueron remitidos ante el tribunal de l'Ain, en aquella ciudad de Bourg, donde estaban parte de sus amigos, de sus parientes, de sus fautores, de sus cómplices. Creían haber satisfecho las reclamaciones de un partido conduciéndole a sus víctimas; creían estar seguros de no disgustar al otro, colocándolas bajo garantías casi infalibles. Su entrada en las cárceles fue en efecto una especie de triunfo.

»Empezó la instrucción de la causa, que produjo al principio los mismos resultados que la precedente: los cuatro acusados tenían a su favor una coartada muy falsa, pero revestida de cien firmas, y para la cual se hubieran encontrado diez mil. Todas las convicciones morales debían caer a presencia de semejante autoridad. La absolución parecía infalible, cuando una pregunta del presidente, quizás involuntariamente insidiosa, cambió el aspecto del proceso. «Señora, dijo a aquella que había sido tan amablemente asistida por uno de los ladrones, ¿cuál de los acusados es el que os ha prodigado tantos cuidados?»

»Esta inesperada forma de interrogación invirtió el orden de sus ideas. Es probable que su pensamiento admitió el hecho como reconocido, y que no vio en el modo de considerarlo más que un medio de modificar la suerte del hombre que le interesaba. «Es este caballero», dijo ella señalando a Leprêtre. Los cuatro acusados, comprendidos en una coartada indivisible, caían por este solo hecho bajo la cuchilla del verdugo. Se levantaron y la saludaron sonriéndose. «Voto a bríos, dijo Hyvert volviendo a caer sobre su banqueta con estrepitosas carcajadas, ahora aprenderéis, capitán, a ser galante.» He oído decir que poco tiempo después aquella infeliz señora había muerto de sentimiento.

»Su apelación fue denegada; pero la autoridad judicial no fue la primera en ser prevenida. Tres tiros de fusil bajo los muros del calabozo advirtieron a los condenados. El comisario del Directorio ejecutivo, que ejercía el ministerio público en los tribunales,

espantado por aquel síntoma de connivencia, requirió parte de la fuerza armada, de que mi tío era entonces el jefe. A las seis de la mañana, sesenta soldados de caballería estaban en la reja del patio.

»Aunque los carceleros habían tomado todas las precauciones posibles para entrar en el calabozo de estos cuatro desgraciados, a quienes habían dejado la víspera tan estrechamente agarrotados y cargados de yerros tan pesados, no pudieron oponerles larga resistencia. Los presos estaban libres y armados hasta los dientes; salieron sin dificultad después de haber encerrado a sus guardias bajo goznes y cerrojos y, provistos de todas las llaves, atravesaron fácilmente el espacio que los separaba del patio. Su aspecto debió ser terrible para el populacho que los aguardaba delante de las rejas. Para conservar toda la libertad de sus movimientos, para afectar quizás una seguridad más amenazadora todavía que la celebridad de fuerza y de intrepidez que iba unida a su nombre, quizás también para disimular el derramamiento de la sangre que se manifiesta tan pronto bajo un lienzo blanco y que hace traición a los últimos esfuerzos de un hombre herido de muerte, tenían el busto desnudo. Sus tirantes cruzados sobre el pecho, sus anchas fajas rojas erizadas de armas, su grito de ataque y de rabia, todo eso debía de tener algo de fantástico. Llegados al patio, vieron la gendarmería desplegada, inmóvil, imposible de romper y de atravesar. Se detuvieron un momento y parecieron conferenciar entre ellos. Leprêtre, que era, como he dicho, el mayor en edad y el jefe, saludó con la mano al piquete, diciendo con aquella noble gracia que le era particular: «¡Muy bien, señores de la gendarmería!» Pasó en seguida por delante de sus camaradas dirigiéndoles un vivo y último adiós, y se levantó la tapa de los sesos. Guyon, Amiet e Hyvert se pusieron en estado de defensa, con el cañón de sus dobles pistolas encarado sobre la fuerza armada. No dispararon, pero la tropa miró esta demostración como una hostilidad declarada y disparó. Guyon cayó envasado sobre el cadáver de Leprêtre, que no había hecho ningún movimiento. Amiet tuvo el muslo roto cerca de la ingle. La Biografía de los Contemporáneos dice que fue ejecutado. He oído contar varias veces que exhaló el último suspiro a los pies del patíbulo. Hyvert quedaba solo: su tranquila firmeza, su mirada terrible, sus pistolas agitadas por dos manos vivas y ejercitadas que paseaban la muerte sobre todos los espectadores. Yo no sé qué, asombro quizás, que se apega a la desesperación de un apuesto joven de cabellos flotantes, conocido por no haber jamás derramado sangre, y a quien la justicia pide una expiación de sangre, el aspecto de aquellos tres cadáveres, sobre los cuales saltaba como un lobo acosado por los cazadores, la horrible novedad de aquel espectáculo, suspendieron por un momento el furor de la muchedumbre. Él lo advirtió y transigió: «¡Señores, dijo, a la muerte! ¡A ella voy de todo corazón! pero que nadie se me acerque, porque al que lo intente lo abraso, salvo a ese señor —continuó señalando al verdugo—. Es un asunto que tenemos que arreglar entre los dos y que no requiere más que algunos procedimientos por una y otra parte.»

»La concesión era fácil porque no había allí nadie que no padeciese por la larga duración de esta horrible tragedia, ni quien no desease verla ya concluir. Cuando él vio que se accedía a sus deseos, tomó una de sus pistolas entre los dientes, sacó de su cintura un puñal y se lo clavó en el pecho hasta el mango. Permaneció de pie y se mostró admirado. Quisieron precipitarse sobre él. «Poco a poco, señores, gritó lanzándose de nuevo sobre los hombres que se disponían a arrancarle las pistolas de que había vuelto a apoderarse mientras la sangre manaba a borbotones de la herida en que había quedado el puñal.

Vosotros sabéis vuestro convenio: moriré solo o moriremos tres, marchemos.» Le dejaron marchar.

»Fue derecho a la guillotina, volviendo a darse otra cuchillada. «¡Es preciso, a fe mía, dijo, que tenga yo el alma enclavijada en el vientre! No puedo morir. Apartaos de ahí, dijo dirigiéndose a los ejecutores.»

»Un instante después cayó su cabeza. Fuese por acaso, fuese por algún fenómeno particular de la vitalidad, la cabeza dio saltos, rodó fuera de todo el aparato del suplicio, y aun se os diría en Bourg que la cabeza de Hyvert habló.»

No estaba aun concluida la lectura cuando yo me decidí a dejar a un lado el Renato de Argoma para ocuparme de los Compañeros de Jehú.

Al día siguiente bajaba yo la escalera con mi saco de noche debajo el brazo.

—¿Te marchas? me dijo Alejandro.

—Sí.

—¿Y adónde vas?

—A Bourg-en-Bresse.

—¿A hacer qué?

—A visitar las localidades y consultar los recuerdos de las personas que vieron ejecutar a Leprêtre, Amiet, Guyon e Hyvert.

© Copyright RD Textos, 2001.

---

1. Philippe IV le Bel (Fontainbleau 1268-1314), rey de Francia entre 1285 y 1314. [N. del E.] [Volver atrás.]

2. Louis X le Hutin: el término "hutin", que significa querellador o litigante, cayó en desuso en el francés moderno, y sólo perdura como sobrenombre de este rey, hijo de Philippe le Bel y Juana de Navarra, que vivió entre 1289 y 1316, y reinó en Francia (1314-1316) y Navarra (1305-1316). [Volver atrás.]

3. Chuanería: del francés chouannerie, que designaba a los campesinos que luchaban por la causa monárquica en la Bretaña y la Vendée tras la revolución de 1789. El término procede del nombre de guerra del bretón Jean Cottereau: Jean Chouan. Con el apoyo de la iglesia, maltratada por la política revolucionaria, y los caudillos locales, que no toleraban el centralismo financiero y administrativo de la 1ª República, mantuvieron una sangrienta

guerra de guerrillas entre 1892 y 1896, año en que fueron derrotados por el general Hoche. Hubo dos nuevos levantamientos en 1799 y 1804, ambos rápidamente sofocados por Napoleón. El conflicto arrojó un saldo de 500.000 muertos. [Volver atrás.]

4. Réveil du peuple: "Despertar del pueblo", canción escrita en 1795 por Jean-Marie Souriguière y musicada por Pierre Gaveaux, utilizada tanto por monárquicos como por los opositores al círculo jacobino de Robespierre como himno de batalla, opuesto a la republicana "Marsellesa". Ante la subida al poder de Napoleón y la derrota de los partidos realistas, la canción cayó en desuso. La letra es como sigue:

Pueblo francés, pueblo de hermanos,
¿Puedes ver, sin estremecerte de horror,
cómo el crimen enarbola los estandartes
de la masacre y el terror?

Soportas que una horda atroz
de asesinos y canallas
contamine con su aliento feroz
el territorio de los vivos.

¿Por qué esta lentitud despiadada?
Apresúrate, pueblo soberano,
a entregar a los monstruos del Tainarón
a estos bebedores de sangre humana.

¡Guerra a todos los agentes del crimen!
Persigámoslos hasta la muerte;
¡comparte el horror que me anima!
No se nos escaparán.

¡Ah, que mueran esos infames
y esos degolladores insaciables,
que llevan en el fondo de sus almas
el crimen y el amor a los tiranos.

Manes que plañís por la inocencia,
quedad en paz en vuestras tumbas;
el día tardío de la venganza
hace por fin palidecer a vuestros verdugos.

¡Mirad cómo tiemblan!
¡No se atreven a huir, los criminales!
Los restos de sangre que vomitan
acaban de traicionarles.

Sí, juramos sobre vuestras tumbas,
por nuestro país desgraciado,

que haremos una hecatombe
con estos caníbales horrendos.

Representantes de un pueblo justo,
¡oh vosotros, legisladores humanos
cuya augusta templanza
hace temblar a nuestros viles asesinos!

Seguid el camino de vuestra gloria;
vuestros nombres, caros a la humanidad,
vuelan hacia el templo de la memoria,
en el seno de la inmortalidad.